

1793

NIKLAS NATT OCH DAG



Niklas Natt och Dag

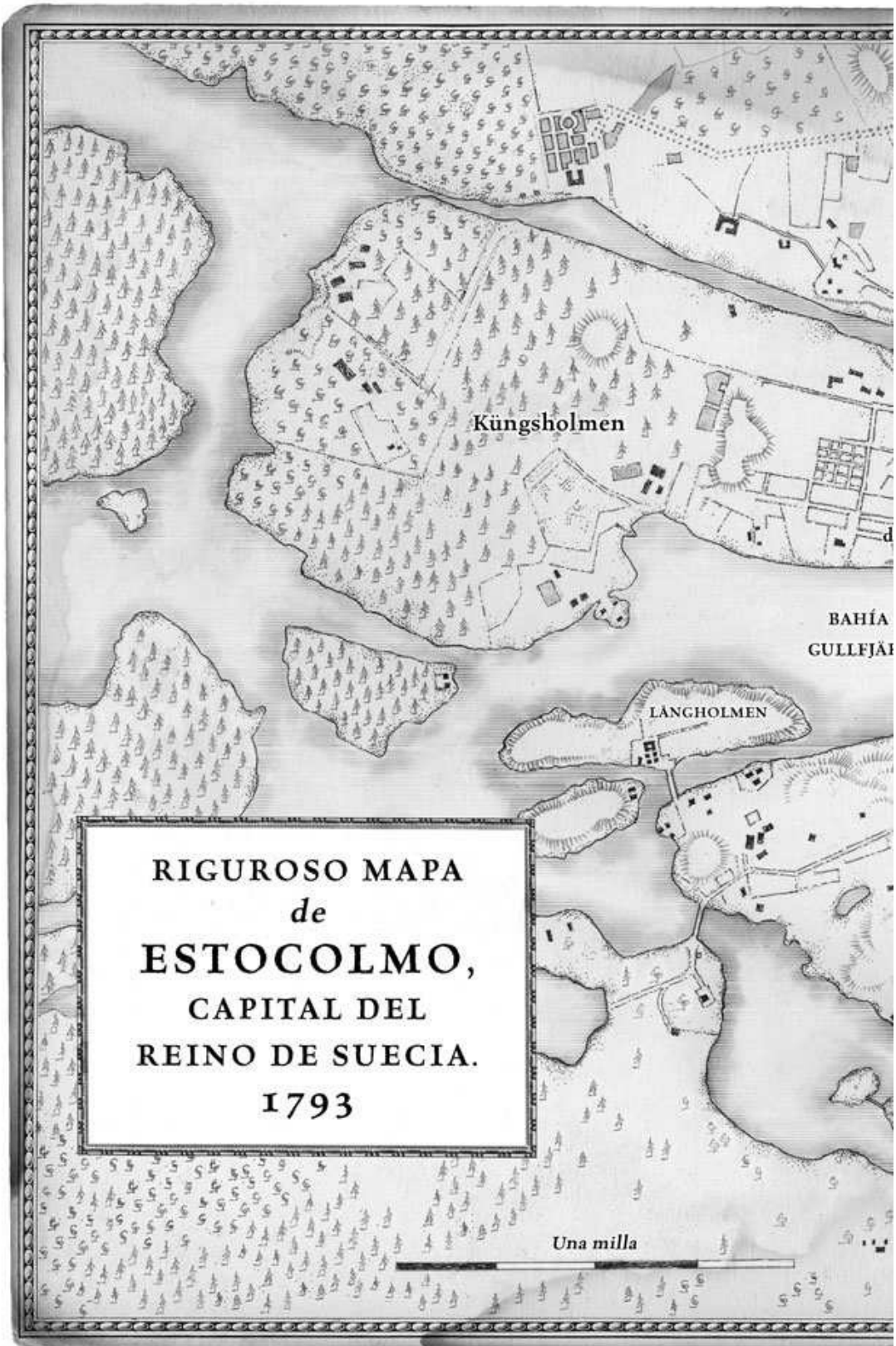
1793

Traducción del inglés de
Patricia Antón de Vez

 narrativa
salamandra

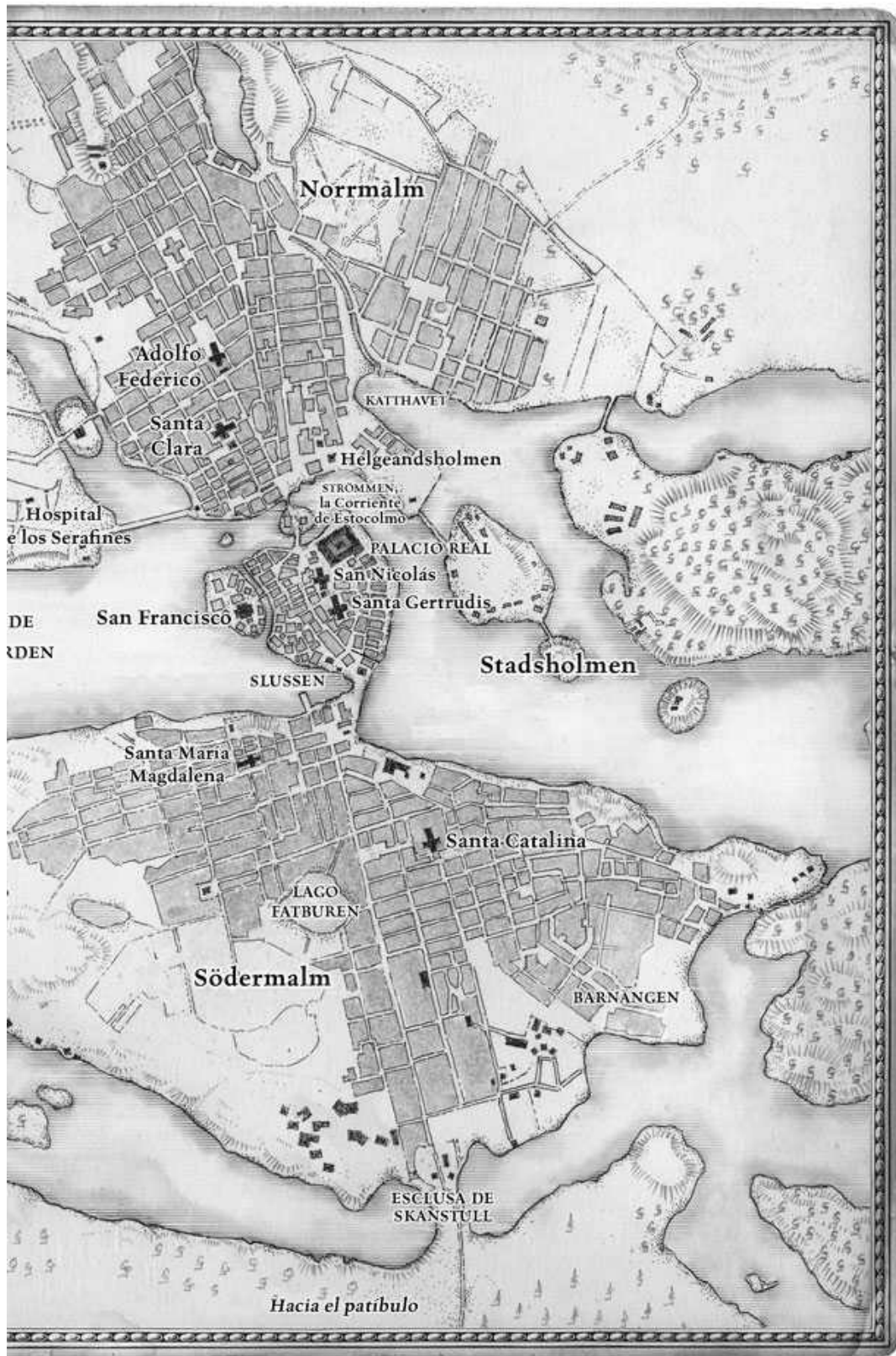
La maldad engendra maldad, la violencia engendra violencia.

THOMAS THORILD, 1793



RIGUROSO MAPA
de
ESTOCOLMO,
CAPITAL DEL
REINO DE SUECIA.
1793

Una milla



PRIMERA PARTE

El Fantasma de la Casa Indebetouska

OTOÑO DE 1793

Cunde el terror. Circulan mil rumores, a cuál más absurdo. No hay información confiable, pues los propios viajeros difieren entre sí y sus relatos parecen contaminados de poesía. El crimen, tal como se ha contado, es tan atroz que no sé qué pensar.

CARL GUSTAF AF LEOPOLD, 1793

1

Mickel Cardell flota en el agua fría. Con la mano libre —la derecha— intenta agarrar por el cuello de la guerrera a Johan Hjelm, que está a su lado, inmóvil y con espuma roja en los labios, pero la sangre y el agua salobre hacen que la tela se le resbale de los dedos. Cuando una ola se lo arrebatara finalmente, Cardell siente ganas de gritar, pero de sus labios sólo brota un gemido. Hjelm se hunde sin remedio. Cardell hunde la cabeza en el agua y por unos instantes sigue el viaje del cuerpo hacia las profundidades. Temblando de frío y conmoción, cree divisar algo más allá abajo, en los límites de su percepción: los cadáveres mutilados de miles de marineros caen lentamente hacia las puertas del infierno. El Ángel de la Muerte, con una calavera a modo de corona, repliega las alas para acogerlos. En medio del remolino que forma la corriente, sus mandíbulas se abren y cierran en una carcajada burlona.

—¡Guardia! ¡Guardia Mickel! ¡Por favor, despierte!

Cuando unas sacudidas ansiosas lo arrancan del sueño, Cardell nota una punzada de dolor en el ausente brazo izquierdo. Una prótesis de madera sujeta al codo con unas correas de cuero que se le encajan en la carne (a esas alturas ya tendría que saber que debe aflojarlas antes de dormirse) ocupa el lugar del miembro perdido del que sólo queda un muñón embutido en un hueco tallado a propósito en la pieza de haya.

De mala gana, abre los ojos sobre la vasta mesa de madera. Está pringosa: cuando intenta alzar la cabeza, su mejilla se adhiere a la superficie y, al levantarse, se arranca la peluca sin querer. Después de maldecir, la utiliza para enjugarse la frente, después se la guarda en la chaqueta. El sombrero se le cae al suelo y la copa se abolla. La alisa de un puñetazo y se lo pone. Empieza a recobrar la memoria: está en la taberna Hamburg, debe de haber bebido hasta quedar inconsciente. Echa un vistazo por encima del hombro y descubre a otros en condiciones similares: los pocos borrachos que la propietaria ha considerado lo bastante pudientes como para no arrojarlos a la cuneta. Están espatarrados en los bancos o tumbados de cualquier modo sobre las mesas, y así seguirán hasta el amanecer, cuando se alejen tambaleantes para encajar los reproches de los que esperan en casa. No es el caso de Cardell: herido de guerra, vive solo y su tiempo no le pertenece a nadie más que a él.

—¡Mickel, tiene que venir: hay un muerto en el lago Fatburen!

Lo han despertado dos golfillos, un niño y una niña. Sus caras le resultan familiares, pero no consigue recordar sus nombres. Tras ellos se ha plantado el encargado, al que llaman el Carnero, un tipo grueso que trabaja para la viuda Norström, la propietaria. Adormilado y enrojecido, se interpone entre los niños y una colección de cristal grabado, el orgullo de la bodega, que se guarda bajo llave en una vitrina azul.

Los condenados a muerte se detienen allí, en la taberna Hamburg, de camino al patíbulo de

Skanstull. Allí se les sirve su último trago; después se recoge cuidadosamente el vaso, se graba en él el nombre y la fecha y se añade a la colección. Los parroquianos pueden beber en esos cálices, aunque siempre bajo supervisión y tras haber pagado una suma que se calcula según el grado de infamia del condenado. Dicen que hacerlo trae buena suerte, aunque Cardell nunca ha entendido por qué.

Se frota los ojos y comprende que aún está ebrio. Cuando prueba a hablar, su voz suena ronca.

—¿Qué diantre pasa aquí?

Le contesta la niña, que a todas luces es la mayor. El otro (su hermano, a juzgar por sus facciones) tiene labio leporino. El aliento de Cardell lo hace arrugar la nariz; busca refugio detrás de su hermana.

—Hay un muerto en el agua, cerca de la orilla.

Su tono es una mezcla de miedo y excitación. Cardell se nota las venas de la frente a punto de reventar. Su corazón late con fuerza y amenaza con desmoronar sus frágiles pensamientos.

—¿Y yo qué tengo que ver?

—Por favor, guardia, no teníamos nadie más a quien acudir y sabíamos que usted estaba aquí.

Él se masajea las sienes con la esperanza vana de aliviar el dolor palpitante.

El día apenas despunta sobre Södermalm. Aún flotan en el aire las tinieblas de la noche y el sol asoma tímido tras la isla de Sickla, más allá de la bahía de Danviken. Cardell sale de la taberna Hamburg y baja tambaleándose la escalera. Sigue a los niños por la calle desierta mientras escucha sin mucho entusiasmo su historia sobre una vaca que se ha acercado a la orilla a beber y ha huido despavorida en dirección a Danto.

—Ha tocado el cuerpo con el hocico y lo ha hecho dar vueltas.

A medida que se acercan al lago, las piedras dan paso al lodo bajo sus pies. Hace tiempo que ningún asunto conduce a Cardell a la orilla del Fatburen, pero rápidamente advierte que nada ha cambiado por allí: los planes trazados años atrás para despejar las márgenes y construir un muelle con embarcaderos no se han materializado. No es de sorprender, cuando la ciudad y el Estado están al borde de la ruina. Hace mucho que las casas en torno al lago se reconvirtieron en manufacturas; aparecieron talleres que arrojan los desechos directamente al agua; la zona vallada destinada a los residuos humanos está desbordada y muchos optan por ignorarla. Cardell suelta un juramento cuando el talón de su bota se hunde en el lodo y tiene que hacer aspavientos con el brazo sano para mantener el equilibrio.

—Vuestra vaca se habrá encontrado con algún pariente y se habrá asustado al verlo tan desmejorado: los carniceros echan sus sobras al lago. Me habéis despertado sólo por una ijada de ternera podrida o algún costillar de cerdo.

—Hemos visto un rostro en medio del agua: el rostro de una persona.

Las olas lamen la orilla y dejan una espuma de un amarillo pálido. Los niños tienen razón en un punto: hay algo en el lago, un bulto oscuro, probablemente putrefacto; flota unos metros lago adentro. Lo primero que se le pasa por la cabeza es que no puede tratarse de un ser humano: es demasiado pequeño.

—Lo que os decía: son despojos del carnicero. El cadáver de un animal.

La niña insiste en su historia, su hermano la apoya asintiendo con la cabeza. Cardell suelta un bufido de resignación.

—Estoy borracho, ¿me oís? Borracho como una cuba. No lo olvidéis cuando alguien os

pregunte por el día en que engañasteis al guardia para que se metiera en el lago y él os dio la zurra más grande de vuestra vida tras salir empapado y furioso del agua.

Se quita el abrigo con las dificultades propias de un manco. La peluca de lana que había olvidado tras la solapa cae al barro. Qué más da: es un objeto patético y pasado de moda, y además le ha costado una miseria. Si la lleva es tan sólo porque ir más arreglado aumenta las posibilidades de que alguien lo invite a un par de tragos. Cardell echa un vistazo al cielo: una franja de estrellas distantes reluce sobre la bahía de Årstaviken. Cierra los ojos para conservar dentro de sí la belleza de aquella imagen, adelanta la pierna derecha y se adentra en el lago.

La margen cenagosa no soporta su peso. Se hunde hasta la rodilla y nota cómo el agua del Fatburen entra en tromba por el borde de su bota, que queda atascada en el lodo cuando él cae hacia delante. Descalzo de un pie, continúa internándose en el agua con movimientos a medio camino entre gatear y nadar como un perrito. Nota el agua espesa entre los dedos, llena de cosas que ni siquiera los habitantes de Södermalm consideran dignas de conservar.

La borrachera ha nublado su juicio; siente una punzada de pánico cuando deja de percibir el lecho del lago bajo los pies: es más hondo de lo que esperaba. De pronto vuelve a estar en Svensksund, tres años atrás, aterrorizado y zarandeado por las olas mientras la costa sueca se aleja ante sus ojos.

Patalea para acercarse al bulto. Al principio cree que estaba en lo cierto: no puede tratarse de un ser humano, deben de ser los despojos de un animal que habrán arrojado allí los mozos del carnicero y que, al expandirse sus tripas con los gases de la descomposición, ha terminado convertido en una especie de boya. Pero entonces el bulto gira y le muestra la cara.

No es un cadáver totalmente descompuesto, pero no tiene ojos: son unas cuencas vacías las que lo miran. No hay dientes tras los labios destrozados. Tan sólo el cabello conserva su lustre: la noche y el lago han hecho cuanto han podido por debilitar su color, pero es sin duda una melena rubia. Cardell intenta tomar aire, pero el agua le entra en la boca y lo hace atragantarse.

Cuando al fin remite el ataque de tos, se queda flotando inmóvil junto al cuerpo, estudiando sus facciones deformadas. Los niños, en la orilla, no hacen el menor ruido; aguardan su regreso en silencio. Cardell agarra el cadáver, se da la vuelta en el agua y empieza a patalear en dirección a tierra firme.

El rescate se torna más laborioso al llegar al ribazo cenagoso, cuando el agua deja de colaborar en el transporte del cuerpo. Cardell se vuelve boca arriba y sale como puede, hincando un pie tras otro y arrastrando la presa por la ropa hecha jirones. Los niños no le ofrecen su ayuda, sino que retroceden acobardados y tapándose la nariz. Cardell se aclara la garganta y escupe agua sucia en el lodo.

—Corred a la Esclusa y llamad a los guardias.

Ellos no hacen el menor ademán de obedecer: parecen dudar entre mantener la distancia o echar un vistazo a la presa que se ha cobrado Cardell. Sólo reaccionan cuando él les arroja un puñado de barro.

—¡Seréis merluzos! ¡Corred al puesto de noche y traedme a un maldito casaca azul!

Cuando sus pisaditas dejan de oírse, Cardell se inclina hacia un lado y vomita. Se hace el silencio y en ese momento, allí, solo, siente un abrazo gélido que extrae todo el aire de sus pulmones y le impide tomar aliento. Su corazón late cada vez más deprisa y se apodera de él un miedo que lo paraliza. Sabe bien lo que viene después: siente cómo el brazo que le falta vuelve a cobrar solidez en la oscuridad, cómo vuelve a estar en su sitio, y entonces lo atenaza un dolor terrible, un dolor capaz de borrar el mundo entero, como si unas fauces de hierro le perforaran la

carne, el cartílago y el hueso.

Preso del pánico, se arranca las correas de cuero y deja caer en el barro el brazo de madera. Se agarra el muñón con la mano derecha y masajea la carne lacerada para obligar a sus sentidos a aceptar que el brazo que perciben ya no existe y que la herida cicatrizó hace mucho tiempo.

El ataque no dura más de un minuto. Recobra el aliento, primero con cortos jadeos y luego con respiraciones más largas y tranquilas. El terror remite y el mundo recupera sus contornos familiares. Esas crisis de pánico lo atormentan desde hace tres años, desde que volvió de la guerra con un brazo y un amigo menos. Pero ya hace mucho de aquello. Creía haber encontrado un método para mantenerlas a raya: borracheras, peleas en los bares... Mira a su alrededor como si buscara algo con lo que tranquilizarse, pero sólo están él y el cadáver. Se mece agarrándose el muñón.

En el escritorio hay una hoja de papel en la que se ha trazado una pulcra cuadrícula. Cecil Winge desengancha de la leontina su reloj de bolsillo, lo dispone ante sí y acerca un poco la chisporroteante vela de sebo. Tiene varios destornilladores ordenados en hilera junto con pinzas y alicates. Sostiene las manos ante la llama: no nota que tiemblen.

Comienza a trabajar con meticulosidad. Abre el reloj, afloja el tornillo que sujeta las manecillas en su sitio, las quita y coloca cada una en su propia casilla del papel. Retira la esfera y deja al descubierto el mecanismo, que ahora puede desmontar sin resistencia. Despacio, va extrayendo pieza a pieza y poniéndolas en su recinto de tinta hasta liberar de su confinamiento la larga espiral del muelle, que enseguida se afloja. Debajo está el volante, más abajo aún la rueda de escape. Con herramientas que apenas superan el tamaño de una aguja de coser, extrae tornillos diminutos de sus guaridas.

Privado de su propio reloj, Winge sólo puede seguir el paso del tiempo por el tañido de las campanas de las iglesias: oye repicar sonoramente las de Eduviges Leonor, al otro extremo de la dehesa de Ladugårdslandet; percibe, desde el Báltico, el débil eco de las de Santa Catalina, encaramada en lo alto de un cerro. Las horas transcurren deprisa.

Una vez desmontado por completo el mecanismo, repite cada paso en orden inverso. Poco a poco, el reloj cobra forma de nuevo, a medida que cada pieza va ocupando su lugar. Los finos dedos de Winge comienzan a crisparse: debe detenerse repetidas veces para que músculos y tendones se recuperen. Abre y cierra las manos, las frota una con otra, las extiende contra las rodillas. La postura de trabajo es tan incómoda que empieza a pasarle factura. El dolor en la cadera, que siente cada vez más a menudo, se expande hacia la zona lumbar y lo obliga a revolverse constantemente en la silla.

Con las manecillas de nuevo en su sitio, encaja la corona y la hace girar sintiendo la resistencia del muelle. En cuanto la suelta, oye el familiar tictac y, por enésima vez desde que acabó el verano, abriga el mismo pensamiento: así debería funcionar el mundo, de forma racional y comprensible, con cada pieza en su sitio y produciendo, en su rotación, un efecto del todo previsible.

La sensación de bienestar es pasajera: lo abandona rápidamente en cuanto termina la distracción; el mundo, que parecía haberse detenido durante unos instantes, vuelve a cobrar forma a su alrededor. Sus pensamientos se suceden sin ton ni son. Se lleva un dedo a la muñeca y cuenta los latidos de su corazón mirando la manecilla más pequeña marcar los segundos en la esfera, que lleva el nombre de su creador: Beurling, Estocolmo. Calcula ciento cuarenta latidos por minuto. Ordena sus herramientas dispuesto a repetir el proceso, pero entonces percibe un olor a comida y oye a la criada golpear con suavidad la puerta y llamarlo a la mesa.

La criada deposita una sopera azul delante de Winge y de su casero, el cordelero Olof Roselius, que inclina la cabeza y reza brevemente antes de llevar la mano al pomo de la tapa y quemarse los dedos. Roselius se traga una maldición y sacude la mano para aliviar el ardor mientras la criada corre en su ayuda con un paño de cocina.

Desde su asiento, a la derecha de su anfitrión, Cecil Winge simula mirar fijamente las vetas de la mesa de madera, surcada por las sombras que arrojan las velas de sebo. El aroma a nabos y a carne hervida relaja el ceño del cordelero. Tiene setenta años, y su larga vida ha terminado por encanecer sus cabellos y su barba. Pese a sentarse encorvado en la silla, tiene reputación de hombre recto. Ha dedicado muchos años a la gestión del hospicio de Eduviges Leonor y compartido generosamente una fortuna que antaño fue lo bastante cuantiosa como para adquirir la casa de verano del conde Spens en los alrededores de la dehesa de Ladugårdslandet. Por desgracia, unas inversiones desafortunadas realizadas en una fábrica del norte junto con su vecino Ekman, un tesorero del Tribunal de Cuentas, han ensombrecido su vejez. Winge tiene la impresión de que su casero siente que, tras décadas de labor caritativa, la vida le ha pagado mal, y esa amargura se cierne sobre la casa solariega como una campana de cristal. Winge, en tanto inquilino, no puede evitar la impresión de que su mera presencia da fe de los tiempos aciagos que corren.

Esa noche, Roselius parece aún más lúgubre que de costumbre; un suspiro precede a cada bocado. Cuando al fin se aclara la garganta y rompe el silencio, sólo quedan unas pocas cucharadas en el fondo de su cuenco.

—No es fácil dar consejos a los jóvenes: a menudo se reciben groserías por respuesta. Pero hablo de buena fe, Cecil, así que ten la amabilidad de escucharme.

Roselius respira hondo antes de atreverse a decir lo que alguien tenía que decirle a Winge.

—Lo que haces no es natural: un marido debe estar con su mujer. ¿No jurasteis estar juntos en las buenas y en las malas? Pues vuelve con ella.

A Winge se le enciende súbitamente el rostro. La velocidad de esa reacción lo sorprende: no es propio de un hombre razonable permitir que su juicio se nuble y prevalezca la ira. Respira hondo —nota el latido de su corazón en los oídos— y se concentra en controlar sus emociones. Entretanto, ninguno pronuncia palabra. Winge sabe que los años no han disminuido la sagacidad que hizo a Roselius destacar entre sus semejantes. Casi puede oír cómo discurren los pensamientos tras la frente de su casero. La tensión entre ambos crece y luego remite bajo un silencio que ninguno de los dos se decide a romper. Finalmente, Roselius lanza un suspiro, se reclina contra el respaldo y extiende las manos en un gesto de reconciliación.

—Tú y yo hemos compartido el pan muchas veces. Eres un hombre culto e ingenioso, ni un villano ni un canalla, sino todo lo contrario; pero te ciegan las nuevas ideas: crees que todo puede resolverse con fortaleza de carácter, en particular la tuya. Te equivocas; las emociones no permiten que se las constriña de ese modo. Vuelve con tu mujer, por el bien de ambos, y si te has portado mal con ella, ruégale que te perdone.

—Lo que hice fue por su bien, lo pensé detenidamente.

—Cecil, fuera lo que fuese lo que quisieras lograr, el resultado ha sido otro.

Winge no consigue que dejen de temblarle las manos; suelta la cuchara para disimular la agitación. Se frustra al oír su propia voz brotar convertida en un mero susurro ronco.

—Debería haber funcionado.

Incluso a sus oídos, esa respuesta parece la excusa de un crío obstinado. Cuando Roselius le contesta, su tono es más dulce que antes.

—Hoy he visto a tu mujer, Cecil. En el mercado de pescado de Katthavet. Está embarazada, ya no puede ocultar su barriga.

Winge da un respingo en la silla y por primera vez mira a Roselius cara a cara.

—¿Estaba sola?

Roselius asiente con la cabeza y pone una mano sobre el brazo de Winge, pero éste lo aparta con rapidez. Esa reacción instintiva vuelve a sorprenderlo.

Cierra los ojos para recobrar el control. Por un instante se transporta a la biblioteca que lleva dentro: observa las hileras de libros dispuestos de forma ordenada y sometidos a un reinado de silencio absoluto. Elige un volumen de Ovidio y lee unas palabras al azar: «*Omnia mutantur, nihil in herit*»: «Todo cambia, nada desaparece», ahí encuentra el consuelo que estaba buscando.

Cuando vuelve a abrir los ojos, éstos no revelan la menor emoción. Con algún esfuerzo consigue recuperar el control sobre sus manos temblorosas y devuelve con cautela la cuchara a su sitio. Empuja la silla hacia atrás y se levanta de la mesa.

—Te agradezco la sopa y la preocupación, pero creo que a partir de ahora cenaré en mi cuarto.

La voz de Roselius lo sigue mientras sale.

—Si tu mente dice una cosa y la realidad otra, sin duda es tu mente la que comete un error. ¿Cómo es posible que algo así no sea evidente para ti, con todas las ventajas que te ha supuesto recibir una educación clásica?

Winge no conoce la respuesta, pero la distancia entre ambos le permite aparentar que no ha oído.

Cecil Winge sale al pasillo tambaleándose y se encamina con piernas vacilantes escaleras arriba, hacia la habitación que alquila desde el verano al cordelero. No tarda en quedarse sin aliento; se ve obligado a detenerse y recobrar el equilibrio apoyado en la jamba de la puerta.

Al otro lado de la ventana, en el jardín, reina la quietud. El sol se ha puesto ya. En la pendiente que baja hasta la orilla del mar se extiende un huerto. Más allá de las copas de los árboles ve las luces de la isla de Skeppsholmen, donde los marineros se apresuran a acabar la jornada con la esperanza de poner unas paredes y un techo entre ellos y la noche. Más allá se alza el campanario de la iglesia de Santa Catalina. Sopla la brisa nocturna.

Cada día, la ciudad parece respirar: por la mañana inspira el viento del mar que exhala luego, al atardecer, con tal fuerza que todas las veletas giran de nuevo hacia la costa. Muy cerca, el viejo molino de viento gime en protesta por las cuerdas que sujetan sus aspas. Tierra adentro, uno de sus hermanos le responde en la misma lengua.

Winge ve su propio reflejo en el cristal de la ventana. Aún no ha cumplido los treinta. Lleva recogido con un lazo el oscuro cabello, que contrasta con su tez pálida. Las orlas de su camisa blanca le cubren el cuello. Ya no alcanza a ver dónde acaba el horizonte y empieza el firmamento. Sólo en lo más alto las estrellas que van apareciendo delatan al cielo. Así es el mundo: mucha oscuridad, poca luz. Con el rabillo del ojo, capta una estrella fugaz cruzando el ángulo superior de la ventana, una línea de luz que recorre la bóveda celeste en un abrir y cerrar de ojos.

Abajo, entre los tilos del jardín, distingue un farol, aunque no esperan visitas. Oye pronunciar su nombre. Se envuelve en el abrigo y, al acercarse, comprueba que lo aguardan dos personas. La criada de Roselius sostiene la lámpara; junto a ella hay un personaje de baja estatura; está

agachado, con las manos en las rodillas; jadea, tiene un hilo de saliva en los labios. Cuando Winge llega hasta allí, la criada le pasa el farol.

—Viene a verlo a usted. No voy a permitir que cruce mi umbral en ese estado.

Se vuelve en redondo y regresa con decisión hacia la casa principal, negando con la cabeza ante la insensatez que reina en el mundo. El visitante es un joven. Aún tiene una voz clara y, bajo la mugre, las mejillas tersas.

—¿Y bien?

—¿Es usted Winge, el del Inbeto?

—Para ser exactos, la jefatura de policía está en la Casa Indebetouska. Pero sí, soy Cecil Winge.

El chico lo mira entrecerrando los ojos bajo un mechón de pelo rubio y sucio, reacio a creerlo sin pruebas.

—En Slottsbacken han dicho que el que llegara aquí más deprisa recibiría una recompensa.

—¿Ah, sí?

El chico mordisquea el mechón que se le ha escapado de debajo del sombrero.

—He corrido más rápido que los demás. Ahora tengo flato y la boca me sabe a sangre. Además, tendré que dormir fuera con la ropa mojada. Quiero un cuarto de penique por las molestias.

El chico contiene la respiración como si su propio descaro se le hubiese atragantado. Winge le lanza una mirada severa.

—Tú mismo has dicho que hay otros en camino con el mismo recado: sólo tengo que esperar para ver quién es el mejor postor.

Puede oír cómo el chico rechina los dientes y se maldice por su error. Winge abre la bolsa y saca la moneda solicitada. La sostiene entre el pulgar y el índice.

—Esta noche estás de suerte: la paciencia no está entre mis virtudes.

El chico esboza una sonrisa. Le faltan los incisivos, que han dejado un hueco por el que asoma la lengua para lamer los mocos que le caen de la nariz.

—Quien lo busca es el jefe de la policía, señor. Y lo quiere allí de inmediato, en el callejón Yxsmedsgränden.

Winge asiente y le tiende la mano con la moneda. El chico avanza unos pasos y agarra su recompensa. Se da la vuelta, echa a correr y salva el murete con un salto que casi lo hace perder el equilibrio. Winge le grita:

—¡Gástatela en pan, no en bebida!

El chico se detiene y por toda respuesta se baja los pantalones, le enseña su culo pálido y se da una palmada sonora en cada nalga mientras le grita por encima del hombro:

—¡Unos cuantos recados como éstos y seré tan rico que no tendré que elegir entre comer y beber!

Suelta una risotada triunfal y se interna en la dehesa hasta desaparecer engullido por las sombras.

• • •

Al jefe de la policía Johan Gustaf Norlin hace meses que le prometen una vivienda oficial, pero nada sucede: aún vive con su familia en el mismo bloque de pisos, a tres calles de la Bolsa. Para cuando Winge consigue subir penosamente hasta la tercera planta y recuperar el aliento, ya es

tarde: puede oír que un visitante anterior ha logrado despertar no sólo al jefe, sino también a su familia (en algún lugar del piso, una mujer tranquiliza a un crío desconsolado). Norlin lo está esperando en el gabinete, sin peluca y con una falda del camión asomando entre la casaca y los calzones del uniforme.

—Cecil, gracias por venir tan deprisa.

Winge asiente con la cabeza y acepta sentarse en una silla que Norlin ha colocado para él junto a la chimenea alicatada.

—Katarina está preparando café, no tardará mucho en estar listo.

Visiblemente incómodo, el jefe de la policía se sienta frente a él y se aclara la garganta como para facilitar la revelación del motivo por el que lo ha hecho acudir.

—Cecil, esta noche han encontrado un cadáver en el lago Fatburen, en Södermalm. Un par de niños se las han apañado para convencer a un guardia borracho de que lo sacara del agua. Estaba... digamos que el hombre que me lo ha contado es guardia municipal desde hace diez años; seguro que en ese tiempo habrá tenido ocasión de observar todo el mal que un hombre puede llegar a hacerle a otro. Y, aun así, mientras me describía el estado del cuerpo ha tenido que esforzarse para contener las arcadas y no vomitar la cena delante de mí.

—Conociendo a los guardias municipales, eso puede haber sido cosa de la bebida.

Ninguno de los dos sonrío. Winge se frota los ojos fatigados.

—Johan Gustaf, después del último caso acordamos que me retiraría. He ayudado a la jefatura de policía durante muchos años, ya es hora de que atienda mis propios asuntos.

—Nadie podría estarte más agradecido que yo por todo lo que has hecho, Cecil. No se me ocurre una sola vez en la que no hayas superado mis expectativas. En vista de lo mucho que has mejorado los resultados de este cuerpo desde el último invierno, está claro que me has prestado un servicio enorme. Pero ¿no te he ayudado yo también? Corrígeme si me equivoco.

Norlin busca en vano la mirada de Winge. Suspira y acepta el café que le ofrecen.

—Cecil, ¿te acuerdas de cuando éramos unos jóvenes recién graduados en Derecho y ansiosos de que nuestros nombres se conocieran en los tribunales? De los dos, tú eras el idealista, el que defendía con más firmeza sus convicciones. Fuera cual fuese el precio, estabas dispuesto a pagarlo. Poco ha cambiado en tu caso, mientras que yo he permitido que el mundo redujera mis horizontes: mis ansias de comprometerme me han hecho jefe de la policía. La cuestión es que ahora, por una vez, parece que hemos intercambiado los papeles. Esta vez soy yo quien te plantea: ¿cuántas veces nos hemos visto ante un mal de esta magnitud; un mal que, además, está en nuestra mano combatir? Pocos asuntos a los que te has dedicado eran realmente dignos de tu atención. Esta vez no se trata de un estafador analfabeto, ni de un hombre que asesina a su mujer y después no se molesta siquiera en limpiar la sangre del martillo; a todas luces no se trata de un rufián que se ha puesto violento ni de un borrachín con un ataque de ira. Esto es claramente otra cosa: lo supera todo. Ni tú ni yo hemos visto antes algo así. Si pudiera confiarle este asunto a otra persona, no dudaría en hacerlo, pero no hay nadie más capaz que tú, y ahí fuera, en algún lugar, acecha un monstruo disfrazado de ser humano. Han llevado el cuerpo al cementerio de Santa María Magdalena; hazme este favor y jamás volveré a pedirte otro.

Winge levanta la vista y esta vez es el jefe de la policía quien no puede mirarlo a los ojos.

Cardell baja por la cuesta de Kvarnberget y suelta en la alcantarilla un escupitajo marrón de tabaco. Se ha lavado como ha podido en el pozo de un amigo y se ha puesto una camisa prestada. Más allá de los edificios encalados colgados de las laderas que desembocan en la bahía de Gullfjärden, distingue apenas la ciudad en su islote, flanqueado por el de Riddarholmen. Ambos forman un coloso que emerge de las aguas del lago Mälaren; un coloso oscuro, iluminado tan sólo por unas cuantas luces aisladas.

Apenas ha salido del barrio cuando ve a un hombre que se dirige a la Esclusa de Polhem. Tiene cicatrices de viruela en la cara y lleva al cuello, colgando de una cadena, la placa plateada de policía.

—Disculpe, ¿por casualidad sabe usted qué ha sido del cadáver del lago Fatburen? Me llamo Cardell: soy quien lo ha sacado de ahí hará una hora más o menos.

—Sí, me he enterado. Es usted guardia, ¿verdad? Por el momento, el cuerpo está en el osario de la iglesia de Santa María Magdalena. ¡Jamás había visto algo peor! Teniendo en cuenta el estado en que lo ha encontrado, habría jurado que no querría saber nada más de él, pero en fin. Por mi parte, tengo que volver a la Casa Indebetouska para presentar mi informe antes del alba.

Se separan y Cardell se encamina ladera abajo por el barro húmedo de rocío del callejón Maria Kvarngränd. Al pie de la colina, no tarda en encontrar la iglesia de Santa María Magdalena. Está tan mutilada como Cardell: en el mismo año en que él nació, una chispa saltó de la cabaña de un panadero provocando un incendio que dejó veinte manzanas convertidas en cenizas. La torre, proyectada por Nicodemus Tessin el Viejo, se desplomó sobre la bóveda enlucida y tres décadas después todavía no la han reconstruido.

Al otro lado de una verja se halla el cementerio del templo. Las tumbas parecen observarlo en silencio, pero la paz del lugar se ve perturbada por un sonido desagradable. Cardell, en la penumbra, tarda unos instantes en comprender que proviene de un ser humano. Primero le parece el ladrido de un perro encerrado bajo tierra, pero entonces ve una sombra en el patio de gravilla que está frente a la hilera de edificios que albergan el establo y la casa del sepulturero y enseguida reconoce a una persona que tose en un pañuelo.

Se queda allí parado sin saber qué hacer hasta que al desconocido se le pasa el ataque de tos, escupe en el suelo y se da la vuelta. La luz que se filtra por las ventanas de los edificios que están a su espalda le impide verle la cara, al tiempo que ilumina a la perfección su propio rostro. El desconocido rompe el silencio con una voz que es poco más que un susurro ronco, pero que se torna más audible con cada palabra.

—Usted es Cardell, ¿no es cierto? El que ha encontrado al muerto.

El guardia asiente con la cabeza.

—El policía no me ha sabido decir, pero Cardell no es su nombre completo, ¿verdad?

Cardell se quita el sombrero empapado y hace una reverencia francamente rígida.

—Ojalá lo fuera: soy Jean Michael Cardell. Fui el primogénito, así que mi padre depositó en mí todas sus expectativas; sin embargo, como puede comprobar, lo decepcioné por completo. Todo el mundo me llama Mickel.

—La modestia también es una virtud. Si su padre no supo verlo, allá él.

La figura en penumbra da unos pasos para salir a la luz.

—Me llamo Cecil Winge.

Cardell observa a aquel hombre y repara en que es más joven de lo que sugería su voz ronca. Su atuendo es muy formal, si bien algo anticuado: un abrigo negro de cuello alto, ceñido en la zona de la cintura y con el faldón orlado con crines de caballo; un chaleco con un bordado discreto; calzones de terciopelo negro ajustados a la altura de las corvas; pañuelo blanco arrollado en torno al cuello. Lleva el largo cabello negro azabache sujeto en la nuca con una cinta roja. Su piel es tan blanca que casi parece incandescente.

Es enormemente esbelto; flaco, en realidad, hasta un punto que parece anormal. No podría ser más distinto de Cardell, un hombre como tantos otros que pueden verse por las calles de Estocolmo, madurados prematuramente por las privaciones y la guerra. Sus hombros deben de ser el doble de anchos que los de Winge; su ancha espalda de soldado tensa el tejido del abrigo de un modo nada favorecedor; sus piernas son como troncos; su único puño, grande como un jamón; sus orejas de soplillo han parado tantos golpes que tiene las hélices llenas de cicatrices callosas.

Cardell se aclara la garganta, algo cohibido por la mirada del otro, que da la impresión de estar inspeccionando las marcas de viruela de su rostro. Instintivamente, se vuelve hacia la izquierda para ocultar su condición de mutilado. El silencio incómodo, que no parece molestar a Winge en lo más mínimo, lo fuerza a hablar.

—Me he encontrado con un sargento en lo alto de la colina. ¿También usted es de la Casa Indebetouska, de la jefatura de policía?

—Sí y no. Quizá lo sea a título extraordinario. Ha sido el jefe de la policía quien me ha pedido que venga aquí. ¿Y a usted, Jean Michael, qué lo trae al osario de la iglesia de Santa María Magdalena en plena noche? Cabría pensar que ya ha hecho lo suficiente por el muerto.

Cardell escupe en el suelo un pedazo de tabaco inexistente para ganar un poco de tiempo, pues comprende que no tiene una respuesta razonable para esa pregunta.

—He perdido la bolsa. Es probable que se me haya caído encima del cuerpo cuando lo he llevado hasta la orilla. No es que hubiera gran cosa en ella, ya se imaginará, pero sí lo suficiente como para que valga la pena caminar de noche hasta aquí.

Winge hace una pausa antes de hablar.

—Por lo que a mí respecta, he venido a examinar el cuerpo. A estas alturas ya deben de haberlo lavado. Me dirigía a hablar con el sepulturero. Venga conmigo, Jean Michael, y veremos si conseguimos encontrar su bolsa.

Llaman en la casa construida a un lado del muro y les abre el sepulturero, un hombre viejo, bajo y patizambo, con la espalda encorvada y una joroba sobre un omoplato. Su voz tiene un dejo alemán.

—¿El señor Winge?

—Sí.

—Me llamo Dieter Schwalbe. ¿Ha venido a ver el cadáver? Puede examinarlo a lo largo de la noche, pero el pastor tiene intenciones de bendecirlo antes del oficio de la mañana.

—Haga el favor de mostrarnos el camino.

—Sí, un momento.

Schwalbe enciende dos faroles con una larga cerilla que luego apaga agitándola en el aire. Allí cerca, sobre una mesa, un gato gordo se frota la cara con la pata recién lamida. Schwalbe le tiende un farol a Cardell, cierra la puerta y los guía con paso vacilante. En el otro extremo del patio hay una casa de piedra de aspecto primitivo.

Antes de abrir la puerta, Schwalbe se pone una mano en la boca a manera de altavoz y suelta un grito.

—Es por las ratas —explica—. Prefiero ser yo quien las asuste y no al revés.

En todos los rincones hay objetos amontonados: picos y palas, ataúdes viejos y nuevos, fragmentos de lápidas quebradas por las heladas en invierno. El cuerpo está sobre un banco bajo, envuelto en una tela. En la habitación hace fresco, pero el olor a muerte resulta inconfundible.

El sepulturero señala un gancho con un gesto y Cardell cuelga en él su farol. Schwalbe inclina la cabeza, junta las manos como si rezara y se mece alternando su peso entre un pie y otro, claramente incómodo. Winge se vuelve hacia él.

—¿Hay algo más que quiera decirme? Tenemos mucho que hacer y el tiempo es de vital importancia.

Schwalbe mantiene la vista clavada en el suelo.

—Alguien que se pasa tanto tiempo cavando tumbas como yo aprende a percibir cosas que se les escapan a los demás. Puede que los muertos no tengan voz, pero se comunican de otras formas. Este de aquí está profundamente enfadado ahora mismo. Nunca he sentido nada igual: es como si su ira estuviera a punto de hacer que se desmorone el enlucido de las paredes de piedra que nos rodean.

Cardell no puede evitar inquietarse ante aquella cháchara supersticiosa. Empieza a santiguarse, pero se detiene al ver la mirada escéptica que Winge le dirige a Schwalbe.

—No sólo la ausencia de vida define la muerte, también la deserción de la consciencia. No sé dónde se encuentra este hombre; ojalá que en un lugar mejor; pero sé muy bien que no puede sentir la lluvia ni el sol, y que nada que hagamos podría perturbarlo.

El ceño fruncido de Schwalbe deja bien claro que no está de acuerdo. No parece tener la menor intención de marcharse.

—No deberían enterrarlo en una tumba sin nombre: quien entierra un cuerpo anónimo está sembrando un fantasma. Lo suyo sería ponerle un nombre cualquiera hasta que averigüen su nombre verdadero.

Winge considera el asunto unos instantes. Cardell se imagina que responderá cualquier cosa que le permita deshacerse lo más pronto posible del sepulturero.

—Supongo que nos será útil poder llamarlo de algún modo. ¿Alguna sugerencia, Jean Michael?

La pregunta deja descolocado a Cardell, que titubea en vez de responder. Schwalbe se aclara la garganta discretamente y murmura:

—A los que no están bautizados se les suele poner el nombre del rey.

Cardell entorna los ojos y dice como si escupiera:

—¿Piensan llamarlo Gustavo? ¿No ha sufrido ya bastante el pobre tipo?

Schwalbe vuelve a fruncir el ceño.

—¿Y qué tal Carlos? Tienen ustedes doce para elegir. Si no me equivoco, en la lengua de este país *Karl* significa «hombre»: parece muy adecuado en este caso.

Winge se vuelve hacia Cardell.

—¿Entonces Karl?

En presencia de la muerte, los viejos recuerdos se agitan.

—Sí: Karl. Karl Johan.

Schwalbe les sonríe a ambos y revela una hilera de diminutos muñones de color marrón.

—¡Estupendo! Y ahora, pese a que el sentido común me dicta lo contrario, les desearé buenas noches, señor Winge y señor...

—Cardell.

Cuando está a punto de cruzar el umbral, Schwalbe se detiene y añade por encima del hombro:

—Señor Karl Johan.

Winge y Cardell se quedan solos bajo la luz del farol. Winge aparta una esquina de la tela que hace de mortaja y aparece una de las piernas: un muñón serrado a menos de un palmo muslo abajo. Al cabo de un momento, se vuelve hacia Cardell.

—Acérquese y dígame qué ve.

Para Cardell, la visión de esa pierna, de ese muñón anónimo que no evoca de inmediato forma humana, es peor que el recuerdo de haber visto el cadáver entero.

—¿Una pierna cercenada? No creo que haya nada más que decir.

Winge asiente con gesto pensativo. Su silencio hace que Cardell se sienta un tonto y luego le produce irritación. La noche se le está haciendo eterna. Sin apartar la mirada del rostro de Cardell, Winge señala su muñón.

—No he podido evitar fijarme en que a usted mismo le falta un brazo.

Cardell sabe que se le da bien ocultar su discapacidad. Ha ensayado muchas horas cómo hacerlo, ha aprendido a mantener el brazo medio oculto detrás de la cadera. Por suerte, desde cierta distancia la madera clara de la haya se confunde con piel: si se abstiene de gestos vehementes es poco probable que quienes no lo conocen bien reparen en su desgracia, sobre todo por la noche. Ahora, sin embargo, no le queda otra que asentir.

—Lo siento mucho.

Cardell suelta un bufido.

—He venido en busca de las monedas que he perdido, no de compasión.

—Visto su desagrado al oír el nombre de nuestro difunto rey Gustavo, me atrevo a suponer que resultó herido en la guerra, ¿no? —Cardell asiente y Winge continúa—: Sólo lo menciono porque sus conocimientos sobre amputación sin duda superan los míos. ¿Me haría el favor de inspeccionar el muñón una vez más?

Esta vez, Cardell se permite estudiar la zona. Pese al agua y el jabón aún tiene una capa de mugre. Cuando da con la respuesta, resulta muy evidente que comprende que debería haberlo visto de inmediato.

—No es una herida reciente: está completamente cicatrizada.

Winge asiente para mostrar que está de acuerdo.

—Sí. Cuando encontramos un cuerpo en semejantes condiciones, solemos considerar que las heridas son la causa de la muerte, o bien obra del asesino al intentar deshacerse de las pruebas. En este caso no se trata de ninguna de las dos cosas. No me sorprendería que descubriéramos que los cuatro muñones están en un estado similar.

Siguiendo las indicaciones de Winge, se plantan uno a cada lado del camastro, retiran la tela que cubre el cadáver y la doblan. El cuerpo despidе un hedor agrídulce y terroso que obliga a

Winge a llevarse el pañuelo a la nariz. Cardell se limita a recurrir a la manga.

A Karl Johan le faltan ambos brazos y ambas piernas. Todos los miembros se han cercenado lo más cerca posible del cuerpo, tanto como ha permitido el uso sin trabas del cuchillo y la sierra. Al rostro le faltan también los ojos: fueron removidos de sus órbitas. Lo que queda del cuerpo se ve malnutrido, las costillas sobresalen. Aunque el vientre está distendido por los gases, que han vuelto hacia fuera el ombligo, los huesos de la cadera resultan claramente visibles bajo la piel. El pecho es delgado y estrecho, como el de un joven: aún no tiene la amplitud del de un hombre adulto. Las mejillas se ven hundidas. Del joven que una vez fue, lo que queda en mejor estado es el cabello. Los humildes feligreses han lavado la melena rubia y la han peinado sobre los tablones del camastro.

Winge coge el farol del gancho y describe lentamente un círculo en torno al cadáver para inspeccionarlo más de cerca.

—En la guerra tiene que haber visto a muchísimos ahogados, ¿no?

Cardell asiente con la cabeza. Sin embargo, no está acostumbrado a escenas como aquella, al examen analítico y desapasionado de un muerto, y el nerviosismo lo hace hablar por los codos.

—Muchos de los que se ahogaron en el Golfo de Finlandia volvieron a Suecia meses después, en otoño: los encontramos al pie de las murallas de la fortaleza de Sveaborg, bajo las piezas de artillería. Los que habíamos sobrevivido al tifus fuimos los encargados de sacarlos del agua. Aunque bacalao y cangrejos los habían mordisqueado por todas partes, los cadáveres seguían moviéndose y hacían toda clase de sonidos: eructaban, gemían. Para colmo, estaban llenos de anguilas, que se habían puesto bien gordas allí dentro, y cuando interrumpíamos su banquete se alejaban culebreando a regañadientes.

—Y en comparación ¿qué le parece nuestro Karl Johan?

—Justamente, no veo la menor similitud. Más bien me recuerda los cuerpos que recuperábamos inmediatamente después de una refriega, el mismo día que habían caído por la borda: éstos estaban pálidos, bastante arrugados y llenos de agua, y eso es lo que veo aquí. A mi entender, Karl Johan no ha pasado mucho tiempo en el lago. Yo diría que sólo han sido unas horas. Deben de haberlo echado al agua al anochecer.

—¿Cuánto tardó su brazo en curarse? —pregunta Winge con expresión pensativa.

Cardell lo mira fijamente y luego toma una decisión.

—Hagamos esto como es debido, así estaremos los dos más o menos en igualdad de condiciones.

Cardell extiende el brazo izquierdo y Winge lo ayuda a arremangarse hasta que la tela queda por encima de las correas que sujetan el miembro de madera al codo. Cardell las desata con la facilidad de un experto y saca el brazo, luego sostiene el muñón a la luz.

—¿Ha visto alguna vez cómo le amputaban un miembro a una persona?

—Nunca a una persona viva. En cierta ocasión acudí a un anfiteatro anatómico para ver a unos cirujanos diseccionar el cadáver de una mujer.

—Mi propia operación no fue precisamente un ejemplo de manual: la llevaron a cabo las manos torpes de un marinero que me cortó con su cuchillo por debajo del codo. Cuando me llevaron ante el cirujano, éste tuvo que cercenar aún más para impedir el avance de la gangrena. Pero habitualmente se sujeta al paciente con cadenas forradas de cuero para que no estropee la operación con sus arremetidas o convulsiones. Luego se corta con un cuchillo la carne blanda y el hueso con una sierra. A los afortunados les dan alcohol hasta dejarlos inconscientes; aunque, en mi caso, las prisas determinaron que yo viviera aquella experiencia perfectamente sobrio. Después

hay que cerrar con rapidez las venas grandes: yo mismo he sido testigo de lo lejos que pueden llegar los chorros de sangre cuando no se hace así. Los hombres pierden las fuerzas y se quedan blancos en cuestión de segundos. Cuando las cosas se hacen bien, se conserva un colgajo de piel lo bastante grande como para doblarlo sobre el muñón y se cosen los bordes con aguja e hilo. Mire, en mi caso es posible seguir la cicatriz, en forma de media luna, y aún se ven los puntos de la aguja. Si la cicatriz no se infecta, sólo queda esperar a que el miembro crezca de nuevo.

Cardell ofrece una sonrisa forzada a Winge, que lo mira atentamente.

—Ha visto cada etapa de la cicatrización más de cerca de lo que nadie podría desear; ¿cree que podría determinar la fecha de la amputación de los miembros de Karl Johan?

—A ver, deme el farol.

Ahora le toca a Cardell rodear al hombre muerto. Se inclina sobre cada esquina del torso para estudiar los muñones uno a uno. Con el brazo sano ocupado en sujetar el farol, no le quedan dedos con que taparse la nariz. Respira por la boca y exhala el aire acre en pequeñas bocanadas.

—Por lo que yo veo, perdió primero el brazo derecho, luego la pierna izquierda, el brazo izquierdo y la pierna derecha. Diría que el brazo derecho se amputó hace tres meses, siempre y cuando Karl Johan haya cicatrizado al mismo ritmo que lo hice yo. En cuanto a la pierna derecha, hará un mes, quizá.

—De manera que a este hombre le han ido cercenando los miembros uno a uno. Cada herida se ha vendado y dejado cicatrizar y después le han amputado el miembro siguiente. Además, todo indica que lo han dejado ciego a propósito. Y no le queda un solo diente, y tampoco la lengua. A juzgar por el estado de las heridas, el proceso de convertirlo en lo que vemos hoy empezó el verano pasado y se completó hace apenas unas semanas. La muerte le sobrevino ayer o anteayer.

Cardell nota cómo se le eriza el vello de la nuca ante las implicaciones de lo que Winge está diciendo. Éste se da golpecitos en los dientes con la uña del pulgar, pensativo, antes de añadir:

—E imagino que fue bienvenida.

Se detiene a medio proceso de volver a taparlo y se frota con cautela el paño entre los dedos.

—Le agradezco su ayuda, Jean Michael. Por desgracia, ha sobreestimado usted la destreza de Karl Johan como carterista: su bolsa sigue en su sitio, bajo su chaqueta. El bulto es claramente visible y, si con eso no bastara, la bolsa en cuestión ha asomado cuando usted se ha inclinado con el farol. Pero eso usted ya lo sabía: la curda de la noche anterior no podría haberle durado tanto como ha querido hacerme creer.

Cardell suspira, maldiciéndose por haber mentido irreflexivamente. Ahora que la borrachera ha dejado lugar a la resaca, se siente enfadado. Lo perturba la sangre fría de Winge con el muerto, y eso que él mismo ha visto más muertos de lo que desearía a su peor enemigo. Escupe por encima del hombro, como para conjurar el mal.

—Qué persona impasible es usted, Cecil Winge: no me sorprendería enterarme de que se siente más cómodo con los muertos que con los vivos. Ya que me ha demostrado cuán aguda puede ser su vista, déjeme hacer gala de la mía: no come lo suficiente. En su lugar, yo trataría de pasar más tiempo en la mesa y menos en la letrina.

Winge no reacciona al insulto.

—Algo más lo ha traído aquí esta noche. De qué se trata exactamente no es de mi incumbencia, pero ¿querría continuar con lo que ha empezado? ¿Le gustaría ver a este hombre vengado y sepultado en terreno sagrado? Las autoridades policiales me permiten disponer de ciertos recursos: no sólo le agradecería mucho su ayuda, sino que además podría darle alguna remuneración.

Winge clava en Cardell sus grandes ojos, que ahora muestran un inesperado fulgor. El guardia se siente asustado y confundido, pero a esas alturas la fatiga ha invadido su cuerpo y simplemente se queda plantado donde está mientras el otro prosigue:

—No tiene que darme una respuesta de inmediato. Tengo que ir a la Casa Indebetouska para asistir a la reunión matutina, aunque ya sé lo que voy a oír: el sargento presentará su informe y la responsabilidad recaerá en el fiscal, ocupado con asuntos más sencillos y que prometen mayor gloria. En el mejor de los casos pedirá a los inspectores del barrio de la parroquia de Santa María Magdalena que pregunten a los policías de la zona si han escuchado rumores que puedan arrojar luz sobre el asunto. Espero muy poco de ese procedimiento: este cuerpo cercenado seguirá privado de su verdadero nombre y será enterrado a expensas de la ciudad en una fosa en el extremo norte del camposanto donde ahora nos encontramos. No habrá nadie allí para llorar su muerte. El jefe de la policía me ha pedido que haga lo que pueda, pero temo no dar abasto si lo hago yo solo.

Es difícil calmar a Cardell una vez que ha perdido los estribos. Ya se ha dado la vuelta para marcharse, debatiéndose consigo mismo. La voz ronca de Winge lo persigue hasta la puerta.

—Si desea ayudarme, venga a verme, señor Cardell. Le alquilo una habitación a Roselius en la casa de verano de Spens.

Como siempre al despuntar el alba, el caos y el alboroto se apoderan de la Casa Indebetouska, encaramada a la cuesta de Slottsbacken. Winge parpadea varias veces para sacarse el polvo que le ha entrado en los ojos. Procura olvidarse de que no ha dormido y se pregunta si en algún lugar habrá un recipiente con un poco de café que pueda beberse.

Las escaleras están llenas de gente que entra o sale, o que simplemente espera allí a falta de un sitio mejor. El personal de la jefatura todavía se está adaptando a la nueva sede y al nuevo jefe. Nadie ha conseguido aún dilucidar cuál sería la mejor estancia para cada cosa.

Llevan menos de un año en la Casa Indebetouska. Los maledicentes aseguran que la única razón para dejar Trädsgårdsgatan y embarcarse en una mudanza complicadísima fue salvar la cara de la ciudad, después de que el antiguo dueño del palacio se las arreglara para obtener una audiencia con el moribundo rey Gustavo y salir de allí con una firma apenas reconocible de su majestad en un contrato de compraventa que le prometía veinticinco mil riksdalers a cambio de un edificio decrepito y abandonado durante largo tiempo, demasiado caluroso en verano y demasiado frío en invierno.

El palacio, extrañamente asimétrico y reclinado contra la colina, se yergue entre la iglesia de San Nicolás y un solar vacío en el que todavía pueden verse los escombros del teatro Bollhuset, el primero de Suecia, demolido recientemente.

Bajo la tenue luz matutina se mezclan los rostros familiares y los desconocidos. Con desagrado, Winge identifica a Teuchler y Nystedt, dos matones a sueldo del cuerpo que llevan a rastras a un hombre con la camisa hecha jirones, los ojos amoratados y un labio partido, lo que permite adivinar que acaba de confesar algo de lo que se le acusaba. El secretario Blom se abre paso entre los mirones y, cuando descubre que Winge lo está observando, alza los ojos al cielo: han pasado más de dos décadas desde que se ilegalizaron estos métodos, pero Teuchler y Nystedt son hijos de otra época.

Los que saben quién es Winge, pero sólo lo conocen de vista, bajan la cabeza cuando se les aproxima. Él nota cómo vuelven a fijar los ojos en él cuando ya ha pasado. En su trayecto escaleras arriba, repara en que todavía no se ha quitado de la pared el escudo de armas del antiguo jefe de la policía: una muestra más del desorden que padece el cuerpo desde que el rey Gustavo se reunió con sus antepasados.

Han transcurrido casi dos años desde que el disparo de Jacob Johan Anckarström retumbó en el baile de disfraces, pero en el cuerpo de policía aún reverbera el eco de la noticia. Con un príncipe heredero de apenas trece años de edad, la lucha por el poder estalló incluso antes de que

el monarca perdiera su larga lucha con la muerte. El antiguo jefe de la policía, Nils Henric Aschan Liljensparre, un confidente del rey Gustavo que había levantado el cuerpo desde los cimientos y lo había dirigido durante al menos tres décadas, fue uno de los hombres poderosos que vio su oportunidad y manifestó abiertamente su ambición de convertir a su marioneta, el ingenuo duque Carlos, hermano menor del rey, en regente y tutor del príncipe.

Pero esas ansias de poder supusieron la perdición del antiguo jefe de la policía: el barón Reuterholm ocupó el lugar que Liljensparre quería para sí y controla el país a través del duque Carlos, mientras que a Liljensparre lo han despachado a la Pomerania Sueca. A principios de año, Reuterholm nombró jefe de la policía al fiscal Johan Gustaf Norlin y, según dicen, está arrepentido de haberlo hecho. Como otras personas sensatas, Winge conoce el motivo: Norlin es un hombre honrado.

En la tercera planta hay sillas colocadas en el pasillo. Winge sacude los brazos para que la sangre le circule hasta las yemas de sus dedos helados. El aire húmedo y frío le irrita la garganta; procura respirar profundamente para evitar toser. Tiene que esperar un cuarto de hora más entre la corriente de aire que se cuele por las viejas ventanas antes de que la puerta del despacho de Norlin se abra, los visitantes anteriores salgan y él pueda entrar finalmente.

Al igual que el resto del palacio, el despacho de Norlin es un desbarajuste. El bello escritorio prácticamente ha desaparecido bajo los montones de papeles que lo cubren de punta a punta. Norlin espera de pie junto a la ventana acariciándole el pescuezo a un gato moteado que se ha encaramado al alféizar y ronronea de placer. El jefe de la policía tiene aproximadamente la misma edad que Winge, pero las noches sin dormir de este último año lo han envejecido y ahora aparenta mucho más de treinta años. La piel que asoma por encima del cuello de su guerrera está roja e irritada porque ha estado rascándose para aliviar un picor. Se vuelve para dar la bienvenida a Winge y, cuando descubre que éste está mirando al gato, se encoge de hombros y le dice:

—Nuestro amiguito es el único habitante de esta casa que aún está en su sano juicio y tiene claras sus prioridades. —Empuja suavemente al animal para que baje al suelo, se apoya contra el alféizar y se cruza de brazos—. Y bien, ¿tu visita al cementerio ha resultado satisfactoria?

—Me precipité al sugerir que todo se debía a que el guardia había bebido. Su reacción fue totalmente justificada: se trata de un crimen muy poco corriente.

—Existe otro motivo, aparte de por tu competencia, por el que te he pedido que te encargues de este caso, Cecil: como no perteneces formalmente al cuerpo, puedes trabajar en la sombra. Reuterholm me tiene en su punto de mira y hay pocas cosas que lo irriten más que descubrir que estamos llevando a cabo un auténtico trabajo policial. Preferiría que me dedicara a hacer cumplir las leyes de censura en vez de convertir la ciudad en un lugar seguro para sus habitantes. Echa un vistazo. —Norlin saca un documento con el sello roto y continúa—: Ésta es una carta firmada por Gustav Adolf Reuterholm en la que exige una explicación por la falta de progresos en la investigación que ordenó sobre el rumor de que ha intentado envenenar al príncipe heredero. Las mismas fuentes aseguran que sus ansias de poder se explican por su impotencia y su gusto por las más variadas perversiones. El barón tiene la impresión de que ya ha esperado suficiente para ver cómo los responsables son colgados y ahora exige que le entregue un informe pormenorizado de mis esfuerzos.

—¿Y se lo enviarás?

—Como no he hecho ningún esfuerzo, supongo que será mejor que no le envíe nada. Ha perdido

completamente el juicio, no es más que un déspota sin amigos ni familia que le proporcionen alguna estabilidad. Está intentando que el adivino Arvidsson se comunique con los muertos en su nombre. Es vanidoso, impulsivo y corto de entendederas, igual que el propio rey Gustavo en sus últimos años. El miedo a la revolución y a la traición es una epidemia que afecta a todos aquellos que se aproximan demasiado al trono. Su majestad le pidió a mi predecesor que reclutara a todo un plantel de chivatos para obtener información de los rumores y conspiraciones que circularan por las calles. Por desgracia, se los envió al lugar equivocado: mientras el rey Gustavo tenía pesadillas en las que imaginaba que la Revolución francesa se propagaba hacia el norte y hacía cuanto estaba en su mano por escuchar el cotilleo de los republicanos en los cafés, sus asesinos acechaban entre los miembros de su propia corte. Tenía tanto miedo de los plebeyos a los que nunca había conocido que creía que los nobles, a los que tenía delante de sus narices, eran inofensivos.

Norlin gesticula en su escritorio.

—Aunque haga lo posible por ignorar los chismes de Liljensparre, no paro de recibir informes suyos, a cuál más absurdo: un tal Ödman se queja de que un tal Nilsson ha cantado la Marsellesa durante una noche de borrachera en Strängnäs. Se comenta que un oficial de caballería con simpatías dudosas ha elogiado el alfiler que Johlin, el presunto conspirador, llevaba en la corbata. Kullmer y Ågren entraron en la iglesia llevando calzones largos, para deleite de Weinås y Falk. Carlén esconde escritos de Thorild bajo su almohada. Etcétera, etcétera. Y mientras estoy distraído con estas tonterías, dejo de lado asuntos verdaderamente importantes. Pero a Liljensparre, ese viejo tirano, le parece que esta clase de cosas son del máximo interés. Sin duda habrás oído el apodo que le han puesto los miembros del cuerpo, ¿no? «El asno», por su segundo nombre, Aschan.

Winge observa el montón de cartas, coge una y le echa un vistazo indiferente antes de devolverla a su sitio. Norlin se quita la peluca, la lanza sobre las pilas de papeles y se rasca la cabeza.

—También hay un rumor que asegura que Reuterholm ya anda en busca de mi sustituto.

—¿Y sabes quién será?

—He oído decir que se lo han propuesto a Magnus Ullholm, un nombre que conoces muy bien.

—¿Cuánto tiempo más durarás aquí?

—No lo sé, pero cuando al barón se le mete una idea en la cabeza las cosas tienden a suceder con rapidez. Ullholm no permitirá que tu trabajo continúe, de modo que este asunto es urgente, Cecil.

Winge se lleva la mano al puente de la nariz y se masajea los ojos hinchados. La somnolencia hace que vea puntitos de luz.

—Soy la última persona a la que necesitas recordarle lo que es urgente.

Norlin le señala a Winge una silla vacía y lo invita a sentarse; enseguida abre la puerta y pide a gritos que le lleven café, orden que obedece con prontitud el empleado que está más cerca. Finalmente, con un profundo suspiro, se sienta frente a Winge.

—Bueno, volvamos al cadáver que sacaron del lago. ¿Qué esperanzas tienes de encontrar al responsable?

—Tengo motivos para creer que arrojaron el cuerpo al agua apenas unas horas antes de que lo

encontraran. Mi plan es buscar testigos entre la gente que pudiera andar por la zona poco después del anochecer.

—Parece una solución desesperada. ¿Eso es todo?

—Hay algo más. El cuerpo estaba desnudo, pero tapado en parte con un paño negro de algodón de una calidad muy fuera de lo común: parece un tejido demasiado caro como para deshacerse de él de ese modo, pero me propongo pedir la opinión de un especialista.

Norlin parece perdido en sus pensamientos. Asiente como si lo hiciera para sí mismo.

—Mantén la máxima discreción, y no sólo por Reuterholm: ahí fuera impera el descontento. Hace unos meses, una muchedumbre airada se congregó a las puertas del palacio clamando sangre, y todo porque un noble le hizo un rasguño a un burgués con su espada. Todo crimen violento debe tratarse con el máximo cuidado posible. Por favor, tenlo en cuenta.

Una criada llama a la puerta y entra con un recipiente con café y un par de tazas. Norlin les sirve y los labios finos de Winge se acercan al borde de la taza para saborear la infusión revitalizante. El gato da un brinco para subirse al regazo de Norlin, que mira a Winge con preocupación.

—Perdona que te lo diga, Cecil, sobre todo porque sé que de algún modo soy el responsable, pero qué mala cara tienes.

La taberna se llama Fördärvet. Una gruesa capa de hollín cubre las paredes, pero cualquiera que se fije un poco distingue los frescos en las paredes. Representan la danza de la muerte. Campesinos y burgueses, nobles y religiosos se dan la mano y forman un corro en torno a un esqueleto que toca un violín negro como la pez. La pintura incomoda a muchos, de modo que, incluso a altas horas de la madrugada, cuando el nivel de embriaguez ha despojado de su importancia cualquier clase de decoración, los clientes suelen contarse con los dedos de la mano. Gedda, el tabernero, se ha resistido a cualquier tentativa orientada a convencerlo de encalar las paredes: el mural lo ha pintado el mismísimo Hoffbro, insiste, y es una obra maestra.

Cardell lo detesta sobre todo porque el acuerdo que tiene con Gedda lo obliga a mantenerse razonablemente sobrio. Cumple labores de vigilante y portero durante algunas horas a la semana; su función es impedir la entrada a los alborotadores por más o menos un chelín a la semana, a lo que se suma una comisión por cada borracho que pone de patitas en la calle. El sueldo de guardia no le da para vivir, así que esta paga adicional le viene de maravilla. Sentado en su banco junto a la puerta, Cardell recuerda por enésima vez las cuencas vacías del cadáver: le parece que buscan su mirada. Resopla y se atiborra la boca de tabaco.

Intuye que la velada no traerá nada bueno, una sensación no exenta de cierta expectativa. El mal ambiente no ha hecho sino acentuarse desde el atardecer. Los parroquianos se disputan el aquavit y las cervezas, y los codazos no tardan en dar paso a palabras subidas de tono. Cardell tiene que levantarse de vez en cuando de la silla para apaciguar los ánimos e intentar razonar con hombres que ni escuchan ni entienden. Cuando se cansa, los agarra del cuello, los levanta hasta que sus pies ya no tocan los tablones del suelo y los echa a la calle.

Varios marineros llegan a la puerta cogidos del brazo e intentan entrar todos a la vez; empujan hasta que el más débil se ve obligado a romper la cadena y soltarse ante las burlas de los demás. Se ponen a cantar a voz en cuello canciones vulgares. Entre versito y versito, Cardell oye cómo alardean de desvirgar a jovencitas y entonces se convence de que la noche acabará muy mal.

Jóvenes insolentes y borrachos que se vanaglorian de defenderse unos a otros: Cardell los conoce bien. Antaño era como ellos. Los ama y los detesta. Desde su sitio junto a la puerta, los estudia como un lobo que acecha un grupo de conejos consciente de que es sólo cuestión de tiempo que sean suyos.

No toma mucho tiempo. Un tipo bajito y barrigón tropieza con la hebilla de su propio zapato y derrama su bebida en la espalda de un marinero. En sólo unos segundos, el agraviado y sus compañeros han subido al culpable a una mesa y lo obligan a bailar mientras sacuden la mesa haciendo crujir la madera. Luego uno de ellos saca un cuchillo y juega a clavárselo en los pies al pobre diablo.

La mirada de Cardell se encuentra con la de Gedda, en el otro extremo del local. A Gedda no le preocupa que derramen la bebida o lo dejen todo perdido de sangre, pero los muebles cuestan dinero. Sin pensárselo dos veces, Cardell se ajusta las correas de cuero del brazo amputado y se pone de pie.

La guerra le ha enseñado que, si bien en la batalla no hay honor, existe un ritual que debe observarse, tan predecible como carente de sentido. Él lo sigue como si se tratara de una rutina familiar. Una mano en el hombro de un marinero, diplomacia por señas en medio del barullo, muecas pidiendo tranquilidad... Alguien le acerca la boca al oído y le grita que se vaya al infierno, otro le escupe en la cara. Cardell siente que el corazón le late como un tambor en el oído y que el mundo se vuelve de color rojo. Aun así consigue controlarse. Deja caer los hombros en un gesto de sumisión ante las sonrisas triunfales de los marineros.

Cuando cae el primer golpe, éstos no comprenden qué sucede. La mano izquierda se levanta; tallada con la palma abierta, casi parece que va a acariciar la cara del hombre más cercano. En cambio, varios dientes salen volando en medio de una cascada roja. Cardell aprovecha la inercia del brazo para propinar el siguiente mamporro, y el siguiente. Nota cómo se parte un antebrazo, cómo se rompe el puente de una nariz, cómo ceden unas costillas, cómo salta un ojo de su órbita. Cada golpe es como una explosión en su muñón, pero el dolor no hace sino alimentar su ira.

Los jóvenes huyen despavoridos. El último se ve obligado a hacerlo a cuatro patas, lloriqueando, y sólo consigue llegar al umbral con ayuda de la bota de Cardell. Cuando éste se da la vuelta, el tipo bajito y barrigón sigue en pie sobre la mesa y aplaude con una sonrisa de oreja a oreja.

Su gratitud no tiene límites. Insiste en agasajar a su salvador con una jarra de vino del Rin y un brindis tras otro. Por su parte, Cardell da por sentado que después de este altercado reinará la paz hasta que la taberna Fördärvet eche el cerrojo esa noche. El suelo está manchado de sangre y las huellas conducen directamente a él: una señal de advertencia bien visible para todos. Ignora las miradas de desaprobación de Gedda y empina el codo con insistencia. Las peleas son de las pocas cosas que le levantan el ánimo. Antes solía buscarlas para saborear tras cada victoria pasajera la sensación de que ejercía algún control sobre su vida, el efecto se ha atenuado con los años. Le duele el brazo; se siente viejo, demasiado viejo para esa clase de vida. El vino es un consuelo. Un hombre se presenta, dice llamarse Isak Reinhold Blom.

—Soy poeta. A tu servicio.

Cardell arquea una ceja y el tipo se aclara la garganta.

—«¡Héroe! Contempla estremecido, ¿qué has ganado con tu coraje? Estás pisando los cadáveres de tus hermanos, ¿te has manchado con su sangre!»

—Bueno, tampoco eran de mi familia.

Blom hace un mohín y se enciende la pipa de barro con una vela.

—¿Así te ganas el pan?

—He aquí la maldición del poeta: todo el mundo es un crítico. Pero lo cierto es que no: no vivo de esto. Durante el día trabajo para la policía en la Casa Indebetouska, en lo alto de la cuesta de Slottsbacken. Soy secretario desde enero.

Hasta ese instante Cardell no había vuelto a pensar en Cecil Winge y sus palabras de despedida.

—¿Por casualidad conoces a un tal Cecil Winge?

Blom mira con curiosidad a Cardell y exhala una gran bocanada de humo.

—Quien lo conoce una vez, difícilmente lo olvida.

—¿Y quién es? ¿Puedes contarme algo sobre él?

—Empezó a rondar por la Casa Indebetouska hace unos meses, cuando nombraron a Norlin jefe de la policía. Ambos tienen una especie de acuerdo: Winge tiene carta blanca para hacer lo que quiera, aunque siempre dentro de los límites de lo razonable. Sólo le interesa cierto tipo de crímenes, otros no.

Cardell asiente, pensativo. Blom chupa su pipa.

—Winge y yo estudiábamos leyes en Uppsala en la misma época —prosigue—, aunque yo llevo varios años y no nos movíamos en los mismos círculos. El caso es que tenía una cabeza privilegiada para los estudios, sólo comparable a la de Olof Rudbeck el Viejo. Llevaba siempre consigo un libro de Rousseau, pero su memoria era tan extraordinaria que habría podido repetir cada palabra con sólo haberla leído una vez. Quizá ése fuera el origen de sus problemas: a algunas personas se les meten ideas extrañas en la cabeza de tanto leer. A lo largo de su carrera como abogado se hizo célebre por su absurda insistencia en interrogar a los reos, algo que uno suele evitar en la medida de lo posible. Para colmo, su apego a los detalles hacía que sus casos se volvieran insoportablemente largos. Al final, pese a que nadie tenía la menor duda de que aquel al que Winge señalara como culpable o inocente lo era de verdad, los colegas no lo estimaban particularmente, más bien lo contrario.

»La mayoría de quienes trabajan en el sistema judicial sólo quieren que la justicia se imparta lo más deprisa posible, pero con él se las veían y se las deseaban, pues Winge era todo un maestro del razonamiento lógico y una vez lanzado no había forma de detenerlo. Muchos optaban por menospreciarlo e intentaban ponerlo en ridículo, pero a él todo aquello le resbalaba como el agua en el plumaje de un pato.

»En cualquier caso, desde que se alió con Norlin las anécdotas sobre sus logros al servicio del cuerpo no han dejado de multiplicarse. Otros cometen errores, se distraen o se desentienden de vez en cuando, Winge no.

Blom hace un gesto con la pipa para subrayar sus palabras. Después de una larga pausa, intenta dar otra calada, pero la pipa se ha apagado. Se la saca de la boca y se encoge ligeramente de hombros.

—Si tuviera que decir algo negativo de él, sería que nunca ha tenido mucho carisma que digamos.

—Ya me lo parecía.

—Conocí a su esposa el año pasado en la ópera. Cuando me dijeron su nombre y comprendí quién era su marido, no podía creerlo. Es una mujer fantástica, Cardell. Muy bella, por supuesto, pero además encantadora, sensible, inteligente y alegre, adjetivos que jamás emplearía para describir a su marido. Debe de haber tenido una larga fila de pretendientes ante su puerta. Nunca entenderé por qué escogió precisamente a Winge. Por eso me parece una ironía del destino que haya sido él quien ha decidido abandonarla, y no al revés, como habría cabido esperar... —Blom guarda silencio y al instante da la sensación de que su buen humor se ha extinguido con su pipa. El barullo de la taberna llena ese silencio. En un rincón, un hombre con un abrigo repleto de remiendos y un cuenco de mendigo sobre la mesa se pone a tocar una flauta de madera. Blom vacía su pipa—. Hay algo más, Cardell. Probablemente debería haberlo mencionado desde el principio, pero el vino me ha embotado la cabeza: a Cecil Winge lo está matando la tisis. Nunca fue precisamente robusto, pero la enfermedad lo ha dejado en los huesos. Él procura disimular su palidez y casi nunca tose en público, o lo hace muy discretamente, usando un pañuelo oscuro para que no se note la sangre. Se rumorea que ha dejado a su mujer para ahorrarle la visión de su

declive. También se dice que los especialistas del prestigioso hospital de los Serafines fijaron la fecha de su muerte para hace un mes más o menos. Vive con los días contados. No hay un solo hombre en el cuerpo de policía que no sienta respeto por Cecil Winge, pero el personal ya le ha puesto el apodo del Fantasma de la Casa Indebetouska.

Más tarde, cuando ya hace mucho que Blom se ha alejado tambaleante y se ha adentrado en la noche de Estocolmo, cuando la embriaguez ha dado paso al sueño y las velas de sebo se han ido apagando una por una al abandonar los clientes las barricas de roble invertidas que hacen las veces de mesas, el tabernero posa una mano en el hombro de Cardell.

—Te contraté para que mantuvieras el orden, Mickel, no para organizar un baño de sangre. Espantas a la clientela: no puedo continuar pagándote para eso.

• • •

En algún momento después de medianoche, Mickel Cardell despierta en su habitación con la respiración entrecortada y el corazón desbocado. Siente un intenso dolor en el brazo cuya ausencia sus sentidos se niegan a aceptar. Es la segunda vez en dos días que ni el alcohol ni las peleas han conseguido proporcionarle alivio.

Nadie quiere hablar de tisis hasta que la enfermedad está tan avanzada que no puede esperarse ninguna mejoría; sólo entonces, cuando ya no hay esperanza y la muerte se considera inevitable, por fin se llama a las cosas por su nombre.

Todo empezó la primavera anterior: una ligera tos que, sin embargo, perduraba semana tras semana. De niño también tenía tos a menudo y jamás se preocupó. Entonces vino la fiebre por las noches. Sudaba y, al levantarse, dejaba las sábanas y las mantas empapadas. Cuando llegó el verano, tenía que disimular su tos con un pañuelo para no llamar la atención, y un día de junio el tejido de algodón bordado quedó moteado de manchitas rojas. Se quedaba sin aliento con facilidad y a menudo notaba un dolor en el costado como si hubiera estado corriendo. Sentía un peso enorme oprimiéndole el pecho, un peso tan grande que le hacía casi imposible respirar.

Los médicos le palparon los ganglios inflamados del cuello y diagnosticaron escrófula. Le recetaron un brebaje nauseabundo a base de olmo, rubia, jengibre, helecho dulce y anís estrellado. Debía tomar media botella al día. Al ver que no mejoraba, el médico limpió sus gafas con gesto pensativo y sugirió un drenaje para extraer los humores dañinos de su cuerpo. Utilizando potasa cáustica, abrió un orificio en su costado izquierdo: una herida no mayor que la uña de su dedo meñique; luego introdujo un guisante para impedir que la herida se cerrara. Al cabo de unos días, el pus brotaba libremente; el médico aseguró que era indicio de un resultado satisfactorio, pero no fue así. El escozor de la herida lo mantenía en vela por las noches. A ratos se moría de frío y a ratos sudaba. Su mujer estaba siempre a su lado con un pañuelo para enjugarle la frente, una toalla para secar su cuerpo enjuto, una canción para arrullarlo en los raros momentos en que el sufrimiento le daba una tregua.

El año siguió su curso, el invierno volvió a dar paso a la primavera y los remedios continuaron sucediéndose: inhaló los humores de una mezcla de vinagre y cal viva, bebió leche cruda y aspiró el aire de los establos. Cada mañana se levantaba exhausto y con la piel fría y húmeda; nada lograba hacerle entrar en calor. Tenía las venas azules e hinchadas, los ojos inyectados en sangre y con ojeras negras y un dolor constante que se extendía por la cadera. Cuando comenzaba la tos, nada podía detenerla; en los peores ataques notaba tejido muerto en la boca. Su aliento olía a rayos. Cuando lo sangraban, su sangre formaba rápidamente una costra azulada, signo inequívoco de que la infección se había extendido. Ya no podía cumplir con sus deberes de esposo: no tenía sentido que siguiera compartiendo el lecho de su mujer, menos aún cuando los ataques de tos se sucedían, tan fuertes que por momentos le parecía que se le iban a romper las costillas.

Ya hace un mes que Winge ha abandonado todos los tratamientos, que no hacían sino empeorar su estado. Sólo le queda hacer gala de autocontrol, y se ha dado cuenta de que las distracciones ayudan más que cualquier otra cosa. Concentrarse en distintas actividades lo distrae del dolor y lo

relaja.

Por la noche, solo en su habitación de la casa de Roselius, se sienta a la luz de una vela y desmonta su reloj de bolsillo. Extiende ante sí todas las piezas, ordenadas en hileras, y luego vuelve a ensamblarlo. Uno tras otro va devolviendo a su debido lugar los engranajes; uno tras otro va enroscando los tornillos diminutos. A partir de una colección de piezas inútiles por sí solas, vuelve a conformar un mecanismo que funciona.

Winge se dirige hacia la muerte con la misma brújula que le ha mostrado el camino a lo largo de toda su vida: la lógica. Se dice a sí mismo que todos los hombres morirán, que todos están muriendo. Eso ayuda. Pero cuando llegan los sudores nocturnos y sus pensamientos se desbocan son más bien los detalles de su propia muerte los que lo atosigan, y no el consuelo del principio general. Lo atormentan los detalles clínicos de la tisis. ¿Se extenderá la infección a todos los huesos y articulaciones, como ocurre a veces? ¿Morirá en silencio durante el sueño o entre espasmos y paroxismos? ¿Qué tipo de agonía lo aguarda? Cuando ninguna otra cosa le ayuda, se dice que la mayor parte de su ser ya murió la última vez que vio a su mujer. Pero eso tampoco lo reconforta demasiado ya que, por lo visto, la parte que ha seguido viviendo es la que siente el dolor con más intensidad.

Cae la noche y Winge se está vistiendo para salir. El espejo de la habitación es tan pequeño que tiene que retroceder mucho para verse de medio cuerpo. Sólo posee la ropa que lleva puesta: las criadas lavan la camisa y las medias según un calendario acordado con él; para el resto, basta un cepillo. La tela está empezando a desgastarse y ni el abrigo ni el chaleco están *à la mode*, pero todavía cumplen su función. La ropa que ha decidido quedarse es la misma que solía llevar cuando era empleado del Tribunal de Cuentas; su propósito no era parecer elegante, sino formal; por encima de cualquier otra cosa, pretendía transmitir a quien lo observara que todo aquello que no fuera de la máxima importancia le resultaba indiferente.

Se ciñe el pañuelo en torno al cuello y lo anuda, mete los brazos en las mangas del abrigo y coge de su rincón el bastón que en su día sólo era un mero accesorio y del que ahora depende cada vez más. Baja despacio las escaleras, sin hacer ruido para no toparse con ninguno de los otros habitantes de la casa.

Desciende la colina en dirección al Báltico tapándose la boca con un pañuelo para protegerse del aire frío. Una vez en el astillero no tarda mucho en encontrar a un hombre dispuesto a llevarlo en su barca de remos hasta la ciudad a cambio de un par de monedas. A lo lejos, oye rugir Strömmen, la Corriente de Estocolmo, pero allí las aguas están en calma, apenas perturbadas por el golpear de los remos.

Pasan bajo el puente de Skeppsholmen. Mirando por encima del hombro, el remero encuentra una senda a través del laberinto de barcos fondeados frente al muelle de Skeppsbron. Las cadenas de las anclas, gruesas como el muslo de un hombre, se tensan y aflojan a su alrededor. Bajo el olor predominante de la brea se perciben aromas más sutiles: aguardiente, canela, café y tabaco.

Tras un trayecto de una media hora, Winge acepta la ayuda de una mano firme para desembarcar en el muelle de Rantemästaretrappan, desde sólo hay una corta caminata hasta la calle Baggensgatan.

El callejón está tan animado como siempre. Los burdeles se cuentan a montones y clientes en

diversos estados de embriaguez se arremolinan en torno a ellos en su camino de entrada o de salida. Canciones alegres celebrando a Venus resuenan entre los edificios, mezcladas con fanfarronadas sobre hazañas pretéritas o próximas. Otros son más discretos: muchos hombres casados prefieren taparse la cara con un pañuelo, como hace Winge.

Encuentra la puerta correcta y entra. La mujer que ha heredado el negocio del difunto capitán Ahlström tiene un rostro tan arrugado como inescrutable y no da mayores muestras de reconocerlo, apenas una ligera inclinación de cabeza.

—¿Está disponible?

La mujer niega con la cabeza. Winge deja el bastón y se sienta pesadamente en una silla.

—Esperaré. Quiero sábanas limpias, si me hace el favor, y una habitación ordenada.

La *madame* le dirige una mirada difícil de interpretar y se aleja. Otros vienen y van sin que él les preste la más mínima atención. Ha transcurrido casi una hora cuando la mujer regresa y le indica por señas que suba por las escaleras. Winge encuentra la puerta sin ayuda de nadie, llama y entra.

La mujer a la que llaman la Flor de Finlandia lo espera sentada en el borde de la cama con las piernas cruzadas y expresión seductora. A Winge no le fue fácil encontrarla: buscaba a alguien de una edad cercana a la suya, y tres décadas es más de lo que suele verse en alguien que se dedica a ese oficio. Pero ella se ha mantenido sorprendentemente intacta en este mundo clandestino cuyas pobladoras parecen exprimir sus vidas a un ritmo el doble de rápido que los demás. En cuanto las miradas de ambos se encuentran, el rostro de ella revela que lo ha reconocido. Su lenguaje corporal cambia de inmediato. Baja los hombros y relaja la espalda, antes arqueada para mostrar mejor sus encantos.

—Eres tú. La vieja bruja podría habérmelo dicho.

Su acento del Este resulta agradable. Winge asiente con la cabeza y pasea la vista por la habitación para asegurarse de que se haya preparado según sus instrucciones. Le tiende una bolsita de tela que lleva a punto con la suma que ambos han pactado de antemano. Ella le indica con un gesto que la deje sobre el tocador.

—Entonces, ¿te quedarás a pasar la noche, como de costumbre?

—Sí, Johanna. Confío en que el dinero sea suficiente.

Ella se echa a reír.

—Aunque no lo fuese, estaría dispuesta a hacerte un descuento: eres mi mejor cliente. Pagas bien y pides poco, al contrario de lo que estoy acostumbrada. ¿O andas buscando algo distinto esta vez?

Winge niega con la cabeza.

—No. Lo de siempre.

Cuelga el abrigo y se quita el pañuelo del cuello. Del bolsillo del chaleco saca el frasquito y se lo tiende a ella con sumo cuidado.

Johanna quita el tapón y se aplica unas gotas en el cuello y el escote. Él deja la camisa y los calzones doblados sobre el respaldo de la silla mientras ella se quita la poca ropa que lleva, luego ambos se meten en la cama.

Winge le da la espalda y ella lo rodea con el brazo como él le ha enseñado a hacer. Ella nota cada costilla bajo su mano y percibe su aliento, tan leve que resulta casi imperceptible. Johanna se parece a su esposa: tiene el mismo cabello largo y el mismo color de ojos. Ahora huele igual que ella y el calor que irradia su brazo es el mismo.

Ella apaga la vela que hay junto a la cama y nota cómo el pulso de Winge se debilita y su

respiración se torna más lenta a medida que lo vence el sueño.

Durante la noche, él se agita por momentos sin despertarse del todo y ella le acaricia la frente con los movimientos que Winge le ha mostrado, musitando las palabras que él le ha enseñado.

Winge despierta al amanecer. Como de costumbre, no sabe si debe considerar una bendición o un tormento esos breves instantes entre el sueño y la vigilia en los que su razón todavía adormecida le permite revivir la vida que una vez tuvo. Se levanta de la cama y se viste. Johanna sigue dormida y no despierta hasta que Winge gira la llave para abrir la puerta.

—Esta noche ha sido la última vez.

Ella se despereza y se frota los ojos.

—¿Te has cansado de nuestro acuerdo?

—No, en absoluto, pero esas monedas son las últimas que me quedan.

Ella se encoge de hombros y esboza una sonrisa. Winge se pone el abrigo y nota que la tela se ha desgastado en la zona de los codos hasta casi transparentar. Da igual: tiene la certeza de que sus prendas van a durarle el resto de su vida.

Mickel Cardell oye cómo las campanas de las iglesias de Eduvigis Leonor y Santiago Apóstol dan las dos de la tarde mientras cruza penosamente el puente Nybron bajo la lluvia. Los mástiles de los barcos que zarpan hacia el archipiélago desaparecen en la niebla tras los edificios del astillero y la fortaleza octogonal de Kastellholmen, donde las tres lenguas de la enseña naval sueca ondean al viento empapadas por el chubasco. Bajo los pies de Cardell se agitan las aguas turbias de la bahía de Katthavet, apenas menos repugnantes que las del Fatburen gracias a la entrada de agua fresca procedente del mar Báltico. En las orillas de la bahía se acumulan basura y estiércol de las letrinas del barrio de Norrmalm, por lo que el agua tiene un tono entre amarillo y marrón. Pese a todo, a los pies del puente hay varias lavanderas con montañas de colada: alternan entre sumergir las prendas en el agua inmundada y golpearlas con sus palas de lavar. Justo a un lado se encuentra la maloliente plaza Packartorget, que aloja el mercado de pescado.

Cardell se ve obligado a esquivar a un mendigo que le tiende unas manos deformes para ganarse su compasión. En la plaza está instalado el burro español, con su lomo en cuña. Encima, sentado a horcajadas y con pesas en los pies, hay un hombre que no para de lloriquear. A juzgar por su atuendo, es el conductor de un coche de caballos al que han pillado cobrando de más. Cerca de allí puede verse a otro hombre, éste atado a la picota. Va medio desnudo y suelta aullidos. La sangre que le mana de la nariz se le mete en la boca.

Cardell deja atrás las casuchas del otro lado del puente. Familias enteras viven apiñadas en esas barracas ruinosas, siempre en riesgo de que el precario techo les caiga encima. Esa gente, más que nadie, tiene buenos motivos para temer la estación que se avecina: el invierno no sólo llena a rebosar los hospicios de indigentes temblorosos, también hace que en los cementerios se acumulen cuerpos insepultos a la espera de que el terreno se deshiele.

Continúa por la calle Riddaregatan en dirección al astillero de Terra Nova, donde la costa se ha rellenado con tierra y grava para ganar sitio al mar y levantar diques secos y talleres. Después avanza tierra adentro. Cada vez hay menos construcciones: se acerca a los confines de la ciudad. Allí, la brisa salobre tiene más posibilidades de disipar los hedores del centro. A Cardell no le hace falta seguir mucho rato calle arriba para entrever la casa de verano de Spens, un semicírculo de edificaciones en torno a un bosquecillo de tilos donde lo intercepta una vieja criada con una jarra de cobre en las manos. Cardell le explica el motivo de su visita.

—La habitación del señor Winge está en la primera planta de la casa nueva de piedra. Si lo desea puede esperar en la cocina. El fuego está encendido, así podrá secarse.

La criada sube por las escaleras para anunciar al visitante. Tras un porche donde puede verse el brocal de un pozo hay un horno de piedra en el que se está cociendo pan. Criadas y criados van de aquí para allá a toda prisa; se ponga donde se ponga, Cardell queda siempre en medio del paso. No tardan mucho en ponerle en la mano una jarra de cerveza. Negando con la cabeza rechaza un bollo de trigo recién horneado porque no tiene mano libre con que cogerlo. Poco después, la

criada vuelve y le hace señas desde las escaleras. No hace falta que le diga cuál es la habitación de Winge: su tos convulsiva se oye desde lejos.

• • •

La habitación de Cecil Winge es un lugar sombrío. Los muebles deben de haber estado incluidos en el contrato de arrendamiento, pero Winge los ha arrumbado contra las paredes. Parece haber muy pocas cosas personales: una pila de libros, un baúl, un sencillo escritorio colocado junto a la ventana para aprovechar la luz y, encima, lo que parece un reloj medio desmontado. Debe de ser la única habitación de la casa donde la chimenea alicatada todavía no se ha encendido. Por suerte, el calor del hogar de la planta de abajo se cuele por las rendijas del suelo.

Alguien que hubiera llevado una vida distinta a la de Cardell podría haber confundido el olor que llena el aire con el del hierro, pero él lo reconoce enseguida: es el olor de la sangre. Bajo la cama entrevé un cuenco con manchas rojas en el borde; sin duda lo han metido ahí debajo recientemente. Avergonzado, desvía la vista tan rápido como puede.

Winge está sentado en la cama, pálido e inmóvil. No da la menor señal de haber estado tosiendo. Mientras Cardell busca en vano formular las frases que llevan rondándole la cabeza desde el día anterior, él se le adelanta:

—Veo que ha hablado con alguien que está al corriente de mi dolencia. Se arrepiente de las últimas palabras que me dijo, aunque no lo haya hecho de mala fe.

Cardell asiente con un suspiro de alivio.

—Nada de eso importa, Jean Michael. Lo importante es que está usted aquí. ¿Puedo preguntarle qué lo ha hecho cambiar de opinión?

—Mencionó dinero, y sabe Dios que lo necesito.

—La verdad es que no se lo habría ofrecido de no haber intuido que su interés en este caso se debía a una razón más profunda. No había dinero de por medio cuando se metió en el Fatburen y salió con Karl Johan en los brazos.

—Durante la guerra... tuve un amigo. Estábamos siempre juntos: debió de salvarme la vida cien veces y yo a él otras tantas hasta que finalmente nos alcanzó la desgracia. Caímos al mar y una viga de madera lo golpeó en plena frente. Yo procuré con todas mis fuerzas mantener su cabeza fuera del agua, pero fue inútil. Anteanoche se me apareció en un sueño. Me sucede a menudo, pero esta vez coincidió con la aparición de aquel cadáver. Cuando me interné en el lago iba tan borracho que sentí como si hubiera vuelto a las mismas aguas en que perdí a mi amigo. Esta vez, sin embargo, ninguna ola me lo arrebató de las manos: seguí aferrándolo y conseguí llevarlo a tierra firme. La borrachera se me pasó, pero aún tengo la sensación de haberlo salvado.

—Gracias por haberme contado algo tan íntimo, Jean Michael. Sepa que mi pregunta no se debía a la mera curiosidad: quería saber si estaría dispuesto a vender su lealtad al mejor postor, y ahora sé que no. Le reitero mi ofrecimiento de compensarlo económicamente, pero ¿cuál es exactamente su situación? Es usted guardia, y sin embargo parece que nunca está de servicio.

Cardell se estremece de disgusto con sólo pensar en sus colegas guardias, hombres con toda clase de vicios que gustan de hacerse pagar los sobornos en especie.

—Soy guardia sólo de nombre: mi cargo no es más que un gesto de caridad con un hombre que quedó tullido cuando prestaba servicio a la Corona. Eso sí: entre los veteranos de guerra, soy de los más afortunados. Otros piden limosna, trapichean en las calles o trabajan como esclavos para

las tabacaleras. Yo tenía buenos contactos... De todas formas, ¿que me lleve el diablo si pienso pasarme la vida persiguiendo marginados y prostitutas para llevarlos a la prisión! Ni ellos ni yo hemos elegido nuestro destino.

Ha oscurecido. Winge busca una cerilla y enciende la vela que está sobre el escritorio. La llama despierta a las sombras y las hace danzar en torno a ellos. Winge va hacia la cama y se sienta con las piernas cruzadas.

—Hay unas cuantas cosas que me gustaría que supiera. En primer lugar, que tengo un acuerdo con Norlin, el jefe de la policía, y es en virtud de su autoridad que buscaremos al asesino de Karl Johan. El tiempo de Norlin en el cargo está llegando a su fin y me ha revelado el nombre de su probable sucesor: Magnus Ullholm. Hace un par de años, Ullholm fue designado para supervisar el fondo de pensiones de la Iglesia para las viudas. En la auditoría que siguió se descubrió que faltaban cantidades ingentes de dinero y, como es natural, las sospechas recayeron en Ullholm. En esa época yo tenía un cargo en el Tribunal de Cuentas y participé en el procedimiento judicial contra él. No dudé ni por un instante de su culpabilidad, mucho menos cuando huyó a Noruega y provocó que el caso quedara en suspenso. Ahora, el barón Reuterholm, que sabe muy bien cómo utilizar a las personas, ha decidido apiadarse de él. Ullholm no es de los que olvidan las ofensas: en cuanto tenga noticias de mi acuerdo con Norlin le pondrá fin y procurará dificultarnos las cosas de todas las maneras posibles. —Winge se levanta y empieza a caminar de aquí para allá con las manos en la espalda—. En segundo lugar, el crimen al que nos enfrentamos es tremendamente insólito. No es obra de un asesino ordinario. ¿Qué recursos hacen falta para tener a un hombre encerrado el tiempo suficiente para desmembrarlo sin llamar la atención de nadie? Imagine cuánta fuerza de voluntad exige algo así, cuánta determinación. Quién sabe qué habrá detrás de esto. No pierda de vista que es posible que, a cambio de unas cuantas monedas, esté haciéndose también con un enemigo formidable. Se lo digo porque no hay duda de que usted asume un riesgo mucho mayor que el mío.

Winge se vuelve hacia la ventana. La lluvia fina se está transformando lentamente en gruesos copos de nieve.

—Yo no sobreviviré a este invierno, no tardaré en hallarme más allá de cualquier causa y efecto. Pase lo que pase a partir de entonces, tendrá que enfrentarlo usted solo.

Cardell baja la vista. No hace mucho que conoce a Winge, pero ya se está preguntando si sus intentos de curar la herida causada por Johan Hjelm no harán sino dejar otra en su lugar. Aun así, la decisión le parece bien sencilla. Da una palmada sobre el escritorio con la fuerza suficiente como para que las diminutas piezas del reloj acaben desparramadas.

—Yo digo que aprovechemos el tiempo que nos queda, así podrá disfrutar de la parte que le toca de este aluvión de mierda.

Cardell capta el reflejo distorsionado de Winge en el cristal de la ventana y se pregunta si lo que ve ahí es la sombra de una sonrisa.

En la taberna Flaggen, cerca de la bahía de Ladugårdsviken, hay un ambiente de lo más animado. Esta noche, dos músicos ambulantes, uno con una zanfoña y el otro con un violín, han aparecido cada uno por su lado y, después de un amago de conflicto, han terminado tocando juntos. Mucha gente que simplemente pasaba por allí se ha decidido a entrar al oír la música y a estas alturas el local está a reventar, hasta el punto de que es imposible cerrar la puerta. Fuera hace un frío que pela: la niebla del anochecer se está levantando del mar para avanzar a tientas hacia la ciudad. Winge y Cardell están cenando en una mesa cerca del fuego para evitar la corriente que entra por la puerta abierta.

Winge no tiene apetito, pero Cardell sí, y mucho. Pide un plato tras otro —albóndigas de lucio, zanahorias con mantequilla y sal, salchichas, bacalao escalfado, arenque frito, nabos humeantes, pan con queso y, de postre, un plato de gachas con un toque de naranja acompañado de galletas azucaradas— y los devora como si fuera su última cena. Winge deja que sacie su hambre y su sed sin interrumpirlo mientras él mismo se limita a revolver la comida con el tenedor. No tarda en hacer a un lado el plato y pedir un café. En cuanto a Cardell, cuando ha acabado de comer arruga la nariz ante el olor del grano recién molido y declina la taza que le ofrecen.

—Nunca he entendido qué ve la gente en esa infusión tan turbia.

—Puede que sepa un poco raro, pero le despeja a uno la cabeza enseguida. Oiga, Jean Michael, ¿por qué no me cuenta cómo perdió el brazo?

—No es una historia que me guste contar, pero más vale que todo el mundo sepa cómo fue la guerra del rey Gustavo contra los rusos para evitar campañas semejantes en el futuro. Mi papel no fue heroico ni determinante: simplemente participé en unos acontecimientos que escapaban a mi control. Mi sino era la muerte, pero me salvó un giro del destino. Perdí el brazo, pero mantuve la vida.

Pese a su humilde rango de suboficial, Cardell empezó a sospechar casi de inmediato que aquella guerra había sido una decisión apresurada. Sirvió durante cinco años en la artillería del ejército y, a mediados del verano de 1788, junto con otros miles de soldados, se unió a la flota de Estocolmo y cruzó a remo el Golfo de Finlandia. Frente al puerto de Hangö se reunieron con la flota de guerra que había zarpado de Karlskrona bajo el mando del hermano del rey, el duque Carlos. A Cardell lo hicieron subir a bordo del *Fäderneslandet*, un buque de guerra con sesenta cañones diseñado por Fredrik Henrik af Chapman y construido en Karlskrona cinco años antes.

—Así que el *Fäderneslandet* y yo teníamos el mismo tiempo de servicio en el ejército. Me lo tomé como una buena señal, pero resultó que me equivocaba.

Cardell se hallaba en la cubierta del *Fäderneslandet* la madrugada del 17 de julio, cuando la vanguardia lanzó la señal de que se había avistado al enemigo. Media hora más tarde, vio emerger

los mástiles de entre la niebla, al este, y notó la primera punzada de terror en las entrañas. Las dos flotas tenían casi el mismo número de barcos: unos veinte buques suecos frente a diecisiete rusos.

—Demonios, Winge, ¡ésa iba a ser mi primera batalla! En el mar todo va terriblemente despacio. En el momento en que las flotas se avistan dan comienzo las maniobras. Hay que esperar a que el viento y las corrientes lo acerquen a uno lo suficiente y entonces disponerse en formación de combate ofreciendo el flanco al enemigo para que los cañones puedan actuar. Luego, en cuanto se da la orden, hay que disparar una y otra vez, tantas como sea posible, aprovechando la recarga de los cañones para poder ver algo a través de las troneras. En el mejor de los casos se consiguen entrever olas ensangrentadas y restos que flotan; en el peor, una impecable línea de cañones preparados para disparar: el propio barco es un blanco exactamente en la misma medida en que lo es el barco enemigo. Es una abominación. Las balas de cañón que no logran atravesar el casco rebotan haciendo que la embarcación entera se zarandee. Las astillas de madera atraviesan la carne y el hueso como si fueran mantequilla recién batida. Los hombres se mean y se cagan encima y los excrementos se mezclan con la sangre bajo los pies. Incluso el sudor huele diferente cuando uno se encuentra cara a cara con la muerte, ¿lo sabía? Pues mezcle todo eso con el humo de los cañones y tendrá el perfume del mismísimo diablo. Ay, ¡si tan sólo hubiéramos tenido la munición suficiente, la victoria habría sido nuestra!

»Unas mil vidas se perdieron en Hogland, el doble de rusas que de suecas. Cuando cayó la noche, ambos bandos se sumieron en un silencio absoluto y por la mañana los suecos nos batimos en retirada hacia Helsinki porque la batalla no podía continuar sin munición. Los rusos decidieron no darnos caza. Durante el combate se perdió un navío y a cambio se capturó otro: el *Vladislav*, un buque de setenta y cuatro cañones.

»De haber sabido entonces lo que sabemos ahora, lo habríamos hundido allí mismo: el *Vladislav*, por sí solo, estuvo a punto de costarnos la guerra. Había tifus a bordo y, sin saberlo, nos lo llevamos a la fortaleza de Sveaborg, donde pasaríamos el invierno, mientras la flota regresaba a Karlskrona. Aquel invierno, Sveaborg se convirtió en un infierno: por todas partes había infectados y moribundos. En cada cama de la enfermería se amontonaban hasta cinco hombres y los que quedaban más abajo morían inevitablemente. Muchos enfermos tenían alucinaciones: abrían mucho los ojos inyectados en sangre para ver cosas que nadie más podía ver y gritaban a voz en cuello. Presas del terror, abandonaban sus lechos de enfermo para echar a correr e internarse desnudos en la nieve.

»De algún modo me libré del contagio y, cuando llegó el verano, me enviaron de vuelta al golfo de Finlandia. La guerra volvió a empezar. Nos masacraron en el estrecho de Svensksund y no tuvimos la más mínima posibilidad en Viborg, pero yo, que ya me había librado del tifus, me libré también de la metralla y de las balas. En mayo de 1790 llegaron refuerzos de Åbo. Fui uno de los encargados de ayudar a los recién llegados. Me transfirieron al *Ingeborg*, una fragata que odié desde el primer momento: también la había construido Chapman, un matemático que no había navegado en su vida y que diseñaba barcos que no estaban concebidos para transportar personas. Medía unos treinta y seis metros de eslora y contaba con una docena de cañones, diez de ellos de doce libras. Por desgracia, tenía vías de agua y una capa de moho de un palmo de grosor en el casco, tan densa que podía cortarse con un cuchillo. Al poco nos unimos al grueso de la formación.

»Por segunda vez, los barcos suecos entraron en batalla en el estrecho de Svensksund y por segunda vez fracasaron estrepitosamente. Perseguidos por los rusos y aislados del resto de la flota, nos retiramos hacia Sveaborg, donde pronto nos encontramos rodeados. Imposibilitados de

huir, el combate parecía la única alternativa. Y el rey quería presentar batalla.

»Vinieron hacia nosotros al amanecer, sobre las siete. Les llevó cuatro horas ponerse a distancia de tiro: esas horas habrían sido las peores de mi vida de no ser por las que vinieron después. No teníamos la menor duda de que allí delante estaba la muerte, dividida en trescientos barcos. Los más supersticiosos aseguran que aquella mañana en el estrecho de Svensksund podían oírse en el viento las voces de los miles de hombres que habían sido abandonados en el mar durante la huida de Viborg, pidiendo compañía.

»Los rusos cayeron sobre nuestro flanco derecho. Nos defendimos disparando los cañones durante horas.

»A mediodía, el tiempo cambió. Empezó a soplar viento del suroeste; primero flojo como un susurro y luego muy fuerte. Y con él llegó un mar agitado de olas descomunales bajo pesadas nubes de tormenta.

»Las andanadas de los barcos suecos, anclados y amarrados entre sí, resultaron mucho más eficaces que las de los rusos, que se encontraron disparando en vano, a merced del mar embravecido. Entonces, un reducido grupo de barcos suecos se separó para atacar desde atrás los barcos que formaban el flanco derecho de los rusos y los obligó a replegarse presas del pánico. El flanco izquierdo interpretó ese repliegue como una orden de retirada general y dejó descubiertos los barcos que se hallaban en el centro. Los hundimos uno a uno mientras la noche caía sobre Svensksund. El mar se llenó de muertos y heridos. En cuanto al resto de los navíos, la tempestad los engulló: todos ellos naufragaron en los acantilados fineses.

»¿Que qué sucedió conmigo? Por la tarde, la bala de un cañón ruso alcanzó el *Ingeborg*. Arrancó de su cureña el cañón de doce libras que había junto a mí y luego continuó su vuelo hasta salir por el otro lado del casco, causando enormes daños. Quince o veinte artilleros quedaron hechos trizas al instante, unos porque estaban en la trayectoria del proyectil, otros porque el cañón rodó hacia ellos y los aplastó. La bala, que estaba al rojo vivo, prendió además toda la madera con la que entró en contacto. Yo subí corriendo a cubierta, donde reinaba un caos absoluto. Nuestra única posibilidad de salvar la fragata, que para entonces empezaba a hundirse, era levantar el ancla e intentar llevarla a tierra, pero entonces la reserva de pólvora explotó y el cabrestante entero voló por los aires matando a varios hombres. Otros salimos despedidos sobre la crujía. Yo aterricé en una parte de la cubierta que seguía intacta, pero el golpe me dejó sin resuello. Entonces la cadena del ancla se me vino encima y terminó cayendo sobre mi brazo izquierdo. Mi amigo y yo caímos al mar; quise salvarlo, pero fracasé. Me aferré como pude a un madero y poco después me rescató un barco que regresaba para unirse al grueso de la flota. Me hicieron un torniquete con un cabo y me amputaron el brazo por debajo del codo: así acabó la guerra para Mickel Cardell. Convalecí en un hospital de campaña y luego me llevaron de vuelta a Estocolmo, donde he vivido estos tres años en las condiciones que usted conoce.

Cardell da golpes en la mesa con su brazo de madera.

—Ya sabrá, cómo no, que esa guerra no tenía sentido, así que aquella victoria no significó nada. Déjeme que le cuente una anécdota bastante ilustrativa que jamás se me ha olvidado. Me la contó un joven oficial de apellido Sillén al que conocí a principios del verano de 1790. Se supone que había ocurrido a principios de ese mismo año, poco después de la batalla frente a las costas de Fredrikshamn. Gustavo III y su séquito navegaban en el barco de recreo del rey, el *Anfión*, cuando un tal capitán Virgin hizo acto de presencia para informar sobre su fallida tentativa de hacerse con el control de un astillero ruso cercano. Como para justificar su fracaso, le mostró al rey su mano herida y señaló a su primer oficial, que había recibido un disparo en el estómago y estaba

espatarrado en la cubierta del barco intentando que no se le salieran los intestinos. El rey señaló al pobre hombre y les dijo en tono jocoso a los demás oficiales que parecía un muñeco de trapo de su ópera *Gustaf Wasa*, comentario que provocó las risas y los aplausos de su séquito. Ése era el hombre por el que luchábamos, y ése el agradecimiento que recibíamos.

Winge apura el café mientras reflexiona sobre lo que acaba de oír. Cardell se enjuga la frente con la manga.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Tengo un nombre para usted, Jean Michael, el de una persona que puede conducirlo a alguna parte si la suerte está de nuestro lado. Yo me ocuparé de la cuestión del fino paño negro en el que envolvieron a Karl Johan. Ya sabe dónde me alojo. Búsqueme aquí cuando tenga algo sobre lo que informarme.

El comisario del barrio de la parroquia de Santa María Magdalena, con quien Cardell ha quedado en encontrarse por la mediación de Winge y la policía, parece que ha tomado un desayuno en formato líquido. Abre la puerta con evidentes dificultades para mantener el equilibrio. Tiene hipo y huele como el suelo de una taberna. Es gordo y tiene la nariz torcida —probablemente se le ha roto más de una vez—. Bajo su piel, los vasos sanguíneos rotos se multiplican como sanguijuelas.

—¡Henric Stubbe, para servirte! Puedes llamarme Stubbe: todo el mundo me llama así.

El tipo deja escapar un eructo y se encoge de hombros a modo de disculpa.

—Mickel Cardell, servidor. Muchas gracias por tu tiempo.

—No hay de qué. Pasa, pasa. No es cuestión de alargar este asunto más de lo necesario pero, por el amor de Dios, tomemos alguna cosilla primero: visitar los alrededores de Santa María Magdalena y Santa Catalina estando sobrio es algo que no le deseo ni a mi peor enemigo.

Media hora más tarde, tras servirse repetidamente de una jarra en la que la suspicacia de Cardell ha identificado una mezcla de licores baratos con un poco de anís para ahogar el regusto, salen por fin. Se dirigen a Santa Catalina. Stubbe describe el vecindario que le han encomendado vigilar:

—La mierda que no va a dar al Fatburen se desliza colina abajo hacia la bahía de Gullfjärden. Los recién nacidos van por el mismo camino, pero paran en el cementerio. Madre mía, Cardell, puede que quienes viven en el barrio de la parroquia de Santa María Magdalena no tengan gran cosa de la que presumir, pero follan como conejos, y si no les apetece con su mujer van y buscan a la de algún otro: la cosa consiste en encadenar un parto tras otro desde que la muchacha se pone el anillo hasta que, diez años y otros tantos críos después, se la llevan con los pies por delante y las tetas arrastrando por detrás. Pocos tienen la suerte de crecer para convertirse en especímenes tan estupendos del género humano como tú o como yo: los que sobreviven apenas consiguen llegar a los veintitantos antes de que se los lleve el tifus. —Stubbe, acalorado y sudoroso, se sienta en un cajón de madera, se quita el sombrero y la peluca, se los pone en el regazo y se rasca alegremente el cuero cabelludo haciendo saltar una nube de caspa—. El puterío es otro flagelo, y además una vergüenza: las niñas apenas han aprendido a caminar cuando ya se están abriendo de piernas. Comienzan yendo de puerta en puerta con sus cestos de fruta, empeñadas en hacer pecar a hombres temerosos de Dios, y más pronto que tarde terminan pillando el mal francés, que luego no pueden curarse porque se gastan todo lo que ganan en bebida. Al cabo de unos pocos años, nadie en su sano juicio las mira siquiera. ¡Sólo los que somos listos y espabilados entendemos que hay que apresurarse antes de que la rosa se marchite! —Stubbe le guiña un ojo a Cardell y continúa—: Pero tú eres guardia, ya sabrás todo esto. Mira, ahí van dos de tus colegas.

A Cardell sólo le hace falta ver las siluetas de los dos que van más adelante para saber de

quiénes se trata: son Fischer y el Mudo. Recorren la calle deteniéndose ante las puertas abiertas con la esperanza de pillar a alguien en flagrante delito.

Cardell llevaba apenas unas horas como guardia cuando se plantó delante del mismo oficial que le había dado la bienvenida poco antes para presentarle su renuncia. Acababa de visitar por primera vez la hilandería de la prisión de Långholmen y lo que había visto casi lo había hecho vomitar: mujeres pobres de cuerpos escuálidos forzadas a trabajar hasta caer exhaustas, sentenciadas a morir poco a poco de hambre, expuestas a la arbitrariedad de sus colegas guardias. Aun si aquellas infortunadas almas merecían el infierno por los pecados que habían cometido, sin duda sería mejor que vivir entre aquellos muros. Así se lo dijo al oficial; tal cual, sin ambages. Éste trató de hacerlo cambiar de opinión respecto a su renuncia, pero él guardó un silencio obstinado hasta que el otro se encogió de hombros, escupió en el suelo y dio media vuelta.

Por lo visto, los jefes consideraron que sería más sencillo dejar que Cardell siguiera cobrando que arriesgarse a enfurecer al hombre que lo había recomendado. Todavía recibe la paga y puede ponerse el uniforme que le proporcionaron, que en definitiva es mejor que su propia ropa. Suele llevar la casaca, las botas y el cinturón; el garrote lo partió contra la rodilla y lo arrojó, junto con la sogá, a la bahía de Riddarefjärden.

Empuja a Stubbe, que no para de parlotear, hacia una calle lateral para evitar que se encuentren con Fischer y el Mudo.

—Y el lago Fatburen, Cardell... ¡Menudo estercolero! Y tú te has metido ahí, según tengo entendido. ¿Has estado alguna vez por aquí cuando el viento sopla en serio? ¿No? Pues llega en rachas fortísimas desde Årstaviken. Hace girar los molinos hasta que la madera echa humo... Y cuando las ráfagas llegan al Fatburen, entonces sí que se arma ahí un buen potaje, te lo digo yo: la porquería del fondo sale a la superficie. La gente sale huyendo a Kvarnberget, a Danto o a Vintertullen, el puesto aduanero de invierno. ¿Conoces bien Södermalm, nuestra isla sur, Cardell?

—Más o menos. Digamos que sobre todo a través de las ventanas de las tabernas.

—¡Vaya, pues así no sirve! Te lo contaré todo sobre ella. Es un nido de ladrones. Los niños aprenden a robar en la cuna para no morir de hambre, y ahí mismo empieza su camino hacia la cárcel, en el mejor de los casos, o hacia el patíbulo, en el peor. La otra noche en la taberna, un tipo leyó una carta publicada en el *Stockholms-Posten* en la que un defensor de la decencia denunciaba que las prostitutas pululaban por Stadsholmen y que ofrecían sus servicios «por unos cuantos chelines». Nos reímos muchísimo de los problemas de aquellos aristócratas. Aquí, al otro lado de la Esclusa, tienes a quien quieras por menos de un chelín, sea hombre, mujer o niño.

Recorren juntos, puerta a puerta, las calles en torno al lago Fatburen. Las casas de piedra blanca albergan talleres y familias enteras, de los abuelos a los nietos. También hay casas de madera que la municipalidad todavía no ha podido echar abajo pese al riesgo de incendio que entrañan. En las calles, los tacones de las botas y las ruedas de los carros han arrancado de su sitio muchos adoquines.

Se detienen en el pozo frente a la iglesia de Santa María Magdalena. Tras beber, Cardell hace una mueca y Stubbe se echa a reír.

—El viento marino empuja el agua salobre de la Esclusa y hace que se filtre en nuestros pozos. Por eso sabe así. Más de un cervecero ha visto cómo se le echaba a perder el mosto por haber usado agua sin probarla primero.

Stubbe va señalando casas y contando chismes sobre sus moradores. Llama a puertas y ventanas

para que Cardell pueda hacer sus preguntas. Las respuestas son vagas: los pobres y los desvalidos han aprendido a temer a unas autoridades que no tienen el menor reparo en llevarse a rastras a la prisión y a los trabajos forzados a quienes no tienen permiso de trabajo. Niegan todo apelando a la estrategia que aprenden desde niños: no ver, no oír, no hablar. Al cabo de unas horas, Cardell empieza a dudar de que la más simple de sus preguntas vaya a encontrar respuesta. Stubbe se encoge de hombros.

—Bueno, ¿y qué esperabas? Sigamos ladera abajo y busquemos algo de comer.

Hay un enorme estruendo en el muelle de carga pesada de Järngraven, donde unos obreros descargan unas barras de hierro. Los comerciantes moscovitas de Ryssgården se esfuerzan en hacer oír sus balbuceos por encima del ruido. En la taberna Pelikan, situada en la cuesta de Bödelsbacken, a tiro de piedra de la Esclusa, se pueden tomar nabos y arenque con una cerveza fría. El local está atestado, pero Stubbe y Cardell se hacen sitio como buenamente pueden en una larga mesa repleta de comensales. Cardell escucha a todo el mundo repetir las mismas quejas: entre calificativos al duque Carlos y el barón Reuterholm, se lamentan del pésimo estado de la economía y de la incompetencia del gobierno, y claman por un cambio urgente.

—Perdona la pregunta, Cardell, pero ¿qué estás haciendo aquí? ¿No tienes suficiente con tu trabajo como guardia? He visto alguna vez a Cecil Winge, además de escuchar muchas cosas que se dicen por ahí, y está claro que no está en su mejor momento: parece un muerto escapado de la fosa. Aferrarse de ese modo a la vida es ir en contra de la naturaleza; en mi opinión, sería mejor que fuera al encuentro de su destino de una vez por todas. Pero ¿tú, Cardell? Un hombre de carne y hueso con todo el futuro por delante... ¿Por qué malgastar tu tiempo en una búsqueda estéril?

Cardell sabe controlarse, está acostumbrado a hacerlo. Ha reprimido su ira durante tantos años que cada momento como éste es una especie de ejercicio. De haber estado borracho, la tentación de volver a romperle la nariz torcida habría sido demasiado fuerte, pero en vez de eso inspira profundamente y dirige la mirada a la multitud que hay fuera, en la plaza.

—Ya sabremos a su debido tiempo si la investigación da algún fruto, Stubbe, pero créeme que no tengo a una fila de ricos benefactores esperando a mi puerta. ¿Qué recuerdas tú de aquella noche?

Stubbe da un trago de cerveza mientras considera la pregunta y luego suelta una risita.

—Desde luego fue una noche muy rara, Cardell. Me desperté de madrugada con ganas de mear, algo que me pasa cada vez más a menudo, y como el orinal parecía a punto de desbordarse preferí salir fuera. Mis ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la oscuridad, pero mientras estaba ahí de pie, ocupándome de mis asuntos, tuve una impresión extraña, como si la fachada de la casa se hubiese movido hacia delante. Avancé dos pasos con mi virilidad todavía colgando, ya sabes, y en cuanto tanteé me di cuenta de que no era el muro, sino un objeto de madera y tela. No se me ocurrió nada mejor que entrar otra vez a buscar un farol y cuando volví a salir descubrí que se trataba de una silla de manos. Como lo oyes, Cardell: una litera con ventanas diminutas y cortinillas. Tenía una de las varas rota. Has de saber que últimamente recibo muy pocas visitas en silla de manos, y eso a pesar de que, con el paso de los años, cada vez me preocupo menos de ocultar el miembro. —Stubbe hace una pausa para reír encantado ante su propia agudeza—. En todo caso, la silla estaba vacía y rota y no se veía a nadie por ahí. Sin embargo, cuando me desperté por la mañana había desaparecido; y ya me estuvo bien, pues se habría convertido en el cuarto de juegos de todos los críos del barrio hasta que algún pobretón decidiera decorarla y mudarse a ella permanentemente. Supongo que el dueño tuvo alguna clase de problema durante la noche, dejó la silla estropeada en el lugar más seguro que encontró y luego sus criados acudieron

antes del amanecer a recuperarla.

—¿Cómo era?

—Era verde con adornos dorados. Cara, sin duda, aunque muy gastada... Lo que no es de sorprender, por supuesto: en estos tiempos, al contrario que hace años, no se ven sillas de manos en cada esquina.

—¿Había alguna otra persona en tu casa, alguien que pudiera haber visto algo más?

—Disfruto tanto de mi propia compañía que rara vez la comparto. Pregunté un poco por ahí para saciar mi curiosidad, pero nadie parecía saber nada sobre el asunto.

—Y ya que estamos, ¿a qué te dedicas, aparte de tu cargo como comisario del distrito?

—Bueno, amigo mío, una resaca no es lo único que dejan las bebidas fuertes como el aquavit. Una vez destiladas, quedan algunos desechos, sobre todo bayas y pieles de frutas: esa pulpa aún contiene algunos nutrientes y puede usarse para alimentar animales. Yo la recojo de las destilerías, e incluso de alguna casa particular, y luego la vendo a granjas y establos. Si te ofrecieran una cucharada de ese mejunje no te recomendaría que la aceptaras, pero por lo visto cerdos, vacas y gansos nunca se cansan de él.

—Ya veo. Pues yo fui artillero durante años y todas aquellas explosiones se han cobrado su precio: si uno está plantado junto a un cañón de treinta y seis libras cuando dispara, siente como si le dieran un puñetazo en la cara y le sacaran los mocos. Pero tú, Stubbe, a todas luces eres un hombre cabal y con la cabeza todavía en su sitio. ¿Crees que podrías ayudarme a pensar en algún medio de transporte en el que pueda llevarse a un muerto a través de la ciudad sin ser descubierto?

Stubbe frunce el ceño y se muerde el labio inferior.

—Bueno, yo diría que para eso necesitarías alguna clase de transporte cubierto; una carroza, por ejemplo.

Cardell ladea la cabeza para indicar que está de acuerdo sólo en parte.

—No es fácil abrirse paso con una carroza. Para empezar, resulta bastante ruidosa: los cascos de los caballos resuenan contra los adoquines, las ruedas rechinan y golpetean... Además, cualquier oficial de aduanas mínimamente diligente podría querer echarle un vistazo al cargamento, incluso estando dentro de los límites de la ciudad.

—¿Quieres algo que sea silencioso y discreto? Pues no se me ocurre qué.

—¿Qué tal el transporte que descubriste delante de tu casa, que además no queda muy lejos del Fatburen?

—¿La silla de manos? ¡No creerás que llevaron el cuerpo en una silla de manos!

—¡No en cualquier silla de manos, pedazo de burro, sino en ésta en concreto! Me has arrastrado por todo el barrio para nada cuando aquello que buscaba pasó varias horas delante de tu puerta. Sólo me consuela que el paseo de hoy parece haber sido más coñazo para ti que para mí. Todo indica que llevaban el cuerpo tras las cortinas corridas, metido en un saco, cuando la silla de manos se rompió. Seguramente tuvieron que dejarla aquí y volvieron a recogerla tan pronto como pudieron. ¡Tal vez ahora mismo esa silla esté en una carpintería! Pero escúchame bien, Stubbe: si quieres tener la más mínima esperanza de conservar tu cargo de mierda, irás derecho a casa y hablarás personalmente con todos tus vecinos, desde la vieja más revieja hasta el crío más pequeño, y me dirás antes de que anochezca si alguien ha visto la silla y puede describirla con más detalle, o si han visto a los que volvieron a recuperarla.

En el camino de regreso, mientras cruza la Esclusa, Cardell va hablando solo, en voz baja. Parece muy animado, aunque su voz se pierde bajo el murmullo de la Corriente de Estocolmo.

—Bueno, Karl Johan, te tengo bien agarrado y no permitiré que te me escapes. Sólo debo encontrar una silla de manos verde con adornos dorados y una vara recién reparada. —Alza la vista hacia la torre truncada de la iglesia de Santa María Magdalena y añade—: Y que huelga a meados.

Winge se ha pasado la jornada entera siguiéndole el rastro al fino paño negro que envolvía el cadáver. La cosa ha llevado su tiempo porque los vendedores de telas no se han mostrado precisamente dispuestos a responder preguntas sobre un género que no tenían a la venta en sus propias tiendas. El mejor retazo de información que ha conseguido apunta hacia un comerciante inglés que a estas alturas podría haber abandonado Estocolmo. Nadie ha sabido decirle dónde estaba atracado su barco, así que no tiene otra opción que comprobarlo por sí mismo en los registros.

La planta baja del edificio de aduanas es un batiburrillo de mercancías e idiomas varios. Los funcionarios van de aquí para allá seguidos por jóvenes empleados portando lápices y libros de cuentas. Hay comerciantes, armadores y capitanes de barco que negocian sus aranceles y cuestionan la exactitud de las balanzas y la integridad de quienes las operan. Los que no son capaces de hacerse entender se limitan a hablar a un volumen cada vez más alto. Winge tarda horas en conseguir sobornar a un funcionario para que le deje ver las listas de los barcos que han arribado a puerto. El barco en cuestión se llama *Sophie* y su puerto de origen es Southampton. Está amarrado en el muelle frente al barrio de Orfeus, cerca de Slottsbacken. Según figura en la lista de salidas, está a la espera del viento propicio para zarpar.

Ya empieza a oscurecer cuando Winge sale del edificio de aduanas y recorre a toda prisa el muelle. En el puente de Skeppsbron todavía pueden verse los desperdicios de la fiesta de San Miguel y su mercado de otoño. Winge mira inquieto el mar Báltico, pero no parece que haya barcos disponiéndose a zarpar. Ya es tarde y el viento apenas hace aletear los gallardetes sujetos a los mástiles.

Tiene la garganta irritada por la humedad del mar y los esfuerzos del día y no puede reprimir un acceso de tos que hace que el costado le duela como si le hubieran clavado un alfiler de corbata entre las costillas. De mala gana, se ve obligado a bajar el ritmo y a apoyarse en la empuñadura de plata de su bastón. La forma en que la madera se arquea le recuerda que se talló más como mero accesorio que como apoyo.

Exhala un suspiro de alivio cuando ve el nombre de *Sophie* en la popa de un barco. Es una goleta, con su mástil de trinquete, más bajo que el palo mayor, y está amarrada por estribor. No nota ninguna actividad a bordo. En el muelle, los paseantes vespertinos se dirigen a cafeterías y tabernas, los estibadores y trabajadores del puerto han vuelto a casa, los marineros han desaparecido por los callejones de Stadsholmen en busca de compañía y diversión. Winge cruza la pasarela y, ya en cubierta, ve a un hombre con cara de concentración metiendo un peso de plomo en un cofre con remaches de hierro.

—¿Joseph Satcher?

El hombre contesta en francés. Es de complexión robusta, lleva un tabardo marinero, un sombrero de tres picos y unas botas toscas y resistentes; la barba le llega hasta el pecho.

—Me llamo Thatcher, no Satcher. Supongo que mi nombre es tan poco adecuado para comerciar con los suecos como mi mercancía. No hablará usted inglés, ¿verdad?

Winge habla bien francés y alemán, se defiende con el griego y puede leer el latín, pero no sabe mucho inglés. Thatcher asiente al oírlo, nada sorprendido.

—Mi sueco tampoco es muy bueno. Hablemos en francés, ¿le parece? ¿Qué quiere de mí?

—Me llamo Cecil Winge. Me han dicho que es usted una autoridad en tejidos de algodón.

Thatcher se sienta en su cofre y le indica a Winge que haga lo mismo en un tambucho de cubierta. Cuando Winge le tiende el pedazo de paño negro, lo estudia en silencio.

—Mis dedos ya me revelan mucho, pero para decir algo definitivo necesito ir en busca de un farol. Pero antes dígame, ¿a qué se debe su interés?

—Han encontrado envuelto en esta tela el cadáver mutilado de un hombre cuyo destino trato de desentrañar.

Thatcher lo mira fijamente unos instantes, luego se aleja hacia los camarotes, de donde vuelve con un farol encendido. Examina la tela una vez más mientras Winge espera en silencio. Finalmente, coge una sencilla pipa de madera y la enciende con la llama del farol antes de hablar.

—Dígame, señor Winge, ¿tiene algún significado para usted la expresión: «*Homo homini lupus est*»?

—La escribió Plauto durante las Guerras Púnicas: «El hombre es un lobo para el hombre.»

—Discúlpeme, soy un simple comerciante y no he tenido la fortuna de recibir una educación clásica; yo conozco esas palabras a través de Voltaire, aunque, si me atengo a su significado, no me extraña que sean más antiguas. ¿Qué opinión le merecen? ¿Somos lobos para los demás, siempre en busca del menor indicio de debilidad para atacar?

—Tenemos leyes y normas para contener tales instintos en las personas.

Thatcher se echa a reír entre su nube de humo.

—En ese caso, el sistema no funciona demasiado bien, y yo mismo soy un buen ejemplo de ello. Su país está en quiebra, señor Winge; si el correo fuera más deprisa, yo lo habría sabido a tiempo y tal vez habría podido evitar mi desgracia. Aquí nadie quiere mi mercancía, y para evitar tener que llevármela de vuelta a casa he tenido que venderla con pérdidas. Si a eso le añadimos las manos codiciosas de los aduaneros, en las que he dejado muchos ducados, la astucia de mis competidores y las deudas con mis acreedores, la conclusión es que estoy perdido, señor Winge. ¿Por casualidad ha visto qué estaba haciendo cuando me ha interrumpido?

—Sí, estaba metiendo plomo en un cofre que da la impresión de ser su caja de caudales.

—¿Y se imagina usted por qué lo hacía?

Winge asiente y aparta la mirada. Se pregunta si la muerte tendrá un olor especial o alguna otra característica parecida como para que él advierta tan fácilmente su presencia, y si su sensibilidad se deberá a su trabajo o a su estado físico.

—Va a arrojarlo por la borda. Y como los bienes de un hombre con frecuencia valen más que su vida, imagino que pretende aferrarse a él y acompañarlo mientras se hunde. Pero antes quiere añadir peso, no vaya a ser que su sufrimiento se alargue.

Thatcher exhala un perfecto anillo de humo que el viento disipa con rapidez.

—Soy personalmente responsable por todas esas mercancías que malvendí. Todos mis bienes están hipotecados y los elegantes caballeros que invirtieron su dinero en mí con la esperanza de sacar un beneficio están en condiciones de quitarme todo lo que poseo. Afortunadamente puedo conseguir el mismo resultado sin siquiera zarpar de Estocolmo, así me ahorro un viaje agotador y más problemas. Mi trayecto se verá reducido a unos seis metros bajo el casco del *Sophie*. En el

cofre van los comprobantes de la hipoteca, si me los llevo conmigo no hay riesgo de que mis deudas se hereden. —Thatcher da una buena chupada a su pipa y clava una mirada tranquila en Winge, quien observa a través de las volutas de humo cómo aparece un brillo malicioso en sus ojos—. ¿Por qué debería ayudarlo? ¿Por qué debería, como último gesto, confirmar una vez más mi incapacidad de obedecer las leyes de la naturaleza oponiéndome a quien ha probado ser el mejor de dos lobos? Si yo mismo fuese un lobo mejor, ésta no sería mi última hora. ¿Qué clase de lobo es usted, señor Winge? ¿Un lobo hábil? ¿Un buen cazador?

—Me temo que no soy un lobo en absoluto: no me dedico a lo que me dedico para satisfacer mi sed de sangre. Aun así, tendré éxito en mi empresa, tanto si decide ayudarme como si no.

Thatcher se estremece de pronto y, con la pipa todavía colgando de los labios, se frota los brazos. Tomada la fatídica decisión, ya parece ir camino del otro mundo.

—Está usted anormalmente pálido y flaco, señor Winge. ¿Está enfermo?

—Sí, de los pulmones: tengo tisis, no le sobreviviré mucho tiempo.

Thatcher suelta una alegre carcajada cuyo sonido resuena por el barco y después se aleja hacia el mar.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes? ¿Qué sería este mundo si los moribundos no pudiéramos hacer piña? Creo que puedo hacer algo por usted porque el tejido que me ha enseñado perfectamente podría ofrecerle solución a su misterio.

Le indica a Winge que se acerque y sostiene la tela a la luz del farol.

—Mire, aquí: la tela tiene dos capas unidas por una costura. Esta costura me revela algo con mucha claridad, sobre todo porque está abierta en el lado más estrecho: alguien ha vuelto esto del revés. Veamos.

Thatcher introduce la mano por la abertura, agarra el lado contrario y le da la vuelta a la tela como si fuese un saco.

—*Et voilà!* ¡Esto es algo que no se ve todos los días! —En los bordes de la tela hay una tira estampada en un color dorado que las aguas del Fatburen no han conseguido borrar. Los dibujos representan figuras humanas en grupos de cuatro y entrelazadas en posturas que ilustran los placeres de la carne. Los miembros de los hombres son grotescamente grandes, al igual que los pechos de las mujeres; los rostros reflejan el éxtasis—. Como experto —continúa Thatcher—, puedo añadir que tanto el tejido como el estampado son de la mejor calidad. Espero que todas esas posturas sean producto de la imaginación del artista y no estén basadas en modelos reales, aunque la verdad es que a estas alturas ya no me importa: ya no espero nada de la vida. Ojalá a mis hijos les vaya mejor que a mí, aunque lo dudo. En mi ingenuidad, los eduqué para que fueran buenos, y supongo que serán presas fáciles para otros, como lo he sido yo. —Thatcher empieza a vaciar su pipa, pero luego cambia de idea y la arroja por la borda. Levanta con esfuerzo su cuerpo robusto hasta lograr ponerse en pie y abre la tapa del cofre. Dentro hay muchos papeles, pero aún hay espacio para algunos más—. Bueno, señor Winge, si me disculpa, tengo más cosas que guardar antes de mi viaje. Ahora que lo he ayudado a dar con el rastro, sólo tiene que seguirlo hasta el bosque para encontrar a su presa. He notado cómo cambiaba su expresión: a mí no me engaña, ¡usted mismo es un lobo! He visto suficientes como para saberlo. Es un lobo o no tardará en convertirse en uno. Nadie puede correr con los lobos sin aceptar sus reglas. Tiene usted los colmillos y los ojos brillantes del depredador. Niega su sed de sangre, pero ésta emana de usted como si fuera un olor. Algún día tendrá los dientes manchados de sangre y sabrá que yo tenía razón. Su mordida será profunda. A lo mejor resultará ser el mejor lobo, señor Winge. Confío en que así sea. Buenas noches.

Cardell despierta empapado en sudor frío. La paja del colchón le pincha la espalda, los piojos lo han picoteado por todo el cuerpo. Al otro lado de los tablones de madera de la pared se oyen los berridos de un niño al que pronto se le suma un camarada de la misma edad desde algún otro lugar en el laberinto de las habitaciones. Cardell aún nota en la sangre el alcohol con que celebró la víspera sus deducciones respecto de la litera de Stubbe. Ha dormido con los calzones puestos y le cuesta mantener el equilibrio cuando se los desata para aliviarse en el orinal. Luego abre la ventana y, con gesto experto, arroja el contenido al patio. Ahí fuera las nubes están tan bajas que la torre de la iglesia de San Nicolás, medio oculta, tiene una apariencia fantasmagórica. La esfera del reloj, que sólo consigue ver cuando aguza tanto la mirada que su dolor de cabeza empeora, revela que pasan unos minutos de las nueve de la mañana. Necesita un trago.

Frente a la habitación que Cardell tiene alquilada desde hace más de seis meses, unas mujeres preparan gachas de avena entre susurros. No sabe sus nombres, pero les da los buenos días y les pide un poco de agua del cubo que han llevado del pozo. Luego baja las escaleras y sale al callejón de Gåsgrand. Se dirige a Södermalmstorg, donde le permiten beber al fiado. Por costumbre, contiene el aliento al pasar frente a las letrinas de Flugmötet, junto a los graneros del puerto. La Esclusa Roja está levantada para permitir el paso a un pequeño barco que remonta la corriente desde el lago Mälaren. El nuevo puente levadizo, construido hace poco en el lado del Báltico y bautizado por la gente como «la barrera azul», sólo lleva un par de semanas funcionando y aún despierta muchas suspicacias. Parece delgado y frágil comparado con el antiguo, construido por Christopher Polhem, el más célebre de los ingenieros de Suecia. Muchos prefieren todavía esperar el puente rojo en lugar de arriesgar la vida en el azul. Cardell no, quién sabe si por valentía o simplemente porque su vida le importa poco.

Algo está pasando: al llegar a Södermalmstorg ve a una gran multitud que sube hacia el paso de Stenhuggarbrinken. Se deja arrastrar. A juzgar por el gentío que hay frente a la taberna Hamburg, debe de ser día de ejecuciones. Los mirones se han reunido allí para poder gritarle insultos al condenado, que no tardará en ser llevado en carro a tomar su último trago.

El propio Cardell se detiene un momento en la taberna de al lado y luego sigue la riada de gente que cruza el callejón Götgatan y baja la cuesta de Postmästarbacken. Las fortificaciones de Skanstull se alzan a ambos lados de la calle que asciende la colina de Hammarby, en cuya cima se yergue contra el cielo tempestuoso el patíbulo triangular, sostenido por tres pilares de piedra unidos por otros tantos travesaños.

Una gran multitud rodea el cadalso, mantenida a cierta distancia por un grupo de guardias con garrotes. El alguacil sube al patíbulo para leer la sentencia. Cardell se da cuenta de que ese día no van a utilizar la horca: el condenado no es un ladrón, sino el asesino de una mujer. Por lo tanto, será decapitado.

El carro se hace esperar, pero poco después se oye el clamor de los golfillos y mentecatos que

corren tras el condenado arrojándole todo lo que tienen a mano. Es joven: no parece que tenga ni siquiera veinte años. Lo detuvieron por estrangular a su novia por culpa de una gallina robada: él quería saciar el hambre de inmediato, ella prefería mantener con vida al animal para que diera huevos.

Mientras lo empujan hacia el lugar donde van a ejecutarlo, el condenado empieza a temblar de pies a cabeza. Una mancha oscura aparece en su calzón y va extendiéndose por el muslo izquierdo. El público está exultante. Dos prostitutas a las que Cardell conoce de vista gritan insinuaciones sobre la escasa virilidad del reo. Tras ellas, un hombre con la nariz convertida en un cráter podrido por culpa del mal francés se ríe tan fuerte que se le salen los mocos. El alguacil abandona el patíbulo con toda la dignidad de que puede hacer acopio. Bebe de una petaca plateada y da cada paso con extremo cuidado para preservar del barro sus zapatos elegantes.

De pronto se hace el silencio: la puerta de la casa del verdugo se ha abierto y éste ha hecho su aparición. Se llama Márten Höss y disfruta de una popularidad en la que se mezclan el respeto y el desprecio. Lleva la capucha característica de su oficio echada hacia atrás: muchos de sus predecesores han preferido ocultar su rostro, pero él no es tan tímido. Es un rostro perfectamente común. Tiene arrugas. Sus ojos negros carecen de expresión. Él mismo fue sentenciado por haberle destrozado la mandíbula con una jarra a un compañero de borrachera, pero el puesto de verdugo estaba vacante, así que le prometieron un aplazamiento de su castigo a cambio de aceptarlo. No obstante, con cada golpe de hacha o espada se acerca cada vez más a su destino, que no es otro que morir por los mismos medios. En cada ocasión, su mano parece temblar un poco más, en cada ocasión, parece estar más bebido.

Circula el rumor de que Höss ya ha intentado quitarse la vida tres veces arrojándose a las aguas de la bahía de Årstaviken, pero el valor siempre lo ha acabado abandonando, así que ha decidido escapar del hacha matándose a beber. Eso no lo vuelve menos popular: que esté ebrio añade diversión al espectáculo.

Cuando los guardias se hacen a un lado y Höss sube al patíbulo, el rumor vuelve a crecer. Höss camina con paso vacilante; en un momento dado, intenta hacer una reverencia ante su público, pero por poco se cae de bruces. La multitud lo anima a continuar. El maestro Höss, así llamado como un guiño irónico a su incompetencia, coge el hacha de manos de un ayudante y la blande en el aire. De pronto, echa a correr hacia el reo, como si pretendiera ajusticiarlo ya mismo, pero resbala ridículamente. La multitud aúlla de placer y estalla en aplausos.

Colocan el tajo. Es un simple trozo de madera lleno de hendiduras y manchas. Obligan al reo a arrodillarse y a apoyar encima la cabeza. Un ayudante le hinca un pie entre los omoplatos mientras otro le rodea la mano derecha con una correa y se la sujeta al tajo. Se la cortarán primero para asegurarse de que no se va al otro mundo sin sufrir un poco. El verdugo se aproxima y blande el hacha en el aire. Vuelve a hacerse el silencio, pero un bromista aprovecha para gritar a voz en cuello una obscenidad; el público lo manda callar. Höss deja caer el hacha con un rugido, pero se detiene apenas a un palmo del brazo tembloroso.

Höss está orgulloso de su talento teatral. Se enjuga un imaginario sudor de la frente, junta las manos a la espalda y finge estirarse como si acabara de transportar un gran peso. El entusiasmo de los espectadores lo anima a repetir el numerito tres veces. El reo se ha echado a llorar y, aunque ya no está sujeto, ni siquiera hace el intento de escapar; simplemente solloza y se estremece.

Pese a su sopor etílico, Höss tiene la experiencia suficiente para saber que en este punto debe concluir la tarea, si no quiere enfrentarse a la ira de la multitud. Los sollozos del condenado se intensifican hasta convertirse en aullidos y la excitación de la gente da paso a la expectación.

Una vez más, los ayudantes ocupan sus puestos y sujetan al reo. Höss se escupe en las palmas de las manos, blande el hacha y le corta la muñeca con un ruido sordo. Con los gritos de dolor del pobre hombre de fondo, un ayudante recoge el miembro cercenado y lo arroja a la multitud. La mano y los dedos de un condenado traen buena suerte; el pulgar, en particular, garantiza protección frente a la autoridad si se ha cometido un robo, y los ladrones son muchos y muy supersticiosos. Quien consiga hacerse con el brazo podrá cortar mano y pulgar y venderlos en las calles.

Höss avanza vacilante para asestar el golpe mortal mientras el joven enronquece de tanto gritar; su voz ya no parece humana, sino un sonido que llega desde otro mundo, un eco surgido de detrás de las cortinas del infierno.

El maestro Höss necesita varios intentos para separar la cabeza del cuerpo. El primer golpe de hacha cae en el hombro, el segundo en la nuca. Este último separa el cuero cabelludo y deja una oreja colgando. Cuesta saber si Höss se ríe o llora mientras blande el hacha como un loco y repite gritando a voz en cuello:

—¡Como castigo por tus actos y como advertencia para otros! ¡Como castigo por tus actos y como advertencia para otros!

Sólo después del quinto hachazo se interrumpen ambas voces, tanto la del reo como la del verdugo.

Los entendidos coinciden en que es la ejecución más desastrosa del maestro Höss hasta la fecha. Opinan que, por respeto a su profesión, podría haber bebido un poco menos. No parece probable que pueda hacer muchos más numeritos como ése antes de que se ofrezca a otro reo el puesto de verdugo y él mismo acabe sujeto al tajo.

Mientras los guardias se alejan, unas ancianas se acercan para recoger la sangre que encharca el suelo: no hay nada más eficaz para tratar la gota caduca. Los ayudantes del verdugo han vuelto el cuerpo boca arriba, lo cogen de las piernas y lo levantan para que caiga toda la sangre posible al barro y no tanta sobre ellos cuando lo arrastren hasta la fosa recién cavada tras la estructura.

• • •

Mickel Cardell se da la vuelta y, en cuanto levanta la cabeza, distingue la silueta de Cecil Winge en una loma junto al camino. Lo sorprende tanto verlo allí que no sabe qué hacer. Se pasa un buen rato observándolo sin hacer nada para llamar su atención. El semblante pálido de Winge no trasluce emoción alguna: no parece afectado por lo que acaban de ver. Sólo cuando se acerca, Cardell repara en que el brazo le tiembla y sus dedos finos sujetan con tanta fuerza el bastón que tiene los nudillos blancos.

Está absorto en sus pensamientos, todavía mirando el patíbulo. Sólo detecta la presencia de Cardell cuando éste ya está muy cerca. Empieza a lloviznar en Hammarby.

—Buenas tardes, Jean Michael. Hace más de un año que no presenciaba una ejecución. He venido a ver cómo se impartía justicia teniendo en cuenta que nosotros mismos estamos investigando un asesinato. Éste es el destino que aguarda a nuestro hombre si tenemos éxito.

—¿Y bien?

—Nunca le he visto mucha lógica a que la Corona trate de combatir el asesinato quitándoles la vida a sus súbditos de una forma tan brutal. Pero mi mayor objeción es la siguiente: la ley no hace el menor intento de comprender a quienes sentencia. ¿Cómo se pueden impedir los crímenes de mañana sin entender los que se cometen hoy? La respuesta, Jean Michael, es que esto ni siquiera

se les ha pasado por la cabeza a los responsables. Creen que su tarea consiste en juzgar y castigar, nada más. Yo mismo he interrogado a muchos que han acabado sus días en esta colina, y mi único consuelo es que ni uno solo de ellos hizo el trayecto en el carro sin tener ocasión de dar su versión de los hechos y hablar en su defensa, y que puse todo el esfuerzo en probar su culpabilidad más allá de toda duda.

—La plebe jamás atenderá a razones. Sin el miedo al hacha y la soga, Estocolmo estaría en llamas de la noche a la mañana. —Como Winge guarda silencio, Cardell continúa—: Es posible que mi encuentro con Stubbe nos haya llevado un paso más cerca de resolver este asunto. Le daré más información cuando la tenga, pero puedo adelantarle que estoy buscando una silla de manos verde que puede haberse utilizado para llevar a Karl Johan en su último trayecto.

Ambos le vuelven la espalda al patíbulo y a la mancha roja, que es cuanto queda del hombre al que han llevado allí a morir. Emprenden juntos el camino de regreso a Skanstull. Una vez que han llegado al pie de la colina, Winge rompe el silencio.

—Jean Michel, ya que usted me ha confiado su parecer sobre el rey Gustavo y su amargura por haber perdido tantísimo en una guerra fundada en motivos deshonestos, me gustaría corresponderle contándole algo sobre mí que no muchos saben, pero que sin embargo es la verdad. Sé muy bien que se rumorea que dejé a mi mujer para protegerla...

Cardell se siente incómodo porque no está acostumbrado a oír confidencias. Camina mirándose la punta de las botas, que se hunden en el barro del camino.

—A medida que mi enfermedad progresaba, tenía peores ataques de tos y estaba más delgado y más débil. Me consumía ante sus ojos. Llegado un punto ya no podía ofrecerle nada ni cumplir mis deberes como marido.

La voz ronca de Winge suena profundamente monótona. No hay en ella el menor atisbo de emoción: es como si recitara de memoria un pasaje de las Escrituras. Cardell, sin embargo, puede percibir hasta qué punto Winge se contiene y piensa que también la presión atmosférica baja antes de que estalle la tormenta.

—Por supuesto, sabía lo que iba a suceder: no por nada he pasado toda la vida al servicio de la ley. Cuando empecé a notar que me ocultaba cosas y me mentía, mis sentidos se afinaron como nunca. Pronto comencé a encontrar objetos desconocidos en nuestra casa, a descubrir que mi mujer no había estado donde me había dicho que estaría... Pero sobre todo noté que parecía nuevamente feliz: tenía las mejillas sonrosadas y le brillaban los ojos. —Winge continúa sin mover un solo músculo de la cara: parece como si estuviera paralizado—. Por primera vez en meses, se parecía a la mujer de la que me había enamorado. —Hace una larga pausa antes de proseguir—: Un día, finalmente la sorprendí con su amante. Créame que había hecho todo lo posible para que eso no sucediera, pero estaba débil y distraído; mi tos me impidió oír los gemidos, y viceversa. Él era un joven oficial con espada y tahalí, el bigote teñido de negro y todo el futuro por delante. No podía culparla. Esa misma noche me trasladé a casa de Roselius. Desde entonces no he vuelto a verla.

Winge tiene el rostro vuelto hacia el lago Hammarby, cuyas aguas ha empezado a embravecer el viento. Cardell abre la boca para ofrecer sus condolencias, pero él se anticipa:

—No es necesario que me diga nada. Yo, al igual que usted, tampoco busco compasión. No he sido franco porque pretenda ser su amigo: simplemente tengo la impresión de que conocer las fortalezas y debilidades del otro puede ser útil ante los desafíos que se avecinan. No hay nada más importante en este momento. No necesito palabras de consuelo ni busco que sea mi amigo, Jean Michael: no me queda tiempo para eso y, además, sólo podría ser doloroso para usted.

Se separan en el puesto aduanero, donde Winge detiene por señas un carruaje.

—Encuéntrese conmigo mañana a las nueve en el café que llaman Lilla Börsen. Lo de la silla de manos parece prometedor, me toca hacer mi parte. Tengo muchas esperanzas respecto del futuro de Karl Johan.

«Trasladarse en silla de manos ya no está de moda», así reflexiona Cardell apenas unas horas después de haber dejado atrás los horrores del patíbulo. Eso debería facilitar la búsqueda de la silla verde, pero al mismo tiempo la complica porque ya no existe un gremio que supervise a los portadores, que desarrollan su actividad ajenos a toda regulación. Cuando Cardell era niño se veían literas por todas partes, pero a estas alturas la mayoría de ellas se han convertido en humo dentro de una de esas nuevas chimeneas alicatadas, mientras que el resto ha acabado en manos de portadores independientes que las plantan en las esquinas con la esperanza de atraer clientes.

Después de preguntar aquí y allá, Cardell se encamina a un establo cerca de Barnängen, en el barrio de Santa Catalina, pero una vez allí nadie sabe darle razón de la litera verde. El patrón, con barba y peluca de crin de caballo, estornuda entre pellizcos de rapé y maldice la época moderna que le ha robado el sustento. Cuando el siglo era joven, ningún caballero dudaba a la hora de hacerse llevar a través de la ciudad por un par de hombres robustos. A finales de la década de 1770, él mismo tenía por lo menos una docena de sillas de mano en circulación. Ahora esa cifra ha quedado reducida a una tercera parte y los precios no paran de bajar. Los portadores, que antaño vestían librea, tienen que contentarse con llevar una banda distintiva del establo. ¿Que de qué color son sus sillas? El viejo niega amargamente con la cabeza ante la evidencia de que sus colores insignia, negro y blanco, ya no sean conocidos. Cardell se marcha de Barnängen con las manos vacías.

Cuando cae la tarde, los serenos encienden las farolas de las calles, unos subiéndose a escaleras de mano, otros utilizando largas varas con mechas en la punta. Un olor a aceite quemado flota en todas partes, aunque el celo de la guardia municipal, que debe asegurarse de que cada manzana cuente con la debida iluminación callejera, disminuye a medida que uno se aleja del centro.

Para cuando anochece, Cardell está en el extremo opuesto de la ciudad, una zona de Ladugårdslandet dejada de la mano de Dios en las cercanías de Norrtull. Ha llegado hasta allí siguiendo el Rännilen, un apestoso canal que corre hacia el norte con las laderas de Brunkebergsåsen a la izquierda y las orillas de la ciénaga de Träsket a la derecha. Sus aguas marrones, que transcurren entre barracas, desprenden un hedor que clama al cielo, pero ni así superan a las del lago Fatburen. El solo hecho de que el agua corra y se airee hace que el canal soporte mejor la afluencia constante de desechos de letrinas y demás porquerías.

Más allá de la ciénaga, las edificaciones se vuelven aún más miserables y el pavimento da paso a la arcilla. La casa que Cardell anda buscando queda cerca del canal. Alberga el taller de un carpintero que todavía se ocupa de la construcción y reparación de sillas de mano. La oscuridad reina en esas calles y además hace frío, así que Cardell se sorprende al ver gente fuera. Ve a un hombre sentado en los escalones de una puerta de entrada y, un poco más allá, sobre la fachada de la casa, la sombra de una persona muy alta que no acaba de decidir sobre qué pie debe plantarse.

El hombre sentado saluda a Cardell con un ademán. Tiene los hombros tan anchos como él, pero está más gordo y la panza le tensa los botones del abrigo. Su cuerpo trasluce tanto fuerza como pereza. Tiene el cráneo redondo como una bola y un cuello tan corto y ancho que da la sensación de que le han encajado la cabeza directamente sobre los hombros. Su boca es grande y de labios gruesos y tiene un ojo algo estrábico. Está mascando tabaco y escupe a intervalos regulares. Cardell responde a su saludo inclinándose ligeramente.

—Me llamo Mickel Cardell. Disculpe que aparezca tan tarde, pero busco a un carpintero que se llama De Vries.

—Pues ya lo ha encontrado: me apellido De Vries y no hay nadie más por aquí con ese apellido. Siéntese. ¿Quiere un poco de tabaco?

Cardell no se sienta, pero coge un pellizco de tabaco de la bolsita que el hombre le tiende. Estando más cerca, advierte que el que alterna entre un pie y otro es un joven, aunque de una estatura formidable: en comparación, tanto Cardell como el carpintero parecen enanos. También se percata de que debe de tener alguna deficiencia mental porque tiene la boca abierta y el mentón brillante de saliva. Sus ojos recuerdan los de una vaca, dulces y vacíos. Una correa de cuero le rodea el cuello y lo sujeta a la barandilla de madera.

—Caramba, señor De Vries, ¿qué hace todo un maestro carpintero cogiendo frío en los escalones de la puerta de su casa?

—El aire del anochecer es un bálsamo para el alma, ¿no le parece? Y a usted ¿qué lo ha traído hasta aquí a ver al maestro carpintero Pieter de Vries en una noche como ésta?

Una sonrisa burlona aparece en sus labios y un hilillo de jugo del tabaco le escurre por las comisuras de la boca.

—Ando siguiéndole el rastro a cierta silla de manos verde y con una vara rota. Un golfillo de Kathavet asegura haber visto algo parecido de camino a su taller hace no más de cuatro días.

A De Vries le aparece una arruga de preocupación en el entrecejo.

—Pues no, caballero. No recuerdo nada semejante. Siento que haya tenido que recorrer todo el camino hasta aquí sólo por un pellizco de tabaco. A lo mejor esa silla iba de camino a otro carpintero de la zona, digo yo.

Cardell asiente pensativo.

—De hecho, no hay más carpinteros por aquí cerca. Además, me han dicho que al maestro carpintero De Vries a veces cuesta entenderle porque es de Rotterdam y habla sueco tan mal que nadie se explica cómo tiene clientes, por muy capaz que sea.

El hombre suelta un relincho de risa y luego se pone en pie, estira la espalda haciéndola crujir y se sacude los calzones.

—¡Ya veo! Bueno, que al menos no se diga que Jöns Kuling no tiene arrestos para confesar cuando lo han pillado diciendo una mentira.

Cardell ladea la cabeza para indicar al joven que hay junto a ellos, todavía absorto en su mundo.

—¿Quién es?

—Es mi hermano, Måns. Como ve, no está muy bien de la azotea. Mire, Cardell, nuestros padres no proceden de la gran ciudad, como usted, sino de un pueblo tan pequeño que costaba encontrar una buena pareja, así que, cuando mi padre se hizo mayor, no le quedó otra opción que tomar por esposa a su propia hermana. Esas violaciones de las leyes del Señor se cobran su precio, y a ese precio le pusieron el nombre de Måns. Al nacer, se cargó a nuestra madre: era la criatura más grande que había visto nunca la partera. No es un gran pensador, pero si necesita a

alguien que pueda sostener la popa de una silla de manos durante horas sin quejarse, Måns es su hombre.

—Y usted lleva la proa, supongo.

—Pues sí, señor Cardell. De habernos intercambiado los papeles, habríamos ido a parar al infierno antes de que nuestro pasajero supiera siquiera qué pasaba. Sea como sea, aquí nos tiene a los dos, esperando a que vengan tiempos mejores. El carpintero nos pidió que volviéramos mañana, pero la silla es nuestro único medio de ganarnos el pan y nunca la dejamos sin vigilancia, mucho menos cuando nuestro mayor benefactor ha insinuado que últimamente no está contento con nuestro trabajo y nos ha advertido de que, si venía alguien preguntando por una silla de manos verde y por él, las cosas podían acabar mal. A menos, claro está, que nos hagamos cargo de la situación y la resolvamos al instante. De manera que aquí estamos: usted, yo y Måns.

Jöns desata la correa que mantiene preso a Måns. El grandullón avanza unos pasos, ladea la cabeza para calentar los músculos agarrotados y suelta dos resoplidos para expulsar los mocos de sendas ventanillas de la nariz. Esboza una sonrisa siniestra y levanta los puños, grandes como cubos. Tiene los hombros anchísimos y los muslos abultados después de tantos años cargando la silla de manos.

—No debería haber venido a husmear porque lo único que va a descubrir es dónde termina su camino —dice Jöns—. Ahora vamos, deme un golpe para ver de qué pasta está hecho.

Cardell da unos pasos hacia la izquierda procurando no perder de vista ni a Jöns ni a Måns. Este último ha empezado a dar brincos sin moverse del sitio y a lanzar gruñidos de entusiasmo. Un miembro tan largo como un brazo se insinúa bajo sus calzones apretados. Tras un par de fintas, Cardell propina el primer golpe a Jöns Kuling. Su mano de madera lo alcanza de pleno en el costado y lo hace doblarse en dos. Una expresión de asombro se transforma en carcajadas cuando Jöns se palpa el costado y se mira la sangre que tiene en la mano.

—¡Maldita sea, Cardell! Ese golpe ha dado en el blanco, vaya que sí. Mis costillas parecen el culo de una tetera. ¡Menudo puño de hierro!

—Tan sólo de madera, me temo.

—Juegas sucio, Cardell. Eso me gusta, pero igualmente no puedo permitirlo, ¿verdad? La lucha tiene que ser justa. ¡Måns!

El hermano, que sólo estaba esperando la orden, ataca de un modo tan burdo y tan directo que pilla a Cardell completamente desprevenido: se arroja sobre él y, sin darle tiempo de esquivarlo, lo envuelve en un abrazo haciéndolo caer y cayendo luego sobre él con todo su peso. Enseguida se monta a horcajadas sobre su pecho y empieza a soltar una lluvia de golpes. Cardell nota cómo se le rompe la nariz, cómo se le parte la ceja, siente cómo la sangre empieza a manar, cómo le corre hacia un ojo. Jöns aparece de pronto a su izquierda; siente unas garras tironeando de las correas que sujetan el brazo de madera. Cuando éstas se sueltan, la madera se desliza bajo la manga y se queda indefenso. Por encima de los ruidos amortiguados que sabe provocados por los puños de Måns contra su cara, Cardell oye un silbido casi dulce y ve que Jöns ha acercado los labios a la oreja de su hermano. Los golpes se interrumpen.

—A ver, mi querido Måns, vamos a ayudar a Cardell a ponerse en pie: que nos muestre lo que vale cuando se lo ha despojado de su arma secreta.

Cardell se limpia la sangre de los ojos y parpadea vigorosamente para recuperar la visión. Jöns esboza una sonrisa burlona y arroja por encima de su hombro el brazo de madera, que aterriza en algún lugar cerca del muro. Måns empieza a rebuznar de emoción mientras se limpia los nudillos a lametazos. Cardell nota un pitido en los oídos y el mundo se pone a dar vueltas a su alrededor.

Muy en lo alto brillan las estrellas; las constelaciones forman un remolino. Tiene la boca llena de astillas de dientes y se pregunta si lo que nota en la lengua será polvo de estrellas.

Vuelve a ver la espuma sanguinolenta en los labios de Johan Hjelm, oye la voz ronca de Cecil Winge y las andanadas de los cañones rusos en la distancia; se estremece ante la sonrisa desdentada de Karl Johan bajo la luz mortecina de la cripta. Camina tambaleándose hacia los dos bultos que oscilan delante de sus ojos mientras siente cómo vuelve a materializarse su brazo amputado, palpitante y en carne viva, lleno de dolor y de odio.

—Venga, venid a por mí, malditos bellacos.

La cafetería de Gustav Adolf Sundberg acaba de mudarse a la plaza Järntorget de Bergsgränden, junto a la iglesia de Santa Clara, pero bien pronto han empezado a llamarlo Lilla Börsen, la Pequeña Bolsa, porque se ha convertido en lugar de encuentro para los financieros y burgueses de Skeppsbron. Muchos clientes toman cuencos de chocolate caliente, pero la mayoría, como Cecil Winge, prefiere beber interminables tazas de café arábica, sobre todo desde que se rumorea que la regencia está considerando prohibirlo para contener las conspiraciones en los cafés.

Los rumores fluyen allí con la misma abundancia que la infusión: la gente comparte noticias sobre la estrafalaria conducta del príncipe Gustavo, de quince años, hacia sus cortesanos; sobre el duque Carlos, que suspira por la señorita Rudenschöld, una dama de compañía cuyo corazón pertenece al traidor Armfelt; sobre el poeta Thomas Thorild, de quien se dice que se cayó de una mesa en Lübeck mientras proclamaba que el exilio le había concedido la inmortalidad que no había conseguido en años y años de besarle el culo al barón Reuterholm. Winge decide esperar una hora más a Cardell, pero cuando su reloj de bolsillo marca las diez y media sigue allí solo, de modo que sale de la cafetería y recorre la calle Västerlånggatan hacia el norte hasta llegar al callejón de Gåsgränd, donde pregunta por el guardia. Un zapatero que está en el proceso de poner suelas nuevas a unas botas de caballería tiene la respuesta que está buscando.

—¿El guardia tullido? Le alquila una habitación a la viuda Pihlman.

En el hueco de la escalera hay unos niños jugando. La casa no tiene estufas, pero sí una chimenea en la planta superior que mantiene encendida una chica flaca de tez amarillenta. Esa última semana ha estado enferma y con fiebre, por eso sabe que Cardell salió ayer de su habitación y que todavía no ha vuelto. A Winge no le queda otro remedio que abandonar la casa de la viuda Pihlman sin haber conseguido nada. La voz de la chica lo sigue escaleras abajo.

—¡Si Mickel no vuelve antes de que la viuda pase a cobrar el alquiler, lo echaré!

Winge continúa calle arriba hacia Stortorget para concederse un poco de tiempo para pensar. Sin la ayuda de Cardell, sus opciones le parecen limitadas. Se detiene un rato frente al pozo, donde niños y criados llenan sus cubos. Cuando reemprende la marcha, se dirige hacia la cuesta de Slottsbacken y la Casa Indebetouska con una parada prevista por el camino.

Ya es media tarde cuando llega al despacho de Norlin, el jefe de la policía. Es capaz de percibir su ira a través de la puerta y supone que lo hace esperar porque necesita tiempo para calmarse un poco. Finalmente, su voz brota de la oficina:

—Hágalo pasar.

El ayudante le abre la puerta y se hace a un lado para dejarlo pasar.

Norlin está sentado a su escritorio con los botones del cuello de la camisa y la casaca desabrochados y la peluca arrojada sobre papeles desordenados. No han acercado una silla para

Winge. Norlin se rasca la cabeza y se frota los ojos enrojecidos.

—No hace tanto desde la última vez que tú y yo nos encontramos aquí. ¿Recuerdas lo que te dije sobre las condiciones de este caso, Cecil? ¿Recuerdas que te rogué que fueras discreto? Y, en vez de eso, decides interrumpir una reunión del cuerpo de policía para mostrarles un pedazo de tela con un estampado lascivo. ¿No has visto al maldito Barfud, el periodista, sentado allí, escuchando con el lápiz a punto?

—No sólo lo he visto, sino que además he sido yo quien lo ha despertado de su sopor etílico y lo ha convencido de venir a la Casa Indebetouska prometiéndole que la reunión le proporcionaría una buena historia para el *Extra Posten* de mañana.

Norlin se lleva las manos a la cara.

—¿Sabes perfectamente que a Barfud ni siquiera le importa lo que escribe, siempre que pueda adobarlo con interminables citas bíblicas, y que Holmberg, el impresor, le publica cualquier cosa, cuanto más escandalosa mejor! ¡Y después toda Estocolmo lee ese periodicucho suyo! ¿Qué demonios pretendes, Cecil?

—Parece que a mi compañero, un infeliz guardia llamado Cardell, lo han borrado del mapa de un plumazo, y mi instinto me dice que es porque se ha acercado demasiado a la verdad. Ese paño es mi última esperanza: es evidentemente caro, sin duda procede de alguien con medios económicos, y a quien sea que lo haya visto le bastará leer en el periódico la descripción del estampado para reconocerlo. Si alguien con influencia tiene interés en echar tierra sobre el asunto, acudirá a ti y te pedirá mi cabeza en una bandeja; tal vez incluso la tuya. Y tú, Johan Gustaf, me dirás de quién se trata.

—El barón Reuterholm lee el *Extra Posten*, al igual que el resto de los chismosos del país, y sin duda tomará esa información como una prueba de mi insistencia en dar prioridad a mi propia agenda, en vez de atender sus asuntos: es la excusa que estaba esperando para librarse de mí. Has firmado mi sentencia de muerte, Cecil.

—En vista del efecto que tu cargo ha tenido sobre tu salud este último año, me da la sensación de que quien contribuya a que lo abandones más pronto estará alargándote la vida.

—Debería haber tenido presente con quién unía fuerzas cuando te pedí ayuda: Cecil Winge, siempre dispuesto a sacrificar a cualquiera por sus altos ideales.

Los ojos de Winge echan chispas.

—Efectivamente, tendrías que haberte acordado de quién soy cuando me pediste ayuda. Acepté este caso por lealtad a ti, pero en el mismo momento en que lo hice esa lealtad se trasladó a la víctima: ese hombre es mi responsabilidad ahora, y no tu prestigio. Hace sólo unas noches, estuve en el osario de la iglesia de Santa María Magdalena para examinar su cadáver. Permíteme que te lo describa, ya que nunca lo has visto: le han cercenado los miembros a lo largo de un período de tiempo, dejando que la herida de una amputación sanara antes de emprender la siguiente. Debe de haber estado encerrado en algún sitio, quizá atado a una camilla, durante meses. Debió de gritar pidiendo ayuda, pero en vano, porque le habían arrancado la lengua. Quizá intentó suicidarse, pero ni siquiera tenía dientes. También le sacaron los ojos. ¿Puedes imaginar algo así, Johan Gustaf? Yacer solo e indefenso hasta el día en que vuelves a sentir la sierra en otra parte de tu cuerpo. Voy a encontrar a quien lo hizo y voy a descubrir por qué lo hizo. Y tú me darás el nombre que requiero en cuanto lo tengas, en vez de andar quejándote de Reuterholm y preocupándote de tu prestigio. Y todavía te atreves a hablar de sentencias de muerte delante de mí, ¿no te da vergüenza?

Norlin siente cómo la resignación ocupa el vacío dejado por la ira. Echa de menos a su mujer y

a sus hijas: su olor, sus risas. Desde el otro lado de la mesa, Winge lo mira fijamente con las pupilas dilatadas y el rostro demacrado. Norlin suspira y posa una mano sobre una hoja de papel doblada ante sí.

—Esta mañana he recibido noticias de París. Según mis fuentes, van a llevar a la reina viuda ante el Tribunal Revolucionario. Sabes tan bien como yo cómo va a acabar el asunto: María Antonieta va a perder la cabeza, igual que la perdió su marido, el rey; y después la arrojarán a una fosa común encima de otros miles que han pasado por la guillotina antes que ella. Corren tiempos oscuros, Cecil.

Winge responde con voz dulce:

—Johan, tú mismo me lo dijiste la otra noche: ¿por qué otro motivo haríamos lo que hacemos sino ése?

—Tienes razón, por supuesto; siempre la tienes. «No discutas con Cecil Winge, siempre tiene razón»: eso decían en los tribunales, al igual que en la universidad. Haré lo que me pides. Ahora déjame para que pueda redactar una carta lo bastante servil a Reuterholm para ganar un poco de tiempo y atenuar su ira cuando el periódico llegue a sus manos.

Winge hace una reverencia.

—Gracias, Johan Gustaf.

El secretario Isak Reinhold Blom detesta cada parte de Estocolmo que se extiende más allá de la isla de Stadsholmen y sus puentes, y la dehesa de Ladugårdslandet por encima de todas. Un chubasco matutino ha convertido las calles en barro. Mendigos, pobres de solemnidad y vagabundos esqueléticos doblan las esquinas a todo correr, como si pretendieran evitar a la Muerte, que corre tras ellos con su guadaña. Marineros y soldados con los uniformes mojados y sucios engrosan sus filas.

Debería haberlo pensado dos veces antes de hacer el trayecto a pie hasta la antigua casa de verano de Spens. El agua ha formado charcos y se le cuele a través de las costuras de las botas hasta que cada paso que da suena como si batiera mantequilla fresca. Blom no para de encontrar motivos para maldecir su suerte. Pese a sus siete años de servicio en la jefatura de policía, apenas gana ciento veinte riksdalers al año. Cuando fue promovido desde su puesto de notario para sustituir al viejo Hallquist como secretario de la jefatura, esperaba recibir un aumento, pero se ha encontrado con el doble de trabajo y sin ninguna compensación adicional.

Oye unas toses en la distancia. Eso lo calma en cierto sentido: hay quien está peor que él. Cecil Winge habría podido llegar lejos con sus aptitudes, pero tendrá suerte si llega al año que viene. Las toses se interrumpen cuando Blom llama a la puerta de la habitación. Unos instantes después, la puerta se abre y aparece Winge, tan sereno como siempre, aunque una esquina del pañuelo que se ha embutido en el bolsillo del chaleco está teñida de rojo. Blom se sorprende ante la fuerza de voluntad de aquel hombre, pero prefiere ir al grano sobre el objeto de su visita.

—Me manda Norlin con la correspondencia que solicitó de la Casa Indebetouska. No han faltado quejas. —Blom se sienta frente a la chimenea de mampostería a secarse las botas mientras Winge abre el paquetito: tres cartas con los sellos rotos. El secretario se aclara la garganta y continúa—: Es probable que se escribieran a toda prisa tras la publicación del *Extra Posten*. En todas se hace la misma petición: que abandone sus pesquisas, pero se alegan distintas razones. La primera es de un comerciante rico a quien le preocupan las fluctuaciones en el precio del algodón y sus consecuencias para las finanzas del reino. Un tal conde Enecrona, de la Cámara de Comercio, desea advertirlo sobre el declive moral que puede producirse cuando se informa a la gente corriente de cuestiones que de otro modo nunca habría sido capaz de imaginar. Por último hay un tal Gillis Tosse cuya opinión, sin duda meditada, es que los asuntos escandalosos, por su propia naturaleza, sustentan el instinto revolucionario: lo acusa a usted de jacobino.

Winge se calienta uno a uno los dedos de una mano en la palma de la otra.

—¿No se acuerda de Tosse? Estudió en Uppsala, como nosotros.

—A mí el nombre no me suena.

—Era un vago y un mediocre, pero provenía de una familia lo bastante rica como para comprarle un puesto, al margen de sus resultados académicos. Me acuerdo de la altivez con que miraba a los que estudiábamos con ahínco. Supongo que nuestros esfuerzos le parecían una prueba

de lo exiguo de nuestras herencias. ¿No le ha contado el jefe Norlin por qué lo ha enviado aquí con esas cartas?

—No, pero tampoco hacía falta. No soy tonto, Winge. Tomé notas cuando nos habló de aquel paño y he leído el artículo en el *Extra Posten*. Sé que confía en que alguno de estos quejosos tenga motivos muy distintos a los que aduce. Una conexión con el cuerpo del lago Fatburen, supongo.

Winge aprieta los labios al tiempo que cierra los ojos y se masajea la frente.

—Pues sí. Admito que confiaba en obtener uno o varios nombres que me sirvieran de guía pero, a excepción de Tosse, jamás los había oído mencionar siquiera, y no se me ocurre qué pueden tener en común aparte de sus fortunas.

Blom le ofrece una sonrisa maliciosa.

—Pero a mí sí. No obstante, nada es gratis en esta vida: exijo algo a cambio de decírselo.

—Si está en mi mano, cuente con ello, Blom.

—El día en que su salud empeore quiero que me informe de ello, a mí y sólo a mí, y que lo haga lo más deprisa que pueda: en la jefatura se hacen apuestas sobre la fecha de su muerte y, a día de hoy, el bote triplica mi salario anual.

—Si la información que va a ofrecerme me resulta útil, no veo por qué no puede lucrarse con mi fallecimiento. Tiene mi palabra de que le mandaré un emisario en el momento en que sienta que mi fin se aproxima. Ahora le toca a usted.

Blom nota un escalofrío con sólo pensar en aquella suma que sin duda traerá consigo una mejora considerable en sus condiciones de vida, pero que, además, le permitirá completar su gran obra, *La necesidad de la religión para el bienestar de la sociedad*, lejos de su gélida habitación, sentado en uno de los mejores establecimientos de la ciudad mientras de la cocina sale un plato tras otro: arenque, pierna de cordero, etcétera, etcétera.

—Muy bien. ¿Ha oído hablar de una sociedad llamada Euménides?

—Vagamente. Tengo la impresión de que es una de esas sociedades secretas que realizan obras de caridad para los niños pobres y donan dinero a los hospicios de los barrios más desfavorecidos; ¿es así?

—Exactamente. Los miembros de Euménides se caracterizan por su enorme generosidad, así que sólo la gente más rica puede pertenecer a esa sociedad. ¿Sabe usted que escribo poemas? Pues en cierta ocasión conocí a un tal Claes von der Ecken, heredero de una casa comercial, que me pagó generosamente por recitar mis poemas. Era miembro de los Euménides y, cuando su negocio fue a peor, quiso suspender sus obras de beneficencia para salvar su negocio, pero los otros miembros se confabularon para arruinarlo. Como miembro de la sociedad, se espera que cumplas tus compromisos sin excusas, así que, cuando el banco exigió el pago inmediato de su deuda, nadie quiso dejarle dinero. Una noche, un mendigo apareció en mi puerta y me reclamó el dinero que había recibido por recitar mis poemas alegando que no había sido más que un préstamo. Era Ecken, en la miseria más absoluta. Fue así como se despertó mi interés por la Orden de los Euménides. Tiempo después, tuve la oportunidad de echar un vistazo a una lista de miembros. Mi memoria es casi tan buena como la suya, Winge, de modo que puedo decirle con seguridad que los autores de las tres cartas pertenecen a la orden.

Los pies de Winge tamborilean en el suelo de forma casi imperceptible.

—Es posible que su historia no sea tan asombrosa como parece, Blom. ¿Sabe de dónde viene ese nombre?

—¿Euménides? No.

—Tuve un profesor totalmente enamorado de los clásicos griegos que, además, con frecuencia se sentía inclinado a utilizar la palmeta. A eso le debo conocer tan bien a Esquilo. En nuestra lengua, Euménides podría traducirse como «benévolas»: ése es el nombre con el que Esquilo se refiere a las innombrables Furias, las diosas de la venganza, para evitar su ira.

Blom comienza a desear que su visita termine y que Winge se olvide de él. Sólo la codicia lo retiene allí.

—Una cosa más: sé que celebran sus reuniones en la Casa Keyser, cerca de las Barracas Rojas. Winge se pasea por la habitación mientras reflexiona.

—He oído mencionar esa casa: acoge uno de los prostíbulos encubiertos a los que la policía les permite seguir funcionando siempre y cuando no armen alboroto. Me parece curioso que una sociedad de beneficencia tenga semejante vecino.

—Ah, pues todavía hay algo más curioso, Winge: sé de buena fuente que la sociedad no sólo tiene su sede en la Casa Keyser, sino que además es propietaria del edificio entero.

Winge se vuelve hacia la ventana que da al puesto aduanero con las últimas palabras de Mickel Cardell aún resonándole en la cabeza. Ahí fuera, al atardecer, el viento ha amainado y el molino espera en silencio a que se levante la brisa nocturna.

—Y ya que sabe tanto, Blom, ¿no sabrá por casualidad si la Casa Keyser tiene sus propias sillas de mano y, de ser así, si son de color verde?

Por la noche, las especulaciones no dejan lugar al sueño. La luz que cae oblicua sobre el escritorio alarga las sombras de las piezas del reloj de bolsillo de Cecil Winge. Engranajes y otras piezas diminutas se transforman en insectos danzantes cada vez que una corriente perturba la llama. Hace mucho que Isak Blom se ha ido. La visita ha obligado a Winge a contener durante un buen rato la terrible tos que lo atosigaba desde la mañana. Le duele la garganta. El orinal, con el vómito salpicado de rojo, sigue bajo la cama, sin vaciar.

Esta noche no le resulta estimulante trabajar con sus herramientas de relojero. Colocar en su sitio un puñado de piezas metálicas para que todo —si el relojero es lo bastante hábil— cobre vida propia suele apaciguar sus pensamientos, pero esta noche le preocupa la suerte que habrá corrido Mickel Cardell desde el momento en que se separaron en el puesto aduanero de Skanstull.

Por lo poco que sabe sobre la vida de Cardell, le parece que éste atrae la violencia como un imán las virutas de hierro; aunque, al mismo tiempo, posee una extraordinaria capacidad para salir airoso de tales situaciones. Cree poco probable que su desaparición sea ajena a la investigación sobre la silla de manos: toda la vida se ha guiado por el principio de la Navaja de Ockham y éste lo conduce a pensar que Cardell ha llegado demasiado cerca de un secreto muy bien guardado, aunque los detalles escapen a su capacidad de deducción. Una vez que ha vuelto a ensamblar el reloj de bolsillo, comprueba sus pulsaciones, ciento sesenta por minuto, y siente una creciente opresión en el pecho. No tiene esperanzas de encontrar la tranquilidad del sueño.

En el cofre junto a la cama guarda un frasco de cristal que compró en la farmacia Björn de la calle Fyrverkargatan, frente al arsenal de artillería. Contiene tintura tebaica: gotas de opio disueltas en una solución de alcohol, ácido succínico y bicarbonato de amonio. Hace tiempo que la tiene, pero aún no la ha utilizado. Se supone que es un medicamento muy potente: el boticario lo advirtió de que, si se excedía en la dosis, la tintura no sólo reduciría el dolor, sino que también anularía su capacidad de raciocinio. Esta noche por primera vez está dispuesto a asumir el riesgo.

Vierte unas gotas en una taza, bebe y enseguida nota por todo el cuerpo una cálida sensación de consuelo. La garganta deja de molestarle al contacto con el líquido. Al otro lado de la ventana, los últimos rayos de sol se agarran a los extremos de las aspas del molino de Kurckan y luego, cuando el astro se oculta, desaparecen. Winge se pierde en sus pensamientos.

Tras el ocaso y con el reloj nuevamente desmontado, Cecil Winge pierde toda noción del tiempo. No sabe cuántas horas han transcurrido cuando se percató del error que ha cometido: sin duda, Cardell ha sido eliminado. Ha encontrado un final violento en algún lugar. Y él, por su parte, ha quedado tremendamente expuesto con el artículo del *Extra Posten*.

¿No es lógico suponer que el asesino de Karl Johan irá enseguida a por él? ¿Qué otra opción tendría más simple que matarlo? Su estado de salud no es ningún secreto: que estire la pata tras

haber sobrevivido varias semanas más de lo que predecían los especialistas más prestigiosos del hospital de los Serafines no sorprenderá a nadie. Una visita nocturna, una almohada en la cara... Su muerte no despertará sospechas.

Nota que un escalofrío de temor le recorre la espalda. Se pone en pie para escudriñar a través de la ventana, pero sólo se encuentra con su propio reflejo demacrado y pálido. Se echa el abrigo sobre los hombros, coge la vela de su palmatoria y protege la llama de la corriente de aire. En el pasillo, apaga la mecha con el índice y el pulgar y se queda inmóvil escuchando en la oscuridad. La casa está desierta. El servicio tiene sus dependencias en otra ala y en la cocina se ha pasado ya el rastrillo de cenizas por las brasas de carbón, como todas las noches. Winge abre la puerta que da al jardín y percibe, en el aire húmedo, el aroma acre que se eleva de los campos, sazonado por la brisa que llega del mar. Sus ojos se acostumbran poco a poco a la oscuridad.

En la casa de verano de Spens reinan el silencio y la penumbra. Fuera, los tilos se balancean. No se ven luces a lo lejos, en Stadsholmen: debe de ser tarde, bien pasada la medianoche. La verja de entrada está abierta y al otro lado la luz de la luna se derrama sobre los campos y el huerto de frutales. Si fuera de día, la escena se calificaría de bucólica; de noche, resulta fantasmal.

Es allí donde la gente, presa del pánico, enterró a los muertos en los albores del siglo, cuando un barco mercante holandés llevó a Estocolmo la epidemia de tifus. En el cementerio de Santa Catalina, los cadáveres se amontonaban; algunos llevaban ya una semana, amortajados en sus propias sábanas y rociados con cal viva, a la espera de encontrar un sitio para ellos en el camposanto a rebosar. En la dehesa de Ladugårdslandet lidiaron mejor con las consecuencias de la epidemia: cavaron varias fosas enormes detrás de las últimas casas y depositaron allí a los muertos. Incluso hoy en día, la tierra es más fértil allí que en cualquier otro lugar del país. Los jardines de la antigua casa de verano permanecen cubiertos de flores hasta la primera helada y los jardineros aprenden desde niños a no cavar muy hondo.

Pero Winge no está solo: una sombra se aproxima camino arriba desde el río. Parece avanzar encorvada, como para no llamar la atención. Winge se refugia en las sombras, detrás del muro. Cada vez que una nube oculta la luna, el paisaje desaparece y, cuando vuelve a salir, la figura ha llegado más cerca. Ésta no es la muerte con la que Winge lleva tanto tiempo tratando de reconciliarse, no es el deceso sigiloso pero predecible del tísico, sino un fin violento e ignominioso, salpicado de terror y de ignorancia, bajo el filo de un cuchillo, el peso de un garrote, el tirón de una cuerda.

Ahora puede oír el leve crujido de las pisadas y su propio corazón palpitando mientras se esfuerza por respirar sin hacer ruido. La sombra cruza la verja y entra en el jardín, bajo los árboles. Winge comprende que está perdiendo la partida contra un inminente ataque de tos y toma una decisión: mejor pelear allí, donde al menos quedarán manchas de sangre para atestiguar su violento final. Si al día siguiente descubren su cadáver bajo los tilos, al menos se plantearán algunas preguntas.

Apenas necesita unos pasos para llegar hasta la figura. Intenta agarrarla, pero sus manos se cierran en el vacío. Entonces comprende su error: no es un asesino a sueldo llegado de la ciudad, ni siquiera un ser corpóreo, sino un fantasma que ha escapado de su tumba para rondar de noche por esas tierras. La sangre le sube en torrente a las sienes y la vista se le nubla. Cuando la figura se da la vuelta, Winge alcanza a ver que su rostro no es humano. Ya está inconsciente, incluso antes de que su frente se estrelle contra la tierra congelada.

Despierta en su propia cama. La luz del alba se filtra a través del polvo de la ventana. La chimenea está encendida y los troncos chisporrotean y se astillan con el calor. Winge tarda unos segundos en orientarse. El efecto del opio ha desaparecido y ha dejado en su lugar un dolor de cabeza. Cuando habla, nota la lengua entumecida.

—Lo que agarré fue tu brazo izquierdo, ¿verdad? O más bien la manga vacía, porque el postizo de madera no estaba en su sitio.

Cardell acerca la silla del escritorio a la cama.

—Es posible. Noté un tirón en el abrigo y apenas tuve tiempo de darme la vuelta cuando lanzaste un gemido y te desplomaste en el suelo.

—Pensaba que eras un fantasma, que había intentado agarrar a un espíritu. Qué necio soy. Sólo puedo decir en mi defensa que tu cara contribuyó a la confusión. ¿Dónde has estado? ¿Qué te ha ocurrido?

Los dos ojos de Mickel Cardell están tan magullados y ennegrecidos que parece que lleve una máscara. Tiene la nariz rota y los labios partidos; le faltan varios dientes. Uno de sus pómulos está tan hundido que de perfil parece otra persona. Hace muecas de dolor al hablar.

—Estuve lamiéndome las heridas en casa de un amigo que vive en Kattrumstullen; te habría avisado, pero dormí de un tirón más de veinticuatro horas. Cuando conseguí volver cojeando a casa, encontré mi habitación llena de matones polacos y todas mis posesiones en un saco en las escaleras. Como no tenía donde dormir, decidí venir aquí. De ahí que haya aparecido por aquí tan tarde.

—¿Y la silla de manos?

—Encontré la silla y también a sus portadores, aunque tuve que persuadirlos para que respondieran a mis preguntas. El más robusto de los dos era un caso relativamente sencillo: lento y fácil de asustar para quien sabe cómo hacerlo. Su hermano era más duro de pelar y me llevó un buen rato arreglármelas con él. En un momento dado se las apañaron para arrebatarme el brazo, pero lo recuperé y lo usé de garrote hasta dejarlo hecho astillas. El gordo se defendió como buenamente pudo y luego salió huyendo hacia el puesto aduanero, renqueando sobre la pierna que le quedaba sana. En cuanto al otro... digamos que dudo que su hermano lo reconozca si se vuelven a ver. Por desgracia, lo mismo puede decirse de mí, y para colmo no pude evitar que escapara también. Por suerte, conseguí sacarle algo de información al gordo mientras le pisaba una mano con la bota: la silla no es suya y, por tanto, sólo tenían una pequeña participación en los beneficios que daba, mientras que su patrón se llevaba la mayor parte. Al parecer, el tipo vive no muy lejos de las Barracas Rojas, a orillas del Norrström, cerca del lago Klara.

—En la Casa Keyser.

—Exactamente. ¿Tus propias pesquisas te han conducido hasta allí?

—Así es. Ahora déjame descansar un rato más. Cuando me levante, comeremos algo. Y esta noche haremos rendir cuentas al asesino de Karl Johan.

En la zona de las Barracas Rojas, el barullo ha desaparecido con la llegada del crepúsculo. Sólo un barco de los que llevan el grano hasta la orilla lodosa aún no ha acabado de descargar. Dos estibadores, ambos borrachos, hacen rodar un tonel. Uno de ellos entona una canción vulgar para divertirse y amenizar la tarea:

*Si fuera vestido de muchachita,
tralarí, tralará,
me taparía el pito con una conchita...*

De camino al Báltico, el Norrström pasa a un costado del puente inconcluso. En la otra margen se alza la imponente fachada del Palacio de la Nobleza, flanqueado a su derecha por la torre de la iglesia de Riddarholm. Hay luces en el islote de Strömsborg, con su extraño edificio en forma de cruz y coronado de banderolas. La plaza está desierta y el muelle de las lavanderas en silencio. Desde otro puente, el que cruza el lago Klara, les llegan las voces distantes y el golpeteo de los zuecos de madera de los obreros que vuelven a casa. Winge se detiene y se vuelve hacia Stadsholmen.

—Es hermosa, a pesar de todo.

Cardell asiente con la cabeza casi contra su voluntad.

—¿La ciudad? Apesta y está llena de moribundos que no desean otra cosa que acortar la esperanza de vida del prójimo, ya muy breve de por sí. Pero es cierto, vista así, en el crepúsculo, es hermosa, y cuanta más agua hay entre ella y quien la observa, más bonita es.

Cardell escupe tabaco en la Corriente de Estocolmo y se vuelve hacia la derecha. Junto a ellos se alza, amenazadora, la Casa Keyser, con la larga fachada principal dando a la plaza y la lateral al lago. Tiene tres plantas y un porche flanqueado por arcadas. En el frontón hay un sol poniente en bajorrelieve. En la segunda planta arden unas cuantas velas. Alguien suelta una risa estridente. Bajo el frío, Cardell se frota el muñón desnudo.

—¿Y ahora qué?

—A menos que hayas traído un ariete, sólo podemos hacer una cosa: llamar a la puerta.

El hombre que abre hace que Cardell retroceda sorprendido. Su piel es negra y, bajo la luz mortecina, por un momento parece como si no tuviera cabeza. En más de una ocasión, Cardell ha visto de lejos a Badin, el criado de color del rey Gustavo, así como al bastardo que engendró y que suele corretear por los muelles de Skeppsbron, pero nunca había visto a un negro de cerca. Winge lo saluda tocándose el sombrero.

—Buenas noches, vengo a ver a la señora de la casa.

Por toda respuesta, el hombre de piel oscura sonríe, abre la puerta de par en par y los invita a pasar con un ademán ceremonioso. Tras hacer sonar una campanita de plata, les indica que suban por una escalera de caracol que queda a su derecha. Luego cierra la puerta de roble y ocupa otra vez su puesto en un taburete colocado bajo una lámpara encendida. En la planta superior encuentran una puerta abierta delante de la cual hay una joven de pie con un vestido lo bastante traslúcido como para que se entrevean sus pezones. Lleva una cinta de seda en el pelo y apenas va maquillada, a excepción del pintalabios rojo y un lunar falso en la comisura de la boca. Parece acostumbrada a las visitas; les hace una reverencia y sonríe a Winge.

—Pase, por favor, señor. Debe de ser uno de los nuevos iniciados. Permítame quitarle el abrigo de los hombros y, con él, todos sus problemas. Me llamo Nana y soy su humilde servidora.

Las paredes est n forradas con un papel pintado de flores moradas y negras; el suelo, cubierto con alfombras turcas en tonos rojos. Del techo pende una ar a con diez o doce velas y a lo largo del pasillo hay varias consolas con candelabros encima. Winge pone una moneda en la mano de la chica y, al notar su peso, los labios de ella forman una O silenciosa.

—Me llamo Winge, he venido a ver a la señora de la casa.

— Por supuesto, *monsieur*! Es así como solemos recibir a nuestros nuevos amigos, con una conversación en confianza que garantice una relación placentera. *Madame* insiste mucho en ese punto: para satisfacer sus necesidades, debe conocerlas a fondo. No se avergüence de nada, estamos aquí para servirle. Sólo le pido que espere un momento antes de hacerlo pasar al salón.

Winge asiente con la cabeza. Al cabo de unos instantes, la chica rompe el silencio.

— Le gusta disciplinar a su criado, *monsieur* Winge? —pregunta mientras señala con la cabeza a Cardell, que sigue de pie junto a la puerta—. Muchos de nuestros huéspedes comparten esa inclinación y es algo que podemos satisfacer.  Simplemente d gale a *madame* qué desea y lo tendr !

— Est  permitido azotar a sus... mercancías?

—Sus deseos son órdenes para nosotros, *monsieur*. Es cierto que un exceso de entusiasmo puede afectar el valor de nuestras mercancías a ojos de otros clientes pero, siempre y cuando est  dispuesto a compensar nuestra pérdida, no veo problema.

—Entiendo.

En algún lugar de la casa se oye tintinear una campanilla.

—Y ahora, *monsieur*, si hace el favor de seguirme...  Quiere que su criado se quede aquí?

—Prefiero tenerlo al alcance, por si el deseo de darle unos azotes es más fuerte que yo.

La siguen a través de la casa. Los ventanales ofrecen magníficas vistas de la ciudad. Entran en una habitación prácticamente vacía: apenas hay un sofá y una butaca colocados frente a frente. Winge se sienta donde le indica la joven, que enseguida le sirve vino en una copa muy fina.

—*Madame* Sachs no tardar  en estar con usted, *monsieur* —le dice con una sonrisa—. Confio en que no le parecer  demasiado atrevido por mi parte si le digo que me encantará volver a verlo pronto por aquí.

Se marcha. En una de las paredes hay una entrada en forma de arco tapada con una cortina. Winge deja la copa y cruza a toda la prisa la habitación para examinar la tela. Levanta una esquina y descubre que la parte posterior tiene un estampado cuyo motivo son figuras en plena c pula.

—Jean Michael, creo que estamos a punto de escuchar cosas aún peores que las que hemos escuchado hasta ahora. Será importantísimo que consigas controlarte, por el bien de Karl Johan. Esta tal *madame* Sachs es nuestra única posibilidad de averiguar algo.  Entiendes lo que te digo?

Cardell abre la boca, pero la vuelve a cerrar sin pronunciar palabra. Asiente en silencio y se

sitúa cerca de la pared. Mete la mano que le queda en el bolsillo del abrigo y la aprieta en un puño.

Resulta difícil determinar qué edad tiene la mujer que corre la cortina unos minutos más tarde. No está claro si ha envejecido de forma prematura o si ha conservado cierta dosis de lozanía en su senectud. Su vestido, con bordados de oro sobre un lecho de carmín, es impresionante. Una gruesa capa de cerusa cubre espinillas y arrugas, pero no las grandes ojeras bajo sus ojos. Sus labios sonríen sin calidez, flanqueados de arrugas profundas. Su cuello muestra una cicatriz que parece causada por un estrangulamiento. Su expresión cordial no tarda en volverse una mueca.

—Ustedes no son los huéspedes que esperaba. Nana debe de haber bebido otra vez. No tengo nada que hablar con ustedes ni nada que ofrecerles. Harán bien en marcharse de inmediato.

Winge levanta una mano a modo de protesta.

—Se equivoca, *madame*. Me llamo Cecil Winge y vengo de la Casa Indebetouska. Tengo entendido que este establecimiento continúa abierto gracias a clientes poderosos con buenos contactos en la jefatura de policía. Pero un sistema fundado en el secretismo tiene una debilidad inherente: aquellos que no están al corriente de su acuerdo pueden diezmar fácilmente su negocio antes de que sus promotores tengan ocasión de reaccionar. Puedo hacer venir a veinte policías en menos de media hora.

El rostro de la *madame* no revela sus sentimientos, pero su voz se convierte en un siseo cuando pregunta:

—¿Sabe con quién está tratando?

—Sé que la casa es propiedad de la Orden de los Euménides.

—Entonces me queda claro que todo esto no es más que una fanfarronada: si lo que dice es verdad, ellos jamás permitirían que un acto así quedara impune, y el precio que pagaría sería elevadísimo.

—Me estoy muriendo de tisis y el jefe de la policía está a punto de verse obligado a dejar su puesto: ninguno de los dos tiene nada que perder. Póngame a prueba.

—Qué joven e ingenuo es usted, muchacho: todo el mundo tiene algo que perder. Pero su ridícula amenaza sólo puede significar que tengo algo que usted quiere a cambio de su silencio. Quizá la forma más rápida de verlos fuera de aquí es dándoles algo, en lugar de exigirlo. De modo que hagámoslo así. ¿Qué andan buscando? ¿Un puñado de monedas de mi cofre? ¿Acceder libremente a mi mercancía para reavivar en la memoria el fuego ya extinto de sus lechos conyugales?

—Hace unos días sacaron de esta casa a un hombre mutilado en una silla de manos y lo arrojaron al Fatburen envuelto en una tela muy parecida a la que cuelga detrás de usted: quiero saberlo todo sobre él y su destino.

La mirada de la *madame* pasa rápidamente de Winge a Cardell y se detiene en el muñón de este último.

—Ya veo. He perdido recientemente una silla y a sus portadores. El más robusto de los dos regresó hace dos noches molido a golpes y sollozando. No ha podido dormir porque lo acosan pesadillas terribles. Nunca ha aprendido a hablar, pero cuando le dimos un trozo de tiza y una pizarra dibujó un demonio con un solo brazo. Ahora compruebo que la realidad es mucho menos aterradora que la fantasía.

Madame Sachs se vuelve de nuevo hacia Winge con una expresión que Cardell ya ha visto

antes: cuando los azuzan, los perros de pelea no se lanzan inmediatamente al combate, sino que calculan durante un momento la fuerza del contrincante y sopesan sus posibilidades. Los buenos jugadores aprenden a leer en los ojos de los animales por cuál de ellos deben apostar. Cardell ha apostado varias veces y cree conocer las reglas del juego tan bien como cualquiera. Capta el espíritu de esa mujer: es una oponente formidable. ¿Y Winge? Físicamente no es gran cosa, pero sus ojos transmiten algo bien distinto. Miran sin ningún temor. Cardell adivina quién ganaría apenas un instante antes de que lo haga *madame* Sachs. La mujer suelta una risa amarga, sonríe mostrando sus dientes cariados y levanta las manos.

—¡Mírense por un momento a sí mismos! Un saco de huesos y un tullido harapiento, ¿cómo osan juzgarme? ¿Qué puede saber la gente como ustedes sobre los deseos de los nobles? Hombres que han crecido bajo el yugo de generaciones de riqueza, a la espera de heredar bienes, propiedades, dominios y títulos. Esos hombres fueron educados para gobernar y llevan el peso de esa responsabilidad sobre los hombros. Tienen una necesidad de alivio que ustedes ni siquiera son capaces de imaginar. Apenas tienen su primera polución nocturna ya ordenan a la criada que les coja el miembro con la mano, lo frote entre sus pechos y se lo meta en la boca. A los doce años ya ha pasado por sus manos la casa entera y a los dieciocho ya han sodomizado a todos sus criados. Y cuando ya han probado todo lo que la ciudad puede ofrecerles sin encontrar satisfacción, acuden a mí. Orinar en bocas abiertas por simple diversión; golpear, herir, pisotear y destrozar cuerpos por puro placer... Todo eso ya lo han hecho. Yo puedo ofrecerles cosas mejores. Cualquier cosa que deseen. En veladas especiales les ofrecemos cosas inesperadas, puesto que muchos aprecian aquello que ni siquiera habían sido capaces de imaginar. Dispongo de una gran variedad de criados. Algunos son repugnantes, para acentuar la belleza de los demás. Están destinados a aumentar el placer de mis clientes con su minusvalía, su humillación, su dolor o su desgracia. Tengo jorobados, enanos, gente con labio leporino o hidrocefalia. Tengo desfigurados y deformes. A aquellos que exigen un pago, les pagamos, como hacemos con el resto de los empleados. Otros nos sirven sin cobrar. La criatura del saco era uno de ellos. Durante un tiempo fue mi *pièce de résistance*. ¿Lo comprenden? Les recordaba mejor que cualquier otra cosa los placeres de la vida, la suerte que tenían todos y cada uno de los que lo observaban. Algunos se contentaban con tenerlo en su presencia mientras se procuraban placer. Otros preferían utilizarlo, disfrutar de lo que pudiera darles, indefenso como estaba. No siempre los servía de buen grado, pero no tenía dientes. Ellos se reían cuando le tapaban la nariz y lo hacían chupar sus miembros erectos y tragar lo que recibía en la boca. Mi clientela la forman hombres que dirigen el mundo; ¿qué importa el sacrificio de media persona en comparación con su placer?

Winge capta la ira que bulle en Cardell como si fuera un magnetismo que inunda la habitación. Antes de que pueda dar un paso, le rodea los hombros con el brazo. Enseguida, con un gesto de la cabeza, le indica a *madame* Sachs que continúe.

—Pese a su aspecto grotesco, conservaba cierta belleza. Tenía un cabello precioso y era joven. Ese contraste lo volvía popular. Me hizo rica sin tener que pagar un solo chelín por él. ¿Cómo no iba a ser yo la primera en lamentar su muerte?

—¿Estoy en lo cierto al deducir que la Orden de los Euménides no sólo es su casera, sino que también se encuentra entre su clientela?

—Sí. Y antes de que se formen un juicio sobre ellos, deben saber que donan mucho dinero para los miembros más vulnerables de nuestra sociedad. ¿Quiénes son ustedes para condenarlos por lo que ocurre detrás de estas paredes, cuando la mitad de los hospicios de Estocolmo tendrían que cerrar sus puertas de no contar con su apoyo?

—¿Cómo llegó a estar a su cuidado el hombre mutilado?

—Una noche llamaron a mi puerta y un tipo que no quiso dar su nombre me ofreció un regalo: la criatura. No reveló el motivo, sólo dijo que le interesaba que aquel ser viviera los días que le quedaran a mi cuidado. Me pagó por su estancia y me dio instrucciones sobre cómo tratarlo. No comía voluntariamente, de modo que teníamos que abrirle la boca a la fuerza y hacerle tragar una papilla. Cuando no se requirieran sus servicios, debíamos meterlo en un armario.

—¿Estaba ciego y sordo?

—No tenía ojos, brazos, piernas, lengua ni dientes. No sabría decir si oía o no.

—¿Y su mente?

—¿Quién podría recibir semejante trato y conservar la cordura? Di por hecho que era un imbécil, y hubo una cosa que me convenció de ello. Ya he mencionado que se negaba a comer. Y así era, con una sola excepción: se comía sus propias heces cada vez que defecaba, y de algún modo siempre se las apañaba para hacerlo cuando nadie lo supervisaba. ¿Quién haría algo así de no haber perdido el juicio tiempo atrás?

—¿Y entonces qué? ¿Murió y usted hizo que se lo llevaran?

—Sí, así fue. Aunque lo alimentábamos, iba languideciendo y consumiéndose día tras día. Y una mañana lo encontramos muerto. No lo tuvimos aquí más de cuatro semanas.

—¿Y por qué arrojarlo al Fatburen? El Norrström pasa justo por delante de su puerta.

—Mi establecimiento ya ha tenido antes la necesidad de deshacerse de residuos delicados, y el Norrström no ha resultado una buena solución: lo que se arroja al agua aquí delante tiende a aflorar en el muelle del arsenal, y en el lago Träsket los pobres echan sus redes sin que les importe que los peces engorden gracias a la basura y las heces que ellos mismos arrojan, mientras que sólo un tarado pescaría en las aguas del Fatburen.

Cardell cruza la habitación tan rápido que Winge no tiene tiempo de reaccionar y cierra la mano que le queda en torno al cuello de la mujer. Las yemas de su pulgar y su índice se encuentran en la nuca.

—¿Y usted es buena nadadora, *madame*? Quizá deberíamos comprobar si también aflora en las aguas del astillero o si sigue camino hasta el mar. He visto más hombres ahogados de los que me correspondían; he oído sus gritos de angustia antes de hundirse para siempre. Muchos que hasta entonces no habían dado señal de tener mala conciencia confiesan sus pecados en un momento así... Me pregunto qué diría usted.

—No me dan miedo los hombres como usted. Si me contara entre los vivos, estaría en algún otro sitio, libre y feliz, en lugar de dedicarme a acumular dinero en las afueras de este lugar inmundo que osan llamar ciudad.

La mujer escupe en la cara a Cardell y él la suelta de pura sorpresa. Mientras se enjuga la saliva de los ojos, Winge se interpone entre ambos. Es a él a quien se dirige la *madame* cuando vuelve a hablar con voz ronca.

—Váyase de aquí y llévese consigo a su bestia de un solo brazo. Ya veo que la tumba lo aguarda con impaciencia. Considérese afortunado de que sus tratos con la Orden de los Euménides acaben aquí: usted no es nada contra su poder. En cuanto al hombre que me dejó a la criatura en el saco, ahora sabe tanto sobre él como yo: no he vuelto a verlo desde entonces ni lo había visto antes. He cumplido mi promesa, ¡cumpla usted con la suya!

Afuera, junto a las Barracas Rojas, ya ha oscurecido. No se ven estrellas. Calle abajo, en el

parque de Kungsträdgården, parece haber un festival de luces o algo parecido. Todas las ventanas del arsenal están iluminadas. El primero en hablar es Cardell.

—Cuando todo esto haya terminado, volveré y mataré a esa mujer.

Winge contesta con tono ausente, como queriendo impedir que la voz de Cardell interrumpa el curso de sus pensamientos.

—Has oído tan bien como yo lo que ha dicho esa mujer, Jean Michael. Si consigues volver a entrar en la casa y la encuentras allí será porque ha decidido aceptar de buen grado la muerte: le estarás haciendo un favor.

Winge cruza la calzada con paso titubeante hasta llegar a un montón de vigas sobre las que se sienta con el rostro entre las manos. Tarda un buen rato en hablar de nuevo.

—Me temo que hemos llegado a un callejón sin salida. Necesito tiempo para pensar, y de ese recurso en particular me queda bien poco. Hay algo que se me escapa, algo que aletea en un rincón de mi mente como una polilla en el cristal de una ventana, pero por mucho que lo intento no consigo verlo con claridad.

Le toca a hablar a Cardell. Sin embargo, una mano invisible le oprime el cuello y le impide tomar aliento. Con un vuelco del corazón, le sobreviene un terror inexplicable contra el cual no tiene defensa. En la oscuridad, su brazo izquierdo se materializa y lanza oleadas de dolor hasta el hombro. Tiene que hacer un gran esfuerzo para que su voz suene firme.

—Tiene que haber alguien que sepa más, alguien de quien aún no tenemos noticia.

Cardell se ha vuelto para ocultar su estado. Los poderes de observación de Winge fallan por una vez mientras permanece enfrascado en sus propios pensamientos.

—Sí, sin esa persona nuestra misión parece condenada al fracaso.

—¿Estás dispuesto a desistir? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Winge saca el reloj del bolsillo del chaleco. Apenas distingue las manecillas, pero clava la vista en el diminuto dial, posa dos dedos sobre la vena que late bajo su mandíbula y, durante un minuto, cuenta los latidos de su corazón. Ciento ochenta. Luego se vuelve hacia Cardell con la respuesta que le debe.

—No, pero el tiempo apremia.

SEGUNDA PARTE

La sangre y el vino

VERANO DE 1793

En la vida, si sabes ver,
todo son razones para beber.
Si gozo o desgracia trae el destino,
hay que afrontarlo bebiendo buen vino.
El vino hace feliz al feliz,
problemas y penas quita de la cerviz.

Las cosas serán como quieras que sean,
al beodo nada sombrío lo altera.
Ríe con los amigos que parrandean,
diles adiós si les entra la flojera.
El vino es consuelo que nos da la suerte,
del bautizo a la boda y así hasta la muerte.

ANNA MARIA LENNGREN, 1793

Querida hermana:

Tengo intenciones de escribirte cada vez que pueda, pero como no sé adónde enviar mis cartas, lo más probable es que este texto vaya alargándose hasta que esté en condiciones de dártelo en mano. Discúlpame si resulta francamente largo.

En todo caso, estoy muy contento de mojar la pluma y escribirte sobre un día que empezó con los mejores auspicios. Desperté temprano, me levanté, saqué el orinal de su sitio bajo la cama, me enrollé la camisa de dormir en torno a la cintura y adopté la postura habitual de cuclillas. Fui de vientre de un modo muy placentero, algo que me ocurre raramente, pero por lo visto esta vez todos los factores coincidieron para obtener el mejor resultado posible. Si bien mi dieta ha estado últimamente muy lejos de ser la ideal, la consistencia era óptima: lo bastante firme para crear cierta resistencia y producir una sensación de logro, pero también suficientemente blanda para no presentar dificultades. En el mismo instante en que descargué mi mercancía, el quiquiriquí de un gallo en el patio de al lado pareció darme el visto bueno, lo que no se me antojó para nada injustificado. Cuando me lavé la cara y me vestí, estaba de muy buen humor.

Dicho estado de ánimo no tardaría en ser puesto a prueba. Apenas un instante después de haber acabado con mis abluciones, oí los golpes en la puerta que tanto temía, seguidos de gritos roncós: «¡Kristofer Blix! ¡Abre la puerta para que podamos hablar contigo! ¡Blix, eres un sinvergüenza!» Decidí no obedecer porque tenía la certeza de que se trataba de un enviado de cierto caballero que recientemente me había prestado una suma de dinero bastante significativa. Sin perder un minuto, reuní mis cosas, las metí en el morral, me lo eché al hombro y crucé la puerta que daba a la cocina. Frente al fogón me encontré a la criada, Elsa Johanna, que me miró con exasperación cuando me agenció una hogaza de pan y abrí la ventana que daba al patio. Seis codos más abajo se hallaba el estercolero donde la dueña de la casa —una viuda de gran corazón que me había permitido vivir a crédito— acumulaba lo que dejaban tras de sí los caballos. Salí por la ventana y me quedé colgando en el vacío sujetándome del alféizar; cerré los ojos, recité un Padrenuestro en voz baja y me solté.

Ya imaginarás mi alivio cuando aterricé en el estiércol sin un rasguño. Desde lo alto me llegó la despedida de Elsa Johanna: «¡Blix, más te vale no volver a aparecer por aquí: la viuda Beck esperaba que le calentaras la cama muchas noches más para saldar tu deuda! ¡Cuando haga las cuentas, tu bonito cabello no te servirá de mucho!»

Sacudí alegremente mis rizos rubios, que a estas alturas ya me llegan a los hombros, la saludé con la mano mientras me sacudía la porquería de los calzones de cuero y me alejé cruzando el patio. Qué bien que la sirvienta me recordara lo de la viuda, de otro modo se me habría olvidado de forma irremediable. Me subí la capucha teniendo cuidado de meter debajo hasta el último rizo: como bien sabes, mi cabello rubio siempre ha sido para mí un motivo de orgullo, pero no siempre ayuda porque hace que me reconozcan fácilmente de lejos.

¡Ay, Estocolmo! ¡Ojalá pudieras ver la ciudad como la veo yo! Qué distinta del Karlskrona de nuestra infancia. Aquí las casas son de piedra tallada y la ciudad entera resplandece como el oro, sobre todo bajo la luz matutina de un día como aquél. Los edificios bien pueden ser distintos entre sí, pero todos se han pintado del mismo color amarillo dorado. Gracias a un hombre culto con un atuendo a rayas, supe que fue Johan Eberhard Carlberg, el gran arquitecto de la ciudad, quien promulgó ese decreto que su discípulo Carl Henric König ha seguido escrupulosamente. Imagínate, hermana: un solo hombre, elegido por su talento, que cultiva la ciudad como si fuera un jardín sin otra prioridad que potenciar su belleza. ¿Cuánto no se habría beneficiado de semejantes cuidados nuestro pueblo natal, con sus maltrechas cabañas de troncos?

Mientras bajaba desde las cimas de Södermalm hacia la Esclusa, disfrutaba de una vista espléndida de Stadsholmen y me sentía de nuevo rebosante de buen humor. ¿Quién puede sentirse alicaído ante la perspectiva de vivir en una ciudad como aquélla? Las agujas de la iglesia de San Nicolás y las iglesias de San Francisco y Santa Gertrudis relucían en la isla central. Las olas destellaban. Las fachadas de Skeppsbron parecían ponerse firmes ante las ondulaciones del mar salado, lleno de barcos fondeados, y al otro lado de la isla se alzaba el Palacio Real, un edificio tan enorme que nada que te diga podría hacerle justicia.

Poco antes de la hora del almuerzo, crucé la Esclusa por el puente rojo, doblé a la izquierda frente al mercado de grano y me tapé la nariz al pasar por delante de Flugmötet, donde hay una pila de excrementos alta como una montaña que se acumula allí antes de transportarlos a los campos o las salitrerías. Me abrí paso entre una multitud en la que se mezclaban caballeros elegantes y mendigos, todos ellos con algún detalle fascinante: un reloj de oro en la cintura, una peluca de pelo auténtico, un pie deforme o unas manos tan contrahechas que a uno le daban ganas de apartar la vista. Al poco me encontré en la plaza de Riddarhustorget, frente al Palacio de la Nobleza. Apenas había paseado la vista alrededor cuando una voz alegre llegó a mis oídos.

«¡Que me aspen si no es el mismísimo maestro Blix, que ha salido a pleno sol y, a juzgar por el morral, a buscar nuevo alojamiento!»

Me volví todavía alerta por si se trataba de algún acreedor airado y sus esbirros armados de garrotes, pero quien se acercaba cruzando la calzada era mi amigo Rickard Sylvan, vistiendo un abrigo nuevo con el sobrecuello cosido, una horrible peluca de lana roja y calzones largos.

«Maestro Sylvan, he aquí a vuestro más humilde servidor», anuncié. «¿Es posible que vuesa Magnificencia tenga información sobre alguna casa elegante que esté disponible para alquilarla por una suma razonable? ¿O sobre algún granero sin vigilancia, quizá propiedad de un caballero generoso al que le agrada prestar un par de monedas a un joven trabajador para que prospere en la vida?»

Ambos nos echamos a reír y nos dimos un abrazo.

«Por desgracia, Kristofer, yo mismo tengo dificultades para encontrar un colchón que los piojos no cambien de lugar llevándolo a hombros por la noche. Pero no todo está perdido, hermano: tengo unos chelines en el bolsillo que deberían bastarnos para un refrigerio y la bebida que nos ayude a tragárnoslo.»

«Alabada sea la Providencia», repuse yo. «¡En cuanto me he levantado esta mañana he sabido que iba a ser un día de suerte!»

Y cogidos del brazo nos internamos en la ciudad para comer alguna cosa.

Fuimos a la taberna Gyldene Freden pero, en cuanto franqueamos el umbral, el tabernero nos

dirigió una mirada amenazadora. Sylvan se vio obligado a negociar para que nos permitiera sentarnos. Los chelines que llevaba en el bolsillo fueron examinados de cerca y luego confiscados como pago por las muchas jarras que se había metido el fiado entre pecho y espalda, pero Sylvan lo convenció de que esas mismas monedas daban prueba de que éramos dignos de crédito. Nos sentamos a una mesa y llenamos la panza a placer de arenque frito y cerveza.

Tras un par de vasos, le confesé a Sylvan mis tribulaciones: le debía a Jonas Silfver más de lo que podía pagarle. Si sus cobradores me encontraban no sólo me darían una paliza, sino que además iría a parar a prisión, donde mi juventud y mi belleza quedarían arruinadas. Me quedé atónito cuando Sylvan soltó una carcajada.

«Pero, Kristofer Blix, ¿es que no sabes nada de la anatomía del endeudamiento?» Me rodeó los hombros con un brazo. «Escúchame bien: te enseñaré un par de cosas sobre la vida en la gran ciudad que posiblemente ignoras en tu calidad de recién llegado.»

A medida que hablaba, mis ojos se abrían cada vez más.

Lo que Rickard Sylvan me explicó era un método infalible no sólo para mantenerse con vida, sino también para procurarse cierta diversión. Como ya sabrás, querida hermana, es sólo cuestión de tiempo que alguien sin blanca y con deudas acabe siendo denunciado ante los tribunales por aquellos a quienes les ha pedido prestado. El tribunal le confiscará todo lo que posee, pero si esto no cubre el monto de la deuda el desdichado sujeto acabará en prisión, donde deberá permanecer hasta que sus allegados hayan conseguido reunir los fondos necesarios para liberarlo.

«El truco», me susurró Sylvan, «consiste en nunca pedir mucho dinero al mismo prestamista. Digamos que le has pedido dos riksdalers a Jonas Silfver. Como es natural, no puedes devolvérselos porque los has utilizado para cubrir necesidades básicas de la vida, como vino, mujeres y música. Lo inteligente en ese caso es acudir a otro conocido, pedirle cuatro riksdalers y enseguida ir a ver a Silfver para llegar a un acuerdo sobre cómo devolverle el dinero. Le pagas un riksdaler y le aseguras que no tardará en recibir más. Veamos, Blix, ¿con cuánto dinero para disfrutar te deja eso?».

«¡Con tres riksdalers!», exclamé yo.

«Exactamente, Kristofer, y luego vas repitiendo esa fórmula. Siempre y cuando te rodees de gente generosa, todo irá como la seda, puesto que los nuevos préstamos siempre se utilizan en parte para saldar antiguas deudas.» Sylvan parpadeó y me dio un beso juguetón en la mejilla. «¡Así se hacen las cosas en la gran ciudad, hermano Blix! ¡Brindemos por los nuevos amigos que haremos, quizá esta misma noche, y cuya generosidad te liberará rápidamente de los cobradores de Silfver!»

«¡A la salud del maestro Sylvan!», exclamé más alto de lo que pretendía, haciendo que el tabernero volviera a fruncir el ceño, y apuré mi vaso.

Debimos de quedarnos un buen rato en la taberna Gyldene Freden, aunque no sé cuánto exactamente. Ya oscurecía cuando salimos dando tumbos a la calle, sosteniéndonos mutuamente para no perder el equilibrio. La plaza y las callejas adyacentes estaban sumidas en sombras, pero el cielo aún teñía de distintos tonos de rojo los tejados y nos iluminaba el camino. En el pozo nos encontramos con un grupo de caballeros de talante parecido al nuestro y nos unimos a ellos. Se dirigían a un baile en Slottsbacken. Nos llevó un poco más de tiempo del previsto negociar nuestra entrada, un lapso que yo aproveché para deshacerme de parte de lo que había bebido antes.

«*Sic transit gloria mundi!*», exclamó con entusiasmo Sylvan mientras me limpiaba el vómito de los labios.

En cuanto logramos entrar, me deslumbró la belleza del salón de baile, cuyos techos, querida hermana, eran tan altos como los de la iglesia de nuestro pueblo, y en cuyas galerías los clientes bebían borgoña en finas copas de cristal que levantaban para brindar a la salud de los que estábamos abajo. Si gritábamos lo suficiente, de tanto en tanto lográbamos convencerlos de que las inclinaran y luego procurábamos atrapar con la boca el vino que se derramaba. La peluca de Sylvan sufrió mucho a causa de la incapacidad de su dueño de prever dónde caería el líquido y moverse lo bastante deprisa: la lana mojada empezó a apestar, ¿pero qué importaba algo así, en medio de tal celebración! Todos se divertían con nuestras payasadas. A esas alturas, la habitación daba vueltas a mi alrededor incluso cuando no estaba bailando y, tras haber estado a punto de volcar una mesa, desistí de acometer un minué.

Me senté y debí de quedarme dormido contra la pared porque después de lo que me pareció apenas un instante un hombre de librea me sacudió hasta despertarme y me echó de allí. Ya eran casi las diez de la noche, así que el baile debía llegar a su fin a riesgo de que apareciesen los guardias. Fuera, en la plaza, la gente se resistía a marcharse y seguía conversando pese a que los faroles en las esquinas no conseguían iluminar ni siquiera el suelo que quedaba exactamente debajo. Yo no tenía ni idea de dónde podían estar Sylvan y los demás, así que no se me ocurrió nada mejor que ponerme a charlar con un caballero en los escalones del edificio de la Bolsa. El tipo no quería hablar de nada que no fuera la música que se había interpretado en el baile. Como no me gustaba la idea de parecer un ignorante, adopté una postura crítica: pensé que era el mejor modo de hacerme pasar por un experto. Para mi deleite, mis opiniones parecieron suscitar su interés. Así, pues, declaré que los músicos me habían dado la impresión de tener problemas para seguir la partitura y que su afinación dejaba mucho que desear. Dado que a mi interlocutor le preocupaba especialmente el papel del corno en la orquesta, no perdí un segundo y me lancé contra ese instrumento diciendo que ni siquiera intérpretes mucho más virtuosos que el de esa noche lograban que no desafinara a cada momento. Para entonces, mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y reparé en que el hombre estaba cómodamente sentado en una especie de caja. Miré a mi alrededor, pero no había más asientos como aquél disponibles. Seguimos hablando y, mientras lo hacíamos, advertí que la caja en cuestión tenía, colocada de cierta manera, un contorno parecido al de un corno. Apenas había tenido tiempo para pensar que se trataba de una coincidencia extraordinaria, teniendo en cuenta nuestro tema de conversación, cuando recibí un tremendo manotazo en plena boca.

«¡Maldito vagabundo!», exclamó el tipo, que una vez en pie me pasaba más de un codo. «¡Quiero oírte cantar, a ver qué tal afinas!»

Salí corriendo y debo decirte que, aunque le faltaba musicalidad, le sobraba resistencia: hasta que llegué a Nygatan no dejé de oír el ruido de sus pisadas a mi espalda, acompañadas a ratos de gritos amenazadores.

Como me las había apañado para echar un sueñecito durante el baile, no sentía la necesidad de encontrar un sitio en el que dormir esa noche. Crucé el puente de la Esclusa en dirección a la iglesia de Santa Catalina para esperar a que amaneciera. Allí me he comido el pan que me quedaba, tirado en la hierba de olor dulzón y apoyado contra una lápida, y te he escrito todo esto, querida hermana, con tinta hecha con un trozo de carbón mezclada con un poco de agua en el tacón del zapato.

Ahora está saliendo el sol, y el espectáculo no decepciona: la luz se refleja en las agujas y hace

brillar también veletas y cruces. Una vez más Estocolmo se viste con su traje dorado. ¡A uno debería darle vergüenza preocuparse por un labio partido!

Querida hermana:

Han pasado algunos días desde que pude escribirte por última vez. Como ya no me atrevo a asomar las narices por la casa de la viuda Beck, he pasado las noches al raso allí donde me ha parecido mejor, y de ese modo he podido disfrutar del magnífico tiempo de principios de verano. A menudo también consigo dormir unas horas en las tabernas, pero si los taberneros están ojo avizor hay muchos otros lugares donde resulta menos complicado. A la distancia de un breve paseo tonificante hay graneros y pajares, campos y lechos de hierba. ¿Qué más se puede pedir que tenderse en el regazo de la naturaleza con una almohada de hojas y una manta de estrellas? Por la mañana, las campanas de las iglesias despiertan a la ciudad con sus repiques, y entonces regreso cruzando los puentes para conseguir algo de comer y saciar mi sed en el pozo. Te escribo desde uno de los muchos establecimientos de la ciudad, fortalecido por una taza de café matutina y un pedazo de pan, y mojando mi pluma en el poso.

Mi amigo Rickard Sylvan y yo nos hemos hecho amigos de un grupo de jóvenes cuyos padres se dedican al comercio a lo largo del muelle Skeppsbron. A estos jóvenes caballeros les sobra el dinero y, como encuentran divertidas nuestras «hazañas», con frecuencia apelamos a su generosidad. Sylvan y yo competimos para ver quién de los dos soporta mejor las bebidas que nos ofrecen. Al que logra pasar un minuto a la pata coja se lo declara ganador y se le concede el título de majestad de la noche coronándolo con un cuenco de sopa. Los caballeros lloran de risa. ¡Son noches de oro, hermana! Sus ganas de divertirse parecen no tener fin, y lo mismo puede decirse de la bebida. La cerveza, el ponche y el aquavit fluyen sin parar, aunque a mí lo que más me gusta es el vino, querida hermana, rojo como el sol del atardecer. Hay tantas tabernas que se hace imposible contarlas: una en cada puerta, y la luz que brota de su interior se vierte en los callejones y transforma la noche en día. Vamos de un local al siguiente rodeando con un brazo los hombros del vecino y charlando alegremente hasta que uno por uno terminamos yéndonos a casa. Rickard Sylvan, ciudadano de nacimiento, no comparte mi afición por el aire libre y duerme hecho un ovillo frente a la chimenea de su primo en algún lugar más allá del puente Nybron.

Cuando estábamos saciando nuestra sed en una taberna ubicada en un sótano de Stora Nygatan, un terrible alboroto estalló de repente. Alguien lanzó una jarra que pasó a milímetros de mi cabeza y acabó haciéndose añicos contra la pared que teníamos detrás. Un grupo de marineros extranjeros se gritaban entre sí en un idioma extraño y, antes de que pudiéramos darnos cuenta, ya había empezado una pelea. Yo me refugié debajo de la mesa. Cuando uno de los tipos cayó al suelo, los otros decidieron huir. Desde mi escondite, sin embargo, pude ver que el que había caído al suelo estaba malherido. Yacía entre los pedazos de una botella rota y de su muñeca manaba un gran chorro de sangre. Me arrastré hasta él y les eché un vistazo a sus heridas.

La más grave era sin duda la de la muñeca. Por fortuna, los años que pasé en Karlskrona me habían permitido familiarizarme con esa clase de cortes. Hice lo que me habían enseñado: comprimí la herida y la vendé con una tira de lino que había arrancado de la manga del marinero, tras lo cual, después de unos momentos, dejó de sangrar. Durante todo ese tiempo, el marinero no me hizo el menor caso. Se sentó en el suelo y se dedicó a mecerse adelante y atrás mientras murmuraba algo en su lengua.

«Sus amigos han llamado “ramera” a su mujer y luego han rehusado retractarse», explicó un caballero con la nariz roja que observaba los acontecimientos con interés. «La verdad, no creo que se le vayan a quitar las ganas de seguir con su puterío cuando vea a su marido volver a casa hecho un Cristo.» Se echó a reír ante su propio ingenio y luego gritó: «¡Tabernero, traiga una bebida para consolar a este desgraciado y una bien grande para el cirujano que le ha salvado la vida!» El tabernero vino entonces a felicitarme, seguido de varios clientes. Todo el mundo parecía querer invitarme a un trago y brindar conmigo. El herido se quedó en el suelo hasta que un aprendiz de carpintero lo ayudó a ponerse en pie, tras lo cual se internó en la noche, vacilante, con la mirada perdida y sin pronunciar palabra. El episodio me recordó cuál había sido mi propósito original al irme a vivir a Estocolmo, pero debo admitir que todos aquellos brindis hicieron que se me olvidara de nuevo.

Envalentonado por mi popularidad, decidí poner en práctica la fórmula de Sylvan. Compartí una pipa con uno de los jóvenes caballeros con los que había llegado a la taberna y le pedí un préstamo de veinte chelines para conseguirme un alojamiento mejor. Su reacción no fue la esperada. Palideció y se mostró avergonzado. Después se excusó y abandonó la mesa sin darme una respuesta. Quedé perplejo porque no era una suma muy grande, sobre todo teniendo en cuenta el desparpajo con el que ese grupo solía gastar su dinero. La cabeza me daba vueltas después de tanta bebida y no pensé más en ello. La velada continuó y la gente fue marchándose. Cuando ya no vi a ninguno de mis amigos, decidí que era el momento de buscar un sitio en el que pasar la noche.

En la calle me esperaba Rickard Sylvan. Apenas le había rodeado los hombros con el brazo cuando me agarró del cuello de la camisa y me estampó de tal modo contra la pared que me di un cabezazo contra los ladrillos.

«¡Blix, insensato! ¿Es verdad que le has pedido a Wallin un préstamo de veinte chelines para no tener que dormir al raso esta noche?»

No podía negarlo. Sylvan me soltó lanzando un gemido, se dejó caer sentado con la espalda contra la pared y se tapó la cara con las manos. Me quedé petrificado, sin saber qué decir, hasta que se volvió de nuevo hacia mí y vio mi expresión confundida. Resignado, me indicó que me sentara y me rodeó con el brazo.

«Kristofer», dijo. «Al pedirle una cantidad tan irrisoria, Wallin se ha dado cuenta de que eres un indigente. Le había hecho creer que a ambos nos ataban corto nuestras familias, cuyas propiedades íbamos a heredar un día. Tú, en cambio, has hecho que tengan la certeza absoluta de que en realidad somos unos charlatanes insignificantes sin apenas un penique a nuestro nombre.»

«Pero ¿qué debería haber hecho? ¡No tenemos un penique!»

Sylvan exhaló un suspiro e hizo un gesto de exasperación.

«Lo que deberías haber hecho era inventarte un motivo para pedirle un préstamo mucho mayor: una peluca nueva o un collar de perlas para tu madre, digamos, porque tu dinero de bolsillo lo habías usado ya para otras chucherías, y haber hecho tu petición como si fuera lo más natural del mundo. Cuando se trata de esta clase de caballeros, resulta más fácil pedirles tres riksdalers, o incluso cinco, que tratar de obtener de ellos un par de chelines.»

«Pero ¿y nuestra ropa? ¡Vestimos con harapos! ¿Cómo podría alguien tomarnos por hijos de burgueses?»

«Sólo necesitas hacer que los caballeros quieran creer tus mentiras. Para contar una buena mentira hacen falta dos: ¡uno que la cuente y otro dispuesto a escucharla!»

Ante eso me quedé sin respuesta, y permanecí boquiabierto hasta que Sylvan no pudo evitar reírse.

«Eres un tarado, Kristofer Blix, pero al menos eres un tarado honesto. Tal vez esa honestidad pueda servirnos de algo más adelante. En todo caso, de ahora en adelante hablarás conmigo antes de pedirles nada a nuestros nuevos amigos.» Sylvan, que parecía haber recobrado su talante alegre, hurgó en el interior de su chaleco y sacó una bolsa llena de monedas. «Mientras tú nos dejabas en evidencia ante Wallin, al menos yo me las he apañado con Montell y le he sacado una bonita cantidad, que según le he dicho me hacía falta para comprar un bastón con empuñadura de plata, una adquisición que tenía prisa por concretar porque había visto a un teniente coronel mirando con deseo al objeto en cuestión y porque mi padre, de cuya generosidad suele depender una compra de ese estilo, había ido a visitar a los De Geer en Finspång.»

«Pero yo creía que tu padre estaba...», respondí, aunque me detuve al advertir entre la bruma del alcohol que Sylvan negaba lentamente con la cabeza.

«Kristofer Blix, a veces temo por tu futuro.» Me lanzó una mirada de desaprobación antes de cogermelo del brazo. «Está a punto de amanecer. Vamos al pozo a lavarnos y luego al café a desayunar algo.»

Querida hermana:

Esta mañana me sorprendió un cambio de tiempo que trajo consigo un frío que no sentía desde principios de abril. Llovía a cántaros, pero no me di cuenta hasta que un hilillo de agua me lamió la mejilla y me despertó. Para entonces tenía la ropa empapada y estaba temblando. Me levanté de un brinco y empecé a mover las piernas y a subir y bajar los brazos sin moverme del sitio con el fin de entrar en calor. Unas migajas de pan y un trozo de queso duro tuvieron que hacer las veces de desayuno. Esperé a que saliera el sol, pero al poco rato me percaté de que ni su luz ni su calor conseguirían traspasar los densos nubarrones. Felizmente, la lluvia empezó a amainar, así que no vi razón para prolongar la espera y eché a andar hacia la ciudad. El tiempo siempre ha afectado mi estado de ánimo, como sin duda recordarás. Con talante reflexivo y meditabundo, decidí enfrentarme a algo que llevaba demasiado tiempo postergando.

Andando a buen paso entre los campos llegué a la dehesa de Ladugårsländet, donde las casas son tan miserables que parece posible meter la mano entre los pocos tablones de las paredes y tocar a quienes duermen dentro. El barrio aún estaba desierto, pero al bajar hacia el arsenal de artillería ya se advertía bullicio y movimiento. Los soldados correteaban de aquí para allá o marchaban en formación al mando de severos prebostes.

Desde la plaza Packartorget vi a las lavanderas afanándose a orillas de la bahía de Katthavet. Frotaban la ropa sucia hasta dejarla blanca y luego la golpeaban con sus palas para secarla en la medida de lo posible en aquel aire húmedo. Aquello me hizo pensar en mi propio aspecto, cubierto como estaba de mugre y hollín. En el hospital de los Serafines (al que todo el mundo se refiere como el Serafín), que era adonde me dirigía, me convendría tener una apariencia más pulida; eso me animó a bajar de un salto al muelle con el propósito de convencer a una de las mujeres para que me lavara la camisa. Casi todas estaban demasiado ocupadas para prestarme atención y, las que lo hicieron, se limitaron a gruñirme. Una de ellas vigilaba a un grupo de niños mientras le daba el pecho al más pequeñín cantándole una nana. La melodía era bastante melancólica, pero la parte de la letra que alcancé a distinguir me pareció directamente cruel:

*Los años pasan, la vida se va,
Duerme tranquila, mi criaturita,
que pronto ya no despertarás más.*

Mientras escuchaba me percaté de que otra de las mujeres había parado de lavar y tenía las mejillas surcadas de lágrimas. Me miró sin pronunciar palabra y enseguida me tendió una mano. Quizá había perdido un hijo y yo se lo recordaba. Me apresuré a quitarme el abrigo, me quité la camisa por encima de la cabeza y se la di. Ella la sumergió en la tina jabonosa, donde la frotó enérgicamente; luego la enjuagó en el borde del muelle, le propinó unos golpes de pala y me la

devolvió. Hice una reverencia a modo de agradecimiento y volví a ponérmela, ahora limpia y blanca.

A través del lago Klara se ha construido un puente de más de mil codos para que los ciudadanos puedan llegar a Kungsholmen sin mojarse los pies. Pese a que los fundamentos son de piedra, el puente propiamente dicho es de madera, y bastante endeble. Por toda barandilla hay unas simples cuerdas. Como dudaba de la estabilidad de la construcción, titubeé largo rato en las Barracas Rojas antes de decidirme a cruzar. Más allá, las aguas del lago Mälaren estaban llenas de espuma, y a mis pies las olas arremetían contra los muros de piedra y empapaban la pasarela de madera. Una mujer que llevaba un cerdo sucio sujeto con una correa se rió al pasar.

—¡No te arredres, muchacho! Si te agarras bien, deberías poder cruzar sin que las ondinas te claven los dientes y te arrastren al fondo del lago.

Tragué saliva, me aferré a las cuerdas que hacían de barandilla y, con los nudillos blancos, eché a andar hacia la otra orilla.

De nuevo en tierra, me encontré casi de inmediato frente a mi destino: una bella puerta en forma de arco rematada con un frontón triangular. Encima de la puerta se veían las palabras KONGL. LAZARET., es decir: Hospital Real, y más arriba dos leones flanqueando un escudo de armas. Era el Serafín. Crucé el arco con paso decidido, pero al poco tuve que detenerme para contemplar lo que tenía delante de los ojos. Al fondo de un amplio atrio se elevaba un gran edificio de cuatro plantas flanqueado por otros dos. Lo miré embobado, pero enseguida tuve que disculparme por interponerme en el camino de un joven que daba grandes zancadas por el suelo de piedra para ir a atender algún asunto urgente. Le dije a quién andaba buscando.

«Al profesor Martin», contestó, «no se le ha visto por el Serafín desde el año de Nuestro Señor de 1788, y deberíamos sentirnos agradecidos, puesto que ése fue el año de su muerte».

Me quedé sin habla. El joven me dirigió una mirada compasiva.

«¿Buscabas a Roland Martin en persona o te sirve su sustituto? El profesor Hagström está en la sala de anatomía, en el ala norte.»

No se me ocurrió otra cosa que asentir con la cabeza.

«Sube a la primera planta y luego ve a la derecha.»

A medio camino de las escaleras me recibió un olor que conozco bien y que no olvidaré jamás: el olor de la muerte. Encontré una puerta entreabierta y, por el resquicio, contemplé un espectáculo macabro: sobre una mesa yacía el cadáver de un hombre abierto desde la cabeza hasta el abdomen. La piel se había apartado hacia los lados para revelar las entrañas. El pecho se mantenía abierto mediante unos fuertes ganchos. Sólo tenía la mitad del rostro porque su cráneo y músculos faciales estaban expuestos. Sus ojos blancos contemplaban el techo. Sólo entonces reparé en la presencia de un hombre junto a la camilla.

«¿Me buscabas a mí?», preguntó, retomando la exploración de la barriga del muerto.

«Busco al profesor Hagström», respondí, notando que la voz me temblaba un poco, no tanto por la presencia del cadáver como por la del profesor.

Calculé que tendría unos cuarenta años y parecía gozar de una salud excelente; sólo llevaba un chaleco sobre la camisa, que se había arremangado, y un delantal de cuero atado a la cintura.

«A tus órdenes. Por favor, pasa; siempre y cuando esta escena no te perturbe demasiado.» Dejó el escalpelo y procedió a lavarse las manos en un cuenco de porcelana. «¿En qué puedo ayudarte?»

«Me llamo Johan Kristofer Blix», contesté, quitándome la gorra de la cabeza. «Estuve en Karlskrona en 1788 como aprendiz del profesor Hoffman, el cirujano de la Armada.»

«¿Emmanuel Hoffman?»

«Sí, profesor.»

«Pues no es de extrañar que no te afecte una imagen que hace a la mayoría de mis visitantes palidecer y salir corriendo hacia la ventana más próxima», respondió Hagström. «Si pasaste los años de la guerra en Karlskrona, entonces eres tú el profesor y yo el alumno, al menos en lo que toca a presenciar la muerte y la degradación humanas.»

El profesor Hagström me pidió que me sentara y me preguntó por mis experiencias en Karlskrona mientras le pedía a una asistente vestida de blanco una jarra de café que ésta trajo al cabo de unos minutos. Las palabras salieron en tropel de mi boca. Nunca le había hablado a nadie de los terribles años de la guerra, ni siquiera a ti, querida hermana, así que ya iba siendo hora de que contara mi historia.

La flota de la Armada volvió en el invierno de 1788 trayendo consigo un barco capturado a los rusos en Hogland: el *Vladislav*, de setenta y cuatro cañones. La flota apenas había tocado puerto cuando empezaron las heladas y los hombres del *Vladislav* comenzaron a mostrar síntomas de una dolencia desconocida: a los enfermos les subía de inmediato la fiebre, sufrían de escalofríos, la piel se les ponía amarillenta y les aparecían manchas rojas en brazos y piernas. A algunos la enfermedad se les extendía a los pulmones y los hacía toser hasta que se les ponían los labios azules. Curiosamente, la fiebre desaparecía tan deprisa como había llegado, pero sólo para reaparecer al cabo de unos días con renovadas fuerzas. Vi a hombres muy fuertes sobrevivir a diez ciclos de esa clase antes de transformarse en ancianos de espalda encorvada y mirada vacía. Fue un invierno duro y cada tablón a bordo del barco se convirtió en el lecho de alguien. Pero los enfermos no sólo se multiplicaban en el barco, sino también en la ciudad. Pronto, el hospital naval estuvo a rebosar. Yo empecé como chico de los recados, pero después de Año Nuevo me convertí en aprendiz del maestro Hoffman. Lo fui hasta su muerte, tras la cual me quedé tres años más en el hospital.

El maestro confiaba en que la epidemia remitiera en primavera, pero sucedió lo contrario. Los muertos se contaban por miles, y los reclutas que llegaban desde otras partes del país para ocupar el lugar de los fallecidos no tardaban en enfermar.

El profesor me interrumpió.

«¿Y fue la fiebre intermitente lo que acabó con Hoffman? Yo sólo lo conocía de nombre.»

«No», le contesté, «fue una bala de un cañón ruso de treinta y seis libras lo que acabó con la vida de mi maestro».

En junio, la flota zarpó hacia el este para proseguir con la campaña rusa y Hoffman fue con ellos. Como había pocos médicos, yo los acompañé a bordo del *Tapperheten*, construido por Chapman en Karlskrona para llevar sesenta y cuatro cañones. Nos encontramos con los rusos al sur de Öland e intercambiamos cañonazos hasta que decidieron batirse en retirada con el viento de popa. Yo me encaramé a la jarcia porque nunca había presenciado una batalla naval y no pude resistir la tentación. Había ayudado al maestro a esparcir serrín en cubierta para absorber la sangre e impedir que resbaláramos mientras atendíamos a los heridos, y aproveché la oportunidad en un momento de despiste. Estaba tan arriba que mi vista abarcaba todo el *Tapperheten*, y vi venir la bala de cañón volando sobre el agua. Nos alcanzó en el costado, cerca de la borda, y tras

el impacto vi cómo un cuerpo salía despedido y aterrizaba en una nube de serrín ardiendo.

Ése fue el final de Hoffman. Tanto yo como el resto de la tripulación agradecemos que la batalla hubiera concluido de prisa porque no habría podido hacer gran cosa sin las instrucciones del maestro.

La flota regresó a Karlskrona, donde permanecí durante el resto de la guerra. Allí, el tifus iba de mal en peor. Utilizando velas de barcos, se levantó una tienda lo bastante grande como para albergar a cinco mil hombres: una ciudad entera. Gracias a Dios, el otoño de 1789 fue tan frío que nos permitió dejar a los muertos al aire libre. Cuando llegó la primavera los casos se redujeron: lo peor había pasado. De todas formas, decidí que me quedaría para ayudar todo el tiempo que hiciera falta. Una vez enterrados los muertos del invierno, pudimos ir de casa en casa para recoger a los que yacían en sus camas, donde habían permanecido desde que la fiebre había acabado con ellos.

• • •

Cuando acabé de contar mi historia, el profesor Hagström me miró fijamente.

«Y entonces viniste a Estocolmo. ¿Me equivoco al creer que estás aquí con la esperanza de continuar tu formación como cirujano?»

«No: ésa precisamente es mi intención.»

Hagström soltó un suspiro.

«Vemos a muchos como tú, Blix. Demasiados. Durante la guerra nos hacían mucha falta, y más valía cualquiera con dos manos para serrar huesos que nadie en absoluto. Pero ya no es así. ¡Mira este hospital! Hemos arrancado la medicina y la cirugía de las manos de los artesanos para convertirlas en ciencias.»

Alentado por sus propias palabras, el profesor se puso en pie y se acercó al cadáver.

«Blix, ¿puedes decirme cómo se llama este hueso?»

Una vez más, sólo pude negar con la cabeza.

«¿Te contó alguna vez el maestro qué opinaba con respecto al origen del tifus?»

Aquella pregunta me animó: por fin tenía algo que decir.

«Me explicó que lo causaban los humores que emanaban de charcos de agua estancada y pantanos.»

Hagström sonrió, pero sus ojos aún expresaban tristeza.

«Eso pensaba él. Hoy en día tenemos otra explicación. Me temo que tu maestro era de la vieja escuela, un hombre capaz de utilizar su bisturí para amputar miembros y poco más.»

Hagström miró a su alrededor y cogió de un estante un grueso libro encuadernado en piel.

«¿Tienes conocimientos de algo de esto?», dijo tendiéndomelo.

Las letras me eran familiares, pero formaban palabras que no tenían sentido para mí. Así se lo hice saber y él dejó caer los hombros ante mi respuesta.

«Me temo que en este momento no puedo hacer gran cosa por ti, Blix.»

Pero entonces, con el ceño todavía fruncido, pareció recordar algo y su expresión se suavizó.

«Espera aquí un segundo», dijo, se dio la vuelta y salió dejándome con el muerto.

En ese momento cogí una cosa, hermana. Lo admito y, de hecho, me arrepentí en el mismo instante en que lo hacía, pero justo cuando estaba hurgando en mi morral para devolver a su sitio el objeto robado oí a Hagström en el pasillo y perdí mi oportunidad. Cuando entró, llevaba en la

mano un pequeño folleto escrito en un idioma que pude entender.

«Peores hombres que tú se han convertido en cirujanos capaces sin saber leer francés», dijo y me puso el folleto en la mano. «Este resumen lo he escrito yo por propia iniciativa para ayudar a mis alumnos en sus estudios. Si solicitas el ingreso, es posible que el año que viene reúnas las condiciones para iniciar tu carrera, aunque no puedo prometerte nada.»

Hagström volvió a observarme con una expresión de concentración en su rostro inteligente y franco.

«Tienes sangre en la chaqueta, Blix. ¿Es tuya?»

Negué con la cabeza. Hagström se acercó un paso más y se inclinó hacia mí.

«Tienes los ojos algo amarillentos... ¿Qué clase de vida llevas, Blix? ¿Bebes mucho alcohol?»

Noté que me ruborizaba y eso dio a Hagström la respuesta que necesitaba.

«Ven aquí, Blix. Acércate a ver esto.»

Levantó un colgajo de piel del cuerpo del muerto y apareció un bulto apestoso y cubierto de excrecencias.

«Esto es el hígado de esta persona, y es lo que acabó con su vida. De haber tenido la sensatez de beber con más moderación, quizá seguiría entre nosotros. En esta ciudad hay muchos hombres cuyas barrigas esconden órganos en este estado de destrucción: eso los llevará a la tumba. Espero que haberlo visto te haga pensar en las grandes virtudes de la templanza.»

Mi cara debía de reflejar tal consternación que la expresión ceñuda del médico se tornó en compasión. De un bolsillo del chaleco sacó una bolsita bordada y contó una moneda tras otra sobre la mesa hasta que cambió de opinión y se limitó a verter todo el contenido.

«Coge este dinero, Blix, y procura cuidar de ti mismo para que tenga el placer de verte en mis clases la próxima primavera.»

Me quedé sin habla. ¡Debía de haber casi veinte riksdalers sobre la mesa! Un tesoro que quedaba fuera de mi alcance incluso en mis sueños más descabellados. Recogí las monedas y me las metí en los bolsillos haciendo una reverencia tras otra. Las lágrimas me ardían en las mejillas. Eran en parte de gratitud, pero sobre todo de vergüenza por haberle robado a aquel buen samaritano, a aquel caballero generoso a quien tan mal pagaba yo su buena voluntad. Incluso vi que le brillaban los ojos en respuesta a mis emociones. Me tendió la mano, se la cogí y la besé.

Cuando ya salía por la puerta, me hizo una última pregunta.

«Sólo una cosa más, Johan Kristofer... ¿Cuántos años tienes?»

«Este invierno, si Dios quiere, cumpliré los diecisiete», respondí con la misma voz vacilante.

Querida hermana:

¡Estos últimos días han sido maravillosos y las noches han estado llenas de abundancia y felicidad! Les dije adiós a mis noches al abrigo de los árboles de la dehesa de Ladugårdslandet, o entre las tumbas del cementerio de Santa Catalina, y con una pequeña parte de las monedas que me dio Hagström alquilé una buhardilla en la zona de Pomona, en Överskärargränd. Las vistas dejan sin aliento. Desde mi ventana, los tejados se extienden en todas direcciones hasta donde alcanza la vista y brillan como el oro bruñido bajo el sol. Ahora tengo mi propia cama en lo alto de esa ciudad dorada; aquí, los rayos de sol siguen llegando mucho después de que las calles se sumerjan en la penumbra. Por las noches, las luces de la ciudad suben hasta mí y, cuando alzo la mirada, las estrellas me parecen más cercanas que nunca. En cuanto llegué le hice un sitio a Sylvan junto a la chimenea de azulejo. Pasamos varios días hablando sobre nuestras nuevas circunstancias y sobre cómo aprovecharlas mejor hasta que yo esté listo para empezar mis estudios en el Serafin. Bromeábamos y nos reíamos a gusto sin dejar de darnos palmadas en la espalda y hacer brindis.

No tardamos en llegar a una decisión sobre el mejor modo de administrar nuestra riqueza: mis veinte riksdalers y los cuatro que Rickard había conseguido que le prestara Clemens Montell. No iban a durarnos para siempre: cada riksdaler debía multiplicarse.

«Para ganar más, primero debemos dar la impresión de ser exactamente lo que no somos: dos hijos de familias adineradas víctimas de la avaricia de sus padres, pero en vías de heredar una fortuna. Dicho de otro modo, la clase de jóvenes a quienes prestarles dinero supone una inversión segura.»

Con esas palabras, Sylvan me asió del brazo y nos encaminamos a un sastre cercano. Llevábamos un puñado de monedas encima, mientras que el resto lo habíamos ocultado cuidadosamente en mi colchón de paja. El sastre estuvo cortante al principio, pero se volvió adulator en cuanto oyó el tintineo de las monedas en nuestra bolsa. Hurgamos a conciencia en gavetas y armarios en busca de prendas de la mejor calidad, aunque lo bastante usadas como para tener a un precio razonable. Probarse esa ropa supuso un placer que tardaré en olvidar. Nos hicimos pasar por dos jóvenes nobles: aplaudíamos y fingíamos piroparnos mutuamente en francés mientras nos pavoneábamos ante el espejo.

«¡*Magnifique, monsieur Von Blix!*»

«¡No más que usted, *monsieur De Sylvan!*»

Elegimos chalecos con bordados en escarlata y púrpura, dos casacas con puños dorados, camisas nuevas y calzones de cuero suave, medias largas y zapatos de piel con vistosas hebillas. Sylvan encontró una peluca de crin de caballo en muy buen estado para reemplazar la de lana roja, pero yo preferí seguir luciendo mi pelo rubio en una larga coleta, aunque cuidadosamente acicalado con un peine de cuerno y atado en la nuca con una cinta de seda. Cuando nos plantamos uno junto al otro ante el espejo casi no podíamos creer lo que veían nuestros ojos. La emoción era

tal que nos dimos un abrazo. Sylvan regateó un buen rato para rebajar la cifra exorbitada que nos pidieron, pusimos el dinero en el mostrador y nos marchamos.

Y así dijimos adiós a los harapos, tal como habíamos renunciado a dormir bajo las estrellas. Pero no nos bastó: también nos despedimos de la clase de establecimientos que solíamos frecuentar, donde los borrachos vomitaban sobre sus compañeros de mesa, compartían prostitutas contagiadas de sífilis y se liaban a puñetazos a la menor provocación. En vez de eso, empezamos a frecuentar un lugar que se conoce como Lilla Börsen, con las mejores tabernas de la ciudad y bailes que se celebran en palacios. Resulta curioso cómo las personas se apresuran a ayudar a quienes no lo necesitan, mientras que dan enormes rodeos para evitar a los pobres y menesterosos. No tardamos en hacernos íntimos de hijos de condes, de burgueses ricos y de maestros en distintos oficios: los tratábamos como a hermanos y procurábamos mostrarnos siempre simpáticos, ingeniosos y divertidos ante ellos. Hermana, ¿recuerdas que te hablé de aquel primer baile en Slottsbacken, cuando nos dedicamos a pedirles a gritos a los que estaban en las galerías que derramaran un poco de vino sobre nosotros? Pues ahora éramos nosotros los que derramábamos el líquido de las copas, y hasta nos dábamos el lujo de soltar exclamaciones horrorizadas ante la facilidad con que se humillaba la gentuza de abajo con tal de probar un poco de vino. En nuestra nueva situación, no teníamos que pagar un penique por lo que comíamos o bebíamos: bastaba procurarnos la compañía de aquellos que consideraban un honor invitarnos.

Así pasamos muchas noches del verano y, una vez que nos hubimos convertido en miembros inexcusables del grupo, cuando todo el mundo preguntaba por nosotros si no estábamos y nos echaba en falta, empezamos a pedir prestado. Extendíamos pagarés rubricados con firmas que habíamos practicado en la misma mesa y con la misma pluma maltrecha con la que te escribo esto, pero ninguno de nuestros nuevos amigos se mostraba desconfiado. Para ellos, el dinero carecía de valor; en cambio, apreciaban muchísimo nuestra amistad y nuestra compañía. Por las noches, nos vaciábamos los bolsillos sobre el colchón de Överskärargränd y veíamos cómo los veinticuatro riksdalers se convertían en treinta, luego en cuarenta y después se habían duplicado. Llevábamos cuenta de nuestras deudas y reservábamos parte de los beneficios de la velada para el pago de antiguos préstamos. No tardamos en gozar de más confianza incluso, y si alguien parecía titubear, podíamos recurrir fácilmente a un benefactor anterior para que respondiera por nosotros. De ese modo, las monedas en el colchón se multiplicaron: cincuenta se convirtieron en setenta, y setenta en noventa.

«Mi apreciado Kristofer Blix, hermano querido y estimado compañero», me dijo Sylvan un día cuando volvió de dar un paseo por Skeppsbron bajo el sol. «¿Has oído hablar del juego del Hombre?»

«Por supuesto», le contesté. «Es un juego de cartas, ¿no? Como el Faro.»

«Sí y no. El Faro es un juego en el que la suerte decide el ganador. En el Hombre, el resultado lo determina la habilidad, y la fortuna no tiene nada que ver.»

«¿A qué viene este interés en los juegos, Rickard?», quise saber, tendido en mi lecho y disfrutando del calor como un gato doméstico.

Procedió entonces a contarme que había muchos caballeros obsesionados con el juego del Hombre y que grandes sumas de dinero cambiaban de manos cada noche en salones a los que las autoridades policiales no tenían acceso. Puse objeciones de inmediato ante la idea de arriesgar nuestro dinero, pues las probabilidades de perder me parecían mucho mayores que las de ganar.

«Espera, Kristofer, ¿estás sacando conclusiones precipitadas!», protestó Sylvan. «Hay juegos y juegos. Me he encontrado a Block en Logården... Te acuerdas de él, ¿no? Lo conociste en la ópera, la semana pasada... Pues me ha hablado de unas partidas muy peculiares que organiza su amigo Carsten Vikare. Éste selecciona a los invitados con base en tres criterios: su riqueza, su afición al alcohol y su credulidad. En la mesa hay cinco jugadores, pero cuatro están confabulados contra el invitado y se comunican mediante gestos y señales, así que el pobre desgraciado no tiene más posibilidad que perder todo su dinero. Lo llaman el Conejo, en vista de que los demás actúan como perros de caza. El caso es que los confabulados se reparten el bote con el anfitrión, cuya parte es doble.

«Bueno, ¿y qué tiene que ver eso con nosotros?», pregunté, aunque no podía negar que la conversación había despertado mi interés.

«Kristofer, tener un sitio en esa mesa sale gratis, y me han ofrecido uno. El riesgo es mínimo y Block me asegura que mi conocimiento del juego sólo tiene que ser rudimentario. Si el Conejo es lo bastante gordo, es probable que podamos duplicar nuestra fortuna en una sola noche. ¡Hablo de doscientos riksdalers, Kristofer!»

Fue como si de pronto tuviera en el vientre todo un enjambre de abejas. Me incorporé en la cama tan deprisa que me mareé. Cogí una botella de vino y serví dos copas. Brindamos.

«¡Por Sylvan y Blix!», exclamé. «¡Jóvenes, apuestos, y muy pronto más ricos de lo que nunca hubieran imaginado!»

«¡Por Sylvan y Blix!», repuso él. «¡Y por esos doscientos o más!»

Aquel mismo día compramos una baraja de cartas y jugamos una partida tras otra del juego del Hombre según las reglas que Carl Gustaf Block le había descrito a toda prisa a Rickard. Luego llegó el momento de ponernos nuestras mejores galas y dirigirnos a Stortorget y sus diversiones nocturnas. El juego no parecía especialmente complicado. De las cuarenta cartas, se reparten ocho a cada jugador. Por turno, se van haciendo apuestas basadas en la predicción de cuántas bazas prevé ganar cada uno. El más audaz elige qué palo será triunfo.

«Como en la vida misma», comentó Sylvan y apuró su copa.

Aquella noche, un jueves, nos empolvamos el cabello y nos pusimos ambos un pañuelo nuevo. Nos examinamos mutuamente con ojo crítico, nos sacudimos pelillos y caspa de cuellos y solapas y finalmente cogimos nuestro tesoro del colchón. A las siete los jugadores debían reunirse en una habitación que Carsten Vikare había reservado tras el Terra Nova, en Gaffelgränd, en lo que antaño había sido una taberna corriente, pero que ahora sólo se abría a marinos e invitados selectos. La campana de la iglesia de San Nicolás dio las siete menos cuarto cuando salimos a los adoquines de Överskärargränd. Hacía un calor asfixiante y el aire parecía arder. La carga que llevaba Sylvan nos hacía tener el corazón en un puño: un ataque desde las sombras recompensaría al ladrón con el botín de su vida.

Nuestra preocupación resultó infundada. El trayecto a lo largo de la calle Västerlånggatan y cruzando Järntorget hasta el castillo transcurrió sin el menor incidente. En Terra Nova, Block nos dio la bienvenida y nos presentó a Vikare. No pudo evitar hacerle un guiño cómplice a Sylvan e indicarle con un gesto de la cabeza al Conejo, que parecía alemán. Llevaba un atuendo caro y una cadena de oro en el chaleco. Nos ofrecieron vino mientras preparaban las mesas y, tras haber bebido a nuestra salud, una mujer nos hizo pasar a la sala con una reverencia. Cuando estaba a punto de cruzar el umbral noté una mano en el pecho y, al alzar la vista, comprobé sorprendido que se trataba de Carl Gustaf Block, que negaba con la cabeza. Me susurró al oído:

«Sólo los jugadores, por favor. No queremos asustar a nuestra presa mirando por encima de su hombro para verle las cartas.»

Busqué la mirada de Rickard con la mía. Ya estaba dentro, a punto de sentarse en la silla que le indicaban.

«No te preocupes, Kristofer. Espérame en el Kryp In. Me reuniré contigo en cuanto acabe la partida», me dijo desde lejos. Después se acercó y me dio unos chelines.

No me quedó otra que encogerme de hombros, desear suerte a los jugadores y marcharme.

En el Kryp In, frente al edificio Bankohuset, la fiesta estaba en su apogeo. Un hombre corpulento de nariz rojísima frotaba con su arco las cuerdas de un violonchelo junto a un calvo que tocaba una flauta. Combinados, sus instrumentos producían una música bellísima. Me senté a una mesa y me encontré con que no me hacía falta compañía: me bastaba con aquel sonido. Empujé a través de la mesa una moneda de doce chelines, pedí un vaso de Danziger Goldwasser y le advertí a la tabernera que tuviera bien vigilado mi vaso para rellenarlo cada vez que fuera necesario.

Estaba de un humor extraño. Normalmente, cuando bebo me siento alegre y un poco mareado, como quien da vueltas al bailar. Pero esa vez era distinto. Recordé las excrecencias que me había mostrado el profesor Hagström en el hígado del muerto y miré a mi alrededor a mis hermanos y hermanas en la bebida, que nada tenían de hermosos o divertidos. Al reír, lascivos o simplemente

burlones, mostraban unos dientes negros. En el espejo, tras un aplique en la pared, vi mi propio reflejo, aún joven, apenas un adulto, con la piel blanca y miembros esbeltos. Aún no era uno de ellos, pero en ese instante comprendí que iba a convertirme en uno de ellos: ningún hechizo mágico me protegía de la corrupción de la carne. Mi nariz también acabaría hinchada como un racimo de uvas, mi panza sobresaldría y se tensaría sobre alguna excrecencia mortal alimentada por licores fuertes.

Juré entonces que ése no sería mi destino. Cogería mi parte de los doscientos riksdalers y les daría otro uso. El dinero sería suficiente para devolver a Hagström lo que me había dado, para tener un humilde techo hasta la primavera e incluso más allá, para buscar un profesor de francés, lo que me permitiría ahondar en los misterios de los libros médicos, y para ayudar a mis compañeros estudiantes con comida y bebida en nuestro esfuerzo conjunto por aprender el legado de Linneo, Carl Scheele y Olof Acrel. Dedicaría mi vida a ayudar a ricos y pobres, y a estos últimos no les pediría pago alguno por mis servicios. Cuando la guerra llegara a nuestras costas, mis hermanos y yo mantendríamos a raya las epidemias. Los huérfanos ya no tendrían que cavar fosas en la tierra helada para arrojar en ellas a los de su propia sangre. Cuando fuera un poco más mayor, tomaría una esposa y traería hijos al mundo. Sería un buen padre, ni seco ni indiferente, ni borracho ni amenazador; nunca daría golpes ni azotes. Mis hijos crecerían sin que les faltara nada.

Me vi arrancado de mis ensoñaciones cuando un grupito que había empezado a bailar formando una fila chocó contra mi mesa. Debía de llevar allí más rato del que creía porque gran parte de la clientela se había marchado ya. Le pregunté la hora a un hombre que llevaba un reloj colgando de la leontina, y me respondió, arrastrando las palabras, que era casi medianoche. Sylvan no había aparecido todavía. Quizá habría regresado directamente a Överskärargränd, creyendo que, cansado de esperar, me habría vuelto a casa solo. Pero en mi habitación no había rastro de Rickard Sylvan. Abrí la ventana de par en par para dejar entrar el aire fresco. Sobre la bahía, la luna brillaba majestuosa y formidable entre su cohorte de estrellas, y juntas se reflejaban en las aguas quietas. Me dejé caer en la cama y contemplé aquel espectáculo maravilloso hasta que ya no conseguí mantener los ojos abiertos.

Desperté empapado en sudor y más sediento que un náufrago. No tenía modo de saber la hora, pero la luna había llegado lejos en su recorrido. Escuché en la oscuridad por si oía respirar a Rickard y tanteé con un pie en el suelo, pero estaba solo. Me levanté para ir en busca del cubo de agua y encendí una vela para no tropezar y acabar en el suelo. Al llegar frente a las escaleras capté un sonido, pero no supe distinguir si era humano o animal. Fue sólo al bajar el último peldaño cuando vi la espalda de Rickard Sylvan, que se estremecía. Lloraba de un modo incontrolable con la cara oculta entre las manos. Cuando se volvió, advertí que las lágrimas habían dibujado surcos en los polvos con los que se había maquillado la cara. Los pelos de la peluca estaban completamente despeinados y su preciosa ropa completamente sucia. Me llevó mucho rato conseguir que me hablara, y sólo lo hizo cuando, tras dejar la vela en el suelo, lo estreché entre mis brazos y lo mecí hasta que dejó de temblar y sollozar.

—Era yo, Kristofer —susurró—: yo era el Conejo.

Nos timaron, hermana. Carsten Vikare, Carl Block, sus compañeros y el alemán, que era tan

oriundo de Estocolmo como los demás. Nos timaron porque eran exactamente iguales que nosotros. Con toda la astucia que esgrimíamos ante el mundo, nos habíamos prestado de algún modo a creer que éramos los únicos capaces de apropiarnos, mediante trucos, de un dinero que no era nuestro. Los jugadores de aquella partida no eran los hijos de burgueses acaudalados que nos habían hecho creer: eran como nosotros, nacidos también en la cloaca, y nosotros y nuestros cien riksdalers habíamos resultado un bocado succulento, igual que la perca glotona para el lucio.

Hicieron que Rickard se jugara nuestro dinero creyendo que formaba parte del engaño, pero cuando la partida acabó fue ese dinero el que se repartieron entre risas burlonas. Cuando protestó, lo golpearon y lo echaron a la calle.

«Kristofer», dijo Sylvan con la frente apoyada en mi hombro. «Esta vez estamos perdidos. Cuando los pagarés venzan, nos encerrarán en la prisión para siempre. No volveremos a conocer la libertad hasta que seamos viejos. Nos forzarán a trabajar, ¡pasaremos el resto de la vida atados al banco del taller y con la espalda surcada por los azotes del capataz!

Guardé silencio, aunque en mi interior gritaba con todas mis fuerzas. Cuando el cabo de la vela se extinguió, mi imaginación iluminó la oscuridad y, como en el sueño que tuviera en el Kryp In, vi la niebla cernerse sobre la tierra prometida de mi futuro.

Nos quedamos en las escaleras hasta el amanecer. Con la luz matutina se rompió el hechizo de desesperanza tranquila que nos había envuelto hasta entonces y nos apresuramos a subir a nuestra habitación. Tras reunir a toda prisa los papeles en los que habíamos apuntado nuestras deudas, su lectura se nos antojó de mal agüero. Muchos de los pagarés que llevaban nuestra firma estaban a punto de vencer. Si no los pagábamos al menos en parte la ira se propagaría como la pólvora entre nuestros acreedores. Hablarían unos con otros y llegarían a la conclusión de que éramos unos estafadores y que por fin habíamos reunido suficiente como para huir con el dinero. Uno o más se dirigirían a los juzgados, presentarían los pagarés y pedirían la ayuda de las autoridades para cobrar la deuda. Se multiplicarían las causas, saldría a la luz la suma total y pronto estaríamos en busca y captura.

«Tenemos que irnos, Kristofer», susurró Sylvan con los ojos llenos de lágrimas. «Y pronto, antes de que se les ocurra buscarnos aquí.»

«Pero ¿adónde?»

«Debemos separarnos y tomar caminos distintos. Los guardias y los policías estarán al acecho, y ya los habrán puesto sobre aviso de nuestros atuendos elegantes. Si nos separamos, tendremos más posibilidades de escapar sin que nos descubran.»

«¿Y luego qué? No podemos marcharnos para siempre.»

«Debemos abandonar la ciudad, Kristofer. Lo entiendes, ¿verdad?»

Pensé con gran pesar en todo lo que había sacrificado para llegar allí desde Karlskrona, en los caminos que habían desgastado mis suelas, en los trayectos en carros y carretas que pagué con servicios que habría preferido no haber prestado. Para Sylvan, que no había hecho nada para vivir en Estocolmo sino tener la suerte de nacer aquí, y que había pasado toda su vida en la ciudad, no suponía una decisión tan grave abandonarla, pero para mí huir de ese modo representaba hacer añicos un sueño por el que llevaba luchando toda mi vida. Rickard no había conocido la miseria del campo. Se lo hice saber, pero él no quería escucharme.

«Yo saldré por la Esclusa de Skanstull, pondré rumbo a Fredrikshald y, si Dios quiere, llegaré allí antes de que se acabe el verano.»

Empaquetamos nuestras escasas pertenencias; yo, en el mismo morral que llevaba a mi llegada, Sylvan en un hatillo que improvisó con una camisa. Antes de que cantara el gallo y el sol hubiera salido del todo ya estábamos en el callejón. A ninguno de los dos nos resultó fácil expresar nuestros sentimientos. Antes de que nuestros caminos se separaran, nos abrazamos por última vez entre lágrimas. Sylvan echó a andar hacia el norte con la intención de sacarle unos chelines a su primo para el viaje, mientras que yo me encaminé a la sastrería de la calleja de Ferkensgränd. El sastre no apareció hasta media mañana y luego fingió que no me reconocía, ni a mí ni la ropa que llevaba. Como todo buen comerciante, tenía un sexto sentido para detectar la desesperación del cliente, y enseguida se dio cuenta de que yo no estaba en condiciones de negociar. Me cambió la

ropa elegante que habíamos adquirido por prendas más modestas: un áspero jubón, adecuado para un mozo de labranza; una chaqueta de lana con parches en los codos; un par de pantalones; unos zapatos hechos para durar mucho tiempo y un gorro de punto. Cuando le pregunté cuánto me correspondía por la diferencia de precio entre las prendas, se hizo el sorprendido.

«¿Quieres dinero por estos trapos sucios? Debes de estar de broma, muchacho.»

Al final me dio un puñado de chelines sólo para librarse de mí. Me calé el gorro hasta las orejas para que no se me viera el pelo, salí al muelle y miré a mi alrededor.

¿Adónde iría a continuación? Ya no podía aparecer por Stadsholmen y sus puentes: un encuentro desafortunado en un callejón estrecho y sería mi fin. Había frecuentado demasiado la dehesa de Ladugårdslandet, así que mi única alternativa viable parecía ser Södermalm, la isla sur: rodearme de esa clase de gente haría imposible que me encontrara solo en mi desgracia. Seguí la línea recta del muelle de piedra hasta la Esclusa, dejé atrás las cuatro ruedas de molino que amansan la corriente a un costado de los puentes levadizos.

Pese a lo que había creído, la vida como vagabundo sin blanca era peor en Södermalm que en cualquier otro lugar de la ciudad precisamente por la gran cantidad de marginados e indigentes que había por todas partes. En las tabernas y bodegas los empleados habían desarrollado un sexto sentido para detectar a quienes no disponían de medios para pagar. Reconocían al instante a los que se refugiaban en el ambiente cálido del local para hacerse con migajas y restos de bebidas e intentar descansar un poco en un rincón. En muchos sitios nos echaban a la calle sin piedad; en otros, nos negaban la entrada cuando no podíamos enseñarles una moneda en la puerta. La gente ponía a sus criados a vigilar establos y graneros. Como resultado, cada rincón mínimamente abrigado estaba siempre atestado por las noches. Acabé durmiendo bajo los árboles en Danto, o cerca de Vintertullen, el puesto aduanero de invierno. Las monedas que me había dado el sastre me alcanzaban apenas para sobras y pan viejo que había que remojar en agua antes de hincarle los dientes. Por suerte, nadie podía cobrar me por lavarme la cara y las manos en la bahía de Årstaviken, y cuando necesitaba algún sitio fresco para dormir improvisaba un lecho en las ramas de los sauces que se inclinaban sedientos en la orilla.

Pero una noche vinieron a buscarme, querida hermana. Me había quedado dormido y, como en tantas otras ocasiones, estaba soñando contigo, pero tu cara se transformó en la mueca burlona de un tipo que me miraba fijamente. Una bota inmensa hincada en mi hombro me mantenía inmovilizado sin remedio en el suelo. Me acercaron un farol a la cara y me arrancaron el gorro de la cabeza.

«¡Vaya, que me aspen si no es Kristofer Blix! Espero que hayas dormido bien, porque tu vida de holgazán se termina aquí.»

Intenté retorcerme para liberarme de la bota, pero fue en vano.

«No conozco a ningún Blix. Me llamo David Jansson, he salido bien entrada la noche de la taberna Sista Styvern y me he perdido en el camino de vuelta a casa, así que me he echado aquí a esperar el amanecer.»

«No me digas. ¿Y cómo se llama tu padre?»

«Jan Davidsson, es ayudante de fundidor en la iglesia de Eduviges Leonor, y mi madre es Elsa Fredrika, de soltera Gudmundsdotter.»

Mencioné la iglesia más lejana que se me ocurrió con la esperanza de que me tomaran la palabra sin hacer comprobaciones, pero me equivocaba.

«Vaya, vaya. ¿Y dónde está la casa de tus padres?»

«Pasada la colina de Träskbacken, junto a los molinos.»

«Pues estoy seguro de que nos agradecerán que te escoltemos por estos barrios tan peligrosos.»

Me asieron por debajo de los brazos y me pusieron en pie sin dejar de sujetarme ni un momento para evitar que escapara corriendo entre los árboles. Mis captores eran tres. El que había hablado era rechoncho y de piernas cortas, tenía la boca llena de tabaco y unas facciones que no se distinguían con facilidad bajo la mugre. Echó a andar delante con el farol mientras sus dos compañeros, ambos en silencio, me llevaban entre ambos. No conseguía verlos con claridad porque cada vez que intentaba mover la cabeza en cualquier dirección me propinaban una colleja. Cuando tropezaba, uno de ellos me pellizcaba con unos dedos como tenazas. De tanto en tanto, el otro me susurraba al oído: «Mantén el paso, mariquita, o te retorceré el pescuezo», y su aliento me daba arcadas.

Apenas habíamos dejado atrás el lago Fatburen cuando comprendí que se había acabado el juego y que, si llegábamos hasta la colina de Träskbacken y me veía obligado a admitir que mis padres no vivían en ese lugar y que, de hecho, no conocía a nadie allí, lo pagaría muy caro.

«Esperad un momento. He mentido: soy el que buscáis.»

El tipo de la lámpara se dio la vuelta.

«Eres el último de una decena de vagabundos de tu edad que hemos tenido que llevar a rastras por la ciudad esta semana, así que bienvenida sea la noticia.»

Dio una señal y acto seguido sentí un estallido de dolor y terminé dando con la mejilla contra un adoquín de la calle. Mientras caía, oí risas como relinchos de caballo y entreví un garrote ensangrentado. Luego perdí el sentido.

Me despertó un potente olor a sales aromáticas. Estaba sentado en una silla. Las manos que me habían hecho estar erguido hasta entonces sujetándome de los hombros me soltaron al ver que lograba mantener el equilibrio. Tenía un dolor palpitante en la cabeza y una herida en el cogote que ardía cuando la tocaba. La habitación iba apareciendo según se me aclaraba la visión. De las paredes de piedra colgaban tapices, el suelo de madera estaba lleno de bonitas alfombras. No había ventanas. La silla estaba en el centro de la estancia frente a un elegante escritorio de patas curvas. Al otro lado había un caballero sentado en un sillón. Con una incomodidad creciente me percaté de que mi silla no estaba colocada directamente sobre la alfombra, sino encima de una tela sucia. El hombre advirtió lo que estaba mirando y me dijo:

«Te preguntarás qué hace ahí esa tela. Es para evitar que mis alfombras turcas se manchen con impurezas varias: muchos invitados que se sientan donde tú estás ahora, Kristofer Blix, no pueden contenerse. Los que no sangran, derraman otros fluidos.»

Rió burlonamente y el sobresalto me hizo intentar retroceder.

«Pareces alarmado, Blix, y es comprensible, pero debes saber que tu destino está en tus manos, al menos en parte. Tenlo presente cuando me respondas; si no por tu bien, por el de mi alfombra.»

Vestía ropa cara, llevaba la barba tan corta como el cabello, que retrocedía en dos amplias entradas. Sus ojos eran de un azul gélido. Diría que pasaba de los cuarenta. Tenía la voz ronca.

«Me llamo Dülitz. ¿Sabes quién soy?»

Negué con la cabeza. Dülitz tendió la mano sobre el escritorio para asir una jarra y se sirvió

algo en un vaso de cristal; agua, a juzgar por el color.

«Llevabas un rato delirando, Blix, y por tu acento me ha parecido que no eras de Estocolmo. ¿Dónde naciste?»

«En Karlskrona.»

Asintió con la cabeza.

«Entonces tenemos algo en común, y es que ambos estamos lejos del lugar donde nacimos.»

Se bebió el agua. Sediento como estaba, sólo pude mirar.

«Durante mi juventud, en Polonia, trabajé con vidrio, Blix», dijo, pronunciando mi nombre como si tuviera mal sabor de boca. «Hacía emerger del fuego dragones, leones, reyes, quimeras y bailarinas: verdaderas obras de arte. Vine aquí en busca de asilo cuando mi país se convirtió en una simple marioneta de Rusia, pero me encontré con que estaba prohibido que la gente en mi situación practicara su arte. El propio rey promulgó ese decreto, sin duda para congraciarse con los gremios de artesanos. Que esos pobres desgraciados que cortan cristal para las ventanas pudieran llegar a pensar que me estaba metiendo en su terreno es algo que me supera. Por suerte ya era rico y una noche, mientras barajaba mis opciones, alguien llamó a la puerta. Abrí y vi a un joven no muy distinto a ti. Lo invité a pasar, le di pan y vino, y finalmente me dijo lo que quería: “Necesito un préstamo.” Me quedé de piedra. “Tengo algún dinero que quizá podría prestarte, pero ¿por qué has acudido a mí?”, le pregunté. “Bueno, usted es judío, ¿no?” En tu lengua, Blix, desde hace cientos de años un judío es alguien que practica la usura. Que yo no me hubiera endeudado nunca en mi vida ni jamás le hubiera prestado dinero a nadie no tenía importancia para aquel joven: como era judío, cualquiera podía acudir a mí en busca de un préstamo, y sin siquiera tener que mostrar la menor gratitud más tarde, puesto que prestar dinero con intereses formaba parte de mi naturaleza.»

Mientras hablaba, Dülitz sacó una pipa de un cajón, la llenó de tabaco y la encendió con una vela.

«Pero mi invitado, tan raudo a la hora de endeudarse», continuó, «no se mostró tan ansioso por devolver el préstamo que yo le hice por compasión. Entonces comprendí que había encontrado mi nueva profesión».

Su rostro se ensombreció.

«No soy un usurero mediocre, Kristofer Blix. También negocio con otras mercancías. Cuando la deuda del joven se volvió inasumible, me di cuenta de que me pertenecía y de que podía hacer lo que quisiera con él, siempre y cuando fuera preferible a la celda húmeda de la prisión. Hubo un tiempo en que moldeaba el vidrio a mi gusto; ahora moldeo vuestras vidas.»

Con esas palabras dejó a un lado la pipa, que se iba apagando, y sacó de otro cajón un libro encuadernado en piel que abrió ante sí y cuyo contenido empezó a mostrarme con lentitud, pese a que ni un solo instante apartó la mirada de mis ojos.

«¿Los reconoces, Blix?»

Eran los pagarés, todos y cada uno de los que había firmado con mi propio nombre y cuyo valor en conjunto era de más de cincuenta riksdalers.

«He comprado tus deudas, Kristofer Blix, y ahora me perteneces en cuerpo y alma.»

Me llevó un buen rato recuperar la voz.

«¿Qué va a hacer conmigo?», quise saber.

Respondió con estudiada indiferencia.

«¿Qué sabes hacer? ¿Cuáles son tus habilidades y talentos? Determinarlo es el objetivo de nuestra primera conversación: averiguar tu valor para mí.»

Se lo conté todo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Le hablé de los años en Karlskrona, le recité todo lo que había aprendido y todo lo que sabía con la esperanza de que fuera suficiente. Dülitz mojó una reluciente pluma blanca en un tintero y tomó nota de algunas palabras que al parecer valían la pena.

«¿Eso es todo?», preguntó cuando ya no tuve nada más que decirle. «Bueno, pues cada noche cuando den las doce te presentarás en la puerta de mi casa. Lo harás hasta que decida cómo sacar el mejor provecho de ti.»

Experimenté un alivio como no había sentido jamás al pensar que podría abandonar aquella habitación abominable aunque sólo fuera de forma temporal y respirar aire fresco, sacarme el pánico de la garganta y sentir el viento en la cara.

«La idea de huir será la primera que se te ocurrirá, y por tanto quiero recalcar que te encontraré y que... Dejémoslo ahí, ya que has logrado conservar la tela inmaculada hasta ahora. ¡Rask! Por favor, enséñale a Blix la salida.»

Me agarraron por el pescuezo y me pusieron en pie. Tuvieron que sostenerme porque me fallaban las piernas; prácticamente me llevaron en andas hasta la puerta. No obstante, logré lanzar una última pregunta por encima del hombro.

«¿Qué ha sido de mi amigo Rickard Sylvan?»

La expresión de Dülitz no cambió cuando contestó.

«Lo encontramos mucho antes que a ti. Muchas de las manchas de esta tela son tuyas. Nuestra conversación no fue de gran interés, pese a mis esfuerzos, y finalmente decidí que su valor no superaba al de sus deudas. Le he dado veinte días para que pague lo que debe y después de ese tiempo lo entregaré a los tribunales para que lo manden a prisión, donde le esperan los trabajos forzados y una muerte lenta en los talleres.»

Una vez fuera de la casa de Dülitz, después de que arrojaron mi morral detrás de mí, me puse a cuatro patas en el suelo y vomité en la alcantarilla hasta que sólo pude arrojar bilis.

Recuerdo aquel día con profundo pesar, querida hermana. Después de vomitar hasta tener el estómago vacío, me enjuagué la boca, levanté la cabeza y vi que la casa de Dülitz quedaba en la calle Köpmangatan, cerca de la plaza de Södermalm: sus esbirros no habían tenido que llevarme muy lejos del sitio donde me habían dejado fuera de combate.

No sabía qué hacer. Esa noche terrible llegaba a su fin y un nuevo amanecer despuntaba sobre Estocolmo. No podía saber qué destino escogería Dülitz para mí, así que caminé por la calle Hornsgatan en dirección a las afueras hasta que el monte Ansgarieberget se alzó ante mí. La calle estaba prácticamente desierta, sólo de tanto en tanto pasaban borrachos y otras aves nocturnas que caminaban apoyándose en los muros después de vivir quién sabe qué aventuras en Bensvarvarträgården. Seguí por Hornskroken para rodear la ladera de la colina y llegué frente al promontorio que se eleva sobre la bahía de Skinnarviken, que trepé como llevado por el deseo de alejarme de cualquier morada humana. Desde lo alto del acantilado, Estocolmo se extendía a mis pies. Me dediqué a seguir con la mirada el perfil de la ciudad desde el islote de Helgeandsholmen hasta Norrmalm y el puente Kungsholmsbron y sentí una punzada de remordimiento al ver los muros del Serafín. Aquello fue demasiado para mí: me dejé caer en la roca y me senté abrazándome las rodillas y apoyando en ellas la frente.

La semana anterior había sido muy calurosa, pero ahora parecía que la presión que producía el bochorno estuviera a punto de disiparse. Del archipiélago llegaban nubes oscuras. A lo lejos oí retumbar un trueno que reverberó a través del paisaje.

El objeto que le había robado al profesor Hagström seguía en mi morral. Lo abrí y saqué mi botín, que sostuve a la luz del amanecer. Era un frasquito de cristal con un líquido transparente en el que flotaba una lagartija con la cola apoyada en el fondo. Hoffman también había tenido esa clase de cosas, y yo solía mirarlas con auténtico arrobó porque aquel líquido parecía preservar los cadáveres de la descomposición. Mi maestro tenía mucho cuidado con sus frascos, pero éste me pertenecía ahora. Nunca había visto una lagartija de esa clase. Tenía el cuerpo grueso, negro y pegajoso, la boca abierta y la lengua fuera. En el lomo, una serie de manchas de un amarillo pálido formaban un intrincado patrón. Sus ojos, negros, redondos e inmóviles como guijarros, parecían estudiarme con malicia desde el otro lado del cristal, como si me desafiaran.

«Eres un miserable cobarde, Kristofer Blix. Me robaste sin razón porque no te atreves a hacer nada conmigo.»

Rompí la cera que sellaba el frasco, desenrollé el cordel que mantenía en su sitio el tapón y, finalmente, lo abrí. El olor me era familiar: ahí estaba el hedor medicinal del alcohol, pero había algo más, algo acre y dulce a la vez. Hurgando con los dedos pesqué la lagartija, resbaladiza y nada cooperativa, hasta sacarla. Me estremecí al sentir el tacto de la piel muerta, completamente lisa, sin escamas. La arrojé por el acantilado, me llevé el frasco a la boca y bebí hasta que no quedó nada.

Una oleada de embriaguez recorrió mis venas. Yo he bebido mucho, hermana, sobre todo en los meses transcurridos desde que puse pie en la capital, pero la sensación era completamente distinta. Como si abriera los ojos por primera vez, contemplé otro mundo, escondido tras el nuestro. ¡No era la luz del amanecer lo que teñía de rojo el mar! La ciudad flotaba en un mar de sangre, la sangre corría por las calles, un espumoso torrente de sangre brotaba de las puertas y ventanas. Los muertos despertaban ante mis ojos. No había un palmo de tierra en la ciudad que no se hubiera utilizado para erigir un cadalso, sepultar a las víctimas del tifus o a los soldados destrozados en batalla. Las manos de los muertos, unas en los huesos, limpias y blancas, otras devoradas por los gusanos y otras más negras e hinchadas como las de los ahogados, asomaban entre los adoquines como malas hierbas. Tanteaban a ciegas en busca de los pies de los vivos.

En ese momento, una tormenta se desató sobre mí. Gruesas gotas de lluvia empezaron a caer sobre Estocolmo, acribillando los tejados, la bahía y las colinas. Los truenos eran ensordecedores. Los relámpagos se sucedían tan deprisa que, bajo su extraña luz, el inmenso nubarrón que cubría la ciudad parecía un gigantesco escarabajo de color negro azulado que se abría paso entre las casas con patas de fuego azul. Quizá buscaba algo de puerta en puerta, como hice yo en Karlskrona en la primavera de 1790, cuando cientos de víctimas del tifus empezaban a descongelarse dentro de las cabañas y su hedor se podía seguir hasta las alcobas infestadas de ratas que siseaban para defender sus tesoros.

Presa del pánico, en los cementerios de Estocolmo vi turbas de mujeres embarazadas que entre alaridos daban a luz a cadáveres pálidos y diminutos que se deslizaban directamente de la barriga a la tumba, tan deprisa que el cordón umbilical arrastraba a sus madres bajo tierra, tras ellos. Del palacio de Skeppsbron y las mansiones que lo rodean salían elegantes caballeros con afilados dientes. Entre risas, daban caza a pobres, mendigos, huérfanos, hilanderas, criados y doncellas; los hacían pedazos y se daban un festín con su carne hasta que sus vientres se hinchaban como pústulas rebosantes de pus.

Ya no ardía el sol naciente sobre los tejados de la ciudad, sino el fuego del mismísimo infierno. Vi a Emanuel Hoffman salir tambaleándose de las llamas con el vientre destrozado por la bala de cañón y arrastrando tras de sí los intestinos, con el cuello roto y la cabeza ladeada, tanteando a ciegas a su alrededor.

«¿Dónde están mis pinzas, Kristofer? ¿Dónde está mi sierra? Ven aquí, quiero azotarte hasta que orines sangre: así nunca volverás a olvidarte.»

El sonido de mi propia voz me despertó. Estaba en una zanja, mareado y febril. Con la lluvia cayéndome en la cara, gritaba tu nombre una y otra vez.

Las dos primeras noches que me había presentado ante la puerta de Dülitz, en la calle Köpmangatan, sólo había alcanzado a vislumbrar la silueta de un hombre por el resquicio de la puerta. Una lámpara que tenía a la espalda le oscurecía el rostro, pero yo había conseguido distinguir cómo negaba con la cabeza; luego la puerta se había cerrado y me había tenido que buscar la vida para encontrar dónde dormir. La tercera ocasión, sin embargo, finalmente ocurrió lo que había estado temiendo.

Todavía notaba los efectos del líquido que había bebido: la lagartija debía de haber excretado una sustancia con la capacidad de alterar la mente. Un momento antes de llamar, alcé la vista hacia el cielo estrellado y experimenté una oleada de vértigo, como si, en vez de observar el firmamento, mirara hacia un abismo donde las estrellas formaban imágenes extrañas y perturbadoras.

La puerta se abrió de par en par y el matón del vestíbulo se hizo a un lado y me indicó que pasara. No tardé en encontrarme en la misma habitación sin ventanas de la ocasión anterior. Esta vez, sin embargo, no había silla ni sábana a la vista, lo que me procuró cierto consuelo. Dülitz estaba sentado a su escritorio como si no se hubiera movido desde nuestro último encuentro. Cuando entré, levantó la vista de un libro de cuentas y unas sombras oscilaron sobre su rostro. De pronto, me pareció ver un par de afilados colmillos asomándose por su boca entreabierta y dos pequeños cuernos en su frente. Cada uno de sus dedos se había transformado en una larga garra. Me froté los ojos para obligarme a volver a la realidad.

«Ya estás aquí, Blix. Te estaba esperando.»

«¿Qué va a ocurrirme?», pregunté con voz temblorosa. El corazón me retumbaba en los oídos como un timbal.

Dülitz me miró con indiferencia.

«Te he vendido. Tus pagarés están ahora en manos de un comprador, al igual que tu vida.»

«¿Quién me ha comprado? ¿Qué quiere de mí?»

«¿Pregunta acaso el panadero a sus clientes para qué quieren sus hogazas, o el carnicero qué va a ser de sus salchichas? Simplemente se las entrega para que las consuman: allí termina su encomienda. El comprador es libre de hacer lo que quiera con los artículos que ha adquirido, ¿no es cierto? Pues es lo mismo en este caso, Kristofer Blix.» Dülitz cerró el libro de cuentas. «Nuestro último encuentro está a punto de llegar a su fin y debo decir que no lo lamento porque tus noches al raso te han convertido en un insulto para la vista y el olfato. No sé más que tú sobre lo que te tiene reservado el destino, pero haznos un favor a los dos y no vuelvas a aparecer por aquí si alguna vez recuperas la libertad.»

Un caballero bajó entonces por las escaleras. Quizá la lagartija de Hagström seguía jugándose malas pasadas, pero con sólo verlo se me pusieron los pelos de punta. No sé muy bien cómo describirlo: no era ni alto ni bajo, ni viejo ni joven. Llevaba una ropa que antaño debió de ser muy

elegante, pero que ahora sólo daba testimonio del desinterés de su propietario: los puños de la casaca estaban raídos; de los bordados colgaban hilos sueltos; al chaleco le faltaban varios botones de nácar. Él no llevaba peluca y su cabello era fino y ralo. En todo caso, y aunque no hizo un solo gesto amenazador, me invadió al instante un pavor inexplicable.

Había algo mal en él: todo mi ser me lo decía. Una sensación de vacío emanaba de su cuerpo, una especie de ausencia, como si en vez de un hombre fuera un muerto que hubiera decidido esconder su condición por algún motivo oculto, o una criatura terrible que hubiera adoptado forma humana, pero que no conseguía mantener todo el tiempo ese disfraz. Su rostro carecía de expresión, como si le hubieran cortado los músculos y tendones que mueven las comisuras de la boca y los arcos de las cejas. Dülitz lo saludó con una inclinación de cabeza y a continuación me señaló con un gesto.

Cuando el hombre se volvió hacia mí, fue como si no me viera; como si en mi lugar no hubiera más que vacío, como si fuera un mueble o una simple mancha en el papel pintado de la pared. Cuando habló, lo hizo con una voz monótona que no revelaba emoción ni expectativas, cuya única peculiaridad era una suerte de tartamudeo. Parecía que ciertos sonidos no quisieran salir de sus labios, lo que lo obligaba a detenerse para rectificar y elegir una palabra más adecuada.

«Aquí tiene la suma convenida en bonos del Tesoro. Puede canjearlos cuando crea oportuno.»

Le tendió un sobre a Dülitz, que rompió el sello y comprobó el contenido. Debió de quedar satisfecho porque hizo un gesto de asentimiento y enseguida le dio a su vez un paquete que debía de contener los pagarés vencidos que ahora gobernaban mi destino. El hombre se los metió en el bolsillo de la casaca. Sin decir adiós, se dio la vuelta y me indicó que pasara primero escaleras arriba. Yo me quité la gorra y me presenté:

«Me llamo Johan Kristofer Blix...»

Por primera vez me miró directamente, y eso bastó para hacerme callar. En sus ojos claros, demasiado grandes para su rostro, no había lástima ni compasión, sólo un odio contenido, mayor que el que yo había visto jamás en la vida; un odio como el que sentiría un desierto hacia los viajeros insensatos que se aventuran en sus dunas, un odio tan aplastante y tenaz como la mismísima eternidad. Bajé la mirada, pero percibí la suya todavía hurgando en mi rostro. Se acercó un paso, lo suficiente para que yo notara su aliento en la frente. Hubiera querido retroceder, pero no me atreví a moverme del sitio. Al cabo de un momento que se me antojó larguísimo, rompió el silencio.

«Alguien ha vaciado su orinal ahí fuera, en el callejón. Las farolas no iluminaban suficientemente los adoquines y he pisado las heces. ¿Te importaría limpiarme los zapatos?»

Se hizo el silencio mientras yo titubeaba. En algún lugar a mis espaldas, Dülitz y su esbirro observaban la escena, pero el hombre no les prestaba atención. Cuando conseguí volver a alzar la vista, me encontré otra vez con aquellos ojos sin vida. Esperó hasta que me arrodillé torpemente delante de él y me bajé la manga sobre la mano para usarla como trapo.

«No, así no.»

Al principio no entendí qué quería decir. Cada vez que intentaba asirle el pie más cercano para limpiar el excremento, me corregía de la misma forma, con ese tono impasible. Cuando se agotaron todas las demás posibilidades, acerqué la cara al cuero sucio y saqué la lengua. Por primera vez él no puso objeciones. No se movió en lo más mínimo, ni siquiera desplazó un poco el pie para ayudarme en mi tarea. Tuve que hurgar alrededor de la suela de uno de sus zapatos mientras me esforzaba por no vomitar. Lloraba quedamente, pero él no exteriorizaba sentimientos de placer ni de desagrado ante mis sollozos y mis arcadas. Cuando acabé, traté de incorporarme

sobre mis piernas temblorosas, pero él me detuvo.

«No me refería a ese zapato.»

Cuando hube acabado, volvió a indicar la puerta con un gesto, sin decir palabra. Subí con paso vacilante por las escaleras.

En el callejón esperaba un carruaje tirado por cuatro caballos. Era un carruaje cubierto, pero abierto por los costados; dos trozos de cuero hacían las veces de puertas. El conductor había bajado del pescante y daba de comer de un morral a los caballos. El dueño de mis deudas me indicó con un gesto que subiera a bordo. También estuvo cortante con el cochero.

«Volvamos.»

«¿Al mismo lugar? El camino es largo, señor... ¿No quiere parar a descansar en algún sitio?»

«No. Vuelve sin detenerte en posadas ni tabernas.»

El cochero masculló una respuesta que no alcancé a oír. Unas monedas tintinearón al cambiar de manos y, enseguida, el hombre entró en el carruaje y se sentó frente a mí. Un chasquido de la lengua y una sacudida de las riendas pusieron en marcha el vehículo. Descendimos la colina hasta el agua, cruzamos el puente levadizo de la Esclusa y continuamos por Skeppsbron.

Mientras atravesábamos la ciudad, tuve la misma sensación que aquel día, en el desfiladero frente a la bahía de Skinnarviken, mientras veía un torrente de sangre correr por las calles. Esta vez, sin embargo, la ciudad se me apareció como un coto de caza donde los más fuertes perseguían y abatían a todo aquel que se cruzaba en su camino. A la luz de un farol, vislumbré a Rickard Sylvan. Estaba apoyado contra un muro en un callejón donde hombres y niños acudían a vender sus cuerpos. No me vio. En sus ojos ya no había rastro de lo que antaño los había iluminado: el brillo pícaro, la alegría, el entusiasmo contagioso y la sagacidad un tanto ingenua. Todo eso se había apagado y sólo quedaban dos pozos oscuros de desesperanza. Su mirada era la de alguien cuya llama vital se había extinguido, aunque el cuerpo continuara tropezando, y los pulmones todavía se ocuparan de respirar. Se me partió el corazón.

Tras un trayecto de menos de una hora, llegamos al puesto aduanero norte, frente a la posada Stallmästaregården, y el cochero se detuvo ante el edificio de aduanas. Sobre nosotros se alzaba el arco de entrada, lo bastante alto para que los carruajes pasaran por debajo. Un guardia de aspecto atontado dio unos golpes en el costado de nuestro vehículo y acercó el farol para iluminar la cabina.

«Buenas noches», dijo ahogando un bostezo. «Un poco tarde para viajar, ¿no? Hagan el favor de mostrarme sus documentos.»

El caballero se sacó del bolsillo una hoja de papel. Por mi parte, querida hermana, no llevaba pasaporte encima porque tampoco lo había usado para entrar en la ciudad: había contado mentiras para que me dejaran pasar y desde entonces ni me había acercado a los puestos aduaneros. De modo que no exhibí documento alguno, sino que me limité a seguir allí sentado. El guardia de aduanas debió de suponer que el hombre del carruaje era mi tutor porque se dirigió a él.

«¿Y este joven?»

Los ojos vacíos del caballero se clavaron en los del guardia. Habló con voz de ultratumba, como si procurara imitar la lengua de los seres humanos sin haberla oído jamás.

«Dime tu nombre y el de tu superior.»

«Me llamo Johan Olof Karlsson, señor, y mi superior es Anders Fris.»

«Pues como puedes ver, Johan Olof, voy solo en este carruaje. Aquí no hay nadie más.»

El guardia lo miró un instante a los ojos, pero enseguida desvió la vista. Echó una ojeada a mi semblante pálido y temeroso y la lástima que capté en sus ojos hizo que la sangre se me helara en

las venas. Sin decir palabra, devolvió el pasaporte al caballero, se volvió y dio un golpe en el costado del carruaje a modo de señal al cochero. Me llevó un rato comprender qué era lo que más me había perturbado, y era que no había captado el menor tono de fingimiento en la voz de mi captor. Supuse que, desde su punto de vista, había dicho la verdad: yo ni existía para él. Pero ¿qué iba a hacer conmigo? No conseguía entenderlo. Tenía la cabeza llena de pensamientos terribles y una ansiedad que no había sentido nunca antes. Incluso en los años de la guerra, en Karlskrona, era fácil identificar el origen de la muerte y el terror.

El balanceo del carruaje en la noche estival me dio sueño y, aunque luché para evitarlo, terminé por quedarme dormido. Imposible saber durante cuánto tiempo. Me despertó el patinazo de una rueda. Tú nunca has viajado más allá de los límites de nuestra ciudad, hermana, y no te has encontrado lejos de cerillas y de brasas al caer la noche, pero yo sí: la oscuridad parece tragárselo todo y volver el mundo irreconocible. Por un momento tuve la sensación de que me había quedado ciego. Aunque las estrellas brillaban en el cielo, la noche lo convertía todo en una masa informe. Sólo momentos después logré distinguir las siluetas de abetos y pinos formando hileras incontables: un vastísimo bosque en penumbras.

El hombre no se movía. Permanecía sentado con el mismo rostro inexpresivo, la mirada fija en la oscuridad por la que nos abríamos paso, pero sin posar los ojos en nada.

Debimos de haber viajado toda la noche por aquellos caminos, dejando atrás un mojón tras otro, pues al despertarme ya había luz. Cuando el cochero detuvo el carruaje, casi me caí del banco. Amanecía un día gris: el calor del verano parecía haberse disipado durante la noche. El caballero seguía sentado muy tieso frente a mí, como si la fatiga no hiciera mella en él. Sin pronunciar palabra, abrió la portezuela del carruaje y se apeó. Lo seguí.

«¿Hay algún establo donde pueda dar de beber a los caballos y un pajar donde pueda dormir un poco?», preguntó el cochero con cara de agotamiento.

«Aquí no hay nada para ti ni para tus caballos», le espetó el caballero por toda respuesta.

Hurgó en el bolsillo, sacó una moneda y se la lanzó. Nuestro cochero pareció satisfecho con eso. Le dio la vuelta al carruaje y emprendió la marcha por el mismo camino por el que habíamos llegado.

Nos encontrábamos en un patio de grava. En el centro había una fuente con una estatua que representaba a una mujer sentada rodeada de náyades y delfines. El agua ya no manaba, más bien se filtraba lentamente entre las grietas alimentando un musgo de color marrón. Parecía que la piedra misma derramara lágrimas que caían a un estanque turbio. Al fondo del patio se alzaba una casa alta con dos alas a los lados y, alrededor, un sombrío bosque de píceas y campos desiertos con los cultivos pudriéndose en la tierra. La casa, en tiempos sin duda suntuosa, parecía abandonada.

El enlucido de la fachada se había agrietado y caído. Las malas hierbas crecían por todas partes. No había indicios de vida en las numerosas construcciones anejas: graneros y otras cosas por el estilo. En algún sitio ladraba un perro. Me sentí invadido por el terror y la melancolía: alguna calamidad habría assolado aquel lugar. Sin duda antaño había sido hermoso, pero ya no lo era. Las palabras brotaron de mi boca sin que pudiera evitarlo.

«¿Dónde estamos? ¿Qué ha sucedido aquí?»

Al percatarme de que había hablado sin que el caballero me lo ordenara, me encogí temiendo un bastonazo, pero él se volvió hacia mí como si esperara mi reacción y me sorprendió al responderme con los ojos llenos de melancolía:

«Ésta es la morada de mis antepasados. Aquí ya no cantan los pájaros.»

No comprendí qué quería decir, pero no tenía intención de preguntárselo.

Me indicó que lo siguiera, pero no a la casa grande: nos dirigimos hacia el grupo de edificios bajos que había a la izquierda, junto a los campos. Levantó una barrera y me hizo pasar. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad, pero entonces sentí una presencia: algo me esperaba allí que no me deseaba ningún bien. Me llegó un hedor a aire viciado y oí un gruñido grave frente a mí; di un paso atrás y distinguí una figura enorme que se movía de aquí para allá: era un perro grotesco, el más grande que había visto jamás. Me pareció que su cruz me llegaba al pecho y que pesaba muchísimo más que yo. Bajo el pelaje se adivinaban músculos nudosos como amarras. Vi

la baba escurrir de sus belfos y mi muerte reflejada en sus ojos. Sin embargo, un instante antes de que sus fauces se cerraran alrededor de mi cuello, algo lo detuvo en medio del salto, y un tintineo metálico me reveló que estaba encadenado. En la penumbra, distinguí apenas la cadena oxidada que le rodeaba el cuello, cuyo otro extremo estaba sujeto a una viga de madera. Se me doblaron las piernas y caí de rodillas sobre los tablones del suelo; luego retrocedí a rastras con los ojos llenos de lágrimas y la cara salpicada por la saliva que la bestia despedía con cada aliento.

«Éste es *Magnus*», dijo la voz a mis espaldas.

Noté que me quitaban la gorra y la arrojaban a la oscuridad, donde la bestia la atrapó entre sus fauces.

«Acabarás por cansarte de mi hospitalidad», continuó mi anfitrión. «Pero si intentas marcharte por tu cuenta debes saber que los grilletes que mantienen sujeto a *Magnus* se sueltan con facilidad. Nunca olvidará tu olor: sabe cómo huele tu miedo y el orín que te baja por la pierna, y te encontrará ahí fuera, solo entre los árboles, donde no habrá nadie para protegerte. Te hará pedazos y les dejará tus restos a los cuervos.»

Mi anfitrión pasó ante mí para entrar en el edificio. Lo seguí.

Tal como sugería el exterior de la casa, querida hermana, el interior era una ruina. Muchas ventanas tenían los cristales rotos y los techos se caían a pedazos. Se percibía un intenso olor a moho y herrumbre; cuando llovía, el agua debía de entrar a chorro a través del tejado. El papel pintado estaba desprendido por la humedad y los dibujos más parecían visiones. Los suelos de madera estaban combados y crujían a cada paso, las habitaciones estaban vacías y en penumbra, la tapicería de butacas y sofás se había roto y por los desgarrones asomaba el relleno. En medio del enorme vestíbulo, mi anfitrión me dirigió unas palabras por encima del hombro antes de volver a salir.

«Mañana dará comienzo tu tarea.»

Al oír sus pasos cruzando el patio, comprendí que debía arreglármelas por mi cuenta.

Como no me habían indicado dónde estaban mis aposentos, no me quedó otra alternativa que buscar dónde dormir.

La planta baja de la casa era amplísima y se había construido para recibir visitas. Había un gran salón de baile, ahora desierto y oscuro, con sillas amontonadas. Presidía el comedor una larga mesa para veinte comensales por lo menos, pero el sobre se había rajado por el medio: una grieta enorme recorría la madera de punta a punta. Encima de la chimenea había un retrato al óleo que alguien había mutilado. A juzgar por sus ropas, era un hombre, y estaba plantado con pose orgullosa ante un paisaje esplendoroso. Tenía las manos llenas de anillos y una medalla colgando del cuello con una cinta de seda. Pero alguien había recortado su cabeza del lienzo. Sobre los hombros sólo quedaba un agujero de bordes irregulares. Mucho después, yo mismo descubriría los restos del retrato entre las cenizas de la chimenea.

En lo alto de las escaleras se sucedía una habitación tras otra, todas desiertas. Elegí una cualquiera. Como el colchón estaba húmedo y el somier destrozado, decidí que dormiría en el suelo con el morral a modo de almohada, tan lejos de la puerta como me fuera posible y con la espalda contra la pared.

Continué con mi exploración. En el otro extremo de la casa se hallaban las habitaciones más grandes, sin duda antaño reservadas para los señores de la casa. En una de ellas había otro retrato, en esta ocasión de una mujer. Llevaba un vestido anticuado y abría los brazos en un gesto

hospitalario, como si le diera la bienvenida al espectador. También le habían quitado la cara, pero con más delicadeza, no con los tajos airados que habían destrozado el cuadro del comedor. No me llevó mucho rato encontrar el pedazo de lienzo perdido: en la gran cama que había contra la pared, almohadas y sábanas se habían dispuesto de modo que pareciera que una mujer yacía boca arriba bajo la colcha, y la cara del retrato se había colocado cuidadosamente en el lugar que correspondía a la cabeza. Esbozaba una sonrisa cálida, pero había algo más en su semblante, algo que transmitía otras emociones. Quién sabe si era un defecto de la modelo o si el artista no había logrado hacerle justicia. En el lecho, a un lado de aquella extraña muñeca, se advertía una depresión en el colchón. Comprendí que debía de ser ahí donde mi anfitrión pasaba las noches, tumbado de costado y rodeando con un brazo aquel artefacto. Mis sospechas se confirmaron durante las noches siguientes, cuando pude oírlo a través de la puerta cerrada de la alcoba. Hablaba con la muñeca, aunque nunca conseguí entender qué decía exactamente. A veces me llegaban otros sonidos; no sé si reía o lloraba.

Volví a mi habitación perturbado por lo que había visto. Atranqué la puerta con una silla, me acurrugué en mi rincón con las rodillas bajo el mentón y me quedé allí temblando de frío y ansiedad hasta que me venció el sueño. Por la noche la casa se llenó de susurros, hermana, como si sus antiguos moradores rondaran por las estancias. Sólo conseguí dormir a trompicones. Mis sueños se mezclaban con recuerdos, como a menudo sucede en la frontera entre la vigilia y la inconsciencia; creí oír pasos sigilosos en el pasillo, gritos de lujuria y dolor, peticiones de ayuda, risas, ecos de fiestas cuya alegría se había esfumado hacía muchísimo tiempo. Incluso me pareció entrever a hombres y mujeres con máscaras extrañas jugando al escondite en las distintas estancias. Esa noche soplaba un viento funesto que al llegar las doce dio paso a la lluvia; dentro de la casa, el ambiente se tornó frío y húmedo y oí caer agua al suelo del desván, dos plantas más arriba.

Desperté con la extraña sensación de ser observado y, cuando abrí los ojos, me encontré a mi anfitrión sentado en la cama que yo había rechazado en favor del suelo.

«Ya es hora», me dijo.

Me froté los ojos y me apresuré a ponerme en pie para seguirlo. Bajamos las escaleras y cruzamos el patio hacia el grupo de edificios donde *Magnus* daba la bienvenida a la mañana con ladridos ensordecedores. Temí otro encuentro con la bestia, pero pasamos de largo su cobertizo decrepito y nos dirigimos hacia una casa de piedra. Mi anfitrión abrió la puerta con una gran llave de hierro y me indicó que entrara.

Pasado el recibidor, en una habitación grande con una chimenea apagada y negra de hollín, había una mesa, y tumbado sobre ella un hombre que no podía ser mucho mayor que yo. Estaba atado de pies y manos con varias cuerdas que le impedían moverse. Tenía un trozo de tela embutido en la boca y un palo entre los dientes, sujetado con una correa amarrada en la nuca. Le habían tapado los ojos con una venda. No parecía estar despierto. Junto a la mesa había unas cuantas botellas de las que emanaba el olor del vino rancio, así como un embudo, y supuse que le habrían dado tanto que había perdido el conocimiento. Era apuesto, con unas facciones simétricas y el pelo, tan largo como el mío, del color del oro. Apenas había tenido tiempo de asimilar aquella visión angustiosa cuando oí una voz inexpresiva a mis espaldas:

«Tengo entendido que fuiste aprendiz de cirujano en la guerra. Dime, ¿cuántas extremidades amputaste para salvar la vida de los heridos?»

«Yo mismo sólo he utilizado la sierra y el cuchillo un par de veces, pero estuve presente en muchas ocasiones en que mi maestro llevaba a cabo esas operaciones», respondí presa de la inquietud.

Mi anfitrión asintió.

«Éste es ahora tu paciente, Kristofer Blix: quiero que le amputes todas las extremidades como si la metralla o la bayoneta las hubiesen cercenado de cuajo. Las dos piernas, los dos brazos. Además, lo quiero ciego. Y también deseo que le cortes la lengua. Ésta es la tarea que te encomiendo para saldar tu deuda. Su vida queda en tus manos, y si la pierde, ya por compasión o por incompetencia, su destino te parecerá misericordioso comparado con el que te esperará a ti. Se te proporcionarán todas las herramientas y todos los recursos que precises. ¿Hay algo de lo que te digo que no comprendas?»

Me daba vueltas la cabeza. No podía creer lo que acababa de oír: era como si las escenas de pesadilla de la montaña de Skinnarvik hubiesen regresado para atormentarme. La consternación me hizo olvidar mi situación y dejar de lado toda cautela.

««¡No! ¡No haré eso a ningún precio, ni siquiera a cambio de mi propia libertad! Mándeme de vuelta a Estocolmo, a los tribunales y a la cárcel. ¡Prefiero veinte años de trabajos forzados que hacer eso que me pide!»

Él negó con la cabeza.

«Esa opción ya no existe. Si no haces lo que te digo, te arrojaré al perro y dejaré que te devore vivo, empezando por las piernas.»

«Pero ¿qué ha hecho? Quiero saberlo. ¡Nadie puede merecer algo así!»

El hombre guardó silencio unos instantes y por fin dijo:

«Elige.»

Entre mis sollozos, oí su respiración tranquila. Me enjuagué las lágrimas con la manga. No le hacía falta esperar mi respuesta: ambos sabíamos cuál sería. Habló de nuevo:

«Está sedado con vino y así seguirá hasta la noche. Para cuando se ponga el sol, me gustaría que ya no tuviera lengua. A partir de ahí puedes proceder en el orden que prefieras. En cuanto al ritmo, deberías ir lo más rápido posible sin poner en peligro su vida. Debajo de la mesa encontrarás una caja de madera del tipo que utilizan los cirujanos navales con todas las herramientas afiladas y en buenas condiciones. Cualquier otra cosa que puedas necesitar, se te proporcionará en cuanto la pidas.»

Yo no podía parar de llorar, pero aun así, entre lágrimas y mocos, recordé las advertencias de Emmanuel Hoffman y las tres cosas que usaba para ahuyentar los vapores nocivos que amenazaban con propagar la descomposición en las heridas de los soldados.

«Ramas de enebro con las que ahumar la habitación», pedí. «Ramas de píceas para esparcir las por el suelo, y vinagre.»

Me quedé a solas en la habitación con el hombre atado. Me faltaba el aire y tardé varios minutos en recuperar el aliento. Entonces oí su respiración. Pensar en los actos horrendos que estaba a punto de perpetrar en el cuerpo de aquel pobre joven que bien podría haber sido mi hermano me provocó un ataque de pánico y salí corriendo de la casa de piedra. No había rastro de mi anfitrión. Le había dicho la verdad sólo en parte: era cierto que había visto cómo Emanuel Hoffman separaba la piel y los músculos con mano firme hasta revelar el hueso, cómo pinzaba las arterias, cómo hincaba una rodilla en el hombro del herido y, tras mover repetidas veces la sierra, hacía caer al suelo el miembro cortado y procedía a cerrar la herida. Había visto a algunos pacientes morir durante la intervención y a otros perecer durante la convalecencia: la gangrena se abría paso entre los puntos de sutura, hacía que el muñón se ennegreciera y oliera y poco después, entre estertores febriles, llegaba la muerte. Pero Hoffman nunca me había permitido ejecutar esa operación por mí mismo. Ambos estábamos satisfechos con que me limitara a facilitarle las herramientas que quedaban fuera de su alcance. ¿Cómo iba a apañármelas ahora?

Eché a andar por el camino que pasaba por delante del cobertizo en el que estaba encadenado el monstruoso *Magnus*. La pared estaba tan deteriorada y seca que los troncos dejaban huecos entre sí. Me llevé las manos ahuecadas a la cara y escudriñé la oscuridad del interior. No tardé en verlo: se levantó lentamente en cuanto el sexto sentido que poseen los animales lo alertó de que lo observaban. Pareció mirar directamente hacia mí y clavar sus ojos hambrientos en los míos. Respiraba con la boca abierta y al poco cayó un hilillo de baba entre sus colmillos amarillentos. Me imaginé en el suelo con él encima, los pies entre sus mandíbulas, sus fauces subiendo a mordiscos por mis espinillas y destrozando mis rótulas como si fueran castañas. Me eché a llorar otra vez, querida hermana, al comprender que no era valor lo que necesitaba para mutilar a otro ser humano, sino sólo la cobardía de salvar mi propia vida a cualquier precio. Y de ésa me sobraba.

Me senté en la fuente y entonces recordé el cuadernillo que me había dado Hagström. Volví corriendo a mi habitación, volqué el contenido de mi morral y, tras encontrarlo, empecé a leerlo lo más deprisa posible. Ahí hallé las instrucciones que necesitaba, en forma de textos e imágenes, para llevar a cabo la amputación, y una lista de las herramientas necesarias. Quizá la amabilidad del profesor volvería a ser mi salvación. Pero ¿y la lengua? En ningún sitio se describía nada semejante. Por lo visto, tendría que apañármelas solo. A priori, el problema más grande sería contener la hemorragia: sangrar a alguien era beneficioso cuando se trataba de mantener el equilibrio saludable de los fluidos de una persona, pero sólo hasta cierto punto.

Puesto que el texto de Hagström no me servía de ayuda, decidí seguir las enseñanzas de Hoffman. Él llamaba «miasmas» a los gases invisibles que brotaban, llenos de impurezas, de las profundidades de la tierra y penetraban luego en los pulmones y en las heridas. Yo era el encargado de ir en busca de las cosas que necesitaba, de modo que ahora me dirigí a la despensa.

Me costó dar con ella y, para colmo, enseguida descubrí que allí no había nada que oliera a vinagre, pero más allá de los estantes había una puerta y al otro lado unas escaleras que descendían hasta un sótano. Por suerte, abajo encontré varias teas pequeñas con las que iluminarme, y cuando alcé la llama sobre mi cabeza vi varias hileras de botellas polvorientas: aquello era una bodega. Aunque no hubiera vinagre, podía verter vino en cuencos y dejar que se avinagrara en un cuarto cerrado, como había hecho muchas veces para Hoffman. Me hice con todas las botellas que era capaz de llevar.

En el bosque encontré ramas de píceas y enebro, no tuve que ir muy lejos. De vuelta en la casa de piedra, extendí las ramas de píceas en el suelo, en torno al hombre atado, y prendí las de enebro, que despidieron un humo blanco y denso. Esperé a que el humo llenara la habitación y luego las apagué.

En el cofre bajo la mesa, encontré todas las herramientas que ya conocía de mis tiempos con Hoffman, si bien éstas estaban más limpias; ni siquiera parecían haberse utilizado. Había pinzas, una sierra y varios escalpelos que me pasé por la uña del pulgar izquierdo para comprobar que estuvieran afilados.

Mi intención era cortarle la lengua a aquel joven, querida hermana. Deshice el nudo de la correa que mantenía sujeto el palo entre sus dientes, extraje la bola de tela empapada que le habían embutido en la boca y le quité la venda de los ojos. Encendí la chimenea y esperé a que las llamas crecieran. Después, coloqué un atizador en el fuego, que poco a poco iba haciéndose más intenso. Enseguida, cogí un trozo de madera y se lo metí entre los dientes al pobre tipo para mantenerle abiertas las mandíbulas; luego le giré la cabeza hacia un lado para que no se tragara la sangre. Cuando levanté el cuchillo, las manos me temblaban tanto que me desesperé. Metí los dedos en la boca, caliente y mojada, y hurgué tratando de asir la lengua, pero fue imposible: la punta resbaladiza se me escapaba una y otra vez entre el índice y el pulgar. Me vino a la cabeza el momento en que había intentado apresar la lagartija dentro del frasco de cristal. Por fin renuncié, dejé el cuchillo y salí de la habitación. Cogí una de las botellas de vino, un tokaji; como no tenía manera de quitar el corcho la rompí por el cuello y a continuación bebí hasta que me ardió la garganta y la camisa blanca me quedó llena de manchas.

El sol se acercaba al ocaso, faltaba poco para anochecer. Yo estaba sentado, abrazado a mis rodillas y meciéndome. Entonces lo oí a mi espalda. En su embriaguez forzosa, arrastraba las palabras. Hablaba en sueños.

«En deuda con esa...», musitó.

Si no había sido capaz de llevar a cabo la tarea encomendada con mi víctima inconsciente, mucho menos si despertaba. Fortalecido por el vino, me levanté. El olor del atizador al rojo vivo se percibía en la habitación pese al intenso aroma del enebro. Impelido por la desesperación, volqué el cofre que contenía los instrumentos médicos y me puse a mirarlos. Esa tontería resultó de ayuda. No tardé en distinguir las herramientas que debería usar: ahí estaban las pinzas, las tijeras... Cogí ambas y agarré bien fuerte la lengua con las pinzas, pero sólo para constatar que la raíz quedaba aún fuera del alcance de las tijeras. Corrí de vuelta a las herramientas y elegí un martillo pequeño y un cincel de punta plana. Lo que me disponía a realizar era algo que había visto hacer a Hoffman a algunos de sus pacientes más desafortunados, aunque se me había revuelto el estómago al presenciarlo. Giré la cabeza del hombre hasta que la mandíbula quedó casi contra

la mesa, apoyé la punta del cincel contra un diente y golpeé con el martillo hasta oír cómo cedía. Fui colocando y recolocando el cincel y martillando una y otra vez. Finalmente, donde antes estaban los dientes sólo quedaron encías laceradas y cráteres llenos de esquirlas pálidas. Ahora ya disponía de espacio para maniobrar con las tijeras. Corté la lengua lo más cerca de la raíz que pude. Cuando me volví hacia el atizador no pensaba con claridad. Lo cogí con la mano desnuda y, por primera vez desde Karlskrona, percibí el hedor de la carne chamuscada. Solté un juramento, envolví el extremo del atizador con la manga y apliqué el otro, al rojo vivo, sobre la herida abierta, que chorreaba sangre.

Sólo entonces gritó, hermana. Y eso no fue lo peor: lo peor fue cuando abrió los ojos y los clavó en los míos.

Esa mirada me perseguirá hasta la tumba.

Ahora que el verano llega a su fin, dispongo de mucho tiempo para escribir, querida hermana. La tarea que me han impuesto me deja muchas horas libres cada día. Las heridas necesitan tiempo para sanar y tengo que asegurarme de que mi paciente haya recuperado las fuerzas antes de continuar. A menudo, mis obligaciones se limitan a los cuidados cotidianos: lo alimento a base de gachas, lo lavo y en general me ocupo de sus necesidades. Cuando se inquieta y empieza a aullar, le doy vino, aunque no siempre lo quiere y entonces, como no soporto oírlo, me veo obligado a usar el embudo. Cuando el alcohol le hace efecto, se tranquiliza.

Lo mismo puede decirse de mí: visito con frecuencia la bodega en busca de botellas y bebo tanto y tan a menudo como soy capaz. A mi anfitrión no parece importarle lo que haga en mi tiempo libre: me ha visto ir dando tumbos por los pasillos desde la bodega hasta mi habitación, pero nunca ha dicho una palabra. La embriaguez no me pone alegre, pero aun así es preferible que estar sobrio. Como mínimo vuelve menos claras las imágenes que me dan vueltas en la cabeza. ¿Puedes figurarte el horror de colocar la hoja de un cuchillo contra un ojo y presionar hasta que la visión se pierde para siempre? Pues esa clase de escenas se repiten una y otra vez en mis pensamientos cuando cierro los párpados.

Cada vez que le amputo un miembro se lo doy a *Magnus*. Veo dedos de manos y pies desaparecer entre sus fauces rojas, lo oigo triturar huesos hasta exponer el tuétano. Él me mira fijamente desde su rincón, como si tratara de decirme: «Tú serás el siguiente.»

La embriaguez constante vuelve difícil distinguir los sueños de la realidad. Los dibujos del papel pintado parecen balancearse y moverse como tentáculos cuando paso ante ellos, preparados para atraparme si me acerco demasiado. Una noche, cuando bajé a la bodega en busca de más vino, vi un «rey de las ratas» a la luz de la vela: nueve o diez ratas cuyas colas se habían anudado de algún modo irremediamente. ¿O acaso lo soñé? Recorrió la pared lanzando horribles chillidos y desapareció en un rincón. Se dice que es un mal presagio. Sea como sea, procuro beber mucho durante el día y aún más antes de acostarme, tanto para ayudarme a dormir como para evitar despertarme sobrio.

Una noche me despertó un ruido y descubrí que mi anfitrión había entrado en mi habitación y hurgado en mis cosas. Estaba sentado en la cama leyendo todo lo que te he escrito, hermana: estas cartas sin enviar cuya destinataria eres tú y sólo tú. Quizá también fuera un sueño, pero lo oí reír.

El cuadernillo de Hagström me es de gran ayuda en mi tarea. En él hay dibujos que muestran cuál

es la mejor forma de separar un miembro del cuerpo, dónde debe hacerse el corte y cómo dejar un colgajo de piel para luego doblarlo sobre el muñón. En primer lugar, aplico un torniquete con una brida de cuero que cogí de los establos y corté a medida. Le doy grasa al cuero para volverlo más flexible, de modo que no se rompa cuando lo tenso con todas mis fuerzas.

• • •

No tengo mucho apetito, querida hermana, y menos mal, porque debo hurgar en los campos abandonados para procurarme el sustento. No sé de qué vive mi anfitrión: quizá tiene reservas de comida que sólo él conoce. Me cuelga la camisa y apenas logro impedir que se me caigan los calzones. Últimamente tengo que utilizar un trozo de cordel para ceñírmelos a las caderas. El retrato del comedor me obsesiona. Mi anfitrión me ha contado que es su padre, y dice que lo odia. En mis sueños veo a un hombre vestido elegantemente recorriendo las estancias de la casa a ciegas, con un vacío donde debería estar la cabeza. Está buscando a su hijo, pero no sé si para estrecharlo entre sus brazos o para encerrarlo en una mazmorra.

Ayer hice los preparativos para amputar el brazo izquierdo. Sólo quedan ese brazo y la pierna contraria. A partir de ahora tendré que encontrar un nuevo medio para sujetar a mi paciente a la mesa, pues ya casi no quedan miembros en los que afianzar las cadenas forradas de cuero. Afilé el cuchillo y comprobé cada diente de la sierra. Rocié las paredes y el suelo con vinagre, esparcí ramas frescas de píceas y luego encendí las de enebro y ahumé la habitación hasta que el aire quedó purificado. Acababa de hacerle un lazo a mi brida y de insertar en él un pedazo de madera para poder ceñirla todo lo posible cuando reparé en algo: el sol que entraba hacía relucir algo en un dedo. El joven llevaba un anillo en el dedo meñique de la mano izquierda, hermana. Debía de haberlo visto antes, pero sólo ahora me fijaba en él. Me incliné para examinarlo más de cerca. Era de oro y con una montura oval. Le escupí en la mano y se lo quité del dedo haciéndolo girar. Él intentó agarrarme, clavarme sus uñas sucias, pero fui lo bastante rápido para evitar que me arañara. Engastada en el anillo había una piedra oscura con un escudo de armas grabado con sumo cuidado en la superficie. Me dio un vuelco la cabeza, como si algo me hubiera golpeado físicamente. Dejé la brida colgando y salí a sentarme en el peldaño de piedra de la entrada.

Pasé un buen rato allí sentado, observando el anillo y oyendo los graznidos de un cuervo a lo lejos, en las ramas más altas de un abedul. La joya era como las que suelen llevar los nobles, con el escudo de armas de un linaje ancestral. Aunque yo no conociera su nombre, alguien que supiera de heráldica podría averiguarlo.

Con los pensamientos arremolinándose en mi cabeza, me eché a temblar: el destino me había dado la oportunidad de tener un mínimo gesto de bondad hacia aquel joven desconocido al que le había hecho más mal que el que cualquiera soñaría infligir a su peor enemigo. Pero ¿cómo? Empecé a pasearme de aquí para allá ante la casita. El vino que había bebido me dificultaba pensar. Cuando oí una voz a mis espaldas, el corazón me dio tal vuelco que pensé que me iba a caer muerto.

«¿Cómo vas con el brazo izquierdo? Tu camisa no está manchada aún, ¿a qué se debe el retraso?»

Mi anfitrión era capaz de moverse sin hacer el menor ruido. Estaba justo detrás de mí. Noté que se me erizaban los pelillos de la nuca y percibí la mentira en mi propia voz cuando contesté, cerrando el puño en torno al pequeño aro de metal:

«No pasa nada, señor. Estaba a punto de empezar.»

Como de costumbre, su rostro no reflejó ninguna emoción y sus ojos siguieron tan impasibles como una laguna oscura bajo el cielo nocturno.

«¿Qué sujetas tan fuerte en la mano? Tienes los nudillos blancos. Muéstramelo.»

Agaché la cabeza y le mostré las palmas de las manos. Ambas estaban vacías. Acostumbrado como estaba ya a su sexto sentido para todo lo que se le intentara ocultar, había dejado caer mi secreto en la hierba, detrás de mí.

Me miró largamente mientras permanecía allí plantado con las manos tendidas y temblorosas.

«Deja ya de perder el tiempo. Cada día estás más flaco y no me servirás de nada si te mueres de hambre antes de completar tu tarea.»

Dicho esto, se dio la vuelta y se alejó. Cuando oí sus pisadas en el patio, me arrojé al suelo en busca del anillo. Sus últimas palabras me habían dado una idea.

De nuevo en el interior de la casa, posé una mano en la mejilla del paciente. Su rostro seguía siendo hermoso, aunque tuviera las cuencas vacías bajo la venda y las mejillas hundidas por la falta de dientes. Nunca lo había tocado de esa manera, y pareció tranquilizarlo. Cogí el anillo entre el índice y el pulgar y se lo llevé a los labios. Una vez que hubo notado su forma se lo metí en la boca y fui en busca de un vaso de agua. Lo dejé beber, oyéndolo sorber. Le abrí los labios y eché un vistazo. No vi el menor destello de oro. Se lo había tragado.

Sin duda, mi anfitrión tenía un plan para ese desdichado, un plan del que aquellas horribles mutilaciones formarían parte. A partir de ahora, sin embargo, mi paciente llevaría en el vientre una prueba de su nombre y su origen. Aún no sabía cómo, puesto que pronto le habría cercenado los miembros que le quedaban, despojándolo así de la capacidad de comunicarse de ninguna manera con el mundo, pero quizá alguien acabaría por descubrirlo y de algún modo le seguiría la pista hasta ese lugar, hasta el monstruo que era responsable de aquella abominación.

No sabía si mi paciente era aún capaz de oír. El tercer día, siguiendo órdenes explícitas de mi anfitrión, le había metido una varilla en la oreja y había empujado hasta el fondo; aquella vez, el caballero había puesto a prueba su audición con una fuerte palmada que no obtuvo reacción alguna. Aun así, me incliné y le acerqué los labios al oído.

«Cuando el anillo salga, lo limpiaré y volveré a dártelo para que te lo tragues. Cuando nuestros caminos se separen, tendrás que asumir tú esa responsabilidad si quieres conservarlo. Cómo lo harás, no lo sé.»

No dio muestras de haberme entendido. Entonces le corté el brazo izquierdo y lo llevé en un cubo al cobertizo de *Magnus*, tras lo cual me fui a la bodega para beber hasta emborracharme, pero ni así conseguí dormir. Como tantas otras veces, mezclé hollín y agua para preparar tinta, mojé en ella la pluma y me puse a escribirte, hermana querida, mi única amiga.

¿Recuerdas, hermana, cómo hablábamos de un mundo más allá de éste en aquellas noches de primavera cuando yo me arrodillaba junto a tu lecho hasta que los pájaros empezaban a cantar? ¿Cómo imaginábamos una pradera plácida, lejos de este valle de lágrimas, donde correríamos un día entre las flores, cogidos de la mano, sin preocupaciones ni temores, a salvo de pesares y de guerras? Cuando notáramos las piernas cansadas, nos refugiaríamos a la sombra de los árboles acariciados por la brisa, beberíamos agua dulce de una fuente y comeríamos manzanas y frambuesas silvestres hasta hartarnos. Nos reiríamos juntos, lejos, muy lejos de la Karlskrona asolada por el tifus a la que todos los días, desde los atracaderos de invierno de la flota, llegaban

los botes de remo con las cubiertas llenas de cadáveres para descargarlos en la orilla. Seríamos tan felices juntos como sólo pueden serlo un hermano y una hermana.

Ahora ya no sueño con praderas ni con frambuesas silvestres, querida hermana. Para mí, ambas han quedado arruinadas para siempre. Según dicen, la inocencia, una vez perdida, nunca puede recuperarse, y este verano me ha robado mis sueños. ¿Cómo podría volver a sentir felicidad o alegría después de lo que he visto, después de lo que he hecho?

Han transcurrido casi cuatro años desde que el tifus te arrancó de mi lado, hermana, desde que la sábana que yo acababa de lavar y te cubría el pecho quedó inmóvil y comprendí que ya no respirabas y que ya sólo me quedaba cavar tu tumba, trenzar una corona de flores de primavera para depositarla en la tierra y formar una cruz con dos ramas para plantarla en tu lugar de reposo definitivo.

Ya no ruego que me estés esperando en la sombra bajo los árboles con rosas en las mejillas y el vestido de lino blanco que te regaló nuestra madre por el que sería tu último cumpleaños. Ahora ruego que permanezcas inerte en la tierra donde te dejé, y que después de la muerte no nos aguarde ningún prado paradisiaco donde tú puedas enterarte de las cosas que he hecho. Y ruego que yo mismo no tarde en encontrar solaz en una fosa igualmente oscura donde sólo exista la nada.

TERCERA PARTE

La palomilla y la llama

PRIMAVERA DE 1793

¡Emociones! ¡Vida! ¿Dónde estáis escondidos?
En este abismo por el que caigo ahora,
las sombras me recuerdan sin demora
otros tiempos hace mucho extinguidos.

Estas nubes que me cubren con premura,
este frío cruel que mis venas ha helado,
esta flaqueza... Todo da por sentado
que me encuentre ya en mi sepultura.

JOHAN HENRIC KELLGREN, 1793

Anna Stina sabe que el fuego es un juego de ángulos y espacios. Lo que ha de arder debe disponerse con cuidado dejando espacio suficiente para que las llamas prendan. El fuego es una cosa viva y, al igual que todo lo vivo, tiene que respirar. En su casa, se preocupa siempre de acomodar perfectamente los leños antes de encender la chimenea, pero el aire es poco y no siempre consigue encender el fuego a la primera. Ahora, sin embargo, a orillas del agua en la bahía de Årstaviken, los leños de la hoguera prenderán en cuanto les acerquen la antorcha. El oficiante espera a que den las siete, cuando un hombre gritará la señal desde lo alto de la torre de Santa Catalina. Entonces se encenderá la hoguera por Santa Walburga.

Antes, Anna Stina le tenía miedo al fuego. En los relatos de su infancia, éste era siempre un monstruo que reducía a cenizas las casas de madera de la ciudad. Pero Anna Stina ha nacido en una época distinta: su casa es de piedra, así que, conforme ha ido creciendo, cada vez le cuesta más ver la relación entre el incendio voraz y el fuego cálido y acogedor de la chimenea. Esta noche dejarán crecer las llamas durante unas horas, pero luego las domarán hasta extinguirlas con unos simples cubos.

• • •

Es una noche calurosa, pero sopla una brisa refrescante del agua. Se agradece, porque impide que lleguen a Barnängen los efluvios del Fatburen, que se ha deshelado lo suficiente como para que los enjambres de moscas vuelvan casi visible el hedor. Entre la primavera y el verano, las noches son claras y agradables. Atrás quedan los meses negros del invierno, en los que el caminante nocturno se ve obligado a recorrer las calles con los brazos extendidos y tanteando la oscuridad en cuanto se aleja un poco del tenue halo de un farol; cuando todo lo que se cae de las manos se pierde sin remedio y sólo queda la esperanza de conseguir volver por la madrugada y hallarlo antes de que la gente vacíe sus orinales en la calle o bien no moverse del sitio hasta el amanecer. De todas las estaciones, la primavera es la que más le gusta a Anna Stina: está llena de promesas que el año no ha tenido oportunidad aún de revelar. Todo parece posible.

No está sola en su alegría: el prado está lleno de gente. Sentados en la hierba hay niños, pobres y vagabundos de los barrios de Santa Catalina y Santa María Magdalena, además de obreros de las manufacturas, o al menos aquellos que todavía disponen de energía y tiempo una vez concluida la jornada. Un poco más allá está la gente elegante: los dueños de las manufacturas y sus amigos de Stadsholmen, un grupo de nobles con preciosos atuendos de satén y encaje. Junto a Anna Stina está sentado Anders Petter, su vecino. Es unos años mayor que ella y ya se está formando para seguir las huellas de su padre y hacerse a la mar. Algún día recorrerá el muelle, enfilará la pasarela y las velas blancas se lo llevarán surcando las olas. Anna Stina le tiene envidia: se siente encerrada en la ciudad, atada a unas cadenas que, por invisibles que sean, no la tienen menos

prisionera.

El viento que llega del agua sopla ahora más fuerte. Anna Stina encoge las rodillas bajo el mentón y justo en ese momento se oye la señal esperada. La antorcha se acerca a la base de la hoguera y las llamas comienzan a lamer con avidez las ramitas. El fuego prende deprisa y empieza a ascender hacia la cima. Pero, de pronto, un rumor se propaga entre los reunidos: resulta que el anuncio no provenía del campanario, sino de unos granujas impacientes que han imitado la voz del encargado de dar la señal. Jamás había sucedido algo así. Un guardia corre ladera arriba sin mucho ánimo para dar caza a los malhechores que, expertos en esas lides, se dispersan en todas direcciones, pero los oficiantes se limitan a encogerse de hombros.

La alegría se extiende. Las botellas de aquavit pasan de mano en mano. El fuego, convertido en una garra luminosa que arremete contra las estrellas, no deja distinguir más que siluetas. Una de ellas es inconfundible: un personaje evidentemente achispado con un cepo ceñido al cuello y atado a una vara larga que empuña un guardia. El reo hace aspavientos e intenta correr de aquí para allá. Su lenguaje soez y su actitud agresiva le han granjeado un séquito de espectadores que lo miran divertidos. Sólo cuando el grupo ha pasado de largo, Anna Stina repara en que Anders Petter ha posado la mano sobre la suya.

Ella siempre ha sabido que llegaría ese día: no es una ingenua. Anders Petter era un buen compañero de juegos, pero ahora los dos han crecido y desde hace tiempo tiene claro que el interés de él va más allá de la amistad. Ella no tiene nada en su contra —es agradable y bien parecido, con el pelo negro y los ojos claros—, pero no se siente preparada para el paso que Anders quiere dar. No anhela el contacto físico, no más que Maja, su madre, que se las ha apañado por sí misma toda la vida. Quizá accederá otro día, tal vez no muy lejano, pero esta noche no. Lleva tiempo esperando este momento y últimamente ha pasado varias noches en vela pensando en cómo rechazarlo sin que eso afecte a la amistad que los une. Por eso la sorprende su propia reacción: apartar la mano de un tirón; un gesto rápido e instintivo, imposible de controlar. Se hace el silencio: Anna Stina no sabe qué decir. Agradece que la oscuridad sea lo bastante intensa para ocultar su rubor. Es Anders Petter quien rompe el silencio.

—Sabes que me gustas mucho, Anna Stina. Desde siempre.

Ella no consigue decir ni una palabra.

—Dentro de poco estarás en edad de casarte. Tu madre no goza de buena salud y, cuando ella ya no esté, no tendrás a nadie. Podemos ir a ver al pastor y pedirle su bendición..

La voz de Petter se ha ido apagando hasta desaparecer del todo y Anna Stina sigue sin saber qué decir. Se odia por ello: nota cómo su silencio lo ofende cada vez más. Se siente como un trozo de mármol que hubiera ido a parar ahí, entre la hierba de Barnängen, de camino al cincel de Johan Sergel, el famoso escultor.

Son los sollozos de Anders lo que la arranca de su estupor. Pese a lo que le muestran sus ojos, para ella vuelve a ser el mismo chico al que ella consolaba años atrás, cuando aparecía con los codos despellejados o lleno de moratones después de que su padre le diera una paliza con la vara de avellano. De niños, el barrio de Santa Catalina no era el lugar decrepito que el paso de los años los ha obligado a reconocer, sino una tierra fantástica llena de aventuras y diversión. Ella era quien tenía las ideas, pero sin él no hubieran podido llevarlas a cabo: transformaban el tejado de un cobertizo en un barco que navegaba de vuelta de China —piedras y virutas de madera eran la porcelana y el jade con los que harían fortuna—; o, cuando las lluvias de verano hacían descender un torrente por la ladera, se convertían en bomberos y luchaban codo con codo contra un fuego imaginario. En cualquier caso, a estas alturas Anna Stina sabe bien que no es su imaginación lo

que Anders encuentra más atractivo en ella.

Tiene entonces otra reacción que le sale del corazón: sin pensarlo, se da la vuelta y rodea con sus brazos delgados el cuerpo tembloroso de Anders. Él oculta su rostro entre las manos y ella se pone a mecerlo como lo hacía cuando aún eran niños. Entonces, Anders le devuelve el abrazo. Apoya la frente contra su cuello y ella le acaricia el pelo. Es un abrazo catártico. Anna Stina llega a pensar que todo va a salir bien hasta que nota que los labios de Anders están buscando los suyos. La besa sujetándola firmemente entre sus brazos. Anna Stina se aparta, pero él insiste y al final caen juntos sobre la hierba. Ella siente encima todo el peso del cuerpo de Anders pero, cuando se dispone a protestar, él le mete la lengua en la boca.

Anna Stina experimenta cierta confusión, como si aquello fuera un malentendido. Siente miedo: Anders Petter sabe que le ha dicho que no. A lo mejor confía en hacerla cambiar de opinión con sus besos ardientes, quizá cree que lo ha rechazado sólo por modestia y por una cuestión de honor y que en realidad agradece su insistencia para poder fingir que la responsabilidad es sólo de él. Intenta hablar, pero la boca de Anders Petter ahoga primero sus palabras y luego sus gritos de socorro. Siente pánico cuando el pecho y los hombros de Anders la inmovilizan contra el suelo y él trata de separarle los muslos con la rodilla: está a punto de arrebatarse algo que ella no está dispuesta a darle, pero no puede hacer nada al respecto.

No. Le succiona el labio inferior hasta tenerlo entre los dientes y entonces lo muerde con todas sus fuerzas; nota un sabor salado y caliente, como a metal líquido. Cuando él se aparta, Anna Stina se las apaña para pegarle, primero un bofetón, luego dos más. Él ahora necesita los brazos para detener la hemorragia y no para sujetarla boca arriba. La presión sobre ella cede y Anders Petter se le quita de encima y cae de costado sobre la hierba.

Ambos se echan a llorar. Anna Stina es la primera en rehacerse. Alarga la mano para tocar a Anders Petter, una mano amiga, como para hacerle saber que lo ocurrido puede perdonarse. Pero es como si sus dedos le desgarraran el hombro. Él se aparta de golpe, se levanta y echa a correr ladera abajo.

Anna Stina se pone entonces a recordar la multitud de cosas que han pasado por su cabeza durante aquel breve lapso de tiempo. Recuerda sus sentimientos encontrados: pese a su resistencia, una parte de sí misma le susurraba que lo que estaba sucediendo era algo natural y que debía aceptar las aproximaciones de Anders. Se conocen de toda la vida, ¿por qué no conocerse también de ese modo? Todos los días, el barrio de Santa Catalina veía vínculos de infancia transformarse en relaciones de adultos. ¿Cuántos matrimonios no habrían comenzado así, con el niño convertido en hombre tomando la iniciativa y la niña convertida en mujer viéndose obligada a entrar en razón? Se siente culpable.

Espera un rato antes de levantarse. Abajo, en la orilla, el fuego forma un reluciente montículo que no tardará en quedar reducido a cenizas. Un viejo desdentado y de barba enmarañada, sentado un poco más arriba de ella, le sonríe mientras hurga con la mano bajo sus pantalones manchados de mugre y vómito. Ha estado ahí todo el tiempo. Escupe jugo de tabaco a través de un hueco entre los dientes.

—Esperaba un espectáculo mejor, pero estoy seguro de que no tardarás en encontrar un acompañante con más agallas, y cuando lo hagas, te agradecería que avisaras a este pobre anciano que estará encantado de pagar un chelín por veros.

Se da una palmada en el muslo y se echa a reír ante su propia ocurrencia. Anna Stina nota un escalofrío de repugnancia, se sacude la hierba de la ropa y echa a andar siguiendo el camino que ha tomado Anders Petter de regreso al barrio de Santa Catalina.

Con la primavera llega el calor y, con el calor, la fiebre. No tarda en propagarse y, aunque se lleva a viejos y jóvenes, a ricos y pobres, se ensaña especialmente con los más débiles. Hasta donde alcanza la memoria de Anna Stina, su madre, Maja, ha trabajado siempre como lavandera en Barnängen, encorvada sobre prendas de lino o de lana, hombro con hombro con otras mujeres, y cada primavera cae enferma. Siempre ha sido así: la fiebre parece colarse con facilidad en las manufacturas, pese a que las ventanas se mantienen cerradas para dejar fuera los humos nocivos de la ciudad, y Maja Knapp siempre figura entre los afectados. Empieza teniendo dolor de garganta e hinchazón a ambos lados del cuello, justo debajo de la mandíbula. Por las noches le sube la calentura. Aparta las sábanas a patadas y suda copiosamente. Al amanecer se queda en la cama. Alterna entre sentirse ardiendo y muerta de frío, y Anna Stina, que comparte su lecho, tiene que aceptar que a ratos la abraza y a ratos la aparte de un empujón. Maja se niega a comer y apenas bebe agua. Casi hay que obligarla con cada bocado. En ocasiones delira: suelta una perorata como si no pudiera contenerse, unas veces con palabras que nadie consigue entender, otras con tanta claridad que parece consciente y en plena posesión de sus facultades. Esta noche, mientras Anna Stina trata de separarle los labios para darle cucharadas de una sopa aguada, habla sobre el incendio que asoló el barrio de la parroquia de Santa María Magdalena en 1759, cuando ella era apenas una niña. Como muchos otros habitantes de la zona con edad suficiente para haberlo vivido, lo llama «el Gallo Rojo». Anna Stina ha oído esa historia muchas veces, ya ni recuerda cuántas, pero nunca como esta noche: presa de los escalofríos, Maja habla descontroladamente, y los detalles surgen de su boca como si todo aquello estuviera sucediendo de nuevo ante sus propios ojos. Es la historia de cómo llegó al barrio de Santa Catalina.

Maja Knapp había nacido en el barrio de la parroquia de Santa María Magdalena, y aquel día de un verano en que el buen tiempo había dejado de ser una bendición para dar paso a la sequía, se encontraba jugando en el pequeño patio delante de la casa familiar. Construía una granja con piñas y ramitas varias, adoquines a modo de edificios y pinochas como empalizadas. Sus padres estaban fuera, trabajando en los campos más allá de Danto y, entretanto, la mujer del vecino, demasiado vieja para las labores agrícolas y además paralizada del lado izquierdo del cuerpo, vigilaba a la niña entre siesta y siesta para que ella pudiera jugar durante horas a la sombra del tilo.

Al atardecer, poco antes del toque de las cuatro, las campanas de Santa María Magdalena empezaron a tañer inesperadamente: dos tañidos nítidos que se repetían una y otra vez. Las de Santa Catalina no tardaron en responder, y unos instantes después lo hicieron los tres campanarios de Stadsholmen. Acto seguido, desde la otra orilla de la bahía de Gullgården, tañeron las campanas de las iglesias de Santa Clara, Santiago Apóstol y Santa Eduvigis, luego las de la torre del reloj en lo alto de la colina de Brunkebergsåsen y, finalmente, un cañón de Skeppsholmen

disparó una doble salva: dos detonaciones fuertes que repetiría a partir de entonces muchas veces. Por toda la ciudad se izaron banderas que indicaban que había un incendio; su color señalaba la dirección del peligro.

El olor acre del humo aún tardó un rato en llegar. Maja sintió un picor en los ojos. Los primeros fugitivos aparecieron entonces en las calles: gente que había cargado en carros o llevaba sobre los hombros sus posesiones más preciadas. Durante la primera media hora fueron pocos, lo que hizo que otras personas que vivían cerca de la iglesia se confiaran: el incendio se extinguiría pronto. Esa esperanza se desvaneció cuando aparecieron las ratas.

Llegaron como una marea cenicienta provenientes de bodegas, almacenes y cobertizos del puerto, corriendo en dirección al mar. Y cualquiera lo sabe: cuando las ratas huyen, todo está perdido. En su estela se desató el pánico. Una hora después de que las campanas hubieran empezado a tañer, el viento sopló más fuerte y el humo avanzó sobre el barrio de la parroquia de Santa María Magdalena, que quedó inmerso en una luz crepuscular.

Un joven acudió corriendo para ayudar a ponerse a salvo a los vecinos. Apenas dedicó una mirada a Maja, y sólo cuando ya se alejaba su conciencia lo hizo detenerse.

—¡Niña! ¡Corre! El fuego ya ha llegado a Danto y Hornstullen. ¡Corre hacia la Esclusa!

Pero a Maja le habían dado instrucciones estrictas de no salir sola a la calle, de modo que esperó sin moverse hasta que el humo la hizo lagrimear y cada vez que respiraba tenía un ataque de tos. Una vez en la calle, no tardó en perderse: jamás salía sola y el humo había borrado los puntos de referencia más fáciles de recordar, como agujas de iglesias y molinos con sus aspas. La muchedumbre le daba miedo, y el estruendo de los zuecos y las ruedas de carros y carretillas. Para no acabar pisoteada en el barro o en los adoquines, decidió esconderse en un hueco entre dos muros. Echada en el suelo aún podía respirar aire fresco, así que esperó allí, con la mejilla contra la tierra. Entre la bruma, llegaban ruidos terribles desde el oeste: vacas y caballos que se habían dejado atados morían achicharrados entre relinchos y mugidos agónicos. Cuatro horas después, cuando el sol se había puesto y la marea de gente que huía se había interrumpido, Maja Knapp seguía en su escondite. Sólo entonces se atrevió a salir a rastras y a ver el cielo en llamas.

De pie en los adoquines de la calle, vislumbró por primera vez el Gallo Rojo. Era más alto que el campanario de la iglesia de Santa María Magdalena y lanzaba chispas que se elevaban en el cielo. Desde la orilla de la bahía, se extendía por la ladera hasta la cima de la colina devorándolo todo con un rugido ensordecedor. Las llamas consumían la madera seca de las casitas maltrechas, cercaban por todos lados las mansiones de piedra de los ricos, aferrándose a las columnas y a los adornos de las fachadas, rompiendo ventanas y convirtiendo los interiores en hornos donde se incineraban muebles y tapices. Cuando los tejados de cobre se abrasaban el tiempo suficiente, salían disparados de las vigas y los vientos ardientes los sostenían en alto como murciélagos rojos con las alas desgarradas. El aliento ardiente del Gallo Rojo levantó ampollas en la piel de Maja; marcas que llevaría toda la vida.

A cierta distancia calle abajo, vio a un hombre con una sola pierna tratando de correr apoyándose en una muleta. El fuego le pisaba los talones y, para colmo, la muleta se le quedó trabada entre dos piedras, así que avanzó como pudo a rastras. De pronto, su peluca empezó a humear y él a lanzar gritos desesperados hasta que, como en un acto de magia, la peluca saltó en llamas sin dañar su cabeza calva. Maja no lo soportó más: echó a correr llorando y chillando, con el rostro ennegrecido y surcado de lágrimas, para alejarse de aquel infierno. A su alrededor volaban chispas que prendían nuevos focos de fuego al caer. Le pareció que corría a través de un bosque, aunque con llamas en vez de hojas.

Su madre la esperaba, sumida en la desesperación, en la plaza de Södermalm, donde los guardias municipales habían obligado a la gente a reunirse a golpe de bayoneta. Jamás volvió a ver a su padre, ya ni siquiera recuerda su rostro.

El fuego ardió toda la noche y el día siguientes, y Maja y su madre, como muchos otros, lo perdieron todo. Su casa se quemó hasta los cimientos y ni siquiera pudieron encontrar el cadáver del padre. De la noche a la mañana, una generación entera se vio condenada a vagar por la ciudad el resto de su vida, ebrios y andrajosos, meras sombras de las personas que habían sido. Trescientas casas, grandes y pequeñas, habían dejado de existir. Unas veinte manzanas habían ardido hasta los cimientos.

Mientras crecía, Maja Knapp las vería levantarse de nuevo de las cenizas, pero ahora hechas de piedra: las casas de madera de su infancia desaparecieron para siempre. Mientras el carpintero se moría de hambre, el mampostero se hacía rico.

Maja y su madre se vieron obligadas a mudarse al barrio de Santa Catalina, donde aún se tenían en pie los viejos edificios de viviendas de madera, una nueva trampa mortal en caso de incendio, un laberinto de rincones y recovecos con todos los añadidos posibles para que los caseros pudieran sacar más dinero. En las casas, con suelos de tierra, la lluvia se colaba por los tejados y el viento por todas partes, hasta el punto de que, en invierno, el agua de los cubos dispuestos bajo las goteras se congelaba. Allí creció Maja; allí encontró a un hombre con el que engendró una hija y que desapareció en cuanto su barriga comenzó a notarse.

Anna Stina posa la mano en la frente de su madre: Maja Knapp está ardiendo y respira con dificultad. Debe de haber sido el calor de la fiebre lo que le ha hecho recordar el barrio de la parroquia de Santa María Magdalena bajo las garras del Gallo Rojo. Anna Stina siente un nudo en la garganta. No quiere dejar sola a su madre, pero no tiene elección: debe correr en busca de ayuda aunque no tenga nada que ofrecer a cambio.

Cuando se envuelve los hombros con el chal y abre la puerta para salir, le sorprende encontrarse a alguien plantado ahí fuera: es Boman, el sacristán de la iglesia de Santa Catalina. Es joven y tiene esperanzas de convertirse algún día en pastor de la parroquia. Desprende un olor tan fuerte a alcohol que parece que haya estado empujando el codo hasta un instante antes de que Anna Stina abriera la puerta. Ella, que nunca espera la ayuda de nadie, se pregunta quién le habrá pedido que acuda a su casa. No tiene tiempo para perderlo en cortesías.

—Mi madre tiene fiebre. Por favor, rece con ella mientras voy al boticario.

Anna Stina vuelve media hora más tarde con las manos vacías: Josef Karlsson, el boticario, había salido esta noche y, según su mujer, a esas alturas debía de estar ya tan bebido que no tenía sentido ir corriendo hasta Djurgården en su busca.

Cuando Anna Stina llega, el silencio se ha cernido sobre la casa. Los vecinos del edificio han salido a sus puertas y Boman está de pie junto al lecho con las manos unidas en oración. Ha cubierto la cara de su madre con la sábana; por un instante, ella no entiende por qué, pero Boman se aclara la garganta y habla en un tono ceremonial que suena forzado en alguien tan joven:

—Anna Stina, tu madre se ha ido. Que Dios se apiade de su alma.

Musita unas palabras más que ella no oye. Siente que se le van a doblar las rodillas. Se queda sin aliento, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Casi no es capaz de soportar semejante injusticia. Maja Knapp, que las ha mantenido ella sola durante tantísimo tiempo, que ha tolerado tan pacientemente el desprecio de los demás por tener una hija ilegítima, que se ha dejado la piel trabajando todos los días de su vida... ¿Ha soportado todo eso para acabar muriendo sola y sin consuelo? Es demasiado: el cuerpo de Anna Stina se estremece.

Boman, por su parte, parece esforzarse en encontrar las palabras adecuadas antes de volver a hablar.

—Anna Stina, escúchame. No ha sido por tu madre por lo que he venido esta noche: traigo un mensaje del párroco, y debes saber que ni él ni yo conocíamos de antemano qué os tenía reservado el destino esta noche. Creo que ha sido la Providencia la que ha querido que tu madre tuviera a su lado a un hombre de Dios en sus últimos momentos. —Boman hace una pausa y se suena la nariz antes de continuar—. Hemos recibido una carta que contiene un testimonio contra ti. Debes presentarte ante el consistorio eclesiástico para responder a las acusaciones de prostitución y malas costumbres pero, antes de eso, el párroco quiere hablar contigo.

—¿Cómo te ganas el pan, Anna Stina?

Elias Lysander es bajo y rechoncho; a sus casi cincuenta años, es casi más ancho que alto. La sotana negra le queda muy apretada en el pecho y el vientre y su amplia papada cubre el alzacuello. La habitación donde atiende a la gente es muy oscura y la tela que cubre las paredes está tiznada y mugrienta. Lo que debería parecer sobrio y solemne simplemente está desordenado. Hay pilas de libros y cuadernos varios junto a tinteros y pipas de arcilla. Lysander la recibe sentado a su escritorio, frente al que ella permanece de pie. Anna Stina apenas ha visto al párroco fuera del púlpito. Parece más voluminoso y, al mismo tiempo, curiosamente encogido. De cerca huele a sudor y a humo, y en su aliento aún se detecta el arenque de esa mañana. Al mismo tiempo, el poder que ostenta es más evidente ahora que se dirige únicamente a ella y no a un grupo de gente, aunque su voz es la misma, la voz potente de quien está acostumbrado a que lo escuchen. Anna Stina no puede evitar que sus palabras suenen temblorosas al contestarle.

—Vendo fruta con un cesto y me permiten quedarme una parte de las ganancias. —Lysander asiente como si esa respuesta confirmara lo que ya sabe. Con la vista clavada en Anna Stina, que no sabe si debe mirarlo a los ojos o no, deja pasar un tiempo antes de continuar—: El sacristán Boman me dice que tu madre, Maria Knapp, nos ha dejado.

—Maja. Mi madre se llama Maja —dice ella con un hilo de voz.

Lysander, con los ojos inyectados en sangre, lanza una mirada asesina a Olof Boman. El sacristán, de pie en un rincón con las manos a la espalda, finge indiferencia. En el silencio que sigue, Anna Stina se endereza sin moverse del sitio.

—Se llamaba Maja.

Lysander lanza un resoplido.

—Dios nos da y Dios nos quita, Anna Stina. Consuélate pensando que tu madre está en un lugar mejor. —Lysander parece confuso por un instante: no sabe cómo abandonar los consejos sobre el duelo y llevar la conversación al tema que les ocupa. Tiene resaca de la noche anterior y su habitual secuencia de copitas a la hora del desayuno no ha conseguido aliviarle el dolor de cabeza. Con cierto disgusto, decide que a falta de una solución más elegante tendrá que ir al grano —. ¿Has pensado cómo vas a mantenerte ahora? Tu madre no tenía marido, tu padre nunca ha dado señales de vida y aún no te has prometido a nadie, pese a que ya estás en edad de casarte.

Apenas ha transcurrido un día desde que el cadáver de Maja salió de su casa camino del cementerio de los pobres de Santa Catalina. Desde ese momento, Anna Stina ha estado haciéndose la misma pregunta, aunque sin poder contestarla en absoluto. Duda de que una respuesta que no la satisface ni siquiera a ella misma sea adecuada para Elias Lysander.

—Tal vez consiga negociar un alquiler más bajo, o tal vez el casero tenga una vivienda más pequeña que yo pueda ocupar. En ese caso, creo que me alcanzaría para pagar mi comida. Quizá pueda vender más, si el tendero Jansson me deja. Estoy dispuesta a trabajar más horas cada día.

Lysander y Boman intercambian una mirada cómplice.

—¿Y qué clase de fruta vendes, Anna Stina?

Anna Stina percibe un tono de sospecha en la voz del pastor.

—Limonos, cuando hay, y si no ciruelas o frutos rojos... y también manzanas, a finales de verano y en otoño.

Lysander la mira con severidad.

—Anna Stina, ¿sabes lo que se dice de las jóvenes que andan por ahí con cestos de fruta?

Sí, lo sabe. Cuando contesta, no se atreve a mirarlo a los ojos.

—Que se venden por dinero y que muchas veces ni siquiera llevan fruta en el cesto.

Ella misma se ha cruzado con ellas en las calles y en las puertas de los edificios adonde iba a ofrecer su fruta, las ha visto bajar las escaleras completamente despeinadas y con el vestido hecho un desastre, siempre con la misma cantidad de frutas en el cesto. Sabe que todas sueñan con encontrar un príncipe azul, y que se creen historias que siempre tienen como protagonista a la amiga de una amiga que antes era una de ellas, pero que ahora se codea con la nobleza y asiste a bailes llevando joyas carísimas y luciendo un peinado tan alto y magnífico que hace tintinear las arañas de luces al pasar. Unas llevan mejor que otras esa vida de camas ajenas y escaleras. Unas se lo toman con calma, otras sufren. Pocas aguantan mucho y, al final, de un modo o de otro, todas terminan desapareciendo. Dejan atrás sus cestos, pero no para ir a los maravillosos salones de baile donde se celebran las fiestas de la alta sociedad, sino a algún local de mala muerte donde renuncian a sus nombres de pila y se pasan día y noche boca arriba mientras los clientes se turnan para montarlas. Las callejas de la ciudad tienen un nombre para esas mujeres caídas: las llaman «palomillas», y cada noche hay una nube de ellas.

—Anna Stina, tu madre y tú parecéis haber vivido con ciertas comodidades sin un hombre en la casa. Ambas fuisteis concebidas en pecado. Da la impresión de que has ganado una cantidad de dinero considerable con los productos de tu cesto. ¿No querrás hacerme creer que son tus limones los que han complacido a tus clientes?

Anna Stina siente cómo se sonroja. Probablemente, su rubor se interpretará como otro indicio de su culpabilidad. No sabe qué decir: parece que el párroco Lysander está decidido a entender la verdad como mentira. Lo ve inclinarse y jugar con los dedos mientras espera una respuesta.

—Haces bien en guardar silencio, muchacha —dice al fin—. Otros ya han dado testimonio de tu conducta pecaminosa. Es posible que el barrio de Santa Catalina esté devastado por la pobreza, pero si crees que aquí no hay gente decente dispuesta a defender lo correcto y lo decoroso, estás muy equivocada.

Elias Lysander se da cuenta de que desearía que lo hubiesen dejado en paz esa mañana, a solas con su tabaco en una silla en el jardín. Ese proceso le parece tan agotador como predecible. ¿Cómo se atreve esta muchacha a contarle esas mentiras descaradas? A él, precisamente, que lleva años viviendo y trabajando en la parroquia de Santa Catalina, y sabe muy bien cómo van las cosas por allí. Es la vieja historia de siempre: una hija tan ramera como su madre; generaciones y generaciones que se remontan hasta el mismísimo pecado original. Las mujeres de esa clase no temen a Dios, no distinguen entre el bien y el mal, son tan propensas a los apetitos de la carne como las bestias del campo. Son simples paganas que sólo se postran ante Mammón, Baco y Venus. Con el avance del siglo, la cosa no ha hecho sino agravarse, y supone una carga cada vez más pesada para Lysander a medida que se hace mayor.

El incendio de 1759 dejó el barrio de la parroquia de Santa María Magdalena sumido en la miseria. Cuando se levantaron las nuevas casas de piedra y el precio de los alquileres subió, fue el barrio de Santa Catalina el que tuvo que acoger a los más desfavorecidos. Elias Lysander debe responder ante Dios por esas almas, pero por muchos esfuerzos que haga nunca son suficientes. Lo peor de todo son las sesiones del consistorio eclesiástico en que se airean los trapos sucios de su parroquia ante pastores de las demás parroquias de la ciudad: Santa Clara, Santa María Magdalena, Santiago Apóstol, San Nicolás y Eduviges Leonor. Ha adquirido la costumbre de tomarse unas copitas para darse valor, pero ni siquiera el aquavit consigue paliar la humillación que siente ante sus colegas, que observan con malicia lo que es evidente para todos: que Elias Lysander no es un buen pastor de su rebaño. La rabia ante la injusticia de la vida se apodera de él.

—Anna Stina Knapp, no tiene sentido que mientas: Natanael Lundström y su esposa Klara Sofia, dos personas temerosas de Dios que han contribuido al bienestar de la parroquia con sus donaciones y plegarias, han prestado testimonio por escrito de cómo trataste de corromper a su hijo, el aprendiz de marinero Anders Petter. Trataste de conquistarlo con malas artes femeninas, exponiendo tus vergüenzas y contoneándote ante él. Buscaste seducirlo e incitarlo a ignorar la sagrada castidad. Como Eva, quisiste tentarlo y hacerlo tomar el mal camino. Lo que haces con tu cesto de frutas es evidente para todos, así me lo han dado a conocer los Lundström y no veo razón para dudar de sus declaraciones.

Lysander hace una pausa. Semejante reprimenda lo ha dejado sin aliento y con el corazón palpitante en el pecho. La muchacha sigue ahí plantada, con la falda blanca recogida hasta las pantorrillas para no arrastrarla por la tierra sucia que debe recorrer a diario, la cabeza gacha bajo el pañuelo, pálida y callada. Cuando Lysander vuelve a hablar, lo hace en voz más baja, y tiene sus razones para ello: pretende que esta vez sean las mujerzuelas de la dehesa de Ladugårdslandet y las laderas de Brunkeberg quienes avergüencen a sus pastores en el consistorio eclesiástico.

—Aunque tu conducta ha sido grave, no quiero verte ante el consistorio. Aún eres joven y tienes la ignorancia de la juventud, que bien podría actuar en tu favor: mejor será que este problema encuentre solución en el seno de nuestra propia congregación. Aun así, no puedo dejarte marchar sin una penitencia adecuada. Por lo tanto, sugiero lo siguiente: que te arrepientas de tus pecados ante mí y el sacristán aquí presente, que repares tu ofensa a Anders Petter y su familia con plegarias y la promesa de enmendar tu actitud y, así, sólo te quedará pagar la multa que te imponga la Iglesia. Como estamos al corriente de que no te sobra el dinero, y no queremos que vuelvas a salir a vender eso que tú llamas «fruta», fijaremos una suma simbólica. ¿Me comprendes, Anna Stina?

Anna Stina experimenta la misma parálisis que ante el lecho de muerte de Maja. No puede respirar y no es capaz de moverse. Sólo puede permanecer inmóvil mientras Olof Boman se revuelve con inquietud y la cara del pastor Lysander se pone cada vez más roja.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? ¿Acaso no entiendes cuánto esfuerzo estoy haciendo para salvarte? ¡Confesarás lo que has hecho y harás penitencia por haberte comportado como una fulana!

Quizá el motivo de que Anna Stina actúe así es que no tiene apenas nada. Si tuviera más posesiones mundanas, a lo mejor podría permitirse ponerle un precio más bajo a la verdad. Pero, bajo la mirada furibunda de Lysander, comprende que eso es precisamente lo único que tiene y, para su asombro, no tiene deseos de perderlo. La verdad le pertenece, y de repente lo significa todo para ella. Toma la única decisión posible y, cuando habla, siente por primera vez algún consuelo desde el fallecimiento de su madre. De sus labios brota tan sólo un susurro leve:

—No.

Anna Stina cierra los ojos y aguarda el estallido. No lo hay. Cuando vuelve a abrirlos, todo está como antes. Lysander sigue apretujado en la silla en la que apenas cabe, Boman finge no estar ahí. En los ojos entornados del pastor brilla un odio mudo, más aterrador por estar contenido. Ya no levanta la voz: su tono es casi dulce.

—Desaparece de mi vista, Anna Stina Knapp.

Ella sólo se echa a llorar cuando ya le ha dado la espalda. Se promete que esas lágrimas serán las últimas..., pero se miente a sí misma.

—¡Dos tipos te están buscando!

La chica que le ha hablado a Anna Stina se llama Ulla, simplemente: nadie sabe su apellido, puede que ni ella misma. Al igual que Anna Stina, vende de casa en casa con un cesto, pero más al sur del barrio de la parroquia de Santa María Magdalena: Anna Stina cubre las orillas del Lortfjärden entre la calle Repslagargatan, por el oeste, y la calle de Katarina, por el sur; Ulla recorre las márgenes del lago Fatburen, donde nadie más pone un pie por voluntad propia.

El tendero Efraim Jansson ha ideado un sistema en el que cada una de sus vendedoras sigue una ruta distinta, y ellas respetan esos territorios celosamente. ¡Ay de aquella que invada el territorio de otra! Si la pillan, le esperan tirones de pelo, golpes y arañazos. No obstante, en ocasiones las chicas se encuentran en las intersecciones de sus rutas, como esta vez. Se topan una con otra en lo alto de la cuesta de Postmästarbacken, desde donde pueden verse la Esclusa y Stadsholmen. El cesto de Anna Stina está casi vacío. Con suerte, podrá vender el resto en el trayecto de vuelta a la tienda de Jansson, colina abajo. Espera que éste tenga más fruta que entregarle: si se da prisa, le dará tiempo a hacer otra ronda antes de que se ponga el sol.

Ulla mira a Anna con los ojos entornados y la boca abierta. Anna Stina no sabe gran cosa sobre ella, aparte de que lleva trabajando con el cesto desde la primavera. A estas alturas, las semanas pasadas al aire libre ya le han dejado huella: tiene la piel curtida por el sol y el polvo, y la espalda se le ha encorvado bajo aquella carga tan pesada y desequilibrada. Apenas vende lo suficiente para conservar su ruta y al final de la jornada siempre la regañan cuando se pasan cuentas y hay que rebajar la mercancía sobrante antes de que se eche a perder. Anna Stina la ha visto salir cojeando de cobertizos y granjas, con el vestido manchado y el gorro de vivos colores torcido, después de que algún hombre se haya aprovechado de ella. En esas ocasiones, los pensamientos de Anna Stina vuelven a la noche de San Walpurga, al campo y a Anders Petter, y siente escalofríos con sólo pensar en cuántos recuerdos de esa clase debe albergar la mente de Ulla: que aún no haya quedado embarazada sólo puede deberse a la misericordia divina.

Durante las horas largas y lentas de la noche, Anna Stina ha tenido tiempo de reflexionar sobre las palabras de Lysander e intentar imaginar las partes de la historia que no conoce. Cómo debió de llegar Anders Petter aquella noche, furioso por su rechazo, y en qué términos les habrá contado a sus padres lo sucedido. Sabe lo suficiente sobre Natanel y Klara Sofia Lundström como para adivinar el resto. La madre en especial venía observando a Anna Stina con un recelo creciente desde hacía ya unos años, a medida que su amistad con Anders Petter iba madurando, probablemente temerosa de que su hijo tuviera la tentación de formar pareja con una chica pobretona en lugar de esperar un ascenso a primer oficial y cortejar a la hija de algún burgués. Anders Petter sin duda les habrá contado una historia fantástica, una mentira, pero la madre no habrá dudado en acusar a Anna Stina de oportunista, de haber intentado llevar a la ruina a su primogénito con el único recurso del que disponía. Le habrá hecho a su hijo unas cuantas

preguntas que le permitirían obtener las respuestas que buscaba. Anders Petter, sin duda deshecho en lágrimas de rabia, sólo habría tenido que asentir para confirmar cada uno de los temores de su madre.

Anna Stina tarda unos instantes en reaccionar ante las palabras que la muchacha ha pronunciado ceceando: Ulla no está muy bien de la cabeza y resulta fácil no prestar atención a sus palabras.

—¿Qué hombres?

Ulla se limpia la nariz con la manga raída del vestido.

—Llevaban una ropa muy rara. A uno le faltaba un ojo.

—¿Y qué querían de mí?

—Me han preguntado si conocía a Anna Stina. «¿A cuál?», he contestado, «¿Anna Stina Knapp o Anna Stina Andersson?» «Knapp», me han respondido. «La que vende con un cesto en Santa María Magdalena.»

—¿Cuándo te los has encontrado? ¿Qué les has dicho?

El rostro de Ulla se contrae mientras intenta concentrarse para responder a dos preguntas a la vez.

—Hace rato. Era antes del mediodía porque el reloj de la torre aún no había dado la hora. Lo habría oído porque he ido al pozo de la iglesia. Tenía mucha sed.

—¿Y por qué no has ido al pozo de la cuesta de Brunsbacken? Como la Dragona te vea cerca de la iglesia, te dará otra tunda. Lo sabes mejor que nadie.

Ulla sonrío y se levanta orgullosa el labio superior para mostrar el hueco que le ha quedado después de que Karin Ersson, a quien todos llaman «la Dragona» porque vende en el barrio de Draken, del Dragón, le hiciera saltar tres dientes con una piedra la última vez que se desvió de su recorrido.

—Me han preguntado si conocía a Anna Stina Knapp y si sabía dónde podían encontrarla. Le he preguntado al alto y tuerto qué le había pasado, y el que sólo tenía una pierna me ha dicho que más me valía morderme la lengua y contestar sus preguntas en lugar de hacerlas yo. Les he dicho que lo intentaría, pero que me cuesta mucho morderme la lengua y contestar al mismo tiempo y entonces el alto me ha dado un tirón del pelo.

Ulla se levanta un lado del gorro para enseñarle a Anna Stina una peladura roja bajo la oreja.

—Me escocía tanto que he dejado caer el cesto y casi me echo a llorar, pero entonces he pensado que Anna Stina siempre ha sido muy buena conmigo y que era probable que esos dos no le desearan nada bueno, de modo que les he dicho que sí conocía a Anna Stina, que es una chica grandota de pelo negro y con joroba que va con su cesto por los alrededores de la granja de Björngården.

La descripción no encaja en absoluto con el cabello cobrizo y la espalda erguida de Anna Stina ni con su ruta; más bien corresponde a la de Karin Ersson y sus dominios, en el barrio de Draken.

Se separan y Anna Stina se apresura bajo la luz menguante. En la tienda de comestibles, Efraim Jansson se apresta a terminar sus tareas de aquella jornada y preparar las del día siguiente. Anna Stina ha cambiado de parecer sobre emprender de nuevo la ruta para vender un poco más y el tendero se queja de que le devuelva algunos productos.

—Ya veo, ¿así que la novata señorita Knapp ya desea volver a casa a empolvase la cara y echarse agua de rosas en el cuello?

Anna Stina observa al tendero mientras éste consulta los números en su libro de cuentas.

Conoce muy bien ese brillo codicioso en su mirada.

—Tu ruibarbo está en las últimas y mañana no podrá venderse por el mismo precio, bien que lo sabes. Tendré que deducir la diferencia de tu paga.

Anna Stina recibe unas monedas a cambio de lo que ha logrado vender; menos de las que esperaba.

En lo alto de la cuesta de Postmästarbacken, las sombras se alargan. El sol está a punto de ponerse al otro lado de la colina y la luz que queda se tiñe del rojo naranja del crepúsculo. Se fija bien antes de internarse en la calle, pero no ve hombres que encajen con la descripción de Ulla ni en la cima de la colina ni abajo, en la plaza y la Esclusa. Echa a andar cuesta arriba en dirección a la montaña de Katarinaberget, dejando atrás el cementerio y la fábrica textil Rutenbeck. Más allá se extiende el batiburrillo de casas de madera, callejuelas y pasajes cuyos nombres sólo conocen sus habitantes. Ahí se encuentra la casita a la que Anna Stina teme no poder volver.

Los ve en el mismo instante en que ellos la ven. Están esperando tras una decrepita casita de madera. Llevan uniformes azules abotonados hasta el cuello y polainas hasta la rodilla. El bajito lleva un sable y el alto un garrote y una soga. El bajo fuma una pipa de arcilla y ella lo oye maldecir cuando el inesperado encuentro provoca que la delicada boquilla se le rompa entre los dedos. Anna Stina se vuelve y echa a correr y los dos hombres se lanzan a perseguirla sin decir palabra. Ella se zambulle entre dos edificios. El hueco se vuelve cada vez más angosto, pero al final la conduce a un pequeño patio. Sentado contra la pared, un anciano con la pierna contrahecha aprovecha los últimos instantes de luz para tallar algo; apenas le da tiempo de gritar del susto antes de que ella alcance el otro lado del patio y salte la valla. La calle que hay detrás está sin pavimentar, como la mayor parte del barrio, y en realidad no es más que un trecho de tierra. A sus espaldas oye una voz airada.

—¡Detened a esa ladrona!

Sus perseguidores parecen buscar ayuda para darle caza, quizá del anciano, que sabe por experiencia que en el barrio de Santa Catalina alguien que corre suele llevar mercancías robadas bajo el brazo.

Unos tablones sin cepillar, apoyados contra el costado del almacén de un carpintero, le dejan a Anna Stina espacio suficiente para escabullirse gateando entre la madera y la pared. Espera allí hasta que oscurece. Cuando se asoma, hay tantas estrellas y brillan con tanta intensidad que iluminan todo el barrio. La razón es que pocos caseros de la zona se molestan en pagar por tener faroles callejeros. Anna debe marcharse de allí, pero no sin lo que es suyo: tiene un puñado de chelines ahorrados dentro de una bolsita junto con un broche de Maja, una pulserita que le compró su madre el día de su bautizo y algunas cuentas de vidrio. También algo de comida que le durará unos días: lo suficiente para cruzar la Esclusa y desaparecer en Stadsholmen o en las colinas más allá del puente de Norrbro.

Procura mantenerse cerca de las paredes mientras rodea el bloque de edificios para no volver por el mismo camino. Su edificio tiene varias puertas que dan a la calle: se han ido añadiendo según aparecían más paredes interiores para permitir que más gente se mudara allí. Anna Stina avanza siguiendo una de las zanjás del desagüe y se cuela por un espacio entre los tablones que hacen las veces de cerca. Luego se queda un rato tendida en la hierba, alerta ante cualquier movimiento. Nada.

La puerta que utilizan el aprendiz de carpintero Alm y su sumisa esposa está cerrada, pero el

pestillo es fácil de levantar con un palo. Se adentra en la oscuridad del pasillo, avanza con sigilo por el suelo de madera cuyos crujidos quedan amortiguados por los ronquidos de Alm, y llega hasta la puerta de la habitación que compartían ella y su madre, Maja. En el camino de vuelta se detiene: en la cocina tiene un cazo de cobre muy usado, pero que en su momento les llevó meses pagar. Ha recorrido la mitad del camino hasta el hogar cuando la punta de un estoque le toca en el hombro.

—¡Vaya, Anna Stina! Empezábamos a pensar que esta noche no volverías a casa. ¿A que sí, Mudo?

Cuando sus ojos se acostumbran a la oscuridad, Anna Stina ve que quien habla es el más bajo. El alto murmura algo inaudible y el menudo se encoge de hombros.

—Su apodo lo describe a la perfección: este hombre no ha pronunciado dos palabras seguidas desde que los rusos lo dejaron mudo del susto. En cuanto a mí, respondo al nombre de Fischer y mi capacidad de hablar compensa sobradamente su silencio, para satisfacción de todos. Haz el favor de sentarte en este banco mientras el Mudo, aquí presente, enciende una vela. A lo mejor hasta llevas en tu morral algo de comida que puedas compartir con nosotros.

El Mudo rasca una cerilla y enciende la lámpara. La habitación se ilumina y Anna Stina comprueba que la cuenca de uno de sus ojos es apenas un agujero vacío. Fischer, bajo y rechoncho, con el pelo ralo peinado sobre la coronilla calva y un bigotito ennegrecido que no logra ocultar la cicatriz que le recorre el labio, está hurgando en el morral con evidente disgusto. Su pierna izquierda, con la rodilla rígida, está totalmente extendida.

—Pescado pasado y verduras podridas. Bueno, hay un puñado de café. Mudo, si puedes encender el fogón, al menos podremos prepararnos algo de beber.

Sobre la repisa hay un molinillo viejo. Fischer lo levanta de su sitio, se lo pone sobre la rodilla y chasquea los dedos para atraer la atención de Anna Stina. En el puño tiene unos cuantos granos de café.

—Te voy a dar una pequeña lección sobre la vida. Estos granitos son Anna Stina Knapp y sus amigas, que corretean por el barrio y abren bien las piernas a cambio de unas pocas monedas de cobre. —Señala el molinillo y continúa—: Este molinillo somos el mudo y yo, y por extensión el poder secular que representamos. —Echa algunos granos en el molinillo, hace girar la manivela y los granos crujen al triturarse—. Éste es el proceso por el que estás a punto de pasar. Al principio puede parecerte desagradable, ¡pero mira! —Fischer saca el cajoncito de la base del molinillo y le enseña el polvo fino. Lo huele con entusiasmo—. ¡Ah! ¡Café listo para prepararse y para que lo deguste quien pueda! Bien está lo que bien acaba. Así será también para ti, Anna Stina, cuando te hayan enseñado a comportarte como es debido.

Pasan unos momentos, lo que tarda el café en hervir en el cazo. Anna Stina tiene la vista clavada en el suelo, Fischer se inclina hacia delante y abandona el tono jocoso. Su mirada se vuelve tan dura como la piedra.

—Sabes quiénes somos, ¿no?

Anna Stina lo sabe: excepto Ulla, muy poca gente en los barrios de Santa María Magdalena o Santa Catalina no reconocería a los guardias, muy a menudo cojos, lisiados o mutilados que resultan inútiles para otros cargos en la policía o el ejército. Noche y día persiguen mendigos, ladrones insignificantes, vagabundos y prostitutas: a todo aquel que, a ojos de las autoridades, no sirve para nada. La mayoría de los guardias no suponen un peligro para nadie porque cada moneda que ganan se la gastan en la taberna: con frecuencia se los puede sobornar o lograr que pasen por alto pequeños delitos echando mano precisamente de aquello que es su deber combatir.

—Sois cerdos.

Él suelta una risa forzada.

—Así nos llaman. Pero yo he aplicado severos correctivos a desgraciados incluso más indefensos que tú por haber tomado esa palabra en vano. Somos guardias, si no te importa, y nuestro deber es recorrer estos barrios inmundos, separar el trigo de la paja y guiaros por la senda de una vida honrada y moral. Elias Lysander se ha cansado de vosotras, rameras de poca monta que infestáis su rebaño como pulgas y por lo que parece cada año que pasa empezáis más y más jóvenes. Está harto de ser la vergüenza del consistorio. Con nuestra ayuda, ya no lo será más: apresamos mujerzuelas por encargo y, de ese modo, el párroco no sigue viendo comprometido su buen nombre. Sólo tenemos que esperar a que amanezca y acercarnos al tribunal, donde haremos una parada breve antes de proseguir a lo largo de la bahía de Gullfjärden. No tendrás que esperar mucho, ya lo verás.

Anna Stina no se ha atrevido a hacer preguntas cuyas respuestas ya conoce, pero ya no puede aguantar más. Lo hace con un hilo de voz.

—¿Qué queréis de mí? ¿Adónde me llevaréis?

—Queremos que te vuelvas mejor persona. No, miento: el Mudo y yo queremos que nos paguen por haberte atrapado y no podría importarnos menos lo que te espera.

El Mudo emite un sonido a medio camino entre una risa y un estertor mientras Fischer continúa:

—¿Y cuál es tu destino? Te atarán con una soga, Anna Stina Knapp, y te llevarán a la prisión: eres una palomilla a la que acaban de arrancarle las alas.

Todo sucede tan deprisa como ha anunciado Fischer. La conducen colina abajo, envuelta en el aire preñado de rocío y con una cuerda atada a la muñeca, entre los comentarios burlones de los limpiadores de letrinas, que quizá hayan vivido algo parecido años atrás. La espera ante el tribunal es un proceso que concluye en cuestión de minutos con una declaración escrita de Lysander como única prueba y un par de comentarios de Fischer por todo alegato. Con unas cuantas palabras del juez, el destino de Anna Stina Knapp queda sellado.

La ha declarado culpable de prostitución. Su traslado a la prisión se considera urgente, además, porque ha perdido a su única tutora y el tendero Efraim Jansson no quiere saber nada más de ella, de modo que no tiene sustento alguno. El juez, rubicundo y aún hinchado por haberse levantado hace poco de la cama, caza un piojo bajo su camisa mientras añade mecánicamente:

—Es la esperanza de este tribunal que las competencias que Knapp va a adquirir como hilandera en la prisión le sirvan como base para un futuro empleo en la industria textil. Teniendo presente lo anterior, la sentencia será de un año y medio, período tras el cual se habrá convertido en una trabajadora medianamente preparada.

Riéndose de sus propias palabras deja caer el mazo. Sacude el piojo de la mesa y luego se limpia la mano en el borde de la toga.

Se llevan a Anna Stina antes de que le dé tiempo a protestar o hacer preguntas. A sus espaldas hay una larga fila de guardias dispuestos a exhibir ante la ley el botín de la noche. La conducen en silencio entre las filas de hombres y mujeres, algunos tan ebrios que apenas se tienen en pie, otros lamiéndose las heridas de las peleas de hace apenas unas horas. Ante los juzgados se halla la explanada de Ryssgårdén. Fischer bosteza bajo el sol de la mañana, se despereza poniéndose las manos en los riñones y estira la pierna tiesa.

—Que me aspen si voy a ir andando hasta Långholmen. Paremos a alguien para que nos lleve.

El Mudo asiente con la cabeza. Fischer trata en vano de volver a encender su pipa rota; se detiene al ver un carro cargado de leña que llega del puerto tirado a ritmo tranquilo por un buey. Se acerca a toda prisa a hablar con el carretero y, tras un breve intercambio de palabras, hace unas señas al Mudo: hay sitio para ellos en la parte de atrás, sobre los troncos recién talados. Fischer ata un extremo de la cuerda que sujeta a Anna Stina a uno de los travesaños que sirven de barandilla para el cargamento.

—Vamos a tener una pasajera más. El Mudo sólo tardará un momento en ir a buscarla.

Cuando el Mudo vuelve a salir por la puerta del juzgado, es a Karin Ersson, la Dragona, a quien lleva atada de una cuerda. Fischer asiente con la cabeza al advertir que Anna Stina la ha reconocido.

—La hemos añadido al paquete gracias a la tarada del cesto. Nos costó poco capturarla: sólo

hemos tenido que seguir los gruñidos de un alfarero calenturiento para pillarla in fraganti.

Cuando el Mudo se aproxima, Anna Stina ve a la Dragona de cerca por primera vez en mucho tiempo. Su vestido está manchado de barro seco. Tiene una pronunciada joroba en un hombro (por su propio bien, las vendedoras novatas aprenden enseguida a reconocer su peculiar silueta desde lejos). La Dragona tiene peor aspecto que la última vez que la vio: su delgadez ha mudado en franca flacura durante el invierno. Su cabello está apelmazado, y tan polvoriento que parece que le hubieran salido canas prematuras. En su nuca puede verse una costra de sangre seca. Lleva la ropa raída, va descalza y tiene los pies llenos de llagas. Debe de llevar semanas durmiendo a la intemperie. Sus gélidos ojos azules parecen muy abiertos y fijos. Anna Stina ha visto la misma expresión en los osos encadenados a los que sus domadores obligan a bailar en Djurgården: una ira apenas contenida, llena de impotencia, pero siempre presta a estallar, como el azufre cuando se le acerca una llama; una rabia dolorosamente construida para mantener a raya el miedo.

El Mudo empuja a la Dragona para hacerla subir al carro y ella dirige una mirada rápida y furtiva a Anna Stina antes de buscar un sitio donde sentarse. El carretero chasquea la lengua y el carro emprende la marcha colina arriba en dirección a Hornsgatan. El camino pasa frente a la prisión de deudores antes de describir una curva y descender hacia Hornstullsgatan, pasando por delante de los molinos de Gubbuskvarnen y Alman. Cuando tuercen hacia la izquierda, Anna Stina ve por primera vez la prisión de Långholmen, al otro lado del puente que todo el mundo conoce como el Puente de los Suspiros.

La isla es pedregosa y yerma: la poca tierra que cubre las piedras no es suficiente para sustentar vida alguna. Al otro lado del puente puede verse un grupo de edificios. Anna Stina no ha visto nada parecido ni en Santa María Magdalena ni en Santa Catalina. Entre ellos se alza el campanario de la capilla de la prisión, coronado por una cruz y con una solitaria campana negra. Detrás está la prisión en sí, con dos alas cuyas ventanas están protegidas por barrotes.

Los viejos dicen que ciertos lugares tienen su propia memoria y su propio poder. Anna Stina lo cree también: ha sentido escalofríos al pasar cerca del patíbulo de Hammarby y de los cementerios de los muertos por la peste, ha percibido el miedo residual que flota cerca del burro español y la picota.

Incluso cerca de las manufacturas ha notado algo, como si las piedras mismas rezumaran una reticencia sorda. Ahora, al cruzar el puente, experimenta un aluvión de sensaciones parecidas. Desde detrás de las paredes de la prisión, una oleada de odio inveterado se abate sobre ella, un odio que lleva fraguándose mucho tiempo: mucha gente ha sufrido allí.

De pronto, un sonido que llega desde la izquierda la sorprende, un sonido que nunca habría esperado oír en un sitio tan lúgubre: alguien canta. La voz llega nítida en la calma de la mañana; se nota que quien canta debió de tener un talento considerable en su juventud. Aunque su voz de bajo ha perdido gran parte de su poder, la entonación es perfecta.

El Dios de la noche prepara su presa...

El canto procede de la ventana abierta de una gran casa solariega junto al camino. La fachada es del mismo vitriolo amarillo que se ve en todas partes en Stadsholmen, aunque deteriorado por la cercanía del agua. La humedad y las heladas han hundido sus dedos y desprendido grandes trozos

de yeso. Cuando el carro se aproxima al edificio principal, Anna Stina repara en que éste se encuentra en condiciones similares. La voz se desvanece a sus espaldas.

En lo profundo del abismo, ahí encontraré el camino...

El carretero detiene el buey. Fischer y el Mudo desatan a la Dragona y a Anna Stina y las hacen bajar. Fischer mira a ambos lados antes de dirigirse al carretero.

—Bueno, amigo, ha llegado el momento de que recibas tu paga. Chicas, haced el favor de levantaros la falda para este buen hombre; venga, no seáis rancias y dadle una buena propina.

La Dragona titubea, pero se encoge de hombros, suelta una carcajada y hace lo que le han dicho mientras le guiña un ojo y saca la lengua. Anna Stina nota que la invade el mismo sentimiento que tuvo frente a Lysander: un resentimiento feroz ante lo que pretenden arrebatarle, eso tan insignificante a los ojos de todos, pero de infinita importancia para ella. Una vez más, se queda como paralizada. Aprieta los puños tan fuerte que las uñas se le clavan en las palmas. El carretero la señala con un dedo acusador y se queja en voz muy alta.

—¿Y qué pasa con ésa de ahí? A la primera no vale la pena mirarla; si hubiera estado ella sola, ni siquiera habría accedido a venir hasta aquí.

Fischer lanza una mirada asesina a Anna Stina y, sin decir una palabra, hace una señal al Mudo, que se suelta el garrote del cinto. En ese preciso momento, una puerta se abre tras ellos y sale un hombre vestido con sotana negra de sacerdote. Se detiene al ver al grupito junto al carro y se pone a mirarlos con expresión inquisitiva. Es alto y delgado, con el pelo entrecano y de punta. Sus ojos son tan grandes y saltones que sus pupilas parecen dos islas en el centro de un mar blanco. Parpadea con una regularidad asombrosa: por lo visto se ha dado cuenta de que allí pasa algo raro. Se acerca y pregunta:

—¿Y bien?

Fischer se quita la gorra azul y contesta con tono deferente:

—Somos Fischer y el Mudo, números doce y veinticinco del cuerpo de guardias. Venimos a poner a estas dos nuevas hilanderas al cuidado del inspector Björkman.

El pastor suelta un bufido y se acerca aún más, hasta que la punta de su nariz queda apenas a un dedo de distancia de la de Fischer. Este último se ve obligado a clavar los talones para no retroceder.

—¿Al cuidado del inspector Björkman, dices? Supongo que no te referirás al mismo inspector Björkman que se pasa el día cantando a grito pelado esas viejas arias estúpidas y completamente olvidadas, quizá como homenaje al difunto monarca que lo puso en este cargo para proporcionarle recursos suficientes para dar rienda suelta a la glotonería, que es su pecado favorito, dejando de lado la borrachera y la masturbación, claro. No te referirás a ese inspector Björkman, ¿verdad?

Fischer se endereza sin saber qué responder. Sus ojos parecen a punto de lagrimear en el intento de aguantar la mirada del pastor.

—Por lo visto se te ha comido la lengua el gato. Permíteme que te ilustre para que puedas responder cuando alguien saque a relucir de nuevo al inspector Björkman: Björkman es un rufián, un cabrón, un canalla que no dudaría en meterse en el campo y violar a las becerras hasta que sus bramidos asustaran a las buenas gentes del barrio de la parroquia de Santa María Magdalena.

La voz del pastor sube de volumen a medida que habla. Cada vez que pronuncia una consonante dispara perdigones de saliva. A dos metros de distancia y pese a la brisa que sopla del canal,

Anna Stina puede oler el alcohol en su aliento: de pronto se da cuenta de que no ha sido la intensidad de la mirada del pastor lo que ha hecho lagrimear a Fischer.

—Ahora bien, a juzgar por tu panza, es posible que tú estés cortado por el mismo rasero. —El pastor ha empezado a rodear a Fischer con las manos a la espalda, como un profesor severo en plena inspección—. Dime, Fischer, ¿has mirado con anhelo a los animales del campo en el camino hasta aquí? Quizá has deseado saltar las vallas y ocupar el sitio de un toro con el trasero al aire. Las bestias no están formalmente bajo mi supervisión, y si tienen almas o no que puedan salvarse es una cuestión que dejo en manos de hombres más sabios, pero te prometo que si se da el caso votaré a favor de que te vayas al infierno sin más dilación. De hecho, es precisamente ahí adonde te animo a ir ahora mismo, y rápido, en cuanto hayas entregado tu carga en la puerta de la hilandería.

Fischer, con la frente perlada de sudor por los esfuerzos que hace para contenerse, se acerca a toda prisa a Anna Stina para desatarla y a continuación le acerca los labios al oído para susurrarle unas palabras de despedida.

—Si volvemos a vernos, Anna Stina Knapp, ruega a los dioses que seas tú quien me vea primero.

Las empuja hacia las puertas, donde espera un guardia con idéntico uniforme azul. Tras mirar al pastor alejarse en dirección a la casa junto al puente con paso inseguro y murmurando para sí como si siguiera reprendiéndolo, escupe por encima del hombro.

—De modo que ése es el pastor Neander. Había oído decir que se había vuelto loco, ahora no me cabe duda.

El guardia de la entrada, un tipo de mediana edad con la piel chamuscada, completamente calvo y sin cejas, suelta una risita maliciosa.

—Lo siento mucho. Todos los que se cruzan con Neander cuando está de mal humor sufren el mismo trato.

—¿Cuál es su problema?

—Aparte de que está como una regadera, se ha enterado hace poco de que Björkman, nuestro bajo favorito e inspector de esta prisión, ha presentado su dimisión y tiene intención de retirarse a Savonia.

—Dados sus sentimientos hacia el inspector, cabría pensar que se alegraría de su marcha.

—Esos dos tienen una relación complicada. El pastor se ha pasado años redactando feroces cartas de protesta contra Björkman a todas las autoridades que a uno se le pueda ocurrir, entre ellas su difunta majestad el rey Gustavo en persona, lo que acabó con una multa de veinte riksdalers por haber utilizado en su misiva un tono indigno de los ojos de un monarca. Se dice que brindó con champán en cuanto se enteró de que al rey le habían pegado un tiro. Yo diría que a Neander lo fastidia que Björkman, al irse, se libere de la venganza que tanto tiempo lleva urdiendo contra él.

—¿Y quién será el sustituto de Björkman?

—Nadie lo sabe, pero esta cuestión podría demorarse hasta el otoño, y quizá ni siquiera entonces se resuelva: ¿quién diantre querría instalarse en esta mísera isla? Björkman lleva veinte años sin cumplir con sus obligaciones, es cierto, pero quizá por eso no se ha vuelto loco. Apenas lo he visto por la prisión desde el invierno pasado. Neander se limita a decir las oraciones de la mañana y de la noche, normalmente tan borracho que apenas consigue recitarlas de corrido, y en cualquier caso las reclusas le importan un pimiento a menos que le sirvan de munición en su batalla contra Björkman. Sea como fuere, quien dirige este sitio es Pettersson, como ya sabrás, y

eso difícilmente va a cambiar por mucho que tengamos un nuevo inspector.

—Demonios, menudo sitio de mierda. Sabe Dios que no tengo muchas cosas por las que sentirme agradecido, pero haber podido evitar este nido de víboras es una de ellas. Aquí tienes a tus dos nuevas hilanderas, fulanas ambas. Mucha suerte, muchachas.

Fischer se lleva la mano a la sien, se vuelve en redondo y sale renqueando por la puerta.

El guardia de la cara chamuscada llama a un colega más joven, abre el cerrojo y permite que los tres entren en el patio interior en cuyo centro hay un pozo con una bomba. Cuando Anna Stina mira el pequeño cuadrado de cielo en lo alto, le parece tan lejano como si lo viera desde el fondo de un barranco. A través de las ventanas de las dos alas, todas con barrotes, se ve a unas figuras sombrías inclinadas sobre su trabajo. En el otro extremo del patio se alza un edificio más antiguo, parecido a las casas señoriales que Anna Stina ha visto en los alrededores de Södermalm, construidas más de un siglo antes para el disfrute de los ricos. Debía de estar allí y pasó a formar parte de la fábrica al edificarse el resto. Los guardias se detienen sobre la gravilla. Ahí deben esperar al alcaide.

El hombre no parece tener prisa. La Dragona, por su parte, en caso de que sienta la misma aprensión que Anna Stina, no lo demuestra y se dedica a importunar a uno de los centinelas que han recibido la orden de custodiarlas. No para de dar brincos y preguntar por las letrinas. El centinela se encoge de hombros.

—Si tienes algo de sentido común, será mejor que guardes silencio. Petter Pettersson no tardará en llegar y más te vale no provocarlo.

La Dragona le lanza una mirada furiosa y en cuanto se vuelve le hace una mueca. Continúa la espera.

El alcaide es un tipo enorme con unos hombros más anchos de lo que Anna Stina podría abarcar con los dos brazos extendidos. El uniforme azul le queda pequeño y lleva la casaca abierta. Ella duda de que pudiera abrochársela aunque quisiera. Suda profusamente. La cara grande y redonda parece partida horizontalmente por la boca, que le llega de oreja a oreja. La nariz es ancha y respingona como un hocico, y los ojos, hundidos en la carne abotargada, miran con intensidad. Lleva la gruesa mata de pelo sujeta en la nuca con un nudo prieto. Tiene la piel cubierta de viejas cicatrices y la voz grave y ronca.

—Bienvenidas a nuestra humilde morada, mis polluelas. Me llamo Pettersson y soy alcaide de este lugar junto con mi colega Hybinett. Se os ha enviado aquí para enmendar vuestro comportamiento. ¿Cómo os llamáis?

Quien responde es el guardia más joven.

—Anna Stina Knapp, Karin Ersson.

Pettersson las examina a ambas. Anna Stina baja la vista, como sabe que prefieren esa clase de hombres. La Dragona lo mira a los ojos, desafiante y, sin moverse del sitio, se menea para dar a entender que tiene necesidades acuciantes. Pettersson la señala con una mano grande como un jamón ahumado.

—¿Qué le pasa a la señorita Ersson?

—Dice que necesita orinar.

—No me diga, señorita Ersson. Por supuesto, está acostumbrada a correr por ahí y a mear

cuando le da la gana, como una bestia salvaje.

La Dragona espera un poco antes de responder. Anna Stina oye el desafío tácito que entrañan las palabras de Pettersson, aunque las ha pronunciado en un tono de sorna, y ruega en silencio que Karin Ersson tenga el sentido común suficiente como para no recoger el guante que le han lanzado. Pero lo hace. Ladea la cabeza y suelta su respuesta.

—No entiendo por qué es asunto de nadie cómo vacío mi vejiga.

Las comisuras de la boca de Petter Pettersson se alzan en una sonrisa que a Anna Stina le produce un escalofrío: como un gordo gato de campo con un ratón en sus garras. Se pasa lentamente la lengua por los labios mientras se acerca a la Dragona.

—Deja que te eche un vistazo.

Coge a Karin por la barbilla y le vuelve la cara hacia la luz.

—He conocido muchas chicas como tú, Ersson. Sois el alma de las tabernas y los burdeles de la ciudad. ¿Te gusta bailar?

Anna Stina quiere decirle que no muerda el anzuelo, que mantenga la boca cerrada y confíe en que él se aburra de ese juego, pero no puede hacer nada. La Dragona esboza una sonrisa confiada.

—Me sé un par de pasos.

Pettersson finge admiración y se vuelve hacia su colega.

—¿No es lo que yo pensaba? Conozco muy bien a mis chicas. ¿Eres una bailarina experta, Ersson, o te apoyas en tu compañero como un saco de harina y te cansas al cabo de un par de polskas?

La Dragona suelta una carcajada maliciosa.

—¡Tiene delante a alguien capaz de bailar toda la noche mientras otros se agotan y caen rendidos!

Pettersson asiente.

—¡No me digas! Me gustaría tomarte la palabra, pero sé por experiencia que la gente a menudo sobreestima sus habilidades. ¿Te importaría bailar un poco aquí mismo, para mí?

La Dragona titubea y no se le ocurre otra cosa que dar unos brincos sin moverse del sitio. Pettersson niega con la cabeza.

—No, no. Alrededor del pozo. Así lo hacemos aquí en Långholmen. ¿Por qué no bailas alrededor un par de veces y así vemos lo bien que se te da?

Le ofrece el brazo, se inclina ante ella doblando una rodilla y arrastrando un pie. Ella deja que la lleve hasta el pozo. La bomba se apoya sobre una pila de piedra para recoger el agua que se derrame. Al principio, la Dragona parece vacilar, pero entonces hace acopio de toda su determinación y, con una sonrisa, coloca los brazos alrededor de un compañero invisible y empieza a bailar rodeando el pozo al compás de una música que sólo ella puede oír. Pettersson silba y aplaude.

—¡Vaya! ¿Qué te parece? Resulta que la señorita Ersson sí que sabe bailar. ¿Podemos pedirle que dé otra vuelta con el mismo entusiasmo?

La segunda vuelta se parece mucho a la primera, pero cuando Pettersson pide una tercera y una cuarta la novedad se ha esfumado. La Dragona se ha cansado del juego, los brazos le cuelgan en los costados y su ritmo empieza a decaer. Cuando Pettersson aplaude y pide una vuelta más alrededor del pozo, ella aminora el paso hasta detenerse y cruza los brazos sobre el pecho.

—Ya está bien de baile. Ya no es divertido y aún necesito ir a la letrina, a la vuelta de la esquina o a un arbusto, si es todo lo que hay.

Sin dejar de mirar fijamente a Karin Ersson, Pettersson chasquea los dedos al guardia que está

junto a Anna Stina, que atraviesa el patio y cruza las puertas de una de las alas sin decir una palabra. Cuando Petterssen vuelve a hablar, en su voz no queda el menor rastro de buen humor.

—Ya irás a mear después. Ahora baila. Vamos, Ersson, da otra vuelta. Löff, el guardia, estará de vuelta enseguida y te traerá una pequeña sorpresa, pero te da tiempo de dar otra vuelta. Incluso dos, con un poco de suerte.

Los movimientos de Karin ya no son de baile; más bien parece que marchara dando algún que otro saltito esporádico. Cuando el guardia Löff regresa, lleva un pequeño saco al hombro. Petterssen se acerca, Löff le tiende el saco y él vuelve hasta donde está la Dragona y lo sostiene delante de sus ojos con un brazo tan grueso como el tronco de un árbol.

—Aquí vive el Maestro Erik. Dentro de un momento os presentaré. —Del interior del saco extrae una larga correa de cuero trenzado de unas dos varas de largo—. Puede que no hayas visto antes un látigo: aquí lo tienes. No necesitaremos la ayuda del Maestro Erik siempre y cuando mantengas el ritmo. Ahora, da otra vuelta; con un poco más de entusiasmo, si no te importa.

La Dragona da tres vueltas y media más antes de que Petterssen le dé el primer azote. Ha aminorado tanto el paso que a él no le cuesta alcanzarla con sus pesadas botas. El chasquido del látigo resuena entre las paredes del patio seguido del grito de Karin. La delgada tira de piel del extremo del látigo la ha alcanzado en el tobillo y le ha dejado una marca roja. Ella se muerde el labio para contener las lágrimas, pero su respiración angustiada revela que está al borde del llanto. Petterssen también se ha dado cuenta.

—Huy, pero si no ha sido nada, Ersson. El Maestro Erik puede hacer mucho más daño. Sigue bailando y ya veremos si es necesario que te enseñe a llevar el paso otra vez.

Las ventanas de alrededor del patio se han llenado de rostros demacrados y pálidos: muertas vivientes. La Dragona da cinco vueltas más antes de recibir otro latigazo, esta vez en una pantorrilla y tan fuerte que la hace sangrar. Siete vueltas más tarde, la Dragona pierde el control de su vejiga; continúa bailando con el vestido mojado. La sal hace que le escuezan las heridas. Se echa a llorar, al principio de forma casi imperceptible, luego cada vez más fuerte. Poco después resulta imposible distinguir sus sollozos de los gritos que siguen a cada latigazo. Suplica y gime, promete a Petterssen una cosa tras otra, pero él la ignora. Al final, simplemente llama a su madre con gritos desgarradores. Toda la resistencia que la Dragona ha ido desarrollando con los años en las calles de Santa María Magdalena va desapareciendo poco a poco bajo el látigo, como si Petterssen estuviera pelando una de las cebollas del cesto de Anna Stina. Por fin, al cabo de dos horas, sólo queda una niña aterrorizada que ya sólo es capaz de gatear mientras Petterssen sigue azotándola en las pantorrillas y la espalda. Cuando el sol llega a su cenit, la campana de la torre empieza a repicar. Anna Stina, por su parte, ha permanecido durante todo aquel espectáculo con los ojos cerrados y las piernas temblorosas por el esfuerzo de estar de pie sin moverse, experimentando el fenómeno opuesto: mientras oía cómo un hombre monstruoso con la ley de su parte atormentaba a una pobre chica por puro placer sin que nadie moviera un dedo para defenderla, una dura coraza se iba formando a su alrededor. Petterssen es de la misma calaña que Anders Petter, que Lysander, que el juez, que el Mudo, que Fischer. Mientras la Dragona iba trazando un círculo de sangre alrededor del pozo, Anna Stina se juraba una y otra vez que jamás volvería a ser una chica indefensa, independientemente de cómo la viera el mundo.

En su pensamiento y acción se ha propuesto abandonar ese lugar terrible antes de perder su propia identidad y ser una más en aquel rebaño de muertas vivientes. Para Karin Ersson ya es

demasiado tarde: Anna Stina sabe que nunca más volverá a ser la Dragona.

Pettersson jadea mientras su pecho enorme se hincha como un fuelle bajo su camisa, en parte por el esfuerzo, pero sobre todo, como Anna Stina comprende con espanto, por la excitación. Se detiene para enjugarse el sudor de la frente y ve a Anna Stina muy quieta cerca de Löf, que se está quedando dormido de pie bajo el calor del mediodía.

—¡Eh, Jonatan! Llévate a ésa y enséñale su cama, su cuenco y su rueca. Y tráeme una botella cuando vuelvas: la doma da mucha sed y tengo la impresión de que Ersson aún es capaz de bailar un par de valeses más, aunque al mirarla nadie lo diría.

Anna Stina se adapta poco a poco a la rutina de la prisión de mujeres. Su tarea es hilar, hora tras hora, en una rueca colocada junto a otras muchas idénticas. Las levantan a las cuatro de la madrugada para la oración matutina, a cargo del pastor que las recibió al llegar. Suele tener tanta resaca que las manos le tiemblan mientras está en el púlpito. Luego desayunan unos mendrugos de pan y un poco de cerveza en las mismas salas de trabajo donde también duermen por la noche en estrechos catres que se alinean contra las paredes. El almuerzo se sirve a las doce, y la cena cuando se da por concluida la jornada de trabajo, a las nueve de la noche. En ambos casos se trata de duros trozos de carne en salmuera y arenque de la peor calidad acompañado de copos de avena reblandecidos y nabos. La comida se sirve en viejas bandejas de madera que comparten entre cuatro. La ración es tan exigua que ninguna quedaría saciada aunque se la comiera entera. Anna Stina no tarda en descubrir por qué. En todas las comidas está presente un guardia con un gran cuaderno al que se le pueden pedir más alimentos. Como las hilanderas reciben un pequeño salario, se espera que adquieran las cosas de comer que no se sirven gratis: mantequilla, queso, leche, carne que no lleve meses en salmuera. Todas lo hacen: la única alternativa es enfrentarse a una muerte lenta por inanición.

Su trabajo se mide en «bobinas»: cada carrete de tres mil anas de Baviera de hilo devanado. Anna Stina emplea toda la primera jornada en hilar mil anas. Siempre le ha sido más fácil utilizar la mano izquierda que la derecha, por eso le cuesta aprender los movimientos que hacen funcionar la rueca. Las fibras retorcidas que manejan sus dedos son o muy gruesas o muy finas, y la hebra se le rompe una y otra vez. Entonces tiene que volver a unirla, y hacerlo de prisa porque el capataz deambula entre ellas para ver cómo trabajan. Si no empieza pronto a hilar más rápido y mejor, no conseguirá comida suficiente, y si no come no tendrá fuerzas para hilar. Pasar hambre no le es ajeno y sabe demasiado bien que el hambre ralentiza tanto la mente como el cuerpo.

Las otras tres reclusas que comparten bandeja con ella tienen edades distintas. Una es una anciana, y está tan encorvada que su cuerpo parece haberse amoldado a la rueca, como si a estas alturas todo su ser estuviera dedicado a esa tarea y no sirviera para nada más. No deja de murmurar para sí mientras trabaja. Una membrana blanca y lechosa le cubre un ojo; el otro mira fijamente el vacío. Sus manos se mueven como si tuvieran vida propia.

Otra debe de tener la misma edad que Maja, su madre. Es flaca y nerviosa. Cada vez que el guardia hace la ronda, ella mira fijamente la vara y su respiración se vuelve rápida y entrecortada. Cuando lo tiene detrás, encoge los hombros como para protegerse de un golpe repentino. A veces tiembla sin motivo y de forma tan violenta que la hebra de lana que tiene en las manos se desgarran en dos.

La tercera no es mucho mayor que Anna Stina, tiene el cabello negro azabache y los ojos igual

de oscuros. Se sienta junto a Anna y trabaja con la cabeza gacha, pero sus ojos no paran de moverse. Ocultos bajo el flequillo, van de aquí para allá sin perderse nada. Anna Stina los notó puestos en ella cuando le enseñaron su lugar de trabajo y al empezar a hilar por primera vez, pero al mirarla ella desviaba rápidamente la atención. Ahora, cuando el guardia les da la espalda para hablar con el colega que va a hacer el siguiente turno, Anna Stina se inclina y le dice:

—Enséñame a hilar.

Sin dejar de accionar el pedal que mueve la rueca y enrollar la lana en el carrete, la chica levanta la cara fugazmente por primera vez. Los guardias concluyen su conversación y el recién llegado hace su ronda de ida y vuelta. Cuando está segura de que no puede oírlas, la chica susurra en respuesta:

—Yo te enseño, pero quiero lo que te den por la primera bobina.

El guardia se da la vuelta. Debe de haber oído algo, pero no consigue identificar la fuente y, tras pasear la vista por las veinte mujeres que ocupan la sala, desiste. Pasa un rato hasta que Anna Stina se siente lo bastante segura como para contestar. Ha tenido tiempo para pensar en su contraoferta.

—Puedes quedarte con toda la primera y la mitad de la segunda, pero tendrás que darme un tiempo antes de hacerte el primer pago. —La chica pone cara de escepticismo. Anna Stina la mira a los ojos—. Si no como pronto algo más, ninguna de las dos sacará nada. —La chica se inclina y alarga una mano con el pulgar hacia fuera. Anna Stina titubea un instante y luego le ofrece su pulgar; cuando los dedos de ambas se tocan para sellar el acuerdo, añade—: la primera bovina tiene que estar lista mañana por la noche, pero si el hilo se rompe o tiene nudos, no te pagaré.

La otra chica esboza una sonrisa y suelta un bufido.

—Hecho, pero si te mueres de hambre antes me quedaré con tu vestido y todo lo que dejes.

Gira un poco la rueca para que Anna Stina pueda ver, reduce el ritmo del pedaleo y empieza a trabajar lentamente. Eso ayuda mucho.

Unas horas más tarde, de camino a la oración de la noche, tienen ocasión de hablar, y de nuevo durante la ceremonia, entre susurros. La chica se llama Johanna.

—¿Cuánto te ha caído? —le pregunta.

—Un año y medio.

Johanna suelta una risita sin alegría y luego guarda silencio unos instantes hasta asegurarse de que no ha atraído la atención de los guardias.

—Es obvio que eres una novata: aquí, nuestra condena no se mide en años ni en días, sino en bobinas. Con un año y medio, tu concejal se refería a mil bobinas. Se da por hecho que podemos hilar setecientas bobinas al año si somos aplicadas. Dos al día: seis mil anas. Pero ni siquiera la Cabra, la vieja tuerta que se sienta a nuestro lado, es capaz de hacer eso, y lleva toda la vida intentándolo.

Anna Stina se queda callada mientras hace cálculos. Intenta vislumbrar su futuro próximo, la sensación de la lana en las manos, imaginar cuánto mejorará con la rueca con el paso de los días. Se figura su pie y su mano trabajando a la máxima velocidad y calcula cuánto tiempo le tomará llegar a las mil bobinas. Caer en la cuenta de lo que supone es como recibir un puñetazo en el estómago.

—¡Tres años! O incluso más...

El silencio de Johanna es elocuente: es el silencio de alguien que un día hizo esos mismos cálculos y recuerda la sensación. Se encoge de hombros.

—Quizá cuatro o cinco. Si te metes en problemas aquí dentro, lo primero que harán es partirte

los dedos, y entonces hilarás una bobina por semana y tendrás que robar para no morir de hambre. Y si te pillan haciéndolo, se añadirá tiempo a tu sentencia.

En torno a ellas, las demás internas dan cabezadas intentando ganar unos minutos de sueño antes de que los guardias que patrullan blandiendo varas largas por el pasillo las descubran. Anna Stina y Johanna guardan silencio mientras el pastor Neander lee pasajes de la Biblia arrastrando las palabras. Por fin, Johanna vuelve a susurrarle al oído:

—¿Y por qué te mandaron aquí?

—Por prostitución, pero soy inocente. ¿Y a ti?

—Quién iba a decir que habría dos inocentes aquí, ¡y en ruecas contiguas! —Vuelve a encogerse de hombros y después continúa—: Aquí hay asesinas y ladronas, yo no hice más que acostarme con hombres a cambio de unos peniques.

Muy por encima del patio, las estrellas se abren paso lentamente en el crepúsculo pálido. Los guardias escoltan a las reclusas desde la iglesia hasta las habitaciones y después de cerrar con llave las puertas de los dormitorios, se van llevándose sus faroles y dejándolas a oscuras. Fuera, la noche primaveral es lo bastante clara para que se filtre algo de luz a través de las ventanas y se proyecte en el suelo la sombra de los barrotes. Anna Stina permanece despierta. El colchón de heno apesta y está plagado de piojos. Las ratas corretean en busca de las migajas que se hayan podido caer. Al oscurecer, las hilanderas se relajan y disminuye el autocontrol que han mantenido a duras penas mientras brillaba el sol. A muchas se las oye gemir o llorar mientras otras roncan, se sorben la nariz o hablan en sueños. Anna Stina también nota el escozor de las lágrimas, pero recuerda la promesa que se ha hecho y mira fijamente el techo. Al poco rato, formas y colores empiezan a danzar ante sus ojos. Johanna ocupa el catre junto al suyo.

—¿Estás despierta? —le susurra Anna Stina en la oscuridad.

Tarda en obtener respuesta.

—Sí. Cuesta dormir por las noches aunque la jornada de trabajo sea larga.

—¿Quiénes son las otras dos que comen con nosotras?

Johanna suelta un suspiro. Es probable que esté valorando las ventajas de quedarse dormida frente a la novedad de distraerse pensando en otra cosa. Le lleva un tiempo decidirse.

—Una es Lisa. No está bien de la cabeza. Estuvo casada, pero dicen que su marido la volvió loca. Una mañana la encontraron caminando por la calle como Dios la trajo al mundo. Podrían haberla llevado al hospital de Danviken, pero la mandaron aquí. No hila lo bastante deprisa. Ya está muy flaca. Hay una apuesta en marcha: a ver si sobrevive hasta que caiga la última hoja del castaño del jardín. Alguien sugirió fijar como límite la primera nevada, pero nadie quiso apostar.

—¿Y la vieja?

—La llaman la Cabra porque tiene barba y porque no para de meterse pedacitos de lana en la boca para masticarlos. Rara vez habla con nadie, aunque siempre está hablando sola o con gente que sólo ella ve. Es la que lleva aquí más tiempo. Se acuerda de cómo era este sitio cuando sólo existía la mansión Ahlstedt, antes de que construyeran las alas y la capilla. Nos tienen separadas, ¿sabes? Fulanas y ladronas por un lado y las que han hecho cosas peores por el otro. Pues bien, la Cabra estuvo con las peores durante años, y sólo ahora que es vieja e inofensiva han decidido trasladarla aquí, de donde todo indica que saldrá muy pronto..., con los pies por delante.

—¿Sabes qué hizo para acabar en este sitio?

—Dicen que arrojó a sus hijos a un pozo.

Se quedan tumbadas un rato en silencio.

—Johanna, no puedo quedarme aquí. —Como no obtiene respuesta, agrega—: ¡Tiene que haber algún modo de escapar!

Vuelve a oír la risita amarga.

—No lo ha habido, al menos últimamente. El año pasado dos mujeres del rincón suroeste se las apañaron para quitar un barrote de la ventana. Hubo siete que se atrevieron a saltar, echar a correr y cruzar el puente. Se armó un escándalo y fue la única vez que he visto al inspector en persona en la prisión. Tiene una voz bonita, pero hay que ver cómo gritaba y chillaba. Examinaron todas las ventanas y sustituyeron los barrotes oxidados por otros nuevos. Numeraron las llaves y trajeron más guardias para vigilarnos. Con sólo que mires hacia donde no debes te cae un golpe de vara. Desde entonces, nadie ha conseguido escapar.

Anna Stina siente que la poca esperanza que queda se agita como la llama de una vela bajo la brisa. Pero, pasado un rato, Johanna añade algo más:

—Bueno, de hecho sí hubo una. Se llamaba Alma. Alma Gustafsdotter. Estaba en el mismo grupo que la Cabra, antes de que yo ocupara su lugar. Deberías saber que las que consiguen huir no tardan mucho en acabar aquí otra vez: los guardias sólo tienen que dar un par de vueltas por sus antiguos barrios para encontrarlas, atarles una cuerda al brazo y arrastrarlas de regreso a la rueca. Pero con Alma no fue así: simplemente desapareció y nadie sabe cómo lo hizo.

Desde la bahía les llega el lastimero graznido de un somorgujo. Maja Knapp siempre decía que no eran pájaros los que producían esos sonidos, sino los marineros ahogados gritando desde las profundidades porque anhelaban estar en tierra consagrada.

Transcurren dos semanas antes de que Anna Stina se reencuentre con la Dragona, pero cuando la ve se da cuenta de que perfectamente podría no haberla reconocido en medio de las otras. Su cuerpo larguirucho parece ahora mucho más encorvado, casi encogido. Tiene una pierna torcida y renquea al caminar. Cada trozo de piel visible bajo su vestido tiene tonalidades distintas que van del negro azulado al amarillo o heridas a medio cicatrizar. Tiembla constantemente. La han convertido en una anciana en cuestión de días. Cuando su mirada se encuentra con la de Anna Stina, no da indicios de saber de quién se trata. Si no deja de temblar, no podrá hilar, y Anna Stina ya ha visto las consecuencias de algo así en otras hilanderas de su propia sala: empiezan a ir más despacio hasta que, al final, las vence la apatía y apenas tocan la lana a menos que los guardias las amenacen con la vara. Hilan cada vez menos, ganan poco, no pueden comprar comida extra y, según pasan los días, van quedándose en los huesos. Al final, se derrumban y se las llevan a la enfermería para una corta estadía camino de la tumba.

Anna Stina empieza a llevar un poco de queso y pan escondido en la manga del vestido, y cuando pasa junto a la Dragona en el patio intenta dárselos sin que la pillen los guardias. Pero la Dragona, confusa y asustada, se aparta como si fuera a pegarle. El alcaide, Petter Pettersson, parece muy satisfecho de ver lo dócil que se ha vuelto la chica descarada que llegó apenas dos semanas atrás. Se divierte acercándose a ella con sigilo para luego abordarla de un salto y asustarla. Los guardias se ríen y actúan como sus compinches, pero ninguno alcanza el nivel de Pettersson a la hora de disfrutar poniendo castigos y blandiendo al Maestro Erik.

Johanna le susurra que se han empezado a hacer apuestas sobre Karin Ersson. Ni siquiera come lo que le sirven, ni defiende su plato de las otras. Si logra aguantar dos semanas más, será un milagro. Para Anna Stina, es una confirmación de lo que ya sabía: quizá Karin Ersson vaya más rápido, pero en realidad sólo acelera el paso por la senda que tarde o temprano recorrerá la mayoría de ellas. Las hilanderas tienen que ser liberadas una vez que han producido la cantidad de hilo exigido, pero pocas abandonan Långholmen con vida en el verdadero sentido de la palabra. La mayoría están muertas por dentro aunque sus cuerpos continúen tambaleándose, moldeados de tal forma que sólo se adecuan a actividades semejantes a la de la fábrica. Quizá el endurecimiento que Anna Stina sintió en su interior cuando azotaban a la Dragona fuera la primera fase del proceso: podría ayudarla a sobrevivir, pero a un precio que nadie debería verse obligado a pagar.

Sólo por la noche se atreve a hablar libremente con Johanna, en la sala a oscuras, rodeada de los sollozos de las que están despiertas y los gemidos de las que duermen. Ninguna de las dos se atreve a llamar «amiga» a la otra. Johanna sabe y Anna Stina intuye que las relaciones de esa clase a menudo se convierten en una debilidad: un agujero en la coraza por donde puede colarse el peligro. Allí, quien establece vínculos fuertes probablemente esté pavimentando el camino hacia

el dolor y la traición, así que se contentan con el respeto mutuo. Johanna reconoce a otra superviviente y Anna Stina ha podido comprar información que en otras circunstancias le habría costado mucho más. Tener a alguien con quien hablar es más que suficiente, no es necesario llegar a la confidencia.

—Cuéntame más sobre esa chica que desapareció.

—No sé más de lo que ya te he explicado. Si quieres saber más puedo preguntar por ahí, pero puede ser arriesgado con Pettersson tan alerta. No pienso hacerlo por menos de media bobina.

Ahora que sigue el ejemplo de Johanna, a Anna Stina se le da mejor hilar. Está tan lejos de lograr su cuota como las demás, pero tiene la destreza suficiente para comprar mantequilla y un poco de carne los domingos, así que, a pesar de que media bobina es un precio lo suficientemente alto como para obligarla a irse a la cama con hambre varios días seguidos, la decisión le resulta fácil de tomar.

—Hazlo.

Los sueños de Anna Stina han cambiado muchísimo. Sigue despierta después de que la respiración de Johanna se vuelva profunda y acompasada, mira fijamente al techo y observa cómo sus pensamientos cobran forma. Ve a Anders Petter, a Lysander, al Mudo y a Fischer, al juez y al alcaide, y todos se burlan de ella desde las alturas. El sueño llega con lentitud. Hasta donde le alcanza la memoria, siempre ha soñado con el gran incendio, la catástrofe que Maja Knapp solía describirle para enseñarle los peligros del fuego y, además, porque ella misma no era capaz de liberarse de sus recuerdos. El caso es que el gran incendio fue abriéndose paso hasta sus sueños como una fuente de ansiedad. Ahora, aunque el sueño es más o menos el mismo, los papeles se han intercambiado: ahora, Anna Stina es el Gallo Rojo que lo incendia todo a su paso: la prisión, la capilla, los dormitorios, la mansión y los juzgados. En su estela sólo quedan ruinas calcinadas, y eso la hace sentir una enorme alegría. El horno rugiente que es su estómago consume a sus adversarios y, cuando se despierta sobresaltada en la negrura de la noche, el corazón le palpita con auténtica euforia. El propósito de la prisión es enseñarle a hilar lana e inculcarle valores como la eficiencia y la productividad, pero, más que ninguna otra cosa, está enseñándole a odiar.

El resultado de la investigación de Johanna sólo llega al final de la semana. Anna Stina se ha acostumbrado a escuchar una voz sin rostro susurrándole desde los pies de la cama; lo prefiere así, de ese modo puede imaginarse a Johanna con mejor cara que en la vida real: más sana, más redonda.

—Muchas se acuerdan de Alma Gustafsdotter, aunque no todas estaban aquí entonces: creen que se acuerdan porque han oído historias sobre ella. Hilaba en la misma ala que nosotras y comía en el grupo de la Cabra. Llegó aquí el otoño pasado y desapareció en marzo. Tenía el mal francés y a menudo la mandaban a la enfermería a bañarse. En invierno la acusaron de robar y recibió unos azotes, aunque tuvo la suerte de que no le tocara Pettersson.

—¿Y su fuga?

—Todo el mundo está de acuerdo en una cosa: Alma asistió a la oración de la noche, cenó como todas las demás y estaba tumbada en su catre cuando se llevaron los faroles. Pero por la mañana su catre estaba vacío. Los guardias no sabían qué pensar. Pusieron la sala entera patas

arriba, apilaron los catres en el centro, arrancaron tablas, comprobaron los barrotes de la ventana. Unas horas más tarde vimos a través de los cristales una larga hilera de hombres golpeando los arbustos con varas, pero nunca encontraron a Alma Gustafsdotter.

Anna Stina siente una punzada de decepción: la historia no contiene nada que pueda ayudarla, ninguna pista que pueda guiarla por el mismo camino.

—¿Eso es todo?

Esta vez, cuando Johanna vuelve a hablar, Anna Stina percibe un tono de satisfacción en su voz.

—No es gran cosa para haberte gastado la mitad de las ganancias de un día, ¿no? Tranquila, hay más. He hablado con la que tiene el catre más cercano a la puerta. Por suerte no es una vieja, aunque la verdad es que no es precisamente muy lista tampoco. El caso es que dice que sabe exactamente lo que pasó. Según ella, esa noche la despertó varias veces un ruido: alguien hurgaba en la cerradura de la puerta. Supuso que era un fantasma que deambulaba por la noche buscando saciar su apetito. Según ella, no era ni mucho menos la primera vez que oía esos ruidos y, como otras veces, se limitó a taparse la cabeza con la manta mientras le castañeteaban los dientes. Al final, fuera lo que fuese aquello, logró abrir la puerta: lo supo porque notó la corriente. De nuevo según ella, aquel ser entró a hurtadillas en la habitación, engulló entera a la pobre Alma cobijado por la oscuridad y después regresó al lugar donde está enterrado.

—Dijiste que a Alma la habían acusado de robar algo. ¿Qué fue?

—Por lo que he oído, primero una cuchara de hojalata que jamás recuperaron. Luego unas cajas de medicinas de la enfermería que dijo haber cogido porque le dolían las muelas. Ahora ya sabes tanto como cualquiera sobre Alma Gustafsdotter, sin contar al fantasma hambriento, por supuesto. Sé que no es gran cosa, pero a pesar de todo quiero mi pago.

Allí hay algo, Anna Stina está segura de ello. La cuchara, la enfermería, el dolor de muelas, el traqueteo en la puerta por la noche. Hace una última pregunta:

—¿Has hablado con la Cabra?

—¿Qué va! Hace años que nadie habla con la Cabra: ésa sólo habla consigo misma.

Al día siguiente, después del frugal desayuno, Anna Stina empieza a empujar su rueda poquito a poco para acercarse a la Cabra, que mira fijamente al frente con su ojo sano mientras hila con movimientos automáticos. Anna Stina se esfuerza en oír las palabras que masculla tan bajito que los guardias ni se molestan en hacerla callar. El traqueteo constante de las ruelas la obliga a inclinarse más y a concentrarse al máximo. El murmullo de la Cabra suena como una cantinela sin melodía repetida al ritmo del pedal.

—Tres brazas y tres chapoteos y tres décadas, tres décadas y tres mil anas de lana al día: todas las cosas buenas son tres.

Cuando el guardia abandona la sala un momento, Anna Stina susurra tan cerca como puede del oído de la Cabra:

—¿Tres chapoteos? ¿Te refieres a tus hijos?

La Cabra se echa un poco hacia atrás y pierde el ritmo. Su ojo sano gira y su mirada se posa en Anna Stina como si lo hiciera por primera vez. Al poco, frunce el ceño y continúa hilando. Una vez que ha recuperado el ritmo de trabajo habitual, sigue con su cantinela:

—Tres brazas y tres chapoteos y tres décadas, tres décadas y tres mil anas de lana al día: todas las cosas buenas son tres.

—¿Llevas aquí treinta años?

La Cabra parece distraerse otra vez y vuelve a mirar a Anna Stina.

—¿Recuerdas a Alma Gustafsdotter del otoño y la primavera pasados? ¿La chica que comía en tu grupo?

La Cabra aparenta estar sopesando sus opciones, pero al final se inclina hacia ella con un brillo travieso en el ojo sano.

—Dicen que lo hice porque los odiaba, ¿sabes? Pero fue al revés: fue por amor, para librarlos de todo el sufrimiento que el mundo tenía reservado para ellos. Cada día es peor que el anterior, y por eso estoy contenta. Cada vez que el sol sale, se demuestra que hice lo correcto.

Anna Stina no sabe qué responder. Se limita a asentir con la cabeza. La Cabra le hace un guiño y empieza a hilar otra vez.

—Tres brazas y tres chapoteos y tres décadas, tres décadas y tres mil anas de lana al día: todas las cosas buenas son tres.

A Anna Stina la invade una oleada de desesperanza. La Cabra es otra pista falsa, otra criatura convertida en polvo bajo el yugo de la prisión, útil sólo como extensión de la rueca. No le ve el sentido a arriesgarse a que el guardia la descubra y decide esperar hasta la noche, de modo que coloca su rueca de nuevo en las marcas de tiza originales. Cuando la Cabra empieza a hablarle después de la cena, es lo último que se espera. Lo hace de un modo casi imperceptible, al mismo ritmo monótono que el de la cantinela cuando hila, y lo que dice parece un torrente de recuerdos de sus muchos años en la hilatura.

—Ellos creen que hilar lana es un trabajo duro, pero no saben hasta qué punto. Piensan que no hay mucha comida, pero no tienen ni idea. En 1772, el mismo año en que el rey Gustavo llegó al trono, quisieron ampliar la mansión de Ahlstedt y a las que estábamos aquí nos pusieron a cargar y transportar cosas, pese a que teníamos que seguir hilando para pagar por la comida y la ropa... Troncos y piedras, mortero y yeso... Las mujeres morían como moscas, pero no la vieja María. No, ella era dura, incluso entonces... Se roía los dedos o comía puñados de gravilla cuando no había nada más... Creen que Pettersson es como la peste, pero no está tan loco como el viejo Benedictus... Él, Von Torken y el viejo Johan Wik nos mataban de hambre, nos hacían trabajar hasta morir con la misma eficacia que si estuviéramos cavando nuestras propias tumbas... La vieja María les ha sobrevivido a todos... El inspector tenía que vivir allí, pero todo quedó en nada... — La Cabra sonríe al recordar. Anna Stina baja la vista hacia las garras en que se han transformado sus manos y se estremece al notar que aún tiene marcas de dientes en los dedos—. Aquella primavera sólo conseguimos acabar los sótanos... Fue un bonito verano... Alguien de la prisión de hombres me llevó entre los arbustos, y era un buen tipo. Murió de hambre antes de que se acabara el año, pero aún me acuerdo de él... Seguimos adelante con el edificio durante todo el verano mientras la ciudad celebraba con tambores y salvas de cañón, y luego llegó el otoño y no conseguimos terminar, pese a que Benedictus gruñía y se tiraba de los pelos... Tuve que volver a llevarme muchas de las piedras que había ayudado a transportar. Hubo que hacer un agujero en la pared del sótano para que el agua pudiera salir porque la casa pasaría el invierno sin tejado. Pero no fue suficiente: el agua se coló por todas partes, las paredes se humedecieron... Ahora sólo hay sacos de nabos pudriéndose...

A Anna Stina le lleva un rato comprender el valor de lo que ha oído. Cuando lo hace, la sangre le sube en torrente a la cabeza y tiene que inclinarse más para oír la voz de la Cabra sobre los latidos de su propio corazón.

—María, ¿le contaste todo eso a Alma Gustafsdotter, la chica que se sentaba donde yo me siento ahora?

La Cabra parece sorprendida.

—Tres brazas y tres chapoteos y tres décadas, tres décadas y tres mil anas de lana al día: todas las cosas buenas son tres. Era un buen tipo...

He ahí la solución: en algún lugar hay un sótano con un túnel que atraviesa los cimientos, construido para drenar el agua de lluvia y la nieve fundida mientras el edificio permanecía sin tejado durante el invierno de 1772, y que se pasó por alto una vez que se reemprendió la construcción. Alma Gustafsdotter lo sabía: lo único que necesitaba era un modo de llegar hasta el sótano bajo el manto de la oscuridad, mover los sacos de nabos, reptar unos cuantos codos hacia la libertad y desaparecer para siempre.

Esa noche no consigue dormir. En lugar de insistir, trata de remontarse unos meses atrás, al momento en que el invierno hundía sus garras en Långholmen, cuando el sol apenas conseguía asomar sobre el horizonte para derretir el hielo en la bahía de Riddarefjärden y las reclusas tenían que trabajar en la semipenumbra. El tiempo avanza a rastras, las horas se hacen eternas y Alma Gustafsdotter se siente triste y desesperanzada. Acerca su rueca a la de la Cabra para matar el tiempo escuchando sus murmullos y así se tropieza de repente con una promesa de libertad.

¿Cuánto tiempo llevó a Alma preparar su fuga? Llegó en otoño y desapareció en primavera. Es posible que la Cabra le hubiera contado aquella historia al principio, cuando Alma era una novata, pero en ese caso fue lo bastante lista para esperar a que el terreno se deshelara, pues de otro modo habría corrido el riesgo de encontrar el agujero en la pared bloqueado por el hielo o taponado por un montón de nieve endurecida por los vientos gélidos procedentes del lago. Esperó hasta la primavera.

Anna Stina trata de imaginar las pisadas de Alma Gustafsdotter dirigiéndose al punto en que desapareció: la misma senda que ella debía recorrer ahora. ¿Dónde está situado el sótano? Sospecha que dar con él va a ser lo más sencillo. Formaba parte de una ampliación de la antigua casa solariega, la mansión del cervecero Ahlstedt, que se vendió y transformó en una prisión. El nuevo anexo tenía que estar situado hacia el fondo del terreno. La Cabra había mencionado sacos de nabos, y por lo que ha visto Anna Stina toda la comida se lleva escaleras abajo a la casa antigua. Allí debe de haber una cocina y los víveres se almacenarán cerca. Sin pensarlo dos veces, se levanta de la cama y se acerca a la ventana caminando de puntillas entre las ruecas inmóviles. Apoya la mejilla contra el cristal y trata de escudriñar el exterior en dirección a la mansión de Ahlstedt. No alcanza a ver más allá de la esquina de su ala, pero justo cuando está a punto de abandonar distingue bajo la luz de la luna el tejado del ala donde está, más oscuro, luego la fachada de la antigua mansión y, detrás, un ala más baja que se extiende en otra dirección. ¡Ahí está! Ahí debajo la espera la libertad. Sólo necesita abrirse paso hasta ese lugar.

Los días van transcurriendo y Anna Stina continúa devanando una bobina tras otra, pero ya sin contarlas. Ahora presta más atención a la rutina de los guardias y la organización de la hilatura. Las preocupaciones y las dificultades que en su momento tuvo Alma son ahora las suyas. La primera de ellas es la puerta de la sala, que se cierra cuidadosamente con llave todas las noches. Pasa varias noches dándole vueltas al asunto hasta que consigue poner en orden las piezas de información con las que cuenta. La solución es la cuchara de hojalata por la que Alma fue castigada, pero que nunca se recuperó. Es posible que haya logrado transformarla de algún modo en una llave, y que las muchas visitas nocturnas del fantasma para hurgar en la cerradura fueran los intentos de Alma de probar su obra hasta asegurarse de que encajara bien.

Anna Stina ha aguzado el oído cada vez que los guardias las encierran por las noches. La cerradura está oxidada, la llave que usan es pesada y, a juzgar por el ruido que hace, el mecanismo lleva años sin lubricarse. La hojalata es blanda y Anna Stina duda mucho que una cuchara de ese material pueda llegar a hacer girar el pasador sin doblarse. Quizá Alma conocía un método para endurecer un metal blando. Tal vez por eso robaba medicinas para el dolor de muelas en sus visitas a la enfermería. A Anna Stina eso le da igual: las únicas cucharas que ha visto son de madera, no tiene nada puntiagudo que utilizar y sabe tan poco sobre la hojalata como sobre cerraduras. Aun así, debe encontrar una forma de poder abrir esa puerta por la noche. Ése es el primer obstáculo, el primero de cuatro.

¿Habrán otras puertas cerradas con llave por el camino? Si no se equivoca, Alma se las había apañado con una única llave. La puerta de la mansión Ahlstedt, en lo alto de unas escaleras, a menudo se deja entreabierta para facilitar el acceso de los guardias a sus habitaciones sin tener que cruzar una sala de hilanderas. Si la puerta principal de la mansión no se cierra con llave ni siquiera por las noches, alguien que consiga salir al patio podría entonces entrar en la vieja casona y cruzarla para acceder al sótano. Tuvo que ser eso lo que hizo Alma. ¿Se han revisado desde entonces las rutinas cotidianas, como consecuencia de la indignación de Björkman? De ser así, Anna Stina no ve indicios de ello. En ese caso, una única cerradura le bloquea el camino. El segundo impedimento es conseguir bajar al sótano sin que nadie la descubra.

Encontrar el agujero del antiguo túnel de drenaje en la pared y abrirse paso por él constituye el tercer obstáculo. Los murmullos de la Cabra no han revelado gran cosa acerca de su ubicación exacta. La abertura tiene que ser bastante pequeña si ha pasado inadvertida a los guardias durante veinte años.

Y aunque todo salga según lo planeado, Anna Stina sólo dispondrá de las horas restantes de esa noche para encontrar el camino.

El cuarto y último obstáculo es que no puede volver a los barrios de Santa Catalina o Santa María Magdalena, donde la conocen: será allí, sin duda, donde la buscarán en primer lugar Fischer y el Mudo o sus colegas. Eso le ha dicho Johanna, y no tiene motivos para no confiar en ella. Las que consiguen escapar no tardan en ser llevadas de vuelta, y con bobinas añadidas a su condena. Si Anna Stina consigue traspasar esos muros, debe emprender una nueva vida fuera del alcance de sus adversarios... Y no sabe cómo lo hará.

El domingo, como siempre, el trabajo se suspende para que todas las hilanderas asistan al largo oficio religioso. El pastor Neander, que últimamente ha delegado en el sacristán las oraciones de la noche, está incluso en peor estado que de costumbre. Olvida cuándo hay que cantar los salmos, cuándo hay que decir las oraciones, cuándo hay que esperar la respuesta de las fieles. Llegado el momento de pronunciar el sermón, da un buen trago al vino de consagrar sin preocuparse de que lo estén mirando. Enseguida, coloca la Biblia abierta sobre el atril del púlpito y lee con voz titubeante un pasaje del Evangelio mientras parpadea porque el esfuerzo hace que le lloren los ojos. La lectura es de Mateo, sobre la expulsión de los mercaderes del templo. Todo el mundo conoce el pasaje.

—«Escrito está: “Mi casa, casa de oración será llamada”, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.» —Tras leer esas palabras, Bengt Neander hace una pausa, pensativo de pronto. Bajo las pobladas cejas, sus ojos se oscurecen—. Mi casa: una cueva de ladrones —repite.

Cierra la Biblia de golpe, con tanta fuerza que despierta a las que estaban echándose un

sueñecito clandestino. Todas parecen alarmadas al verlo mirar furibundo hacia los bancos. El sermón continúa y, cuanto más habla Neander, más colérico parece. Su voz aumenta de volumen hasta que acaba gritando sobre fariseos y escribas, sobre mercaderes y romanos, sobre todos aquellos que sacan provecho del sufrimiento de los rectos y los mansos. Después, toca hablar de lo que tiene ante sí en Långholmen. Sonríe amargamente, mostrando sus dientes negros. Sus tentativas de presentar al inspector Hans Björkman como una especie de anticristo se tornan a cada momento menos sutiles: las voces de los adoradores de Satán bien pueden ser hermosas, pero tienen la lengua bífida y han perfeccionado el arte del engaño y la adulación hasta límites insospechados, etcétera. Llegado un punto, ni siquiera la reclusa con menos luces puede ignorar a quién se refiere. En ese momento, el sacristán se siente obligado a salvar a Neander de sí mismo, pero su recurso desesperado de aclararse la garganta sucumbe bajo la voz atronadora del pastor. No le queda otra que hacer sonar la campana antes de hora. Interrumpido por los tañidos, Neander recupera con ciertas dificultades el control de sí mismo.

Como todos los demás, Anna Stina ha escuchado con asombro las diatribas del pastor, pero en un momento dado ha caído en la cuenta de que ese viejo amargado que se refugia cada vez más en la bebida porque piensa que no tendrá ocasión de vengarse podría convertirse en su cuerda de salvamento. Recuerda las palabras del guardia la mañana en que llegaron a Långholmen: tras veinte años de administración desastrosa, los días de Hans Björkman como inspector están a punto de llegar a su fin: no tardará en zarpar hacia Finlandia. Anna Stina consigue a duras penas quedarse sentada en el banco el resto del oficio. Se le ha ocurrido una idea, pero tiene que actuar con rapidez y confiar en que la suerte estará de su parte, pues en cuanto digan «Amén» los guardias harán salir a las hilanderas al patio y de ahí las conducirán directamente a sus habitaciones.

Llega el momento. Todas se levantan de sus asientos y empiezan a arrastrar los pies pasillo abajo. Con piernas temblorosas, Anna Stina se abre paso contracorriente en dirección al altar, donde Neander apura las últimas gotas de vino del cáliz. Petter Pettersson, el alcaide, está plantado al frente, observando la escena mientras la capilla se vacía. Cuando la descubre, una mezcla de sorpresa e ira aparece en sus ojos y, enorme como es, se interpone en su camino. Sin pensárselo dos veces, Anna Stina se escabulle bajo sus brazos y le grita al pastor Neander:

—¿Y si nuestro Señor hubiera tenido un modo de castigar a los mercaderes por sus pecados antes de que abandonaran el templo?!

No logra decir una palabra más: Pettersson la agarra del cuello y prácticamente la levanta en volandas. Anna Stina cierra los ojos y se dispone a recibir la bofetada.

—¡Por Dios, suelte a esa chica!

La voz de Neander ha recuperado la energía que tenía durante el sermón. Pettersson se detiene en seco.

—Ni siquiera el alcaide puede acudir a la violencia en la casa del Señor. ¿Es que no teme a Dios?

Pettersson se ha quedado sin respuesta. Se limita a entornar los ojos con desprecio.

—Más le vale soltarla, Petter Pettersson. Deje a un hombre en la puerta para que pueda conducirla más tarde a la sala que le corresponda. A esta joven la atormentan preocupaciones religiosas; como su pastor, me corresponde aliviar sus tribulaciones.

—Por supuesto, pastor Neander. Sabe muy bien que jamás levantaría la mano contra una chica indefensa... —el alcaide da unos pasos por el pasillo y se vuelve para mirar a Anna Stina a los ojos— mientras esté en la casa del Señor.

Bengt Neander espera a que el voluminoso cuerpo de Pettersson haya salido de la capilla.

—Habla de prisa, muchacha. Me duele la cabeza. No tengo ni la mitad de fuerza que el señor Pettersson pero, si no merece la pena escuchar lo que tengas que decir, me aseguraré de que salgas de aquí con tres buenos bofetones.

Neander va despeinado. Tiene aspecto de llevar semanas sin lavarse. Hay mugre en cada arruga de su rostro envejecido prematuramente por una expresión de desaprobación constante. Bajo el tufillo acre del vino, Anna Stina percibe sustancias aún más fuertes. También nota que se le está acabando la paciencia: debe arriesgarse a ir directamente al grano.

—El inspector Björkman no tardará en abandonar este lugar sin haber recibido justo castigo por sus pecados. Sé muy bien que a usted le gustaría ser un instrumento del Señor. Aún hay tiempo, y yo conozco una manera.

—¿Y qué tiene que ver una hilandera con asuntos que sólo nos conciernen al inspector y a mí? Suéltalo de una vez.

—La reputación del inspector ya está en entredicho a causa de las fugas del año pasado, y nadie ha puesto todavía a prueba sus nuevas medidas de seguridad. Que alguien lograra escapar supondría tal humillación para él que quizá no sólo perdiera este puesto de trabajo, sino también el siguiente.

Está dando palos de ciego, pero confía en no estar equivocada. Neander la mira con una mezcla de severidad e interés. Tras indicarle con un gesto al guardia en la puerta que permanezca en su sitio, le señala a ella la sacristía. Apenas ha cruzado él mismo el umbral cuando saca una petaca metálica de la sotana y bebe con avidez un buen trago. Cuando vuelve a hablar, el olor del ajeno hace que a ella le lagrimeen los ojos.

—Eres muy lista para tu edad, pero me temo que sobreestimas mi poder. Como pastor, no tengo modo de influir en los guardias. No me han confiado ninguna llave y, aunque la tuviera, por las noches hay hombres apostados en la puerta principal. Lo que sugieres es algo que he considerado ya muchas veces, y si estuviera a mi alcance a estas alturas habría vaciado ya todo el edificio. ¿Acaso sería tan grave? ¡Si en dos días todas las fulanas volverían a estar en sus ruelas! Pero Björkman, maldita sea su estampa, es lo bastante listo como para adivinar mis intenciones y se las ha apañado para separar los asuntos espirituales de los mundanos en este lugar con ayuda de sus amigos en altos cargos. Por tu bien, confío en que se te haya ocurrido algo mejor.

—Hay una salida... por otro sitio. Estoy totalmente segura. Sólo necesito ayuda para abrir la puerta del ala suroeste.

—Mientes. ¿Qué salida va a ser ésa?

—La primavera pasada, hubo una chica que escapó, y sé cómo. Hay un agujero en la pared del sótano. El inspector Björkman ocultó esa desaparición para evitar que se difundiera la noticia, pero si esta vez usted da parte de ello, el inspector no volverá a salirse con la suya.

Bengt Neander la observa largo y tendido mientras le da vueltas a lo que Anna Stina ha dicho. Al cabo de un rato, empieza a mecerse sobre los talones murmurando para sí. Mordisquea con gesto ausente un mechón de su barba.

—Una fuga más... después de todos los fondos que el inspector ha exigido al consejo para evitarlo... Vaya, vaya. Una sola puerta, una única llave...

El pastor se frota los ojos y escupe algunos pelos de la barba.

—Hace tiempo hice algo parecido, ¿sabes? Convencí a una reclusa como tú para que acarreará

la desgracia de Björkman, pero el plan fracasó. Presenté una queja por escrito en su nombre, pero el consejo reconoció mi letra. Quizá debería aprender de mis errores. —Suelta una carcajada satisfecha y brinda consigo mismo antes de darle otro trago a la petaca—. Aunque tal vez mi único error haya sido utilizar un mosquete cuando me habría hecho mejor servicio un cañón. Lo que sugieres no es imposible. Debo hacer ciertas averiguaciones. Cuando sepa más, mandaré a buscarte tras la oración de la noche. Una cosa más: vuélvete hacia aquí.

Neander le propina el bofetón que ha impedido que le diera Pettersson. No tiene la fuerza del alcaide pero, aun así, Anna Stina nota la mejilla ardiendo y le silban los oídos.

—Esto es por tus pecados y para que te quede claro que no debes engañarme..., y porque es lo más cerca que voy a estar de ponerle la mano encima a una fulana. Y también porque no quiero que digan que tengo relaciones inapropiadas con mujerzuelas como tú: tu mejilla enrojecida hablará por sí sola.

El dormitorio de Petter Pettersson está en la esquina noreste de la casa Ahlstedt, junto a otra habitación idéntica, aunque peor situada: la de Johan Franz Hybinett, con quien Pettersson divide responsabilidades. Pettersson ha abierto de par en par la ventana que da hacia el acantilado y la bahía, pero este año el verano parece haberse adelantado mucho y el cuarto semeja un horno. Él chorrea sudor. Se ha quitado la casaca y la camisa para tumbarse en la cama y mira fijamente el techo. Sus predecesores, o quienesquiera que hayan sido los pobres diablos que ocuparon esa habitación antes que él, tallaron sus nombres y toda clase de tonterías en las vigas de madera, seguramente para paliar el aburrimiento. Un nombre y un año por aquí, un falo que arroja semen por allá. Todo se ha vuelto gris con el paso del tiempo. El duodécimo año de Pettersson en Långholmen está llegando rápidamente a su fin y ésta ha sido su habitación durante todo ese tiempo. Llegó al cargo en 1781, proveniente de la Destilería Real, donde le habían dado un puesto tras su baja del ejército. Desde entonces ha languidecido allí, entre sus colegas de uniforme azul, y aunque el alcaide no tiene por qué pertenecer al cuerpo de guardias, sabe que, entre tantos colegas cojos y tullidos, el hecho de no tener una minusvalía lo pone en desventaja. El propio Hybinett sufre las secuelas de un disparo de mortero que cayó cerca de él y apenas puede cerrar la mano derecha. Digamos que Pettersson casi se avergüenza de tener un cuerpo sano. Su baja del ejército se debió a otros factores y está convencido de que los guardias, a quienes nada les gusta más que los chismorreos, o bien han oído o bien han inferido su historia. Lo mandaron a casa por problemático. Alto, fuerte, agresivo e intrigante, con una tendencia a la crueldad que lo llevaba una y otra vez a aprovecharse de su superioridad física para maltratar a los demás, pronto no hubo un solo cabo que quisiera acercársele. Se libraron de él mediante un mero tecnicismo, seguros de que sólo era cuestión de tiempo que malhiriera a alguien de verdad. Petter Pettersson estaba acostumbrado a que lo acusaran de mil cosas, pero nunca falsamente. El recuerdo de aquella injusticia aún le hace hervir la sangre. Alcaide de una penitenciaría en este peñasco desolado... parece ser que sólo sirve para esto.

En todo caso, el puesto conlleva ciertos beneficios y se ha aferrado a él con uñas y dientes. En 1783, antes de haber aprendido a controlarse, había azotado hasta matarla a una de las reclusas, una tal Löhman. Fue una mañana temprano. Entre sus deberes estaba despertar a las mujeres y aquel día, en vez de usar la voz, decidió golpear los catres con el Maestro Erik. Löhman, sin embargo, no se había levantado y, cuando después de tres o cuatro latigazos siguió tumbada, él perdió los estribos: la azotó con el látigo una y otra vez, a partir de cierto momento utilizando el mango en lugar de la cuerda trenzada.

Löhman nunca volvió a levantarse de la cama. Tras la lluvia de azotes, Pettersson se vio obligado a declararla enferma. Löhman paso un buen rato gimoteando y a mediodía empezó a echar espuma por la boca. Murió poco después. El asunto llegó muy pronto a oídos de Björkman, que no tuvo más remedio que interrogarlo. Pettersson mantuvo que nadie moría por un par de

latigazos y que la chica debía de haber estado enferma, pero igualmente le cayeron catorce días en el calabozo a pan y agua.

Recuerda aquellos días: dos largas semanas en una celda con el hambre devorándole las tripas. En la penumbra, revivió cada azote y cada laceración que el látigo había dejado en la piel de Löhman, y cuando vio de nuevo la luz del día y volvió a sus tareas, decidió que había valido la pena. Ha aprendido a ser más cauteloso, pero no puede vivir sin eso: en su interior se acumula una presión que sólo puede ser liberada mediante el látigo. Se excita sólo con pensarlo, y allí mismo, en su habitación, se desabrocha los pantalones y empieza a masturbarse. Pero ese placer exiguo se agota demasiado rápido y él se queda insatisfecho, como siempre.

Al igual que los otros guardias, de tanto en tanto había abordado a alguna de las hilanderas y la había acorralado en un rincón remoto del edificio. Al fin y al cabo, la mayoría estaba ahí precisamente porque se trataba de mujeres fáciles y, de hecho, muchas se ofrecían voluntariamente a cualquiera dispuesto a darles algo de comida o bebida. Pero cada vez había sido una decepción. Después, mientras se subía los pantalones y se remetía la camisa, varias de aquellas pequeñas rameritas le habían sonreído como si aquel acto les hubiese otorgado alguna clase de poder sobre él. Cada vez, Pettersson se había dado la vuelta y se había alejado sintiéndose perturbado por motivos que ni él mismo logra entender del todo.

Lo que las hilanderas están dispuestas a ofrecerle no le interesa tanto como lo que puede arrebatarles contra su voluntad. La danza alrededor del pozo es mejor, y dura mucho más, que unas cuantas arremetidas con la cadera: un instante de placer, un estornudo de la pelvis. Durante el baile se siente en otro mundo y ninguno de los guardias tiene arrestos para detenerlo. No ha bailado con nadie desde aquella chica, Ersson, que prácticamente se ofreció voluntaria con su boca y su actitud descarada. Ésas son sus favoritas: las que conservan algo de confianza en sí mismas, las que creen que aún valen algo. Dar latigazos a las muertas vivientes es tan fútil como ablandar la carne con una maza. Lo de Ersson fue un paréntesis muy agradable en el tedio cotidiano. Ahora cojea por ahí, muerta de miedo. A Pettersson le palpita la entrepierna cada vez que la ve.

Tras el esfuerzo, respira profundamente. La frustración que pesa sobre él apenas se ha aliviado con la descarga física. Desde que ha terminado el oficio religioso con ese pastor beodo que siempre parece burlarse de él a sus espaldas, ese viejo borrachín que tiene la desfachatez de reñirlo delante de las hilanderas, siente que la tensión está acumulándose en su cuerpo, y cada vez va a peor. Si no consigue alguna satisfacción pronto, le estallará el pecho. Pero sabe cómo hacerlo. Ya ha hecho su elección, ha encontrado a la chica idónea: la impertinente que está en el mismo grupo de comida que la vieja Cabra. Ha visto en sus ojos el orgullo, la rebeldía. Está tramando algo, lo sabe. No tardará en invitarla a bailar. Será pronto, aunque no demasiado: cuanto más se contenga, más grande será su recompensa.

Las apuestas han empezado en la única zona de la prisión donde hay hombres, viejos y niños que no tienen la fuerza ni la resistencia suficientes para que se los fuerce a hacer trabajos pesados. Conocen a Petter Pettersson, quizá hasta lleguen a comprender, «de hombre a hombre», su peculiar forma de satisfacer sus deseos. Han transcurrido semanas desde que dio la paliza a la chica nueva, así que no tardará en caer otra. Pero ¿quién será la siguiente? ¿La que derramó las gachas al hacer ese gesto vehemente para alcanzar otra cola de arenque? ¿La más vaga, que apenas ha hilado una hebra completa en una semana? Quienes pueden permitirse apostar lo observan con atención, se fijan en qué chicas provocan que sus ojos se detengan en ellas, intentan leerle los pensamientos.

Es Johanna quien se lo avisa a Anna Stina:

—Eres la favorita. Las apuestas no darán casi nada si te elige a ti. Dicen que lo han visto fulminarte con la mirada cada vez que salimos de la sala. Tú llegaste con esa otra, aquella con la que bailó la última vez, y ahora están seguros de que serás la siguiente.

La danza en sí, que la obliguen a dar vueltas alrededor del pozo hasta el agotamiento mientras la azotan con el látigo, no es lo que le da miedo a Anna Stina. Lo que la asusta es que su fuga no pueda materializarse tras el baile de Pettersson. Puede que el alcaide tenga ahora el tino de no matar a sus víctimas, pero decir que las deja con vida tampoco es exacto del todo. La Dragona aún se arrastra por ahí con la pierna torcida, desafiando a quienes han hecho apuestas sobre su muerte inminente, pero ya no habla, se encoge de miedo ante las meras sombras, las pesadillas no la dejan dormir y se espanta con tanta facilidad que cualquiera puede asustarla. Aunque sus cicatrices y heridas sanaran, su conciencia se ha refugiado en lo más hondo de su ser y nunca regresará del todo. ¿Por qué debería salir mejor parada Anna Stina?

La oración de la noche ya ha acabado. Tendrá que esperar hasta la mañana siguiente para poder hablar con Neander y adelantar sus planes. Reza para que Pettersson sea capaz de mantener a raya sus deseos. Una vez en la habitación a oscuras, no puede dormir. Por su respiración, se percata de que su compañera también está despierta.

—Si algún día logaras salir de aquí, ¿qué harías para evitar que te atraparan de nuevo?

Johanna no responde enseguida.

—Estás tramando algo. A lo mejor crees que no me he dado cuenta, pero sí. Cuéntame. No tengas miedo, no me chivaré.

—Hay una vía de salida, creo, y voy a utilizarla si tengo la oportunidad. Puedes venir conmigo.

Johanna se echa a reír.

—Me faltan menos de cien bobinas para cumplir mi sentencia: si trabajo y paso desapercibida estaré fuera de aquí antes de que acabe el verano. Si he llegado hilando hasta aquí, bien soy capaz de hilar el resto.

Anna Stina no puede rebatir ese razonamiento. Transcurre un rato más antes de que Johanna responda a su primera pregunta.

—Muchas de las que acaban aquí no valen gran cosa. Tú has sido una buena compañera, de modo que voy a contarte algo. De pequeña, tenía una amiga. Su padre era, y que yo sepa todavía lo es, dueño de una taberna que se llama Markattan y no queda lejos de la Esclusa Roja. Hace unos años los padres tuvieron una pelea y nadie logró que se reconciliaran, pese a que intervino el mismísimo pastor de la iglesia de San Nicolás. Al final, la madre se marchó llevándose a mi amiga con ella. Era del campo y debió de volver a casa de sus padres. Perdí a mi amiga, pero para el padre fue mucho peor: le rompió el corazón. Desde entonces no ha vuelto a ser el mismo, aunque han pasado muchos años. Se planta detrás de la barra y sirve bebidas cuando sus clientes le piden algo, pero es como si fuera un autómatas. Su nombre es Karl Tulipán, pero lo llaman el Tulipán, aunque le quedaría mejor el Mustio. Mi amiga se llama Lovisa Ulrika: cuando nació, Karl Tulipán se sentía tan orgulloso que le puso el nombre de la reina Luisa Ulrica de Prusia.

—Es una historia triste.

—Mira, no te lo estoy contando para entretenerte. Calla y escucha. Lovisa Ulrika y tú debisteis de nacer con un año de diferencia, cuando mucho. Sus ojos eran tan verdes como los tuyos y tenéis el mismo cabello rojizo. Si consigues salir de entre estos muros y alejarte de Långholmen, nunca volverás a estar a salvo en Södermalm. En lugar de quedarte en la isla sur, deberías acercarte a la

taberna Markattan y decirle a Karl Tulipan que eres su hija Lovisa Ulrika, la amiga de la infancia de Johanna Ulv, y que has vuelto junto a tu amado padre después de todos estos años.

—¿No reconocería a su propia hija?

—Claro que sí, no es idiota. Pero lo creerá porque es justamente la mentira que quiere oír, lo que más desea en el mundo.

Para alivio de Anna Stina, Petter Pettersson no se ha presentado a la oración matutina. En su lugar está el guardia que la condujo al patio la primera vez y se quedó plantado a su lado mientras Pettersson molía a azotes a la Dragona. Se llama Jonatan Löf, es más joven que la mayoría de sus colegas y no parece mutilado ni tullido; de hecho, no parece que le pase nada malo, aparte de cierta rigidez en la espalda. Tiene fama de tranquilo. Vende comida y alcohol a precios razonables. Anna Stina decide armarse de valor: cuando ha acabado la plegaria, se dirige hacia donde está Löf, en el frente, hace una reverencia y solicita hablar con el pastor. Apenas puede creer lo que ven sus ojos cuando Löf se aparta con una ligera sonrisa y le permite aproximarse a Neander, quien a su vez le indica la sacristía con un gruñido.

—¡Qué estúpida eres! ¿No entiendes que la gente sospechará si vienes a verme una y otra vez? Aún no tengo ninguna llave que darté.

—Tiene que ser esta noche. Esta noche o nunca... En cualquier momento, Petter Pettersson me llevará a rastras hasta el pozo y me obligará a bailar, y después de eso ya no estaré en condiciones de colarme a gatas por un agujero.

La respiración de Neander se vuelve fatigosa, tantea a ciegas en busca del respaldo de una silla y se sienta pesadamente. Después se pone a mordisquearse un mechón de la barba y a frotarse la calva hasta que le saltan escamas de piel seca mientras piensa en voz alta. Anna Stina se da cuenta de está borracho: no debe de haber pasado por la cama antes de la oración.

—Maldita sea, ¿es que no tendré recompensa por mis esfuerzos? ¿Por qué me haces esto, Señor? «Esta noche», dice, pero es demasiado pronto, demasiado pronto. Y Björkman, ese cerdo codicioso, ese perro voraz, no tardará en quedar fuera de mi alcance, y ya he redactado la carta acusándolo de incuria... Quizá haya otros medios igual de eficaces... —Tras un par de minutos farfullando, el pastor parece haber tomado una decisión. Da un manotazo en la mesa—. Por todos los demonios, muchacha, escucha con atención. Esta noche, dices, y esta noche será, cueste lo que cueste. Permanece despierta y espera a que llamen a la puerta. Alguien te la abrirá. Cumple tu parte del trato y desaparece. No me importa lo que te pase después, siempre y cuando estés lejos el tiempo suficiente para que hagan responsable a Björkman por su mala gestión. ¿Entendido? Pues vete ya y que Jesucristo, Belcebú y nuestro padre Odín te acompañen. En caso contrario, tendrán que vérselas conmigo.

Cuando Anna Stina sale escoltada por Löf, ve que algo está pasando: todas las hilanderas están fuera, en grupos, cada cual delante de su sala y rodeando el patio, y Petter Pettersson se pasea de aquí para allá entre ellas, vanidoso como un gallo bajo el sol. Löf empuja a Anna Stina en dirección a su grupo y ella se apresura a colocarse junto a la Cabra, Johanna y Lisa la Loca. La voz de Petter Pettersson resuena entre los edificios.

—Damas y caballeros, esta mañana se ha descubierto un robo, y mientras vosotras estáis aquí tan felices nos estamos dedicando a poner las camas patas arriba en busca de lo robado. Nadie

que sea inocente tiene nada que temer: aprovechad la oportunidad de admirar mi magnífica estampa mientras dure el registro.

Anna Stina siente que toda esperanza se apaga en su interior. Es demasiado tarde: Pettersson ha elegido a su víctima y ahora sólo queda el baile. Pronto encontrarán lo que él haya querido esconder entre sus sábanas llenas de piojos ahítos de sangre y de nada servirán sus objeciones, por vehementes que sean. Ordenará que le lleven al Maestro Erik e impondrá el castigo. Anna Stina está a punto de echarse a llorar. Se muerde con fuerza el labio inferior: un dolor elegido por voluntad propia.

Unos minutos más tarde, se ha encontrado un cuchillo. Un guardia lo sostiene en alto con gesto orgulloso y triunfal y luego se encamina derecho hacia Anna Stina haciendo mecer su trofeo entre el pulgar y el índice. Pettersson pregunta en qué cama lo han encontrado. El guardia agarra a Johanna del brazo y la lleva a rastras hasta el pozo mientras Pettersson sonríe de oreja a oreja.

Son las cuatro y media de la madrugada. Cuando haya pasado más de medio día todavía se oirán los gritos de Johanna, más débiles con cada azote. Anna Stina no volverá a verla nunca.

El catre junto al de Anna Stina está vacío. Como hicieran con la Dragona, los guardias deben de haber llevado el cuerpo exánime de Johanna a la enfermería para que lo recompongan lo mejor que puedan. En la sala, los ruidos nocturnos son más alarmantes que de costumbre. De todos los rincones llegan sollozos y palabras inconexas, los fuertes jadeos de las reclusas que despiertan de pesadillas angustiosas. Muchas se han sumido en un sueño inquieto tras haberse visto obligadas a oír los gritos procedentes del patio durante varias horas. Al acudir a la oración de la noche, Anna Stina ha visto las manchas de sangre alrededor del pozo. Ha sentido mucho miedo, y pesar por el destino de Johanna, y un atisbo de alivio ante el hecho de que otra haya ocupado el lugar que creía suyo, seguido de inmediato por la vergüenza ante semejante pensamiento. Anna Stina debe reunir todas sus fuerzas para la fuga, pero lo ocurrido a Johanna ha abierto en ella una herida profunda por la que su energía se escapa. «Esta noche no, Dios mío, esta noche no.» Sin embargo, es consciente de que no tiene elección. Aguarda en la oscuridad.

La llamada a la puerta es tan sutil como le han prometido. Al principio, ni siquiera está segura de haberla oído, pero enseguida oye girar una llave en la cerradura. Desliza las piernas para bajar de la cama y camina de puntillas. La puerta se abre sólo un poco, lo suficiente para que ella vea que hay alguien al otro lado, esperándola: resulta ser Jonatan Löf, el joven guardia. Se lleva un dedo a los labios. Apoya el hombro contra la puerta al tiempo que sujeta el picaporte para evitar que la puerta rechine al cerrarla. Vuelve a echar la llave e indica por señas a Anna Stina que lo siga.

Cruzan el patio a buen paso y suben las escaleras del edificio antiguo. Se oyen voces y risas procedentes de la planta de arriba: los guardias aún están levantados y en plena juerga. Anna Stina distingue los sonidos del juego y la bebida: los palmetazos de naipes gastados contra una mesa y el tintineo de botellas y vasos. Löf abre una de las hojas de la puerta doble, le indica que lo siga y se adentran en la penumbra de la mansión. Tras asegurarse de que la planta baja está desierta, cruzan una cocina a oscuras. Aún quedan rescoldos en el hogar, y Löf se detiene a encender una tea que protege con la mano mientras atraviesan un comedor pequeño y enfilan un pasillo. A Anna Stina le cuesta ver algo: más que iluminar el camino, la llama la ciega, pero advierte que están entrando en el ala más nueva, cuyos cimientos la Cabra ayudó a construir.

Los techos son más bajos en esa zona, y la textura de las paredes más rugosa bajo sus dedos. No hubo un cervecero que se preocupara de cubrir estas paredes con papel pintado. Al otro lado de una puerta que no está cerrada con llave, encuentran una crujiente escalera que desciende hacia el sótano. En un gancho hay un farol con una vela pequeña que Löf enciende una vez que ha cerrado la puerta tras ellos. Al pie de las escaleras, se dirige a Anna Stina por primera vez:

—Aquí abajo no debería oírnos nadie, pero no hay razón para que hablemos más alto de lo necesario. Tú y tu amigo Neander estáis de suerte: Pettersson tiene la costumbre de agasajar a todo el mundo después de haberse divertido con el látigo, para que nadie vaya al inspector

Björkman con el cuento de que se ha excedido. A estas alturas no quedarán muchos ahí arriba que aún sean capaces de caminar derechos. —Anna Stina lo observa sin decir nada. Eso basta para que él se sienta interpelado—. Neander me ha dado un puñado de riksdalers para que te abra la puerta, te traiga hasta aquí abajo y luego cierre el pico al respecto. Me ha dicho que esperara mientras hacías lo que debes hacer. Coge el farol. Por la pinta que tiene la vela, calculo que dispones de una hora, quizá un poco más.

Ella asiente con la cabeza. Antes de darle el farol, Löf abre el cristal y enciende una pipa de arcilla. Se instala en un peldaño y le tiende la luz con una sonrisita.

—Te deseo suerte.

Löf se aleja delatado sólo por el resplandor de su pipa, que le ilumina el rostro a cada calada. A los ojos de Anna Stina, más parece una máscara teatral suspendida en el vacío que la cara de una persona.

El sótano es grande pero está dividido en cámaras, algunas con muros divisorios de madera. Oye ratas correteando por las paredes. Ve ojillos que brillan al darles la luz. Huele muy mal. El sótano entero está lleno de comida y es evidente que una parte se ha echado a perder. Hay cajas llenas de manzanas podridas, sacos de nabos en mal estado, barriles de carne medio vacíos cuyo fondo se ha desintegrado haciendo que la salmuera se derrame por el suelo de tierra. Sospecha que esa carne es responsable del olor más fétido: un hedor a descomposición intenso y repugnante. Un enjambre de moscas y polillas atraído por su farol le zumba en los oídos o arremete como embriagado contra su cara.

Cuidadosamente, sin dejar de mirar a cada rato la vela que se va reduciendo, empieza a examinar las paredes. Le lleva más rato del previsto. Todo está desordenadísimo: hay cosas amontonadas en cada rincón. Varias veces se ve obligada a echarse en el suelo para intentar mirar entre los sacos y cajas desperdigados, pero no ve más que piedra.

Finalmente, le quedan por comprobar sólo algunos pequeños espacios entre pilas de sacos, pero allí tampoco ve nada. No le queda otra que empezar a apartar cosas una por una. Deja el farol en el suelo mientras trabaja. Es una labor muy pesada. Con frecuencia, la tela y la madera mohosas se desintegran bajo el peso de su contenido. Al poco rato empiezan a subirle bichos por los brazos y los hombros. Cada vez que la llama parpadea, teme que vaya a apagarse y dejarla a oscuras. El hedor es cada vez peor, pero va avanzando poco a poco en la tarea. Se abre camino entre el montón de sacos y cajas hasta que consigue palpar la piedra de las paredes.

Da un brinco al oír de nuevo la voz de Löf, muy cerca. Vuelve la cabeza y lo ve sentado junto al farol con las piernas cruzadas, apenas a unos pasos de ella. Se ha movido tan sigilosamente que no lo ha oído, ocupada como estaba en sus esfuerzos por mover cosas.

—¿Qué tal vas? No te queda mucho rato de luz.

Anna Stina nota un hueco en el sitio en que la pared toca con el suelo.

—Neander me ha dado ciertas instrucciones sobre cómo proceder si no encontrabas a tiempo lo que andas buscando.

Ella se tumba en el suelo y explora el hueco con las manos. El hueco es más pequeño de lo que esperaba: la parte superior sólo queda un par de palmos sobre el suelo.

—Al pastor no le entusiasmaba la idea de tentar al destino una vez más llevándote de vuelta a través del patio. Si nos sorprendiera alguien que saliera a hacer sus necesidades, la cosa acabaría mal.

Anna Stina alarga cuanto puede la mano y siente la brisa. Ahí está: el camino de Alma Gustafsdotter hacia la libertad.

—Si no encuentras lo que andas buscando antes de que sea demasiado tarde, Neander me ha dicho que te coja por el cuello, te estrangule y después te deje junto a la pared bajo unos sacos de nabos.

Anna Stina se vuelve hacia Löf, que le sonríe mientras se atusa el bigote a la luz del farol. Ella le devuelve la sonrisa con una mezcla de sentimiento de triunfo y desesperación.

—¡Aquí está! Lo he encontrado. Es una salida para el agua de lluvia que abrieron en otoño de 1772, cuando la casa no tenía techo. Pasa bajo los muros.

Él ladea la cabeza.

—En el fondo confiaba en que no lo encontraras. Neander me había prometido una compensación extra por las molestias de silenciarte para siempre, y si he de serte sincero, yo había visto también otro posible beneficio. Ahora parece que voy a tener que conformarme con sólo una parte. Me perdonarás si prefiero hacerlo en la oscuridad. Estás tan flaca y sucia que no me apetece verte.

Löf sopla la vela de sebo para apagarla. Anna Stina no tiene forma de eludirlo cuando se acerca con los brazos abiertos, la obliga a tenderse en el suelo, le abre de un tirón el vestido blanco y le arrebató lo que se negó a dar a Anders Petter en Barnängen, hace ya una eternidad.

Cuando ha acabado, Löf la deja allí, en el suelo del sótano. Ella se queda tirada boca arriba con los ojos abiertos, pero está tan oscuro que podría tenerlos cerrados. En la penumbra, tiene la sensación de verse desde arriba, levemente iluminada: un cuerpo que podría haber sido el de otra, una chica escuálida, desnuda, sucia. No lo reconoce. Le corren insectos por la piel y no siente nada. Los bichos se reúnen para beber la sangre que ha manado de ella y ha formado un charquito bajo sus muslos y sus nalgas. Anna Stina no llora. Ya no siente nada. Su pecho sube y baja y por tanto sigue viva, pero ahora se le plantea un dilema. Ya no necesita vivir. Qué simple sería. Sólo ha de escuchar atentamente su respiración y los débiles latidos de su corazón y desear que se detengan para siempre. La obedecerían.

No sabe de dónde saca fuerzas, qué reserva oculta de energía abriga todavía dentro de sí, pero de pronto tiene la certeza de que no puede dejar que todo acabe ahí. No puede permitirlo. Todavía arde un fuego en su interior, así que toma una decisión y empieza a reptar hacia el hueco con los codos y las rodillas. El dolor ya no importa: lo siente como si estuviera lejos. El contorno del hueco es áspero y le araña los hombros cuando se mete en el túnel con los brazos por delante. Entonces tiene que darse la vuelta y arrastrarse boca arriba, sobre los talones y los omoplatos. No puede alzar la cabeza, a riesgo de dar con la frente en la piedra. Nota la masa muda de la casona reposando pesadamente sobre sus cimientos. Avanza despacio, palmo a palmo, hasta quedar rodeada de piedra por todas partes.

De pronto el túnel se estrecha y ella siente que algo le bloquea el camino: una de las piedras del techo parece haberse deslizado y hecho más angosto el paso. Los cimientos, una obra deficiente llevada a cabo por reclusas bajo la supervisión de los constructores a quienes se había ofrecido el menor dinero posible, han cedido. Estira la mano y toca un objeto atascado bajo la piedra cuyo hedor inunda el túnel.

Y de pronto se da cuenta: lo que está palpando es un pie.

El pie frío y muerto de Alma Gustafsdotter.

Alma nunca llegó a abandonar la prisión de mujeres de Långholmen. Sólo llegó hasta ese punto, no más allá: se quedó atrapada bajo una piedra a medio camino de la libertad. Murió de hambre y sed, a merced de las ratas.

Anna Stina no sabe qué porción de la noche transcurre mientras se abre paso para continuar. Tiene la impresión de que el tiempo en sí la ha abandonado en medio de una pesadilla, en un abismo lleno de emociones, formas, voces y sonidos. El cadáver está tan blando como el barro. Se deshace cuando lo toca. Poco a poco, puñado a puñado, logra moverlo. En la cavidad del pecho, antaño lo bastante sólido como para quedar atascado entre tierra y piedra, han anidado bichos. Los huesos mordisqueados ceden al mínimo esfuerzo y sus inquilinos salen correteando en todas direcciones. Cuando el camino queda libre por fin, Anna Stina ladea la cabeza para pasar bajo la piedra, deslizándose como una serpiente bajo la punta afilada que le desgarrar la piel. Despacio, pero sin pausa, llega hasta el sitio más angosto. Vacía de aire los pulmones y se obliga a seguir; nota cómo la argamasa se desmorona contra sus costillas. Ve destellos de luz cuando la presión le hace imposible tomar aliento de nuevo. Quién sabe cómo, se las apaña para recorrer los cuatro dedos de distancia que separan la vida de la muerte. Quizá está más famélica que Alma. Quizá las piedras están ahora resbaladizas por los jugos que ha dejado el cadáver. Quizá la chica muerta en el sótano ha apoyado las manos en las plantas de sus pies y le ha dado el empujoncito que le hacía falta.

Al otro lado del muro sopla un viento cálido procedente de la bahía. Lo primero que ve al salir del túnel son unos puntitos de luz en la negrura del cielo. Sobre ella se alza el muro de la prisión, pero más allá, una bóveda de estrellas se extiende de un horizonte a otro. Desde la distancia, mar adentro, le llega el retumbar de un trueno y enseguida nota las primeras gotas de lluvia contra la piel desnuda. Luego, cuando ve su imagen reflejada en las aguas del canal de Pålsundet a la luz de los relámpagos, sabe que ya no es la misma: nunca volverá a ser Anna Stina Knapp.

Cuando el verano se acerca a su fin, por tercera vez no le baja el período. Las primeras dos veces no prestó atención: muchas chicas de la fábrica dejaban de sangrar, probablemente debido a que sus cuerpos escuálidos reservaban hasta el último ápice de fuerza. Se dice a sí misma que su cuerpo necesita más tiempo para recuperarse, aunque con los cuidados de Karl Tulipan ya ha empezado a reponer la carne robada por el hambre. Ahora vive bajo su techo y lo ayuda a llevar la taberna Markattan. Ahora se llama Lovisa Ulrika. Si él sabe que no es la hija pródiga, sólo lo demuestra dejándole espacio, en vez de agobiarla con el amor paterno que se ha reavivado en su pecho. En todo caso, Karl Tulipan ha vuelto a la vida: el anciano canoso que ella conoció al llegar, encorvado tras la barra como si se escondiera del mundo, ya no existe. Los días de gloria del Tulipán han vuelto. Su risa resuena por todo el establecimiento cuando bromea con sus clientes. Y su buen humor es contagioso. La taberna Markattan ha cambiado de color: se han encalado las paredes sucias, se han barrido los suelos, se han lavado a fondo las jarras de cerveza. La clientela ha ido aumentando. Incluso gente fina de la plaza de Riddarhustorget aparece por allí cuando cae la noche y la sed lleva a discriminar menos.

Pero al tercer mes sin menstruar, ella comprende que su buena suerte ha sido fugaz. En contra de su voluntad, está encinta: lleva en su seno al hijo de Jonatan Löf. A su llegada, Karl Tulipan la llevó de la mano colina arriba hasta San Nicolás para hablar con el pastor de modo que su nombre se añadiera al registro y figurara en la parroquia una vez más. Cuando su vientre aumente, la deshonor se cernirá sobre su nuevo nombre y su nuevo padre.

Quienes todavía recuerdan a Lovisa Ulrika de su infancia y, tras un par de copas, bromean extrañados de que sus pómulos se hayan movido de sitio y su nariz haya mudado de forma, pero sin decir nada que eche a perder la alegría del Tulipán, no tardarán en hablar de otra manera: la acusarán de impostora, de mujerzuela que, en su desesperación, ha estado dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de asegurarse un futuro para ella y para su bastardo. Incluso el propio Tulipán tendrá que atender a razones cuando el pastor y el vicario acudan con sus largas sotanas negras para mantener una conversación seria con él. «La chica es una ramera», le dirán. «¿Está seguro de que de verdad se trata de su hija?» Los clientes, preocupados por su bienestar por primera vez en años, lo convencerán. Y a ella la echarán a la calle y a partir de ahí el camino de vuelta a la prisión de Långholmen será muy corto.

Según ha oído decir, nadie conoce el paradero del pastor Bengt Neander. Su carta de denuncia contra Hans Björkman puso a prueba la ya escasa paciencia del consejo, y los hechos contradijeron enseguida su dicho: aunque él había hablado de fuga, los restos que se encontraron en el sótano, pese a su avanzado estado de descomposición, sólo podían pertenecer a Knapp, la reclusa desaparecida. Para no enfrentar una investigación que en cualquier momento hubiera podido volverse en su contra, prefirió embarcarse en un navío con destino a Inglaterra, al que se le vio subir maldiciendo y con andares inestables. Björkman tampoco está ya en su puesto: ha

zarpado en dirección opuesta, por el Báltico. Pero Pettersson sigue allí, y el Maestro Erik: la esperan pacientemente al otro lado de la bahía para invitarla a un último baile alrededor del pozo de la prisión.

• • •

Lo conoce una noche de septiembre, casi a la hora de cerrar. A la mayoría de los clientes no cuesta mucho convencerlos para que se marchen: incluso el más terco se deja sobornar con un trago más para el camino. Karl Tulipan ya se ha retirado después de una dura jornada de trabajo. Cuando ella hace una última ronda entre los barriles que sirven de mesas, repara en que uno de los clientes sigue allí: un hombre que se ha hecho un ovillo en el suelo en un rincón cerca del fuego. Está pálido y demacrado y no resulta fácil adivinar su edad. Parece joven y viejo al mismo tiempo. Tiene el cabello largo y rubio, pero tan sucio que no se adivina su verdadero tono. Su rostro es una máscara de mugre solidificada. No es la primera vez que ve a aquel hombre. Sabe que deambula de taberna en taberna como un espectro desde la hora de apertura hasta bien entrada la noche. No quiere moverse. Su respiración es entrecortada y siseante, tiene los ojos cerrados y el cuerpo encorvado para preservar el poco calor que abriga. No responde cuando ella lo empuja suavemente con el pie, tiene que ponerse de rodillas para sacudirlo de los hombros huesudos. Apesta. En cuanto lo toca, nota que es tan sólo un saco de huesos.

—Despierta. Ya es tarde, no puedes dormir aquí.

Lo sacude de nuevo, al principio con cautela, pero enseguida más fuerte. Sólo entonces abre los ojos. En ellos, ella ve las mismas emociones que ese último año le ha brindado: miedo y confusión. Advierte que es joven, mucho más de lo que su aspecto le había hecho creer. Él pone los ojos en blanco, se le vuelven a cerrar los párpados y se sume de nuevo en un sopor etílico que la deja sin saber qué hacer.

Anna Stina abre la puerta de la calle. En el callejón sopla el viento, que esa noche es fuerte y cortante. La luz de las farolas apenas llega a los adoquines. El año se acerca a su fin y se esperan heladas en cualquier momento. Cierra la puerta y vuelve a correr el pasador de madera, va en busca de unos troncos y aviva el fuego. Pone un caldero de cobre con un poco de agua y jabón en el fogón. Cuando el agua está caliente, moja un trapo y le lava la cara.

La suciedad se va disolviendo poco a poco. Bajo esa capa parece aún más joven: no mayor que ella misma. Recupera lentamente la consciencia. Aunque su embriaguez dificulta su capacidad de controlar su cuerpo, hace lo que puede por ayudarla a quitarle la camisa. Ella la pone en remojo y después se dedica a lavarlo. El agua del caldero se enturbia y se vuelve negra, así que se ve obligada a cambiarla. Le da de beber agua del pozo y, a continuación, muele unos granos de café y los pone a hervir en un cazo. Nunca ha logrado apreciar el sabor amargo del café, pero ha oído decir a algunos que ayuda a que se pase la borrachera. Le habla en voz baja, intentando despertarlo con sus preguntas. Poco a poco, él se despeja hasta poder hablar.

—Me llamo Johan Kristofer Blix.

—Yo soy...

Tiene que morderse la lengua.

—Lovisa Ulrika: Lovisa Ulrika Tulipan.

Ella no desea hablarle sobre un pasado que no le pertenece, y él, por su parte, tampoco parece

muy dispuesto a hacerle confidencias.

—La casa de mis padres está en Karlskona. Estuve en el ejército durante la guerra, como aprendiz de cirujano. Vine aquí a Estocolmo para buscar fortuna, pero lo que encontré fue... otra cosa.

Permanecen allí sentados, en silencio. Ella coge una manta y se la echa sobre los hombros mientras la camisa se seca al calor de la estufa. Una inesperada sensación de intimidad entre ambos la anima a hacerle la pregunta que se le ha pasado por la cabeza en cuanto él ha mencionado su profesión.

—Dicen que hay unas hierbas especiales para las mujeres que están encintas contra su voluntad. Las usan las prostitutas.

Anna Stina es incapaz de ocultar sus emociones. No siente lástima por la criatura que no llegará a formarse, sino ira al pensar en el padre y en la sensación de estar mancillada que nunca ha logrado quitarse de encima. Tiene que esperar mucho rato hasta obtener respuesta. Finalmente, el chico asiente con la cabeza.

—¿Puedes ayudarme a encontrarlas?

La mirada de Blix se posa en la barriga de Anna Stina, escondida bajo los pliegues de un vestido amplio que ha conseguido para ganar algo de tiempo. Él parpadea como si la viera entonces por primera vez, y ella capta un destello de otra cosa en sus ojos, una emoción distinta del pesar y la desesperanza. Incluso su voz tiene otro timbre cuando le responde.

—Sí, sí. Tú me has ayudado, yo te ayudaré.

Kristofer Blix ha vivido envuelto en los vapores de la borrachera desde el final del verano, sin pasar un solo instante sobrio si podía evitarlo. Cuando no está sentado en una taberna o una cantina, va dando tumbos por las calles. Despierta allí donde el sueño lo haya encontrado: en un umbral, junto a una verja o en Brända Tomten, tirado en un rincón de la plaza sobre un charco de su propio vómito. Cuando recobra la consciencia y descubre que ninguna rueda de carro lo ha aplastado en la semipenumbra, siente que el mundo entero se burla de él. Todas las mañanas, durante unos instantes aterradores en que oscila entre la resaca, el sueño y la vigilia, está de vuelta en aquella habitación húmeda a punto de enfrentarse a un día más: otro día en que lavará al hombre menguante que tiene a su cuidado, verterá más vino en su gástrico, le aplicará un torniquete, lo mutilará y le llevará un miembro a *Magnus* a su cobertizo, se sentará en un rincón y beberá hasta caer dormido mientras las sombras descienden sobre las ruinas de la casa embrujada y el autillo ulula en el bosque. Incluso ahora, a pesar de que todo aquello ha quedado atrás, el aquavit es su única fuente de alivio. Se refugia en la botella allí donde la encuentra. Su cuerpo se va deteriorando, pero el núcleo sigue siendo joven y resistente. Todavía tiene la capacidad de resistirse a los venenos que él le administra, y lo hace el tiempo suficiente como para que conozca a la chica. Se llama Lovisa Ulrika y le ha pedido ayuda. Lo necesita y no puede recurrir a nadie más. Para Kristofer Blix es una cuerda brillante y dorada tendida en la oscuridad en la que estaba viviendo sus últimos días, una tabla de salvación. La Providencia le ha dado la posibilidad de expiar su pecado salvando a alguien después de condenar a otro: una vida a cambio de otra vida.

La chica lo deja quedarse en la taberna Markattan hasta la mañana. Su camisa está seca y tan limpia que parece nueva y de mejor calidad. Por primera vez desde su vuelta a Estocolmo parte en busca de algo distinto al alcohol. Ya no lo necesita. Se encamina a las afueras de la ciudad, cruza el puente de Slaktarehusbron, deja atrás la plaza Packartorget y se dirige hacia el norte siguiendo el Rännilen y las riberas del Träsket. Rodea Kattrumstullen y encuentra lo que busca en la extensa arboleda de Lill-Jans. Allí los troncos de los árboles se alzan silenciosos, el bosque está desierto y frío, las hojas refulgen, rojas y doradas, como llamas. No tardarán en caer a medida que avance el otoño. Él recorre el terreno con la mirada puesta en las cepas de los árboles y los troncos desarraigados, en todos los lugares que antaño le mostrara Emanuel Hoffman.

Al día siguiente, está de vuelta con las hierbas prometidas en el bolsillo. La muchacha, Lovisa Ulrika, parece sorprendida: le cuesta acostumbrarse al cambio que ha experimentado el aspecto del joven. Él rechaza su invitación a vino y aguardiente, pero se come con voracidad el pan que le ofrece. Con las hierbas ha formado ramilletes diminutos para que ella las guarde colgadas y así se conserve intacta su efectividad. Le pide un cazo y le muestra cada paso del proceso, asegurándose de que entiende bien qué debe hacerse.

—Deja que hiervan hasta que el agua cambie de color. Entonces, filtra el agua con un trapo y bébela en cuanto se haya enfriado lo suficiente. Prepara una nueva infusión cada noche.

—¿Y cómo consigo más hierbas si se me acaban?

—Yo las recogeré y te las traeré.

Anna Stina da un primer sorbo, probablemente esperando un sabor tan amargo como el del café o tan fuerte como el del aquavit. Pero Kristofer sabe que la infusión tiene un sabor suave. Ve el alivio en su cara.

—¿Cómo funcionan?

—Las hierbas despiertan un hambre en tu carne que sólo puede saciar el niño que aún no ha nacido, que se consume hasta que no queda nada. Así lo expresó mi maestro cuando me lo enseñó. Este método es el mejor y el más seguro.

A mediados de octubre se entera de la noticia: lee en el *Extra Posten* que han encontrado un cadáver en el Fatburen y sabe que no puede tratarse de ningún otro. El cuerpo no tiene brazos, piernas, ojos, dientes ni lengua. Todo eso es obra suya. Kristofer se estremece al recordarlo, pero le consuela saber que el padecimiento que él contribuyó a causar haya llegado a su fin. Reza por el hombre muerto, pero al mismo tiempo sabe que, por su parte, tiene un nuevo camino por delante. Visita cada día a la chica para preguntarle cómo se siente y espera una semana más para poner en práctica lo que ha estado planeando. Una mañana, a pesar del frío, lava su ropa en la Corriente, bajo el puente de Norrbro, la deja secar al sol de otoño y se encamina a la iglesia de San Nicolás para hablar con el pastor. Espera a que lo hagan pasar, se presenta ante él y le explica el motivo de su visita.

—Tengo intenciones de casarme.

Kristofer deja su nombre y el de Lovisa Ulrika Tulipan. El pastor lo felicita y le pregunta a qué parroquia pertenece. Él contesta que la familia Blix siempre ha pertenecido a la iglesia de Adolfo Federico y el pastor promete avisar para que las amonestaciones puedan leerse allí también.

Kristofer ya no puede postergar más la única cuestión pendiente. Se encamina colina abajo hacia la taberna Markattan y espera a que caiga la noche y llegue la hora de su visita diaria. Cuando la muchacha está preparando su infusión, él la detiene posando una mano sobre la suya. Toma una de las hojas y la sostiene ante ella.

—Esto es cola de caballo. El maestro Hoffman me enseñó que es buena para el hígado. —Coge una flor—. Esto es hierba de San Juan, es la que colorea el agua. —Sigue con las otras hierbas, explicando sus beneficios: angélica, arrayán, perifollo verde. Reserva una para el final—. Y esto es manzanilla: la elegí por el sabor. Ninguna de ellas puede hacerle el menor daño a tu hijo.

Anna Stina se queda muda, pero Kristofer nota cómo sus mejillas se ruborizan.

—Tu embarazo está demasiado avanzado. Ya no queda tiempo: no puedes librarte del niño, va a nacer sí o sí.

Kristofer no entiende una sola palabra entre los gritos de Anna Stina, que lo golpea con las palmas abiertas en la cara, en el pecho, allí donde puede. Al principio, él permanece inmóvil y encaja los golpes sin defenderse, pero luego, cuando ella se acerca, rodea con los brazos su cuerpo trémulo y lo atrae hacia sí. Anna Stina se queda sin fuerzas, se tranquiliza, y él le susurra al oído que van a leer las amonestaciones y que el niño llevará su apellido: ella no lo parirá en pecado; no llegará a este mundo convertido en un bastardo.

Anna Stina Knapp ya no sabe qué decir ni qué sentir. Lleva la criatura de Löf en su seno: una semilla plantada con maldad y violencia. Durante mucho tiempo la ha imaginado con la cara del guardia tal como la vio iluminada por la pipa: una máscara malévolamente que acecha en la oscuridad de su propio seno con una sonrisa burlona en los labios. Aun así, sus sentimientos han evolucionado con el tiempo y cada vez la asaltaban más dudas respecto a la medicina que se estaba tomando. Ya puede notar esa vida que crece en su interior, aunque sólo sea tan débilmente como cuando una mariposa nocturna nos roza el rostro. ¿Podría ese ser diminuto, fruto de su propio cuerpo, convertirse en alguien como su padre aun si su madre hace todo por impedirlo? En todo caso, la decisión ya está tomada.

Cuando le cuenta a Karl Tulipan que espera un hijo, él se echa a llorar y a Anna Stina le lleva un rato darse cuenta de que sus lágrimas son de alegría. La abraza, apoya la oreja contra su vientre y le dice que ha soñado que iba a ser abuelo y ha despertado henchido de gozo. No le pregunta quién es el padre, pero ella se lo cuenta de todas formas: es Kristofer Blix, el cirujano flaco cuya salud tanto ha mejorado últimamente. Le ha propuesto matrimonio. Se casarán tan pronto como sea posible. Tulipan esboza una sonrisa cómplice; le brillan los ojos, y esa expresión le quita décadas de encima a su rostro arrugado.

—Ya me lo parecía, ¿sabes? Os he visto juntos. Tendría que estar ciego para no haber notado que había algo entre vosotros dos.

Algo ha mudado en el interior de Anna Stina: ya no sueña con el Gallo Rojo, ya no se ve en medio de ese incendio que diezma Estocolmo y la reduce a ruinas humeantes. El fuego es ahora el niño, pero no es devastador; muy al contrario: es capaz de insuflar vida, tiene un poder transformador. Va a traer una vida al mundo en estos tiempos aciagos, y el bebé, sea niño o niña, será suyo y podrá criarlo. De mayor no será como los demás. Crecerá, se hará fuerte y contribuirá a que el mundo sea un lugar distinto, libre de injusticia y maldad. El bebé tendrá sus propios hijos para continuar con esa lucha y la cadena será duradera: así se vengará Anna Stina de este mundo aborrecible. Si es un niño, se llamará Karl Kristofer, como su padre y su abuelo. Si es una niña, le pondrá Anna Stina, el nombre de alguien que ya no existe, pero que así no caerá en el olvido.

A finales de octubre el frío se abate sobre Estocolmo con la fuerza de un puñetazo. Las aguas de la bahía de Riddarefjärden se han congelado. Kristofer Blix está sentado en la orilla de la bahía, bajo la antigua torre que ha albergado tanto a reyes como a asesinos de reyes, mientras el sol se sumerge en el horizonte después de su breve camino a través del cielo invernal.

Piensa en las últimas semanas de verano, antes de que conociera a la chica y el destino lo llevara a una encrucijada que nunca podría haber previsto. En su constante embriaguez, deambulaba por Stadsholmen y buscaba la muerte como se busca a un viejo amigo. Su esperanza renacía cada vez que veía una reyerta, un cuchillo desenvainado con ira o una carga pesada balanceándose sobre el muelle y amenazando con caer. Pero la muerte lo eludía siempre: nadie levantaba la mano contra su cuerpo frágil, ningún accidente le arrebatara la vida, como si su existencia no valiera nada y la muerte prefiriera la de los demás. Hubiera deseado acabar con su vida él mismo pero jamás se atrevió: todo el mundo sabe que el suicidio es un pecado gravísimo. El paraíso con el que había soñado no era otra cosa que el olvido; el infierno bien podría ser un lugar donde se lo obligue a recordar, a revivir una y otra vez los días de verano pasados con las manos ensangrentadas y el terror en el pecho. ¿Cómo podría quitarse la vida entonces? En vez de eso, intentaba encontrar un camino para acortarla, una senda lo bastante discreta como para no llamar la atención del Señor. No comía hasta que las manos se le quedaban frías y temblorosas, pero al final el hambre siempre lo vencía. Intentó cavarse una tumba con la botella, pero fue en vano.

Ha pedido a la chica que le haga un favor y le ha dado un paquete sellado con cera. Contiene las páginas que había escrito durante el verano, cartas dirigidas a una hermana que ya no existe. Por fin ha averiguado adónde tenía que enviarlas: la dirección salía en el periódico donde leyó la noticia del cuerpo hallado en el Fatburen. Por fin ha entendido las últimas palabras que oyó decir a su víctima, ebria a la fuerza, antes de cortarle la lengua. «En deuda con esa...»: eso creyó oír entonces, pero ahora sabe que decía otra cosa: «Indebetouska.»

Kristofer Blix recorre la bahía con la mirada. El sol arranca destellos al hielo que se ha formado durante el día. Da la impresión de que un camino pavimentado de oro reluciente se extendiera ante él: ése es el camino al cielo prometido, lo supo con absoluta claridad en el preciso instante en que la chica le pidió ayuda. Una vida a cambio de otra vida: al salvar al bebé aún no nacido se ha ganado el derecho a disponer de su propia existencia.

Se quita los zapatos y posa los pies descalzos sobre el suelo frío. Luego se despoja de la chaqueta, la camisa, los calzones, el chaleco, el sombrero...

Su cuerpo ya no está flaco y enjuto: ha recobrado el vigor de la juventud. Su cabello dorado, que le llega hasta los hombros, ya no está enmarañado, y su rostro hundido se ha rellenado. Es como si el tiempo hubiese vuelto atrás y, una vez más, le permitiera aparentar los diecisiete años que tiene.

Da los primeros pasos por el camino dorado. El hielo es transparente hasta el punto de que puede ver las piedras del fondo, aunque pronto el agua se vuelve demasiado profunda. Continúa paso a paso. A su espalda oye a algunas personas que se han reunido en la orilla y le gritan que vuelva, pero ellos ya están en otro mundo y él está a medio camino del siguiente. Cierra los ojos. El sol le calienta apenas la piel bajo esta atmósfera glacial y sonrío mientras se aleja todavía más, hasta donde el hielo cruje con cada pisada. Y entonces se rompe.

CUARTA PARTE

El mejor de los lobos

INVIERNO DE 1793

Por los justos las campanas a difuntos tañerán,
el juicio final el Señor va a resolver;
los fieles y los devotos nada han de temer,
pero los pecadores en las tinieblas morarán.

CARL MICHAEL BELLMAN, 1793

Cuando Mickel Cardell despierta no sabe dónde está, pero tiene las mejillas mojadas y el sabor salado de las lágrimas en las comisuras de la boca. Lo envuelve la oscuridad. Algo se le clava dolorosamente en la parte baja de la espalda: un mango redondo y liso. Después de recorrerlo a tientas se da cuenta de que está tumbado sobre un palo de escoba. Tiene un dolor de cabeza tan abominable como el sabor que nota en la boca. Minutos más tarde, sus ojos se acostumbran a la oscuridad y distingue la forma de una puerta.

Se queda un rato más boca arriba con la esperanza de recuperar la memoria. Jarras de cerveza espumosa, tabernas llenas de humo, una borrachera desbocada, voces airadas, intercambio de golpes. A medida que recobra los sentidos, toma conciencia del frío. Por las grietas entre los tablones del suelo penetra un aire gélido; le castañetean los dientes. Así es Estocolmo... en noviembre. Está en la taberna Fördärvet, dentro del armario que se utiliza a veces para meter a los clientes que no se dejan controlar de otra manera. Y Cecil Winge ha muerto.

En su estado, a medias entre la vigilia y el sueño, Cardell no distingue realidad y pesadilla, pero el recuerdo emerge entre las brumas de la borrachera y la sensación de pérdida vuelve a inundarlo, como si se lo acabaran de comunicar. Se queda sin aliento y en el esfuerzo por inhalar nota un dolor repentino e intenso en el brazo izquierdo. Se le escapa un gemido mientras se masajea las cicatrices que dejó la lanceta del cirujano. Tras los párpados cerrados parpadean unas luces.

Se pone boca abajo. El nuevo brazo postizo es de roble y pesa más que el que perdió. No ha tenido tiempo de acostumbrarse, aunque ya ha cumplido su propósito: cuesta más blandirlo, pero cuando da en el blanco siembra la muerte y la destrucción. No tiene intención de perderlo, como el otro. Además, las correas nuevas se adaptan mejor. Al aflojarlas para dejar que la sangre fluya un poco descubre dos dientes hincados entre los nudillos del puño de madera. Su brazo izquierdo parece cobrar vida de nuevo. Cardell vuelve a apretar las correas y aporrea la puerta.

—¡Abrid de una vez y dejadme salir, me cago en diez!

Tarda un rato en obtener respuesta.

—¿Te has calmado ya, Cardell? —dice una voz al otro lado—. No quiero más líos, ¿me oyes?

—Estoy calmado, pero no pongas a prueba mi paciencia.

Cardell oye cómo arrastran algo pesado que estaba contra la puerta. Levanta el brazo para protegerse los ojos de la luz y sale tambaleándose del armario. El bar está hecho un desastre: hay fragmentos de cristal y botellas desparramados por todas partes. Se deja caer en el primer banco que ve y se lleva las manos a la cara. Cuando alza la vista, ve el mural de Hoffbro. La muerte le sonríe mientras baila blandiendo su guadaña.

—Gedda, dame algo fuerte. Siento la cabeza a punto de estallar.

El tabernero vuelve con una jarra de cerveza.

—Óyeme bien, Cardell. Si vas a comportarte como anoche, no puedo permitirte estar aquí ni

siquiera como cliente. Me espantaste a la clientela y los que había contratado en tu lugar para mantener el orden prefirieron dejarlo en el acto antes que interponerse en tu camino.

Cardell apura la bebida de un solo trago y contesta cuando ha recobrado el aliento.

—Tranquilízate, Hans. Anoche me dieron malas noticias y no las encajé bien, pero ya está: no me quedan amigos ni familia. —Vuelca el contenido de su bolsa sobre la mesa: tres chelines y un witten alemán—. Coge esto y añade a mi cuenta los daños que he causado: la liquidaré cuando me paguen. Aparte de eso, puedes dar por terminada nuestra relación, a menos que quieras que le dé una mano de pintura a tu pared: la muerte ya se ha reído de mí demasiadas veces.

Atardece en la calle: el sol apenas ha asomado sobre los tejados cuando ya vuelve a ponerse. La nieve cubre los adoquines y se acumula al pie de los muros. Todavía no se han encendido las farolas ni hay luz en las casas, cuyos habitantes prefieren acercarse a las ventanas y aprovechar el último resplandor del día. Hace frío, y aunque el corazón de Cardell palpita como un martinete y la resaca lo hace sudar copiosamente, tiene que ceñirse más la casaca a causa del viento que sopla de la bahía. Enfila la calle Västerlånggatan en dirección a la plaza de Riddarhustorget y luego tuerce a la derecha para subir por la cuesta de Slottsbacken. Con un poco de suerte, todavía encontrará a Isak Reinhold Blom en la Casa Indebetouska. Mientras camina, los recuerdos de la noche anterior, perdidos hasta hace un momento, van volviendo poco a poco.

Lo supo en primer lugar por un joven policía que debía de haberlo visto alguna vez en compañía de Cecil Winge y se acercó a presentarle sus condolencias. Al principio, Cardell no dio crédito, pero otros corroboraron lo dicho por su colega: el secretario del cuerpo en persona les había confirmado la noticia de que el Fantasma de la Casa Indebetouska ya no estaba entre los vivos. El frío había empeorado la enfermedad de Cecil Winge hasta tal punto que el día anterior había exhalado el último suspiro.

Poco después, Cardell ya estaba completamente borracho: aquella noticia, que era todo menos inesperada, lo había pillado totalmente desprevenido. En su fuero interno había creído que Winge seguiría a su lado hasta que ambos lograran arrojar luz sobre el destino de Karl Johan: el cuerpo del Fatburen había conseguido que Cecil Winge se aferrara a la vida a toda costa. Cardell recuerda que había bebido mucho, hasta sentirse suspendido en una esfera propia, lejos del mundanal ruido, en un lugar lo bastante apacible como para aceptar la despedida, y que entonces alguien había chocado con él.

La rabia por la tristeza y la desolación del mundo lo había hecho encenderse como un cartucho de pólvora. Hubo un intercambio de palabras airadas y luego golpes. Finalmente debieron de dominarlo y lo arrojaron al armario, entre las escobas, donde no tardó en quedarse dormido. Y Karl Johan, desde su agujero solitario en el cementerio de Santa María Magdalena, acudió a perturbar sus sueños. En un susurro que brotaba de su boca sin dientes ni lengua como un hervidero de gusanos, lo acusaba:

—Tenías que conseguir que se hiciera justicia conmigo, pero has fracasado. El otro ha pagado con su vida. Tú serás el próximo.

Cuando Cardell vuelve la esquina de la iglesia de San Nicolás, tiene que sujetarse el sombrero para que no salga volando. Ahí delante, donde las aguas de la Corriente de Estocolmo se derraman en el Báltico y las islas se suceden en hilera, la nieve cae desde unas nubes negras y

amenazadoras. La Casa Indebetouska está desierta: la policía no puede permitirse malgastar el dinero en velas y se ha visto obligada a adaptar sus horarios a la luz solar. Por suerte, Cardell se encuentra con un hombre que sale de allí y éste le confirma que el secretario Blom aún está dentro, encorvado sobre sus libros de cuentas, aunque añade en voz baja que es sólo para ahorrarse leña en casa.

—Y eso que ya no tiene necesidad de ser tan tacaño.

A Cardell, el significado de esa pulla se le escapa, pero se contenta con que lo dejen entrar.

El despacho de Blom está a rebosar de registros y libros de cuentas. En efecto, una chimenea caldea la habitación hasta el punto de que Blom está sentado a su escritorio en mangas de camisa. Cardell no se molesta en llamar a la puerta.

—Me lo dijeron anoche.

Blom mete en una carpeta el documento en el que estaba trabajando.

—Lo siento mucho, Cardell. Es una gran pérdida para todos nosotros.

Cardell se sienta en un taburete y se desabrocha la casaca. La caminata le ha despejado la cabeza. Por segunda vez desde que ha despertado esa mañana, siente que se avecina la familiar oleada de pánico. Se le cierra la garganta y cada respiración le supone un esfuerzo brutal. Puntitos negros bailan ante sus ojos. Los cierra y procura calmarse. Blom espera en silencio hasta que Cardell consigue controlarse.

—¿Tienes algo de beber?

Blom titubea. Se sonroja.

—Te acompaño en el sentimiento, de verdad, pero tengo obligaciones que atender: cada momento cuenta si pretendo dormir algo esta noche...

—Ah, sí. Déjame ver.

Con un gesto hábil, Cardell le arrebató la carpeta en la que ha estado trabajando. Blom intenta recuperarla, pero no es lo bastante rápido.

—Qué curioso, Blom. A mí esto no me parecen asuntos policiales. Juraría que es una súplica dirigida al barón Reuterholm para conseguir un puesto en el palacio de Drottningholm. «Vuestra excelencia...» Pero ¿qué es esto? ¿Te has cansado ya de tu puesto de secretario, al cabo de apenas un año de servicio?

Blom se deja caer en la silla y se frota la cara con ambas manos.

—Maldita sea, Cardell. No deberías haber visto esto. Pero, en fin, dejémoslo correr. Debes saber que, como esperábamos desde hace mucho, finalmente han despedido a Norlin, el jefe de la policía. Y tiene sentido, la verdad: Reuterholm quería un perrito faldero y nuestro Johan Gustaf Norlin iba a la suya, como quedó demostrado cuando le permitió a Winge publicar en el periódico la descripción de aquel estampado obsceno.

—¿Y quién ocupará el puesto de Norlin?

—A Norlin lo mandarían al norte a modo de castigo. Su sustituto será Magnus Ullholm, que va a dejar su puesto en el palacio Drottningholm: es ese cargo el que pretendo conseguir yo.

—He oído antes ese nombre. ¿Es el mismo Ullholm que se vio obligado a huir a Noruega tras verse acusado de desfalco? ¿Y ahora van a hacerlo jefe de la policía?

—Deberías tener presentes los requisitos primordiales para el puesto: lealtad sin tacha al régimen actual e inclinación al servilismo y la adulación.

—A juzgar por lo que he podido ver en tu carta al barón, tú eres un candidato ideal, Blom.

El rostro ceñudo de Blom enrojece todavía más.

—¡Por todos los demonios, Cardell! Sólo gano ciento cincuenta riksdalers al año. Con eso no

me llega para vivir. Que me vean en compañía de gente como Cecil Winge o como tú no me hará ningún bien, así que, si no tienes nada más que decirme, tengo otras obligaciones que atender.

Cardell se ha distraído pensando en lo que ha dicho Blom sobre la exigüidad de su salario. Recuerda las palabras del tipo de la entrada. Entorna los ojos y mira pensativo a Blom, que se ha levantado y mantiene la puerta abierta para él.

—Siéntate y cierra el pico si sabes lo que te conviene —le advierte—. Aquí hay algo que no cuadra y necesito darle unas vueltas.

Cardell maldice su cerebro embotado: el estado en que se encuentra no ayuda mucho que digamos. Pero su instinto no está perjudicado. Blom oculta algo. El secretario se ha puesto a sudar pese a que no hace más calor que antes. Su mirada recorre con nerviosismo la habitación y se posa una y otra vez en una mesa cerca del fuego. Cardell la mira a su vez. Sobre un montón de libros hay un paquete atado con cordel. Se acerca y lo coge. Va dirigido a Cecil Winge, con su nombre escrito con una letra infantil y una tinta tan aguada que casi resulta transparente.

—¿Cómo ha llegado esto a tus manos, Blom?

—Una chica ha traído el paquete esta mañana y lo ha dejado en la entrada. Como soy el secretario, me lo han hecho llegar a mí.

Blom lanza miradas anhelantes a la puerta de la habitación. Cardell lo mira a los ojos y niega con la cabeza. Mueve la silla para bloquearle la salida. Se pone el paquete en el regazo para desatar el cordel y desenvolverlo. Consiste en un montón de páginas de distintos tamaños envueltas en un pedazo de tela manchada y escritas con la misma letra infantil. Empieza a leer las líneas inclinadas y el corazón se le desboca en el pecho. Cuando deja las páginas, clava una mirada furiosa a Isak Blom. La niebla en su cabeza se disipa lentamente.

—¿Cómo te enteraste de la muerte de Winge?

—No lo recuerdo con exactitud... Alguien me trajo el mensaje.

—¿Hablaste personalmente con el mensajero?

—No, yo...

—Pues qué raro: uno de los agentes de policía con los que hablé anoche me dijo que fuiste tú quien informó en comisaría sobre los detalles y la hora exacta de la muerte. Otra cuestión: un tipo que me he encontrado en la entrada ha dado a entender que recientemente te ha caído dinero en abundancia. ¿Puedo cometer la insolencia de preguntarte de dónde ha salido? ¿Quizá de una tía que ha fallecido hace poco?

—Escucha, tienes que prometerme que no vas a alterarte...

Cardell se pone en pie, cierra la puerta con llave y se la guarda en el bolsillo. Blom da vueltas alrededor de la mesa seguido de Cardell, uno con la intención de aumentar la distancia entre ambos y el otro de reducirla.

—Por lo que he oído, aquí en la jefatura se han hecho apuestas sobre cuál sería el momento exacto de la muerte de Cecil Winge. ¿Es así como te has vuelto tan rico, hermano Blom?

—Mi querido Mickel..., hazte cargo de mi situación...

—Cuando has recibido este paquete, Cecil Winge seguía vivo, pero no tenías la menor intención de enviárselo: ya habías decidido mandarlo a la tumba y así llenarte los bolsillos. Si quieres seguir vivo y acabar el día con poco más que un ojo morado, harás bien en elegir con cuidado tus palabras. ¿Winge está vivo o muerto?

Vuelca el escritorio y en dos zancadas agarra a Blom del cuello de la camisa y blande el puño de madera listo para asestar el golpe. El tono de voz de Blom sube una octava entera:

—Sé sensato, Cardell. Me encontré al cordelero Roselius en el café y lo oí quejarse de que

estaba a punto de perder a un inquilino estupendo. Winge ha tenido que guardar cama por enésima vez y por lo visto su palangana está llena de secreciones sanguinolentas. El médico lo ha abandonado a su suerte para ocuparse de los pacientes que todavía tienen alguna esperanza de salvarse y el párroco ha acudido a administrarle la extremaunción. ¿Qué más da si murió ayer o si se muere mañana? ¡En cambio, para mí la diferencia supone el salario de casi un año! ¿No lo entiendes?

De vuelta en Skeppsbron, Cardell levanta su brazo de madera para parar un carruaje que pasa, pero cambia de opinión y se pone a limpiar el puño con un poco de nieve.

Con la nevada que cae, ningún conductor de carruaje se detiene ni en Skeppsbron ni en la península de Blasieholmen. Cardell no se da cuenta de que ha empezado a correr hasta que oye el chapoteo de sus suelas de cuero empapadas contra los tablones del pequeño puente levadizo que permite a los botes de pesca franquear el puente Nybron en dirección a Katthavet. Siente una urgencia intensa, como si el paquete que lleva bastara para levantar al enfermo de su lecho de muerte en el último momento. Los copos de nieve arrecian puntiagudos en la oscuridad de la noche y le arañan la cara. Más allá de la bahía helada, vislumbra la plaza Packartorget, desierta desde antes de la tormenta de nieve. En menos que canta un gallo se encuentra delante de los edificios de Artillerigården y el aire es como fuego en sus pulmones. Oye una música procedente de la iglesia de Santa Eduvigis: un coro entona el *Te Deum*. Cantan mal: es probable que los fieles sean en su mayoría gente que sólo quería protegerse de la tormenta, pero su lucha por seguir la melodía no priva a sus voces de significado: capta esperanza y desesperación en igual medida. Va contando las calles hasta que la ciudad termina y aparecen los muros de las mansiones y la arboleda de tilos encorvados bajo su manto blanco.

La puerta no está cerrada con llave. Le arden los muslos cuando echa a correr escaleras arriba hacia la habitación de Winge. Dentro arde una solitaria vela. Junto a la cama se ha sentado un sacerdote con sotana negra que, como suele pasar, emborrona los límites entre rezar y echarse un sueñecito. Una criada que Cardell reconoce de sus visitas anteriores retuerce un paño mojado en una palangana. Alza la cabeza y lo mira con expresión de sorpresa. Cecil Winge yace en su lecho, inmóvil. Cardell no creía que Winge pudiera perder más peso, pero se da cuenta de que se equivocaba. Su cuerpo esquelético le recuerda a los cadáveres congelados del estrecho de Svensksund; sin embargo, no le han tapado la cara: debe de estar vivo todavía. Una vez que ha recobrado el aliento se dirige a la criada:

—¿Está consciente? ¿Se le puede despertar?

—Ay, me temo que el señor Winge no ha hablado ni se ha movido desde esta mañana. El pastor Roselius lo ha estado velando y lo ha puesto ya en manos del Señor.

Cardell asiente en silencio. La palangana que hay junto a la cama está llena de mucosidades. A continuación, se dirige al pastor:

—Salga. Esa que ocupa es mi silla. Usted y sus escrituras ya han hecho todo lo que podían. Traigo conmigo otra lectura; enseguida veremos si es más efectiva.

No espera respuesta. Se quita la casaca, empapada de nieve y de sudor. La criada lo ayuda a desatar las correas del brazo de madera. Entretanto, el pastor, con cara de indignación, parece haberse decidido: sin decir una palabra de despedida, pasa junto a ellos de camino a la salida y las escaleras. Cardell se sienta pesadamente en la silla que el pastor ha dejado libre y escucha la débil respiración de Winge antes de volverse hacia la criada.

—¿Hay café? ¿Cerveza? Por favor, tráigame ambas cosas. Voy a quedarme un buen rato.

Los deja solos. Cardell examina el rostro de Winge: tiene los ojos hundidos; sus pómulos sobresalen en las mejillas enjutas. La piel de su frente está tersa, pero tan fina y pálida que a Cardell le parece percibir el brillo del cráneo. Su cabello largo se despliega sobre la almohada, mojado en las sienes a causa de la fiebre. El blanco de los ojos se adivina entre los párpados entornados. Los ataques de tos le han dejado manchas rojas en los labios y el cuello de la camisa. Cardell se estremece al mirarlo.

—Por Dios, Winge. No esperaba esto de ti. Un hombre en la plenitud de la vida rindiéndose con tanta facilidad ante una mísera tos. ¿Es compasión lo que buscas? Pues te lo voy a decir gratis: no engañas a nadie, eres la viva imagen de la salud. En mis tiempos de soldado se decía que el dolor no existe, que es meramente una flaqueza a la que uno se abandona. Estoy seguro de que eso también puede aplicarse a la tisis. ¡Muestra un poco de coraje, maldita sea!

Cardell deja el fajo de papeles sobre su rodilla e intenta que se mantenga en equilibrio mientras hojea algunos.

—Escúchame. Si tienes intención de morirte, haberlo hecho antes, cuando la situación era menos desesperada. Porque resulta que aún no hemos acabado, ni mucho menos.

Cardell abre las cartas de Kristofer Blix, se aclara la garganta y lee en voz alta:

—«Querida hermana...»

Van pasando las horas. La criada viene y va con cerveza y agua, y más tarde con rebanadas de pan y una jarra de leche endulzada con miel. Cardell apenas repara en su presencia.

Lo despierta un rayo de luz matutina que entra por la ventana y va a dar de pleno en su cabeza gacha. Ya no tiene el montón de papeles en el regazo. Siente una punzada de pánico: quizá se le han resbalado de las manos al dormirse. Se angustia ante la idea de haber perdido algo tan extraordinariamente valioso. No los ve en los tablones del suelo bajo sus pies, y hasta que no alza la mirada no repara en que las páginas de Blix están entre las delgadas manos de Winge. Se frota los ojos para espantar el sueño y se pone a observar aquel rostro dormido, que de pronto abre los ojos. Se miran en silencio. Cardell es el primero en hablar.

—Así que al final estás vivo. A ver, tú que tienes respuestas para todo: ¿esas páginas te han salvado la vida como el conjuro de un cuento de hadas o lo ocurrido esta noche es sólo una increíble coincidencia?

Winge se encoge de hombros.

—Mi enfermedad se agudiza cada tanto, pero esta recaída ha sido la peor: todo el mundo ha creído que era el final, incluido yo mismo. En cuanto al efecto curativo de la lectura en voz alta, no sé qué decirte. Supongo que siempre conviene recordarle al enfermo las razones que le quedan para vivir.

Winge mira hacia la ventana. Su semblante parece haberse ensombrecido cuando vuelve a hablar.

—Me contaste que durante la guerra estuviste al borde de la muerte. ¿La llegaste a ver cara a cara?

Cardell hace una mueca al recordar la destrucción del *Ingeborg* y el cuerpo inerte de Johan Hjelm hundiéndose en las profundidades del Báltico.

—Sí, la vi: esperaba su botín bajo las quillas de la flota con las alas negras extendidas y el huesudo rostro sonriente.

—Quizá la muerte se nos aparezca con diferentes disfraces. Yo vi un abismo silencioso, un

vacío inmensamente oscuro y tuve la certeza de que, si caía en él, me haría desaparecer del tiempo y de la memoria para siempre. Mientras me acercaba, pude reflexionar sobre lo que dejaba atrás. Me pareció que había elegido la razón sobre la emoción y que me había mantenido fiel a esa elección durante toda mi vida. Como abogado, procuré siempre que los acusados pudieran dar su testimonio. Nadie a quien yo haya defendido en los tribunales o acompañado en el banquillo se ha enfrentado a su destino sin ser escuchado. Incluso en mi vida privada, he... —Hace una pausa y tiene que volver a empezar—. Jean Michael, últimamente había llegado a dudar de mis convicciones. No por motivos racionales, sino a causa de este dolor que me consume. En estos días, los últimos de mi vida, me había estado preguntando si nuestro destino como seres humanos es necesariamente aquel lugar tenebroso y vacío. Pero en esta ocasión, mientras el abismo se abría a mis pies con la promesa de acabar con mi enfermedad y mi dolor, por fin he sido capaz de ver más allá de mi sufrimiento. He defendido lo que considero justo durante toda mi vida, y saberlo ha sido, de pronto, como llevar una pequeña llama en las manos, una llamita para iluminar las tinieblas. El miedo se ha desvanecido y, perfectamente sereno, me disponía ya a dar mis últimos pasos cuando he oído tu voz. Entonces he regresado del abismo y, al volver en mí, tú roncabas. Me he dado cuenta de que tenía fuerzas suficientes como para coger estos papeles. He leído el relato de Kristofer Blix.

—Y ahora que has vuelto a la vida, ¿han vuelto también el dolor y las dudas?

Cardell ve tristeza en los ojos de Winge, pero también valentía. Antes de responder, aprieta los labios hasta que forman una línea blanca.

—Sí, sí, parece que el dolor y las dudas son las constantes de mi existencia. Pero tengo la impresión de que el mejor remedio para ambas es llevar ante la justicia al asesino de Karl Johan. Ayúdame a levantarme, Jean Michael, y sería fantástico si quedara algo de agua tibia para lavarme el sudor de la fiebre.

—¿Estás seguro de que estás lo bastante fuerte como para levantarte? Sólo han pasado unas horas desde que el médico te diera por muerto.

—Al parecer, no me he abandonado del todo a la flaqueza. Pero aprovechemos el tiempo que me queda en revisar a fondo esas cartas que han caído en nuestras manos y en general la información que tenemos hasta ahora. ¿Recuerdas lo que nos contó *madame* Sachs en la Casa Keyser?

—Cuando consiga olvidarlo seré feliz.

—Me refiero a ese asunto de que Karl Johan tenía la costumbre de comerse sus propias heces. Sachs creía que ése era un indicio de que el pobre tipo había perdido la cabeza, pero ahora sabemos que era todo lo contrario: era su manera de conservar su última posesión, un objeto que podía conducir a alguien a averiguar su nombre y, a partir de ahí, también el de su asesino. Blix le dio el anillo y Karl Johan se aseguró de conservarlo de la única manera posible: lo recuperó y volvió a tragárselo una y otra vez. Eso indica que durante todo su calvario conservó la cordura.

Cardell siente que las náuseas le oprimen el estómago. Tiene que alternar entre tragar saliva e inspirar profundamente para no devolver.

—Ay, mierda, mierda, mierda.

—Me costaría expresar con mejores palabras mis propios sentimientos sobre el tema. El caso es que no podemos permitir que su durísima lucha haya sido en vano. Si nos damos prisa, quizá podamos hablar con el sepulturero y convencerlo de que empiece a cavar en la tierra helada en cuanto se ponga el sol: lo que hay que hacer conviene hacerlo al amparo de la oscuridad. Sin duda el anillo sigue ahí, y gracias al escudo de armas daremos con el verdadero nombre de Karl Johan.

Venga, démonos prisa.

El sepulturero Schwalbe se asoma por el resquicio de la puerta y los mira fijamente hasta que, de pronto, su rostro da muestras de haberlos reconocido.

—El señor Winge, ¿verdad? Y el señor... ¿Carlén? ¿Kardus? ¿Calibán?

—Cardell.

Los invita a pasar con un amplio ademán. Hay un fuego encendido en el hogar y una Biblia abierta sobre la mesa.

—Debe perdonarme, señor Cardell. Suelo ser buen fisonomista, pero lo veo muy cambiado. Diría que su nariz no se torcía tanto a la izquierda, y ese ojo parece más hundido... En cuanto a usted, señor Winge... ¿Come bien? Me han contado que la palidez está de moda, pero cuando lo he visto en la puerta, con la nieve de fondo, por un momento me ha parecido que un abrigo y unos calzones hubieran escapado del armario por su cuenta.

Cardell suelta un gruñido y pateo el suelo para quitarse la nieve de las botas.

—Si todo el mundo poseyera una belleza como la suya, Schwalbe, no habría artista que no tuviera que andar mendigando pan.

Schwalbe sonríe de oreja a oreja mostrando los muñones color marrón que son sus dientes.

—Han vuelto en busca de ese cadáver suyo tan complicado, ése tan enfadado al que le faltan los miembros. Karl Johan, ¿no? La verdad es que esperaba que volvieran.

—¿Y eso?

—En el barrio hay quienes tienen el don de la clarividencia. Dicen que su alma no encuentra reposo, que se desliza entre las tumbas como una babosa envuelta en un halo de resplandor y musitando palabras que no pueden oírse. Sé que ha dejado algo sin acabar en esta vida, por eso esperaba su regreso.

Winge y Cardell intercambian una mirada. Para Cardell, el franco escepticismo que ve en los ojos de su compañero supone un consuelo. Él mismo no está tan seguro de que lo dicho por Schwalbe no sea verdad. Winge saca la bolsa y cuenta unas monedas sobre la mesa.

—Nos gustaría que la tumba se abriera lo antes posible. Es importantísimo que dispongamos de otra oportunidad de examinar el cuerpo, y para eso necesitaremos utilizar su habitación.

En el cementerio se alza una hilera de tilos pelados todavía jóvenes, pues se plantaron después de que el gran incendio les hiciera espacio. Un viento lánguido convence a los copos de nieve de abandonar las ramas y los hace danzar en el aire. Schwalbe se abre paso en la gruesa capa de nieve seguido por Winge y Cardell. Llega hasta la tumba guiándose por puntos de referencia que sólo él conoce. La despeja de nieve con una rama de abeto y emprende la ardua tarea de cavar utilizando pico y pala. Al poco rato ya ha adoptado un ritmo constante y empieza a tararear una melodía mientras alterna sus herramientas. Cardell observa el espectáculo con una mezcla de

emoción y preocupación. Hace un frío intenso y el aliento forma nubecillas ante las caras. Winge está de pie a su lado, apoyado contra su hombro y con un pañuelo en la nariz para caldear su respiración.

—No hay razón para que estés aquí fuera tentando al destino. Vuelve dentro, junto al fuego. En cuanto Karl Johan esté desenterrado te lo haré saber.

Winge niega con la cabeza. A Cardell le gustaría correr y agitar los brazos para calentarse el cuerpo, pero la mano de Winge no lo deja moverse. Se queda donde está y echa mano de voluntad para evitar que le castañeteen los dientes. El tiempo transcurre despacio hasta que la cabeza calva de Schwalbe, sudorosa y sin sombrero, asoma a la altura de sus pies. Con un último gruñido, el sepulturero libera de la tierra un pequeño paquete.

—Señor Winge, señor Cardell, ¿pueden cogerlo?

Cardell suelta una maldición en cuanto lo toca.

—Madre mía, que me aspen si no está completamente helado.

Winge asiente con expresión pensativa y se vuelve hacia Schwalbe.

—Tendremos que descongelarlo.

Cardell ayuda al sepulturero a salir de la fosa.

—Resulta que tenía prevista esta situación y he echado un par de troncos de más al fuego. Voy a por un trineo para transportarlo, luego traeré más leña y a continuación me iré a la Esclusa a comer algo y echar unos tragos. Déjenlo bajo una sábana cuando hayan terminado.

Esa aceptación ciega de Schwalbe inquieta a Cardell por motivos que no logra explicarse.

—La razón por la que vamos a...

—*Nein*. Tengo ciertas sospechas, pero mientras guarden silencio aún tendré esperanzas de equivocarme.

Ellos añaden leña al fuego hasta que el calor hace que las vigas de la cabaña gimian y crujan. Colocan el cadáver rígido y todavía en su mortaja sobre un banco junto al fuego y se limitan a esperar. Cardell está sorprendido ante el cambio experimentado por Cecil Winge en sólo unas horas. Hace un momento, él mismo se había visto obligado a llevarlo en brazos para cruzar el jardín helado de Roselius, y luego prácticamente han tenido que subirlo al carruaje, pero ya se lo ve distinto. Le brillan los ojos, su piel tiene un tono más saludable y el cabello, ahora peinado y recogido en la nuca, ha recuperado algo de la vitalidad de antaño. Ya no necesita que lo aguanten en pie; de hecho, se dedica a pasearse incansablemente de aquí para allá mientras el cuerpo se descongela poco a poco. Llega un momento en que Cardell se da cuenta de que tiene que respirar por la boca para poder soportar el hedor.

—Cada vez huele peor. ¿No crees que ya está a punto?

—Sí, manos a la obra.

Arremangados y con los dedos y un cuchillo a modo de herramientas, examinan la cavidad abdominal perturbando a los gusanos que ya se habían acomodado para invernar y que ahora se asustan y se arrastran, confusos. Y entonces la luz del farol hace destellar algo metálico en la penumbra rojiza.

Winge sostiene el anillo bajo la luz y lo examina detenidamente. Cardell se obliga a permanecer inmóvil pese a la emoción que lo invade. El instante es tan intenso que casi le resulta insoportable. ¿Cuántas veces habrá buscado Karl Johan este anillo para tragárselo, con la esperanza de que llegara este momento cuando él ya hubiera fallecido? Las expectativas puestas en

este instante son tantas que se le antojan truenos que retumban y entrechocan por el aire. Clava la mirada en Winge, impaciente por ver la revelación y el triunfo reflejados en su cara, mientras éste da vueltas al anillo bajo la luz para que las sombras muestren el relieve del grabado.

No tarda en percibir cierta decepción en su semblante, incluso antes de que Winge pronuncie palabra. Por fin habla, sin dejar de contemplar el anillo, como si esperara que asumiera una nueva forma más prometedora.

—Tengo ciertos conocimientos de heráldica. Desde luego, no he visto los escudos de todas las grandes familias, pero sí estoy familiarizado con las convenciones. El escudo de armas que vemos aquí no pertenece a un noble: es un escudo partido en azul y rojo con tres estrellas de seis puntas a cada lado acompañadas de dos figuras: una corona de laurel y un león rampante, todo esto coronado por un penacho de plumas rosadas. Casi resulta ridículo por la profusión de detalles: es la clase de blasón que dibujaría un crío, fruto de sus fantasías de caballería y honor. Y el anillo en sí no es de oro, como sería lo habitual: está manchado y descolorido allí donde los jugos gástricos han dañado la superficie. Y la piedra no es otra cosa que cristal tintado. —Deja el anillo y se frota los ojos, exhausto—. Esperaba algo más que esto, Jean Michael. Es un anillo muy desconcertante.

Los hombros de Cardell, que habían permanecido alzados casi hasta las orejas de pura expectativa, caen de golpe, como si el cordel que los sujetaba se hubiera roto. Winge se apresura a continuar.

—Cuando alguien es nombrado caballero, calígrafos experimentados de la Real Academia de las Letras se encargan de crear la heráldica. Eligen emblemas que guarden relación con la vida y el trabajo de la persona en cuestión. Pongamos por ejemplo a Olof af Acrel, médico personal del rey Gustavo: su escudo de armas mostraba el caduceo de la profesión médica, una serpiente en torno a una vara, pero enroscado en una corona. De ese modo se resaltaba tanto su vocación como su fidelidad al rey. Sin embargo, el diseño de este anillo procede de algún otro lugar.

—Pero ¿dónde nos deja eso? ¿En otro callejón sin salida?

Winge se inclina más cerca de la luz y vuelve a quedarse ensimismado mirando el dibujo.

—Me recuerda a algo, me resulta familiar en cierto modo...

La frustración de Cardell crece por momentos y exige expresarse. Con un juramento, golpea con el puño izquierdo la mesa de Schwalbe con tanta fuerza que deja una marca, e inhala apretando los dientes cuando el golpe reverbera hasta el muñón. Winge aparta la mirada del anillo y la clava en Cardell.

—Jean Michael, ¿dirías que estás en plena posesión de tus facultades?

—Menuda pregunta en una noche como ésta.

—Me lo tomaré como una afirmación. ¿Hay algo que prefieras comer por encima de todo lo demás? ¿Algún plato en particular?

Si a estas alturas Cardell no conociera tan bien a Winge, habría pensado que se mofaba de él. Pero no hay rastro de burla en su cara, como no lo ha habido nunca.

—Me gustan los rollitos de repollo.

—¿Y lo peor que has comido?

—En la fortaleza de Sveaborg nos servían sopa siempre que la flota quedaba bloqueada por el hielo, y adivinar el contenido de aquel caldo era nuestra única distracción. Un día me encontré un pelo de bigote, y aunque quise convencerme de que antaño había estado pegado a un gato, nunca las tuve todas conmigo.

—Y, sin embargo, si hubieras tenido que elegir entre esa sopa infame y el contenido de tu orinal, sin duda habrías preferido la primera. Lo que trato de decirte, Jean Michael, es que Karl

Johan no se habría comido sus propias heces durante semanas de no haber tenido la esperanza de que saliera algo bueno de ello: sabía que el anillo haría posible seguir la pista a su identidad aunque requiriera un esfuerzo considerable.

Mickel Cardell ha encontrado otra habitación de alquiler en el mismo barrio. Su nuevo alojamiento, tan estrecho que puede tocar las cuatro paredes desde la cama, apenas se diferencia del anterior. El colchón, desgastado por generaciones de durmientes, es delgado en los sitios donde debería ser grueso, pero el lugar es lo bastante caliente y lo bastante barato para él. Le servirá. El aquavit lo ayuda a dormir y toma más de lo mismo para desayunar y calmar los numerosos dolores que llegan con el amanecer.

Hoy, sin embargo, no es capaz de dormir, por más que beba y por más cansado que esté: cada vez que cierra los ojos lo asaltan imágenes del cobertizo de Schwalbe. Cuando cae la noche, en vez de seguir esperando a que las pesadillas lo dejen en paz, se levanta y pone rumbo a la taberna. Se ha despedido para siempre de la taberna Fördärvet, pero las alternativas son muchas. Errante, cruza la plaza Järntorget y una vez en la calle Österlång enfila, al azar, un callejón lateral en dirección a los muelles. Sobre una puerta, un letrero reza: TERRA NOVA. El nuevo mundo. Un mundo nuevo le iría de maravilla.

Para tratarse de una noche entre semana, hay más gente de la que habría imaginado. La multitud parece tan entusiasmada que Cardell acaba preguntando qué pasa. Un soldado de la guardia real perfectamente afeitado se vuelve hacia él con expresión incrédula.

—¿No se ha enterado? ¿Cómo puede ser que no se haya enterado? En la ciudad no se habla de otra cosa desde que los periódicos lo difundieron anoche.

Una sombra cruza la cara del guardia.

—¡Está muerta! Le han cortado la cabeza.

—Pero... ¿a quién? ¡Demonios!

—¡A la reina!

Cardell no da crédito a lo que oye: el hombre debe de estar borracho como una cuba.

—¿Sofía Magdalena? ¿La viuda de Gustavo? Pero ¿qué...? ¿Se cansó por fin la corte de sus veladas musicales?

—No, la reina de Francia, idiota. María Antonieta. La noticia llegó ayer. La llevaron a rastras hasta la guillotina y luego arrojaron su cuerpo a una fosa sin identificar. ¡Menudos bárbaros!

El soldado de la guardia agarra a Cardell de los hombros y acerca los labios a su oreja para susurrarle con gesto furtivo:

—Y, sin embargo, en este establecimiento, y quién sabe en cuántos sitios más, hay quienes creen que la muchedumbre tiene la razón de su parte. Lo que no deja de suponer una advertencia.

El hombre escupe en el suelo con gesto asqueado y se abre paso a codazos hacia la puerta.

Al cabo de un rato, ya con varias jarras de cerveza en el estómago, Cardell se percata de hasta qué punto estaba en lo cierto el soldado de la guardia real: la ciudad parece no hartarse nunca de ese escándalo. Todos han oído alguna historia sobre los últimos momentos de la reina y la cuentan con entusiasmo tanto si Cardell les pregunta como si no. Uno dice que la soberana soltó una risa de desdén ante el pueblo y afirmó que su vida de adulterio y lujos habría compensado cien guillotinas. Según otro, lloró en silencio. Un tercero asegura que sus últimas palabras se las dirigió al verdugo: una disculpa por haberle dado un pisotón de camino al cadalso. Cardell hace cuanto puede por abstraerse de las voces. Con cada copa le resulta más sencillo, pero los otros beben al mismo ritmo y hablan cada vez más fuerte con el paso de las horas. Las opiniones revolucionarias ganan terreno: circula el rumor de que el duque Carlos se ha asegurado de que sus caras obras de arte importadas pasen la frontera de contrabando para ahorrarse los impuestos. La ley debería ser igual para todos, sostienen quienes lo critican, los mismos hombres y mujeres que momentos antes han tenido dificultades para ocultar su pena por la muerte de la reina francesa.

Cuando ve el anillo por primera vez, lo achaca al alcohol. Sacude la cabeza y se frota los ojos, convencido de que sólo se está haciendo ilusiones, pero vuelve a mirar y sigue ahí: un joven con bombachos y chaleco de tafetán lo lleva puesto en la mano izquierda. Es de oro y tiene un óvalo negro con un escudo de armas grabado. Cardell se acerca para verlo mejor. Aquí y allá se ven anillos heráldicos similares en dedos nobles; pero no, cuanto más se acerca, más seguro está. El motivo es demasiado pequeño para verlo con detalle, pero la montura es la misma, como si procediera del mismo molde.

El local parece dar vueltas y el humo del tabaco hace que le escuezan los ojos. Parpadea y le caen lágrimas por las mejillas mientras se concentra en examinar al portador del anillo. Rondará los veinte años y viste prendas de colores llamativos, tan caras como de mal gusto. Un pañuelo blanco y brillante atado al cuello, una casaca escarlata y una peluca empolvada. Cardell está maldiciendo las jarras que se ha metido entre pecho y espalda cuando su mirada fija y sostenida sin disimulo atrae la atención del joven. Masculla un juramento mientras vuelve a sentarse en un banco e intenta obligar al alcohol a disiparse por sus poros sin perder de vista al hombre. Espera.

• • •

El grupo del que forma parte el hombre tarda un buen rato en dispersarse. Todos tienen un aspecto parecido: visten como pavos reales y muestran unos modales exagerados. De cada tres palabras que dicen, una es en francés o en inglés. Se despiden dándose un beso en la mejilla. A Cardell ya se le va pasando la borrachera y se les adelanta en la salida al callejón, donde se planta frente a un muro y finge orinar. Repara con satisfacción en que el joven lleva un bastón con el que golpea los adoquines a cada paso. El ruido le facilita seguirlo incluso cuando tuerce una esquina.

Debe de haber sobreestimado su sobriedad: aunque se esfuerza por ser cauteloso, no puede evitar dar un traspie en el hielo. El joven le dirige una mirada rápida por encima del hombro y, al llegar al callejón Persiljegränd, echa a correr. Cardell aprieta los dientes y lo persigue como puede, pero no tarda en percatarse de que está perdiendo terreno. Una vez en la calle Skärgårdsgatan, apenas oye sus pasos, y al llegar a la calle Köpmangatan no le ve ni el polvo. Se inclina poniéndose la única mano sobre la rodilla y se permite recuperar el aliento. Cuando ya no le arden los pulmones y ha escupido para quitarse el sabor a hierro de la boca, cae en la cuenta de que la persecución puede no haber acabado. Cardell conoce bien Stadsholmen: si su presa se ha

escapado por el callejón sin nombre que queda a su derecha, es posible que se haya encontrado con que termina en un muro de nieve, ya que la nieve suele acabar allí cuando los hombres no tienen energía suficiente para llevarla hasta la plaza Stortorget a golpe de pala. Asoma la cabeza por la esquina y ve que el callejón está vacío. Cuando vuelve a mirar, suelta una risita satisfecha.

—Ha conseguido respirar sin hacer ruido, lo reconozco, pero con este frío importa poco: una chimenea humeante habría sido menos visible. Salga de detrás de ese montón de nieve y hablemos.

Las nubecillas de vapor se interrumpen porque el joven aguanta la respiración, pero enseguida se da cuenta de que es inútil. Cuando sale, lo hace blandiendo un metal brillante. Cardell se mueve hacia un lado para bloquearle la huida y calcula que la daga medirá cerca de un palmo. El joven se acerca amenazándolo con ella.

—Ahora que te veo de cerca, no sé para qué he corrido: eres un viejo gordo y lento.

Cardell no aparta la vista de la daga.

—Cauteloso y experimentado, diría yo.

El joven sostiene el arma con la punta hacia arriba. Cardell ya sabe qué hacer. El riesgo es considerable, pero es su mejor opción.

—¿Me permite? —le dice, y se lanza hacia delante como si tuviera intención de abrazarlo. Es mucho más pesado que él, así que lo hace retroceder hasta dar con la espalda contra la pared. Al chocar, exhala el aire como un fuelle roto. Cardell abre los ojos, pero sólo cuando mira hacia abajo descubre que su plan ha funcionado. Su arremetida ha sido lo bastante fuerte como para hundirle en el diafragma la empuñadura del cuchillo y dejarlo fuera de combate. Levanta el brazo con el que lo ha embestido. La hoja del cuchillo se ha hincado dos dedos en la madera.

—¡Mira por dónde!

El joven ha resbalado pared abajo, doblado en dos de dolor. Cardell quita la nieve de la alcantarilla y se sienta a su lado. Espera hasta que deja de gemir.

—Métete un poco de nieve en la boca, muchacho. Verás cómo te sientes mejor.

El joven obedece, aunque con expresión avinagrada.

—¿Mejor?

Asiente a modo de respuesta.

—No temas, no voy a hacerte daño. Sólo necesito que me muestres el anillo que llevas en el dedo, te prometo que no te lo voy a robar.

El joven se mete el dedo en la boca y se quita el anillo. El diseño del escudo de armas es diferente del de Karl Johan. Sin embargo, Cardell está en lo cierto: todos los demás elementos son idénticos.

—¿Puedes decirme de dónde has sacado esto?

La voz del joven suena ronca e impostada porque el dolor lo obliga a respirar con esfuerzo.

—Es el escudo de armas de mi familia: mi padre me lo dio en su lecho de muerte.

—Y un cuerno. Si tú eres un noble, yo soy el mismísimo rey Gustavo Adolfo recién llegado del frente de Lützen. Ahora dime la verdad.

Como respuesta recibe una mirada arisca.

—Hay muchos orfebres por ahí que están dispuestos a hacerlos por dinero. Inventan escudos de armas para quienes no los tienen.

—¿Para que tú y tus amigos podáis aparentar ser algo que no sois?

El hombre esboza una sonrisa y posa la mirada en el puño de madera de Cardell, con la daga aún clavada en un costado.

—Supongo que a una persona tan fina como usted, que no ha tenido motivo alguno para desear

una posición mejor en la vida, le cuesta entenderlo.

Cardell no puede evitar echarse a reír.

—¿Son muy comunes esos anillos falsos?

—Por desgracia, últimamente se ven por todas partes, lo que provoca que sea más difícil mantener el engaño. En noches como ésta abundan: por lo visto, somos muchos los que estamos dispuestos a pagar por honras prestadas. Teniendo en cuenta su interés, me sorprende que no haya visto alguno hasta ahora.

—Mi interés es muy reciente.

Cardell se llena la boca de tabaco y le pasa la petaca de cuero al joven, que se encoge de hombros y da un trago.

—¿Cómo te llamas?

—Carsten Norström, aunque en la ciudad me conocen por Vikare.

—¿Carsten Vikare?

A Cardell le parece haber oído ese nombre recientemente, aunque el alcohol hace que sus pensamientos fluyan muy despacio. Revuelve las hojas de tabaco entre los dientes hasta que la saliva se acumula y se ve obligado a escupir una mancha marrón en la nieve. Cuando consigue recordar, chasquea los dedos.

—¡Claro! Tú y tus amigos sois estafadores que sacan dinero de presas fáciles. «Conejos», los llamáis. ¿Te acuerdas por casualidad de un tal Kristofer Blix? ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Pese al frío, Vikare ha empezado a sudar.

—Blix está muerto. Se ahogó en la bahía de Riddarefjärden sólo unos días después de que empezaran a correr las amonestaciones de su matrimonio.

—No me digas.

—Nunca tuvimos intención de... Sólo lo hicimos para divertirnos.

Cardell sabe que Kristofer Blix sólo tenía diecisiete años. No es que esperara encontrarlo con vida, pero aun así se trata de una noticia triste. Una vida tan corta, rodeada de tanta muerte y destinada a un final cruel... Puede que Blix haya sido un cobarde, pero Cardell se pregunta si habría actuado de manera distinta de haber estado en su lugar.

—¿Cuánto le robasteis a él y a su amigo? ¿Cien riksdalers? Sentí pena por el joven Blix cuando me enteré de su historia, y me doy cuenta de que antes no he sido del todo sincero contigo.

Carsten Vikare arquea las cejas y deja de masticar.

—¿A qué se refiere?

—A que te he dicho que no iba a hacerte daño.

Cuando por la mañana se reúnen a tomar un café en Lilla Börsen, Cardell no le cuenta toda la historia a Winge ni menciona el nombre de Carsten Vikare. Aun así, pocas veces ha visto a Cecil Winge de tan buen humor.

—Tengo la sensación de que la suerte ha empezado a sonreírnos, Jean Michael: ese encuentro tuyo fue tremendamente afortunado y no podrías haber reaccionado mejor. Por fin sabemos algo sobre la persona de Karl Johan: era joven, de fuera de Estocolmo, no era de buena familia, acariciaba el sueño de llegar alto y fue en busca de un orfebre para que lo ayudara a simular que tenía un linaje noble.

Cardell, que ha tenido más tiempo para procesar la información, muestra más reservas.

—Todo lo que dices está muy bien, pero no acabo de ver en qué cambian las cosas. Seguimos sin saber el verdadero nombre de Karl Johan, y sin eso no tenemos nada. A lo mejor el orfebre que le hizo el anillo se acuerda de él.

Winge niega con la cabeza.

—En la ciudad hay muchísimos orfebres, y los que están dispuestos a aceptar un encargo como ése seguramente lo hacen sin el conocimiento ni la aprobación del gremio. Será tan difícil dar con sus nombres como con el del propio Karl Johan; y aunque la suerte estuviera de nuestra parte, no veo por qué Karl Johan le habría revelado su nombre a un orfebre, ni el que le dieron sus padres ni el que tenía previsto adoptar.

Cardell levanta los brazos en un gesto de frustración.

—Lo dicho, entonces: no estamos más cerca de encontrar una solución.

—Sí y no. Cuando vi por primera vez el anillo, algo en él me resultó muy familiar, aunque no conseguía recordar de qué se trataba. Sólo pude asegurar con alguna certeza que el escudo de armas no pertenecía a ninguna familia noble de Suecia. Ahora tenemos nuestra explicación: el propio Karl Johan lo diseñó.

—¿Y...?

—No lo sé. Necesito más tiempo para darle vueltas.

Cuando salen a la plaza, el viento levanta remolinos de nieve en las calles. Cardell se estira para aliviar su dolor de espalda mientras la corriente de aire lo tirona de la casaca. Pero calcula mal dónde pone un pie, resbala en una placa de hielo y cae hacia atrás haciendo aspavientos con los brazos. Maldice el montón de nieve en el que ha aterrizado.

—La posada Gyllene Solen no queda muy lejos de aquí, ¿sabes? Y la nieve y el frío me están dando mucha sed. Ya sé que no tienes la costumbre de beber alcohol, pero un hombre ebrio piensa diferente que uno sobrio. Si hay algo metido en esa cabezota tuya que se niega a salir por sí solo, lo sacaremos a base de aquavit.

Winge abre la boca para protestar, pero cambia de opinión y le hace una pequeña reverencia antes de tenderle un brazo para ayudarlo a levantarse. Cardell finge apoyarse en él para expresar su gratitud ante el gesto, pero es plenamente consciente de que una mera fracción de su peso habría derribado a Winge con la misma facilidad que si fuera un niño.

El fuego arde en la chimenea de la posada Gyllene Solen. Devora los troncos, que crepitan y escupen chispas cuando las llamas les lamen el tuétano. Piden una hogaza de pan de centeno y un pedazo de queso con dos tazones de chocolate caliente. Pronto aparece también una jarra de vino tinto con dos vasos. Tras el primer brindis, Cardell pide más comida. Junto con la jarra siguiente, les llega un estofado de liebre de invierno. Mientras comen, beben un vaso de vino tras otro, y Cardell, que se había preguntado qué efectos tendría el alcohol en Cecil Winge, constata con desilusión que lo vuelve aún más sombrío, pese al rubor que empieza a extenderse por sus mejillas. Para su sorpresa, es Winge quien habla primero.

—Déjame plantearte un problema, Jean Michael: si amas a alguien más que a ti mismo, ¿no es lo más sensato intentar hacer cuanto esté en tu mano para garantizar la felicidad de esa persona?

Cardell frunce el entrecejo y se estremece.

—No sé mucho de esas cosas.

—Lamento discrepar: resulta imposible que un ser humano no se haya visto inmerso de un modo u otro en esa clase de situaciones.

Cardell nota un hormigueo en el muñón y contesta volviéndose hacia el fuego:

—Ese tipo de sentimientos nunca conducen a nada bueno: aquellos a los que amamos siempre terminan abandonándonos por un motivo u otro y entonces nos sentimos peor que antes.

—Ésa es una buena respuesta, y muy relevante para mi razonamiento. Déjame darte un ejemplo concreto de lo que quiero decir. Supongamos que un hombre se entera de que se está muriendo. Sabe que el amor que siente por su esposa es correspondido y que su muerte supondrá una tragedia para ella. Pensar en la vida que llevará tras su funeral lo atormenta día y noche: la imagina vestida siempre de luto y esgrimiendo su recuerdo para rechazar a los pretendientes hasta malgastar su juventud. Aunque no pueda hacer nada para cambiar su propio destino, se pregunta si existe algo que pueda hacer para evitar que su mujer acabe así. ¿Me sigues, Jean Michael?

Cardell asiente. Winge tiende una mano hacia el vino, apura el vaso y de inmediato vuelve a llenarlo hasta el borde.

—El moribundo conoce a su mujer mejor que nadie: sabe qué le gusta y qué le resulta desagradable. Una noche, él conoce a un joven cabo del ejército, un hombre de uniforme y bigote teñido de negro, muy apuesto y con todo el futuro por delante. Conversan, y el moribundo se percata de que el cabo tiene no sólo buenos atributos físicos, sino que además es un hombre sensato, con la cabeza y el corazón en su sitio y una muy favorecedora inocencia juvenil. El moribundo invita al cabo a su casa y no tarda en hacerlo su amigo. Le presenta a su mujer, cuya melancolía ante su inminente fallecimiento presta a su belleza un toque sublime. Advierte que eso no se le escapa al cabo. Empiezan a tener trato social más frecuente y el moribundo busca excusas para dejarlos solos. Al final, tras mucho tiempo y mucho esfuerzo, hace que brote una simpatía mutua. El moribundo imagina que esas dos personas que sienten cariño por él se consolarán mutuamente el día que él exhale su último aliento, que emprenderán juntas un futuro compartido. Imagina un matrimonio... —Winge cierra los ojos y echa la cabeza atrás. La coleta le azota la espalda cuando apura el vaso— e hijos.

Tose cuando se le atraganta un poco de vino. Cardell lo mira horrorizado.

—¿Lo provocaste tú? ¿Estás mal de la cabeza?

—Sí, lo hice, Jean Michael, y no veo motivos para que no funcionara.

—Quizá porque las personas no son cuentas en un ábaco ni números en un libro de cuentas.

—Habría funcionado, Jean Michael. Si mi tos no hubiera enmascarado el ruido cuando hacían el amor y hubiera dejado cerrada la puerta de mi alcoba, habría conseguido mantener la farsa hasta el final, como era mi intención. Pero existe una diferencia entre haber planeado algo y verlo con tus propios ojos: aquella misma noche abandoné mi hogar y me mudé a la casa de Roselius.

—¿Y ese crío que está en camino? ¿Es hijo tuyo o del cabo?

—No lo sé.

Al otro lado de la ventana, unas sombras recorren el callejón inclinándose hacia delante mientras ascienden hacia la plaza con los brazos extendidos para no perder el equilibrio. Cuando la criada echa otro tronco al fuego, una lluvia de chispas aterriza en el suelo. Cardell se levanta de un brinco para ayudarla a apagarlas a pisotones.

—Maldita sea, muchacha, deberías tener cuidado: basta una chispa...

Winge continúa sentado sin moverse. Cardell lo observa con preocupación y vuelve a ocupar su sitio.

—Hagamos que nos traigan algo más de beber antes de que me muera de sed. Este suelo no es lo único que está más seco que la yesca.

Pasan las horas. El comedor de la posada Gyllene Solen va llenándose y vaciándose como si los parroquianos llegaran con la marea. Los recién llegados, que proceden del frío, arman barullo y ríen mientras caldean sus traseros congelados. En una habitación aparte se juega una partida de cartas y el dinero cambia de manos entre expresiones de alegría y maldiciones. El tabernero, Olof Myra, viejo y maltrecho como si estuviera hecho del mismo material que las vigas de madera de su garito, los deja estar allí sentados hasta casi la medianoche, pero ni siquiera entonces tienen intención de salir.

—¿Y ahora qué, Jean Michael?

Winge ya no habla con claridad; Cardell siente que el suelo se balancea como si fuese la cubierta de un barco. Con mirada escéptica, se asegura de que las paredes tengan ventanas y no troneras, y de que al otro lado se hallen las calles pavimentadas de la ciudad y no las olas del estrecho de Svensksund.

—Ahora sólo resta una cosa: beberemos hasta caernos y después volveremos al punto de partida. Sabremos lo mismo que antes, pero al menos estaremos menos sobrios. ¡Myra! Antes de que nos enseñes la puerta, tráenos dos vasos más de aquavit.

Brindan.

—Por los que buscan a ciegas.

—Salud, Cecil Winge. Es posible que mi idea no fuera tan buena como parecía. Teniendo en cuenta las ideas que suelo tener, debería haberlo visto venir. Oye... pero ¿qué pasa? Te has puesto muy pálido. ¿Te has atragantado con algo?

Winge mira fijamente el vacío, de pronto tan sobrio como el día que vino al mundo.

—Espera, espera...

Sus pupilas negras van de aquí para allá viendo cosas que Cardell no ve. Cuando la mirada de Winge vuelve a enfocarse, está clavada en el rostro rubicundo de Cardell.

—Asno.

—¡¿Qué dices?!

—¡El asno! Ya sé quién es Karl Johan. ¡Ven conmigo!

Corren a través de la tormenta de nieve, entre ráfagas de viento que arrecian de forma imprevisible y patinazos inesperados en insidiosos tramos de hielo. La bebida los ha vuelto inmunes al frío. Nadie se ha molestado en encender las farolas frente a las casas, dando por hecho que los guardias no se tomarán sus obligaciones en serio en una noche como ésta. Cardell, sujetando con la mano buena el cuello de la casaca para evitar que le entre la nieve, pisa los talones a Winge, una silueta difuminada en la blancura brumosa. No le hace falta ver: las toses como ladridos de Winge bastan para mostrarle el camino. Quiere pedir a su amigo que vaya más despacio y recuperar el aliento, pero ya tiene suficientes dificultades para mantener el paso. Un sombrero de encaje negro arrancado de la cabeza de alguien pasa rodando sobre el estiércol congelado de las calles. Una vez en Slottsbacken, Winge reconoce enseguida la puerta de la Casa Indebetouska, pero la encuentra cerrada. Cardell la aporrea y consigue despertar finalmente a un guardia soñoliento que suelta una maldición seguida de una rápida disculpa en cuanto reconoce a Cecil Winge.

—No es que le deseara la muerte, señor, pero verlo así, sobre la tierra, me hace pensar que tengo que ajustar cuentas con el secretario Blom.

Sólo gracias al esfuerzo conjunto son capaces de cerrar la puerta tras ellos. Con manos temblorosas, Winge sostiene el anillo frente a Cardell y señala la pared de la escalera donde todavía cuelga el escudo de armas perteneciente al antiguo jefe de la policía, Nils Henric Aschan Liljensparre.

—¿Lo ves ahora? ¿Aschan, alias el Asno?

Cardell entorna los ojos e intenta forzar la vista para concentrarse primero en el diseño del anillo, después en el escudo ricamente decorado de la pared.

—Existen ciertas similitudes, pero diría que no son del todo iguales.

—En efecto, y así debe ser. Si estoy en lo cierto, Karl Johan estuvo muchas veces justo donde estamos nosotros ahora y con la vista clavada en el mismo objetivo: el escudo de armas de Karl Johan contiene tantas similitudes con el de Liljensparre, antiguo jefe de la policía, también conocido como el Asno, que no puede tratarse de simple coincidencia. Ha diseñado su dibujo a partir del de Liljensparre.

—¿Y qué? Este escudo de armas no es ningún secreto: está colgado en las escaleras, a la vista de todos.

—Sí y no. Antes de que el departamento de policía se trasladara a la Casa Indebetouska, se hallaba en una propiedad en la calle Trädgårdsgatan en cuya escalera colgaba el escudo, pero a ninguno de estos dos sitios puede acceder cualquiera. Es poco probable que un criminal al que hicieran pasar por aquí de camino al juicio se sintiera inclinado a imitar al jefe de la policía. Y Karl Johan tampoco trabajaría para la policía de forma oficial: conozco a cada comisario, policía, guardia y empleado de la jefatura tanto de cara como de nombre. En ninguno de esos grupos había

nadie con la clase de cabello rubio que sabemos que tenía Karl Johan, y tampoco alguien que desapareciera en circunstancias misteriosas. Pero Liljensparre también tenía otro cuerpo a su cargo: uno de confidentes, cuyo propósito era espiar a quienes pudieran desearle algún mal a la Corona.

—Pues vaya si fueron de ayuda.

—Se dice que uno suele encontrar su destino precisamente en la senda que toma para huir de él. El rey Gustavo no fue una excepción. No obstante, había muchos confidentes, y ese grupo atraía a muchos hombres ambiciosos que no tenían grandes perspectivas de alcanzar el éxito por otros medios. Ése era el lugar perfecto para tipos de la calaña de Karl Johan, y como esos jóvenes cazafortunas sólo se encontraban con el jefe de la policía de forma indirecta, les era más fácil idealizarlo, lo que no ocurría con los que recibían órdenes de él a diario, como sugiere su apodo. De cualquier forma, siempre había algún informante entrando o saliendo de este edificio, lo que debió de haber molestado a los policías.

—No entiendo cómo todo esto nos lleva más cerca de descubrir el verdadero nombre de Karl Johan.

—¿Qué día es hoy?

Cardell tiene que pensarlo un instante. Desde el falso anuncio de la muerte de Winge, a principios de semana, los días se han superpuesto, separados entre sí por poquísimas horas de sueño. Winge se vuelve hacia el guardia nocturno, que se sacude de mala gana el sopor y le ofrece una respuesta.

—Es sábado, sábado siete.

—¿Y la hora?

—Cerca de medianoche.

—Entonces no tenemos tiempo que perder, Jean Michael. En la Bolsa se lleva a cabo una celebración en honor de Norlin, que se dispone a partir. Si tenemos suerte, el protagonista de la fiesta aún estará presente. Necesito cruzar unas palabras con el antiguo jefe de la policía antes de que se esfume en dirección al norte.

Ambos coronan la colina y llegan a Stortorget, con la Bolsa a su izquierda. La aguja de la iglesia de San Nicolás proyecta su sombra por encima del tejado del palacio. Winge suelta un suspiro de alivio al ver el edificio iluminado: eso indica que la celebración continúa. Hay velas encendidas en todas las ventanas. En el salón, las mesas se han colocado contra las paredes para hacer espacio para el baile; los tacones golpean con tanta fuerza las tablas del suelo que las arañas de luces se balancean en lo alto. Cardell ve muchas caras familiares entre la multitud, que consta de no menos de doscientas personas. El gobernador Modée en persona baila entre carcajadas con la cara tan roja como un cangrejo recién cocinado y el pañuelo del cuello colgándole por la espalda. En medio de dos colgaduras reconoce la espalda del comisionado de comercio Cederhielm, que orina contra la pared riéndose de algo que ve en el techo.

—No hay duda de que Norlin era un hombre popular.

Winge asiente.

—Si lo cesaron, fue precisamente por sus cualidades como jefe de la policía. ¿Lo ves?

Cardell recorre la habitación con la mirada.

—Allí, junto a la mesa de honor.

Winge intercepta a Norlin en un rincón. Tiene la nariz y las mejillas rojas y la elegante peluca

despeinada. Se lleva una sorpresa cuando ve a Winge.

—Cecil, he oído decir que habías pasado a mejor vida. ¿Tan ruidosa es nuestra celebración que hemos despertado a los muertos?

—Sólo puedes verme porque tú mismo has cruzado al otro lado, Johan Gustaf: tus restos yacen en la pista de baile, donde has muerto harto de vino y con una almendra garrapiñada en la tráquea. He venido para mostrarte el camino hasta la orilla del Estigio y ponerte en las manos de Caronte.

Norlin deja caer el vaso. Palidece y se queda sin saber qué decir durante unos segundos hasta que una mujer que parece llevar una fragata trenzada en el pelo choca con Winge. Norlin se echa a reír.

—¡Diablos, Cecil Winge! ¡El Fantasma de la Casa Indebetouska, desde luego! Estás borracho. Jamás te había visto bebido ni te había oído bromear, y capto cierta conexión entre ambas cosas. Si tu intención era parecer un fantasma, haberte aguantado el hipo.

Norlin abre los brazos como si quisiese abrazar todas las injusticias del mundo.

—Parece que mi aventura como jefe de la policía ha llegado a su fin. Si el norte me parece demasiado frío, me bastará recordar que he escapado de las intrigas de Estocolmo para que el corazón se me caldeé un poco.

—¿Sabes cuándo asumirá su cargo Ullholm?

Norlin recupera la seriedad.

—No lo sé con certeza. Dentro de una semana, probablemente. Lamento no haber podido concederte más tiempo, Cecil.

—He venido aquí para estar aún más en deuda contigo, Johan Gustaf. Cuando fui a verte a tu oficina después de haber examinado el cuerpo del Fatburen, tu escritorio estaba cubierto de cartas sin abrir de confidentes de Liljensparre, informes que seguían llegando de todas partes del país pese a que había pasado casi un año desde que él se esfumó con destino a Pommern. ¿Existen aún esas cartas? ¿Han despejado ya la oficina?

—He dejado esa tarea en manos de Isak Blom, un hombre de mi total confianza.

—Tengo motivos para creer que en esas misivas se encuentra la explicación de la muerte que nos ha mantenido ocupados a Jean Michael y a mí este otoño. Johan Gustaf, ¿me permitirías revisar esas cartas esta misma noche?

—Si es cuanto pides, es lo mínimo que puedo hacer. Llévate a Blom, ya ha bebido más que suficiente para una noche.

Norlin lanza una mirada cómplice a Cardell.

—Pero que no baje solo por las escaleras: el otro día resbaló y se golpeó la cara de mala manera.

Isak Reinhold Blom, que conversa con dos mujeres con el rostro pintado de blanco y amplias faldas, deja caer al suelo su copa al ver a Cardell, que se ve obligado a asirlo del pescuezo para impedir que se esconda debajo de la mesa.

—¡No me pegues más!

Cardell sostiene erguido al hombrecito pese a que las piernas de éste parecen flaquear. Winge le pone una mano tranquilizadora en el hombro. Le sirven otra copa de vino y sorbo a sorbo va recuperando la confianza en sí mismo. En el vestíbulo, encuentran su abrigo, reconocible por lo raído que está. Winge sale primero. Los pocos escalones que los separan de la plaza están ocupados por invitados que han salido a tomar aire, tan acalorados por el baile y el vino que se

rien de la tormenta de nieve que hace imposible ver el pozo y sus bombas. Una mujer con los hombros desnudos intenta atrapar copos de nieve con la lengua entre las risotadas y los aplausos de varios admiradores. Justo cuando Winge se dispone a pasar, uno de estos caballeros retrocede un paso y ambos chocan. Cuando el hombre se vuelve, los dos quedan cara a cara. Se reconocen de inmediato. Winge da un paso atrás.

—Gillis Tosse. No te veía desde nuestros tiempos de estudiantes, ni había sabido de ti hasta que vi tu nombre en una carta dirigida a Norlin donde se me tildaba de jacobino.

Tosse tiene las mejillas rojas a causa de la bebida, pero su voz es firme.

—¿Cecil Winge! Me gustaría poder decir lo mismo de ti, pero estos días tu nombre está por todas partes. —Hace una pausa para añadir un efecto dramático y en su cara aparece una sonrisa desagradable—. Aunque por lo visto no por mucho tiempo.

—¿Cómo está *madame* Sachs?

Tosse hace un gesto de indiferencia.

—Bueno, tendrá que poner mucho de su parte para recuperar la confianza perdida: la Casa Keyser está vacía de momento, pero nuestra pequeña sociedad no carece de recursos y dispone de otras instalaciones igual de buenas. No debería preocuparte la idea de haber privado a nadie de sus diversiones.

—¿Eres de los que les gusta mirar mientras otros abusan de seres indefensos, Gillis, o también participas? Por lo que recuerdo de ti en Upsala, diría que lo primero.

Tosse se acerca un paso, posa una mano en el hombro de Winge y dice en voz baja:

—Cecil, sé que no te queda mucho tiempo. No le deseo a nadie morir de tisis, entre sábanas ensangrentadas, pero espero que sea un consuelo para ti saber que tu destino habría sido mucho peor si hubieras tenido tiempo para continuar desafiando a los Euménides, y además en vano. Hay cosas en este mundo que nadie puede cambiar, y el privilegio de los fuertes es una de ellas, diga lo que diga tu amado Rousseau.

Winge aparta la mano de Tosse.

—Si Reuterholm no se hubiera deshecho de Norlin, tus días estarían contados.

Tosse echa la cabeza atrás y suelta una risotada.

—¿Reuterholm? Ah, Cecil, de repente lo recuerdo como si fuera ayer: siempre hiciste gala de una curiosa mezcla de inteligencia e ingenuidad.

Apura el vino de su vaso, que arroja luego con indiferencia en los escalones, y vuelve hacia su grupo con la risa aún borboteando en los labios.

Winge y Cardell, con Isak Blom entre ambos, caminan encorvados contra el viento por la parte más protegida de la plaza. Recorren Källargränd hasta la cuesta de Slottsbacken y la Casa Indebetouska, donde el guardia parece haber abandonado su puesto. Blom busca a tientas las llaves mientras Winge se aclara la garganta.

—Isak, ¿cuánto tiempo lleva en el cuerpo? ¿Desde 1787 o 1788?

Blom mira el suelo mientras lucha contra el viento para abrir una de las puertas.

—Desde 1786.

Se sacuden la nieve de los pies en el vestíbulo. Cardell apoya una mano en la pared y la nota tan fría como el aire de fuera. Blom mira distraídamente por encima del hombro y los conduce a través del edificio. Winge lo sigue con las manos a la espalda.

—Trabajó junto a Liljensparre durante años. ¿Qué recuerda de los confidentes que tenía

dispersos por toda la ciudad y el país?

—El rey Gustavo se ponía cada vez más nervioso a medida que los años pasaban y sus enemigos se multiplicaban. Donde más relajado se sentía era en Haga, un mundo de fantasía lleno de abetos y costas rocosas a las que bautizaba con nombres italianos, lejos de las intrigas de la ciudad. La nobleza escupía por encima del hombro al oír su nombre, la corte temía sus caprichos, sus propios lacayos contaban historias espeluznantes... Uno de ellos acabó por convertirse en su asesino. Liljensparre puso en marcha su operación policial en 1776, durante el cuarto año del reinado de Gustavo, pero según pasaba el tiempo el rey tenía cada vez más necesidad de protección.

»Recayó en Liljensparre la tarea de encontrar soplones para él: gente que escuchara conversaciones privadas e informara sobre asuntos de los que se hablaba de forma confidencial. Durante los últimos años, lo que le interesaba más era la situación en Francia: temía que se extendiera la revolución. A los pájaros cantores de Liljensparre se les encomendó que identificaran a posibles traidores.

Winge asiente.

—Sí, lo recuerdo. Liljensparre dimitió en diciembre del año pasado, pero las noticias de su exilio deben de haber tardado algún tiempo en llegar a todos los que le enviaban informes. Estamos buscando una o más cartas sin abrir de la primavera o el verano.

Blom señala pasillo abajo.

—Cogí todo lo que había en el escritorio de Norlin y me lo llevé a un almacén lleno de papeles que no le interesan a nadie, pero que nadie se atreve a desechar. En un rincón hay un armario que ya era viejo cuando la policía se trasladó al edificio: cuanto queda de la correspondencia de Liljensparre está ahí. Déjenme que encienda una luz.

La vela de Blom ilumina una habitación cubierta de libros, cuadernos de contabilidad, archivos y papeles. Cuando Cardell abre el armario en cuestión, montones de documentos que estaban apoyados contra las puertas caen al suelo.

—Mierda. Si despejas la mesa, recogeré todo esto. Bueno, ¿cómo lo hacemos?

Winge rodea los papeles y coge al azar uno de los sobres sin abrir.

—Clasifiquémoslos por remitente y fecha. ¿Recuerdas nuestra conversación en el cementerio de Santa María Magdalena sobre los muñones a medio sanar de Karl Johan? Remontémonos a cuando se produjeron las heridas. ¿Cuándo crees que le amputaron la primera extremidad?

—Yo diría que en algún momento de julio.

—Pues las cartas de Karl Johan debían de haberse interrumpido para entonces, así que si un montón de cartas del mismo remitente incluye alguna de agosto o de los meses posteriores, podemos descartarlo. Y cualquier correspondencia habitual que cese en junio o julio será interesante.

Transcurre una hora o más mientras examinan cientos de cartas. En silencio, las disponen en montones, como si estuvieran inmersos en un extraño juego de naipes. Algunos montones se devuelven a las profundidades del armario entre imprecaciones de Cardell. La colección va disminuyendo hasta que sólo quedan unos cuantos montones. Winge los coloca en fila mientras Cardell hace cuanto puede por controlar su impaciencia.

—¿Y ahora?

—Abrimos las cartas que quedan y vemos si su contenido puede proporcionarnos más

información.

Cardell no es un lector nato: las largas filas de garabatos lo cansan y el contenido rara vez parece merecer el esfuerzo.

—¡Dios mío! Estos caballeros representarían el mayor talento del reino si compitieran por provocar el más profundo de los aburrimientos. Éste ni siquiera sabe escribir en sueco.

—Déjame ver.

—No es más que un montón de sandeces.

Winge frunce el ceño, concentrado.

—Por supuesto, pero no creo que sean sandeces al azar: esta carta está escrita en clave mediante un sistema en el que ciertas letras se cambian por otras.

—¿Y eso dónde nos deja?

—En la ignorancia sobre su contenido. ¿Quién es el remitente de estas cartas?

—Las firma un tal Daniel Devall.

—¿Y las fechas?

—La primera es de hace más de un año, la última lleva fecha de junio.

Winge se frota las sienes con ambas manos.

—Una vez aprendí un método para descifrar claves, pero por lo visto estos últimos vasos de vino en la posada Gyllene Solen han llevado ese conocimiento a los confines más remotos de mi memoria.

Sus pasos describen un pequeño círculo mientras mueve los labios en silencio y dibuja garabatos en el aire. Al cabo de un rato, se detiene y vuelve a la mesa, de donde coge uno de los sobres. Se echa a reír, satisfecho.

—Jean Michael, debes perdonarme. Nos hemos complicado las cosas mucho más de lo necesario: no deberías haberme permitido beber tanto.

Winge sostiene la carta en alto y Cardell se acerca. En cada extremo hay restos del sello que acaba de romper para abrir la carta. El pequeño escudo de armas plasmado en la cera es el mismo que el del anillo de Karl Johan. A Cardell le lleva un momento recuperar el habla.

—¿El verdadero nombre de Karl Johan es Daniel Devall?

—Sin duda.

—¿Menciona una ubicación?

—Sí. La última de las cartas hace referencia a un lugar llamado Fågelsång. ¿Te suena de algo?

—Nunca lo había oído.

—Yo tampoco. Veamos si Isak Blom tiene algo que añadir a eso.

Blom está inclinado sobre el escritorio con la cara apoyada en los brazos. Ronca con insistencia y nada parece despertarlo hasta que Cardell le da un golpe en las costillas.

—¿Han tenido suerte? —dice sobresaltado.

Winge asiente con la cabeza.

—Es posible. ¿Por casualidad conoce un lugar llamado Fågelsång?

Blom se frota la cara.

—Fågelsång está cerca del río Sagån y del antiguo Palacio Real de Väsby. Es una heredad de los condes de Balk, cuyo escudo de armas es muy simple, como los que solía usar la vieja nobleza: una faja blanca sobre un campo negro. Por lo que sé, no quedan muchos Balk en Fågelsång. Gustav Adolf Balk estaba en el consejo real hace algunas décadas. Creo recordar que desapareció en el extranjero y que tenía un único descendiente. En su día, el de los Balk fue un linaje extenso, pero ya no. Es todo lo que sé.

Cuando Blom acaba, Winge ya está a medio camino de la puerta.

Köpmangatan, la calle de los mercaderes, es muy estrecha y queda algo lejos de Slottsbacken. La tormenta ha amainado y comienza un nuevo día, pero la oscuridad invernal durará todavía un par de horas hasta que el sol reúna la energía suficiente para asomar por el horizonte. Winge se cala el sombrero para llamar a un carruaje. Cardell sigue sus pasos, tremendamente inquieto: lo que hasta hace poco progresaba lentamente, de repente está avanzando con demasiada rapidez.

—¿Es sensato salir con tanta prisa? ¿No deberíamos prepararnos?

Winge responde por encima del hombro.

—¿Qué sugieres?

Cardell blasfema cuando le resbala el talón entre dos piedras.

—¿Un sable cada uno, dagas en las botas, estiletes en las mangas? ¿Pistolas y mosquetes? ¿Un mortero por si no nos permiten el paso? Ni siquiera tengo un pasaporte que pueda mostrar a los agentes de aduanas.

Al llegar a Brända Tomten encuentran a un cochero concentrado en examinar una herradura suelta. Winge le hace una seña con la mano.

—No te preocupes por el pasaporte. Tengo documentos con la firma de Norlin que nos garantizarán el paso sin que nos hagan preguntas. En cuanto al resto, los pocos aliados que teníamos ya no están. Ahora sólo quedamos tú y yo, Jean Michael. No soy un hombre violento: si una fuerza superior nos espera allí delante, no ofreceremos demasiada resistencia. Nuestra esperanza reside en lo que sí tenemos, y para mí, el tiempo es esencial, no sólo por lo que respecta a mi salud, sino también por la inminente llegada de Ullholm. Ahora mismo hay un vacío entre dos autoridades, la de Norlin y la de Ullholm, y lo mejor sería que esta aventura nuestra llegara a buen puerto antes de que ese vacío desaparezca. ¿Estas condiciones te hacen dudar? Yo voy a subirme a este carro sin demasiado que perder; tú todavía puedes dar media vuelta, y no se me ocurriría censurarte por ello.

Winge se encarama al asiento y le indica al cochero que se dirija al puente de Norrebro. Cardell se sacude los copos de nieve de la cara y suelta un bufido.

—Si pudiéramos detenernos un momento para abastecernos en la posada Stallmästaregården antes de abandonar la ciudad, tendrías un compañero de viaje de mejor humor y un trayecto más agradable. Y un trago rápido para el camino también contribuiría a mejorar mi estado de ánimo.

Winge se muerde una uña con aire pensativo.

—De acuerdo —responde por fin—. Yo mismo tengo un terrible dolor de cabeza.

Ante el edificio de aduanas esperan carros y carruajes. Desde hace un par de semanas, las ruedas se han sustituido por patines de trineo. En la posada Stallmästaregården, la última estación antes abandonar Estocolmo y adentrarse en el campo agreste, se vende pan, carne, tabaco y vino para acompañarlos. El camino está en muy mal estado: el clima templado de la semana anterior ha dado paso al frío y los patines se deslizan sobre un hielo que tan pronto es liso como ondulado. A los caballos les cuesta asentar firmemente los cascos y a menudo resbalan. Los mojones de madera, hierro o piedra van pasando lentamente. Cada quince kilómetros más o menos hay tabernas languidecientes y casas de posta donde el tiempo se hace eterno mientras se cambian las caballerías y el cochero pone al día a los empleados sobre los últimos cotilleos de la ciudad.

Winge conoce bien esa ruta: la recorría a menudo en sus tiempos de estudiante en Upsala, y el hecho de que en unos tramos se despeje la nieve y en otros no, no le sorprende en absoluto. Un sol pálido brilla en el este e ilumina el paisaje yermo durante un par de horas. La luz les pasa por encima de los hombros y proyecta largas sombras en el suelo. Un bosque antiquísimo e indiferente se alza en silencio a ambos lados. El reloj de Winge, el Beurling de bolsillo que tantas veces ha desmontado y vuelto a ensamblar, reposa abierto en su regazo hasta que la oscuridad hace imposible ver la posición de las manecillas. Cuando empiezan a aparecer las estrellas, Winge y Cardell se ciñen más las pieles y mantas del trineo, ambos absortos en sus propios pensamientos, que sólo interrumpe el lenguaje sin palabras con que el cochero se dirige a los caballos. La luna creciente apenas es lo bastante grande para dar alguna luz.

Cecil Winge se ha puesto a rememorar las confidencias que ha hecho a Cardell sólo unas horas antes. Recuerda que fue su mujer la que se puso furiosa cuando él la sorprendió en flagrante delito; él sólo sintió un pesar infinito que pareció irritarla incluso más. ¿Debería haberse mostrado furioso y violento, haber arrancado del lecho al cabo para darle una paliza? A Winge, que siempre ha andado por la senda de la racionalidad, la violencia no lo ha atraído nunca. Ahora se pregunta si existirá un lugar donde el amor pueda transformarse en violencia, aunque él mismo nunca haya llegado a ese punto. En la distancia, un aullido solitario se eleva hacia la luna. Recuerda las palabras de despedida de Josef Thatcher y se estremece: «¡Usted mismo es un lobo!... Algún día tendrá los dientes manchados de sangre y sabrá que yo tenía razón.»

El trineo prosigue su camino en la noche. Uno a uno, los noventa y seis kilómetros van quedando atrás. A las afueras de Sala, levantada junto a una mina, el cochero lleva el carruaje hasta una plaza cuadrangular rodeada de casas y establos, tira de las riendas y se vuelve hacia sus pasajeros.

—Hasta aquí llegamos. Es hora de encontrar una cama para pasar la noche y de dar de comer a los caballos.

En la posada todavía hay huéspedes cenando. La hospedera, una mujer de mediana edad y bastante entrada en carnes, suelta un resoplido cuando le preguntan por Fågelsång.

—Allí no hay nada para ustedes, y menos a estas horas de la noche. De hecho, nadie se ha tomado la molestia de visitar Fågelsång en mucho tiempo.

—Si nadie puede llevarnos, tal vez podría prestarnos un par de caballos.

—¿Con este frío y a dos personas que no conozco ni de nombre? No, ni por todo el dinero del mundo.

Sobre la áspera mesa, Winge empieza a contar monedas hasta sobrepasar el valor de los caballos. La mujer va esbozando una sonrisa cada vez más amplia. Por fin, hace una reverencia burlona a Cardell y Winge.

—Por lo visto, en el mundo hay más dinero del que suponía.

Los caballos son toscos animales de trabajo: la velocidad no se cuenta entre sus virtudes. Los caminos secundarios quedaron enterrados en nieve desde hace mucho y no verán la luz del día hasta la primavera. Cardell y Winge siguen las instrucciones que les han dado, colectivamente, la hospedera y varios huéspedes. Cabalgan con una colina lejana a la izquierda y la estrella polar justo al frente hasta que, al cabo de una hora o más, distinguen entre la nieve un camino flanqueado de tilos. Los caballos se abren paso como pueden hasta llegar al pie de los árboles, donde el terreno se vuelve más sólido. Al fondo se ven edificios oscuros y en silencio. Una gran casa se alza en el otro extremo de un patio con una fuente cubierta por una costra de hielo. Winge tira de las riendas y obliga a su caballo a detenerse.

—¿Te resulta familiar?

Mickel Cardell, que no está habituado a la silla de montar y se alegra en secreto de que no haya sido posible encontrar animales más rápidos, intenta desmontar, pero una bota se le queda atrapada en el estribo y por poco no se da de bruces contra el suelo.

—¿Por las cartas de Blix? Sí, el pobre cabrón describió bien este sitio. Pero no parece que nadie haya estado por aquí desde hace mucho. Hay un silencio sepulcral, no sale humo por las chimeneas, puedo contar al menos una docena de ventanas rotas y no hay rastro de luz ni de pisadas por ninguna parte.

—Pero ya estamos aquí: mejor no volvamos por donde hemos venido hasta estar seguros. La casa es grande, hay mucho terreno que investigar.

La puerta principal está entreabierta. La nieve acumulada ha formado sendos montones a ambos lados y se hace necesario que los dos empujen una de las hojas hasta tener espacio suficiente para entrar. Aparece un vestíbulo enorme y desierto. Winge se queda muy quieto, escuchando.

—Tienes razón en que cuesta imaginar que haya alguien aquí. Empecemos desde abajo, Jean Michael. Yo recorreré el pasillo de la izquierda, tú el de la derecha, y luego iremos subiendo. Nos encontraremos en las escaleras antes de subir a la planta siguiente. Teniendo en cuenta dónde están situadas las chimeneas, no tardarás en llegar a la cocina. Mira a ver si puedes encontrar faroles o algo para darnos luz.

Una puerta lleva a Cardell a la primera habitación de la derecha. Un salón, supone, utilizado antaño por la familia para recibir a sus invitados. El hielo, y previamente la lluvia y la humedad, ha bajado por las paredes hasta el suelo, cuyos tablones se han hinchado hasta el punto de que

algunos están curvados como un arco. Bajo la luz mortecina, todo parece del mismo color gris: las cortinas que penden hechas jirones a los lados de las ventanas, los muebles en los que ratas y ratones han construido sus nidos, los cuadros con los lienzos combados. Al internarse más en la casa, el gris se torna negro. Cardell sigue adelante palpando la pared y se encuentra con una hilera de lomos de libros en una estantería y, para su satisfacción, con un pequeño candelero de latón lo bastante frío como para quedársele pegado a la palma de la mano unos instantes. La cera está congelada y los sucesivos intentos de Cardell de prender la mecha con pedernal y eslabón iluminan los estantes mohosos durante unos instantes fugaces. Finalmente lo consigue y surge una llama vacilante.

Protege la vela de la corriente con el brazo y sigue adelante. Todo está silencioso, muerto, frío. El hielo ha penetrado en los muros, el techo debe de tener más agujeros que un colador. Tras una despensa vacía y una especie de almacén, una escalera sube a la planta siguiente y baja hacia el sótano. Se queda ahí plantado sin decidirse, pero finalmente se decanta por explorar el sótano. La luz hace surgir barriles y estantes de la oscuridad, y Cardell comprueba con enorme alegría que es una bodega repleta de botellas. Muchas están totalmente congeladas, pero cuanto más avanza, hay más que han sobrevivido al abandono. Elige una, rompe el cuello y se la lleva a los labios con cautela para no cortarse. ¡Un tokaji! Con un suspiro de placer, vuelve la espalda a la bodega y regresa a las escaleras.

Le llega un ruido de arriba: una pisada sobre los frágiles tablones del suelo o algún mueble que se ha arrastrado. Cardell comprende que su aventura con la vela y la botella le ha hecho perder la noción del tiempo. Winge debe de haberse cansado de esperarlo en las escaleras tras haber inspeccionado su mitad de la casa y habrá decidido encontrarse con él en la planta de arriba. Echa unos tragos más y empieza a subir. La luz de la luna entra por los ventanucos en el hueco de las escaleras y, junto con el vino, lo ayudan a continuar de mejor humor esta búsqueda sin sentido. La vela que lleva en la mano lo ha privado de la poca visión nocturna que pueda tener: lo ciega en igual medida que le ilumina el camino.

—No se mueva.

No es la voz de Cecil Winge. Ésta es sosegada y monótona, y hay algo más en ella: cierta dificultad a la hora de pronunciar las palabras, quizá a causa del frío.

—Apague la vela y dese la vuelta.

Cardell obedece. En la oscuridad repentina le cuesta distinguir a la persona que ha hablado. Su figura se recorta contra una ventana, más allá de la cual el mundo se divide entre un cielo oscuro y un radiante manto de nieve.

—Puede que no vea lo que tengo en la mano: es una carabina con el cañón apuntándole al estómago.

Cardell entorna los ojos para ver mejor. Es un hombre de estatura promedio. Lleva una piel de lobo sobre los hombros. El resto de su ropa está en perfecta consonancia con la casa: lo que antaño fuera magnífico está ahora hecho jirones. Los calzones brillan de tan gastados, a la casaca le faltan botones, las costuras de ambas prendas están desgarradas. Tiene el rostro arrugado y parece más viejo de lo que seguramente es.

—Ahora la distingo. Teníamos de éstas en la Marina. Un arma magnífica pero, por lo que veo, no es precisamente un último modelo.

—No se deje engañar por el estado de la casa: no tiene nada que ver con mi carabina. Les hizo un buen servicio a mis antepasados en Narva y Fraustadt, y jamás ha fallado. ¿Ha venido a robar vino? ¿Está solo?

Cardell nota el pulso latiéndole en los oídos. Es un experto en esa clase de mentiras y no titubea un instante.

—Sí, he venido con la vana esperanza de encontrar algo que me ayude a pasar el invierno. Hace tiempo que no tengo amigos.

El hombre asiente con la cabeza.

—Lleva parte del uniforme de los guardias. ¿Qué hace un guardia tan lejos de la ciudad?

—Ha abandonado su puesto y trata de sobrevivir lo mejor que puede después de haberse gastado el salario en vino. Se enteró de que esta casa estaba vacía y le pareció que nadie iba a echar de menos lo que se llevara de aquí.

—Ahora dese la vuelta y salga por donde ha venido. No hace falta que mire por encima del hombro: iré tras usted a una distancia segura para mí y con la carabina apuntándolo a la espalda. No muy lejos, al borde de los campos, hay un pequeño cobertizo: ahí nos dirigimos.

Cardell lo mira con expresión pensativa.

—Esa carabina tiene llave de pedernal. En la Marina se decía que una de cada cinco veces no conseguía prender la pólvora.

El hombre se queda inmóvil durante un momento, luego vuelve a oírse su voz monótona:

—Cerca del sitio al que vamos hay un estercolero que ha sido alimentado por varias generaciones de animales y de personas. Tiene varias varas de profundidad y ni siquiera el frío del invierno consigue disminuir el calor producido por la putrefacción. Burbujea y humea, y es hogar de gusanos más viejos que esos tilos de ahí. Siempre estoy preparado para recibir visitantes: guardo mis balas en el estercolero y las cambio cada día. Con sólo una rozadura, la infección y la muerte están garantizadas: la herida se enconará, luego se gangrenará y la muerte sobrevendrá después de un sufrimiento terrible. Mi arma no ha fallado nunca hasta ahora. A lo mejor el destino desea que ésta sea la primera vez. Si quieres correr el riesgo, es cosa tuya.

Cardell considera el valor de su vida durante unos instantes y luego se encoge de hombros, se vuelve y empieza a bajar por las escaleras.

Echan a andar sobre la nieve. Las estrellas y la luna iluminan el camino hacia el cobertizo, el primero de una serie de construcciones anejas. En la puerta hay una pesada tranca.

—Levántala y entra.

Cardell tiene ciertas dificultades para moverla con un solo brazo, pero encaja el hombro bajo la madera y consigue levantarla de su soporte. La puerta se abre. Lo asalta tal hedor que se cubre la nariz con la manga.

—Jesús.

—¿Cómo te llamas, por cierto?

—Mickel Cardell.

—Pues bien, Mickel Cardell, voy a hacerte una propuesta y quiero que la consideres detenidamente antes de contestar. Me gustaría poder ofrecerte algo mejor, pero debo permanecer aquí un tiempo más, a la espera de otro invitado, y no quiero arriesgarme a que regreses con otros a la zaga.

En lo más hondo del cobertizo, Cardell capta un movimiento: algo muy grande ha despertado ahí y se está acercando. Oye el ruido metálico de los eslabones de una cadena cuando se tensa al máximo y entonces ve al perro enorme, increíblemente grande, con unos ojos como carbones encendidos e hilillos de saliva cayéndole de las fauces.

—Ése es *Magnus*. Va a convertirse en tu tumba, por así decirlo, una vez que haya devorado tus restos. Eres un hombre robusto: preferiría no tener que arrastrar tu cuerpo hasta él, así que ve hasta la pared y acércate todo lo que puedas sin que consiga atraparte. Una vez ahí, ponte de rodillas: te dispararé en la nuca de modo que caigas hacia delante y quedes a su alcance. Será una muerte limpia, un final rápido y humano, y nadie se manchará con tu sangre. Si en vez de eso te decides por un acto de desesperación, te dispararé en el vientre y te dejaré a merced del frío, el dolor y las convulsiones. *Magnus* es lo bastante grande como para mantener ligeramente caliente el cobertizo. A menos que la bala penetre en un órgano vital, no morirás de frío esta noche. Y es posible que tampoco mañana.

A Cardell se le erizan los pelillos de la nuca. No sabe qué responder. Ve un destello ante sí y unos puntitos que bailan y forman una imagen en la oscuridad, más allá del perro. Ve alas negras en un abismo. La muerte se está acercando: el mismo ser que estuvo a punto de atraparlo con sus dedos huesudos en las aguas del estrecho de Svensksund. Con piernas temblorosas, da un paso tras otro y se deja caer de rodillas junto a la pared donde cada nudo de la madera se ha convertido en una cuenca vacía de la Parca.

—Un poco más cerca, si no te importa. Tanto el pelaje de *Magnus* como la piel que llevo en los hombros han visto tiempos mejores, pero no es razón para mancharlos.

Cardell avanza poco a poco sobre las rodillas. Las fauces chorreantes y los ávidos ojos de *Magnus* están ahora muy cerca, y su aliento apesta a sangre y a carne podrida. Un instante después, a sus espaldas, Cardell percibe un movimiento y el frufrú de una ropa medio congelada. Cuando vuelve la cabeza, ve el contorno de Cecil Winge recortado en el umbral y se percata de que incluso el hombre de la piel de lobo se ha vuelto para observar al intruso. Se oye un disparo y el cobertizo queda salpicado de sangre.

Cardell tiene la sensación de que el disparo reverbera una y otra vez y de que el silencio que le sigue dura muchísimo tiempo. El humo de la pólvora se eleva hacia las vigas y luego se disipa. Está muerto, lo sabe, y comprende que la razón de que no sienta nada es que está más allá de los dominios del dolor, en ese lugar al que ha ansiado escapar desde que el ancla del *Ingeborg* le cercenó el brazo. Nota un líquido caliente que le recorre las piernas: el disparo debe de haberlo alcanzado en la parte baja de la espalda, aunque no siente la herida ni siquiera cuando se palpa con los dedos y su nariz le indica que el líquido no debe de ser sangre sino otra cosa. Vivo e ileso, oye cómo la voz de Cecil Winge rompe el silencio.

—De todos los seres a los que podrías haber disparado esta noche, habría dicho que el perro era el menos probable.

—*Magnus* ya ha cumplido su función. Tu nombre es Cecil Winge y eres la persona a la que he estado esperando. Me llamo Johannes Balk. La responsabilidad por la suerte de Daniel Devall es sólo mía. Has venido a llevarme a Estocolmo. Vámonos, pues: aquí ya no queda nada para mí.

El sol parece lejanísimo cuando asoma la cara para emprender un viaje tan corto que más pareciera una brasa que va apagándose mientras rueda por el horizonte. Su luz pálida ilumina a Cecil Winge y Johannes Balk, sentados en el trineo. A la luz del amanecer, Winge tiene por primera vez la oportunidad de observar detenidamente al hombre que va sentado frente a él. A simple vista resulta difícil calcular su edad: un joven envejecido antes de tiempo o un viejo con cara de joven. Recuerda las palabras de Kristofer Blix y está de acuerdo: una sensación de vacío emana de su cuerpo.

Un ataque de tos interrumpe sus pensamientos. Se inclina sobre el costado del trineo y escupe una veta roja sobre los patines. Luego se limpia la boca con un pañuelo.

—¿Qué tal tu salud, Winge?

La voz de Johannes es monótona, como si nunca hubiera asimilado la melodía del habla y se limitara, por tanto, a adoptar un tono fijo y constante. Winge recuerda sus años de juventud en el aula, cuando él y sus amigos aprendían a leer en voz alta en idiomas que no dominaban y cuyo significado no comprendían. Se diría que aquel hombre no es capaz de producir los sonidos correctos y se ve obligado a detenerse y seleccionar otra palabra.

—¿A qué viene ese interés?

Johannes Balk levanta la vista hacia Cecil Winge y sus miradas se encuentran por primera vez. Las pupilas de Balk parecen tan grandes y negras que no es posible distinguir el color de su iris.

—¿Y por qué no debería preocuparme por mis semejantes, Winge?

—Porque eres un monstruo, Johannes.

Balk deja que el silencio se imponga entre ambos sin apartar la vista. Luego asiente con la cabeza y Winge nota cómo se le erizan los pelillos de la nuca.

—El mundo me ha hecho como soy. Si lo que dices es cierto, ¿qué tendríamos que pensar del mundo? Pero quizá tengo otros motivos aparte de la compasión para preocuparme por tu salud. Todo a su debido tiempo.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Supe tu nombre a través del *Extra Posten*, cuando se dio la noticia sobre el cuerpo hallado en el lago Fatburen. Luego hice mis averiguaciones, me informé acerca de tu carrera de abogado. Te has mantenido siempre fiel a tus ideales: interrogabas a los acusados y les permitías hablar ante el tribunal para que todo el mundo oyera lo que tenían que decir. Después de todo lo que ha pasado y lo que sabes sobre mí, ¿sigues creyendo que un monstruo como yo merece ser escuchado?

—Todos somos iguales ante la ley: tienes ese derecho con independencia de tu crimen.

—¿Me permitirías que te contara mi historia a ti primero, y que lo hiciera a mi ritmo? No me callaré nada. Hazme preguntas y las contestaré lo mejor que pueda. ¿Te parecería bien, Winge? No sé de cuánto tiempo dispones.

—Yo tampoco lo sé, francamente.

—Primero una previa, si me lo permites.

Johannes Balk cierra los ojos y respira hondo. Cuando exhala le sale vaho por la nariz. Empieza:

—En mi familia, es tradición bautizar al primogénito con el nombre del rey Gustavo Adolfo II: su guerra nos hizo ricos, como a tantos otros. Hace ciento cincuenta años, los Balk arrasamos las tierras de los príncipes electores alemanes mientras nos aferrábamos con todas nuestras fuerzas a la cola del León del Norte. Nos bañamos en sangre y, a cambio, nos llenaron de honores y nos hicieron condes. Nuestras cajas de caudales casi reventaban bajo el peso del oro saqueado. Levantamos Fågelsång en nuestra heredad ancestral, limpiamos el bosque y cultivamos la tierra. Mi padre fue el último de una larga estirpe de hombres llamados Gustav Adolf Balk.

—Recuerdo a tu padre de mi infancia: formó parte del consejo hasta que el rey Gustavo se hizo con el poder absoluto. Era un gran hombre.

Una vez más, Johannes Balk lo mira a los ojos y su expresión es inescrutable.

—Se dice que un gran hombre se forja a golpe de desafíos. Nadie puede negar que mi padre se enfrentó a muchos. Entre él y los campos de batalla donde nuestros antecesores amasaron su fortuna hubo cinco generaciones de Balk cuyos miembros hurgaron en las arcas sin reponer ni un solo chelín: sólo heredó deudas. Consciente de que un origen noble no sirve de gran cosa sin capital, se propuso devolver a la casa Balk el esplendor que le correspondía. Pensó en casarse, pero mi familia nunca ha destacado por su belleza y mi padre, por lo visto, reunía los rasgos que más nos han atormentado. Tenía los ojos saltones y la nariz de patata, carecía de barbilla..., pero además era flaco, larguirucho, de sienes hundidas y cabello ralo. Tuvo que mover cielo y tierra hasta encontrar una novia. El suyo fue un matrimonio de conveniencia. No muy lejos de Fågelsång hay grandes extensiones de tierra que pertenecían a la casa de Vide antes de que yo naciera. En aquel entonces, la familia Vide estaba al borde de la extinción. Lukas Vide, el patriarca, sólo tenía una hija, y su mujer y él eran demasiado mayores para engendrar un heredero. No había más familia. Lo que sí existía, sin embargo, era una fortuna intacta. Mientras los Balk despilfarraban, nuestros vecinos ahorraban. Una noche mi padre cabalgó hasta la casa de Lukas Vide para pedirle la mano de su hija. Fue un encuentro tormentoso.

—¿Por qué motivo?

—La hija se llamaba Maria Vide, Winge, y por aquí se la conocía como la Virgen María. Digamos que era simplona: más de tres décadas atrás, había nacido con los pies por delante. Fue un parto difícil. Un médico le salvó la vida, pero nunca llegó a estar en pleno uso de sus facultades. Había que darle de comer y jamás abandonaba la cama. Se pasaba los días con la mirada fija en cosas que nadie veía, y si había algo detrás de sus ojos sin brillo nunca se lo contó a nadie. Cuando mi padre pidió su mano en matrimonio, Lukas Vide no podía creer lo que oía. Se puso furioso y tuvo deseos de echar a su invitado. Gustav Adolf se mantuvo firme y describió las razonables ventajas de su propuesta: por medio de ese matrimonio, una mera formalidad, él heredaría las tierras de Vide y se haría cargo de su administración como habían hecho ellos mismos: aunque sólo fuera durante una generación más, era suficiente para prometer un futuro a los campesinos que dependían de las tierras de los Vide. De ese modo, esas tierras no volverían a manos del rey ni se venderían a extraños para adquirir joyas y chucherías destinadas a sus amantes. Gustav Adolf juró que daría a Maria los mismos cuidados que le proporcionaban sus padres, ahora que las vidas de éstos se acercaban a su final. Pasado un tiempo, Lukas Vide se rindió a la lógica de la propuesta de mi padre. Se dieron un apretón de manos y llevaron a la

iglesia a la desmadejada Virgen María, que se casó sin pronunciar una palabra. Sólo estuvieron presentes los miembros más cercanos de la familia. La dote fue magnífica, con la promesa de que habría más en cuanto Lukas Vide muriera. De ese modo, Gustav Adolf Balk salvó la casa de sus ancestros. Hizo que pintaran el retrato de mi madre no como era, sino como debería haber sido, en una escena pastoril con Fågelsång de fondo: una completa farsa.

Johannes Balk hace una pausa. Su pronunciación mejora a medida que habla y el tartamudeo que lo delata de vez en cuando se vuelve más sutil.

—Como comprenderás, fue un escándalo cuando todas las colchas de Fågelsång no bastaron ya para disimular el vientre abultado de la Virgen María. En el acuerdo con Lukas Vide se suponía que el matrimonio no se consumaría nunca, y ahora había que traer médicos y parteras para el alumbramiento. Así llegué al mundo yo: la prueba de que Gustav Adolf Balk había entrado en el dormitorio de su esposa medio muerta y había violado su cuerpo inerte. Según cuentan, a Lukas Vide le dio un infarto al enterarse de la noticia. Gustav Adolf visitó el lecho de su suegro enfermo y, con su elocuencia habitual, lo consoló diciéndole que el futuro de sus fincas estaba ahora asegurado y que lo ocurrido debería considerarse una buena noticia. Vide difícilmente podía desearle la muerte a su nieto. Vivió unos cuantos años más, recluido y disgustado. Nunca volvieron a hablar. A su muerte, sus tierras se añadieron a las nuestras bajo el nombre de Fågelsång. Todo lo que Gustav Adolf había deseado se hizo realidad. Gracias a él, nací y crecí en la abundancia.

Bajo el trineo, el metal araña el hielo produciendo un susurro interminable y tan monótono como la voz de Balk. El sol se inclina cada vez más y la luz pasa del amarillo claro al rojo oscuro.

—Quien desea criar a un monstruo, Winge, hace bien en enseñarle a odiar desde una edad muy temprana. Mi padre me pegaba a menudo. Como el gran hombre que era, ejercía su poder sobre cuantos lo rodeaban, en particular sobre su propio retoño. Según fui creciendo, aprendí a distinguir entre los variados motivos de sus palizas: a veces eran para desahogarse, para descargar su mal humor ante algún revés pasajero, pero también me pegaba cuando parecía estar de buen humor. Con el tiempo comprendí que debía de creer que de ese modo un niño se hacía bueno y obediente. Sin duda, tenía recuerdos de una infancia en la que él tampoco podía sentarse en las sillas sin que le saltaran las lágrimas, y hasta cierto punto debía de atribuir a esa clase de crianza su éxito reciente. A menudo me hacía preguntas para ponerme a prueba y yo, temeroso de darle la respuesta incorrecta, empecé a tropezar con las palabras. Eso lo exasperaba aún más y hacía que yo vacilara el doble. Como puedes oír, se trata de un defecto del que nunca he logrado librarme. Soy un monstruo criado por un monstruo. Me reconforta no haber traído hijos al mundo: seré el último miembro de este extenso linaje de villanos que sin duda se remonta hasta los albores del tiempo, y aunque eso no será más que un detalle en mi epitafio, debe contar como una bendición. —Balk se interrumpe brevemente mientras asiente para sí—. Mi padre también me hacía otras cosas, por la noche, cuando había bebido mucho y debía de parecerle que el silencio de la casa pedía a gritos las lágrimas de un niño.

Winge no sabe decir si algo ha cambiado en la expresión de Balk o si se trata tan sólo de las sombras de los árboles de la carretera, que lo engañan.

—Yo me vengaba, como suelen hacerlo los niños, con aquellos que eran demasiado débiles para defenderse de mí: las ranas que jugaban en el estanque, perros y gallinas. Ellos aprendieron a temer mi ira como yo había aprendido a temer la de mi padre.

El sol no tarda en ponerse. Winge nota cómo se intensifica el frío: otra noche de invierno está

en camino. En Estocolmo, que con cada minuto que pasa está más cerca, se cobrará su tributo con vidas de pordioseros y obligará en vano a Dieter Schwalbe y a sus colegas a tratar de abrirse paso a hachazos por la tierra helada. Desistirán y los muertos se amontonarán hasta la primavera.

Balk se sacude los copos de nieve de los hombros y se ajusta las pieles en torno a las piernas.

—Aún queda un trecho. Permíteme llegar al meollo de mi historia.

El niño crece tan solo que ese adjetivo pierde todo significado. Tiene gente a su alrededor constantemente, pero él está cortado con otro patrón: es el último de una larga estirpe de nobles y, como su padre viaja frecuentemente a Estocolmo, es el único de su especie. Alguien superior. A veces sigue el bullicio de las risas hasta las dependencias del servicio, donde los niños juegan entre ellos, pero los otros enmudecen rápidamente cuando entra. Se encuentra con ojos gachos y con padres que los mandan al instante a cumplir con sus obligaciones y musitan excusas. Él capta la hostilidad de los niños, aunque no la demuestran. Acaba por acostumbrarse a las habitaciones desiertas.

Un reguero constante de profesores particulares le enseña cuanto necesita saber para un futuro que se presume brillante, pero cuyos detalles desconoce. En el proceso, no hay muestras de cariño: le pegan, como hace su padre, que opina que el castigo físico contribuye a forjar el carácter. Siguen sus instrucciones. Fågelsång es un lugar sombrío y pocos aguantan allí más de un año. Todos sin excepción lo consideran un mal necesario con el que ganar el dinero suficiente para irse a otro sitio. Con el tiempo, el niño acaba con todas las ranas del estanque y los animales pequeños aprenden a temer el ruido de sus pasos.

Poco a poco cobra conciencia de la presencia de su madre. Fågelsång no es lo bastante grande como para ocultar sus secretos indefinidamente. Hay una planta a la que no se le permite subir y una habitación donde no lo dejan entrar y a la que llevan cuencos con gachas que vuelven vacíos. La tienen ahí dentro, muerta para el mundo, desde el día que su padre la trajo a este lugar. El niño empieza a investigar. En un armario, colgado de un clavo, hay un llavero olvidado y lleno de herrumbre, cubierto de telarañas. Por la noche, prueba a abrir con las llaves que antes ha frotado con manteca de la despensa. Inserta una tras otra, asustándose con cada ruido que hace la cerradura a modo de protesta. Tras varios intentos, da con una que funciona.

Su madre yace completamente inmóvil bajo las sábanas tras un dosel blanco. El niño cruza hacia la cama despacio para que los tablones no crujan y se acerca lo suficiente para verle la cara por primera vez. Se parece a él. Posa una mano sobre la manta y nota la calidez de su cuerpo completamente inerte. Cuando se planta en su línea de visión, advierte que sus ojos miran al vacío. Se tiende a su lado, haciéndose un ovillo contra ella, reconfortado por su presencia. Empieza a acudir todas las noches.

Poco a poco, su madre va experimentando un cambio. De yacer tan quieta como si no estuviera ahí, pasa a moverse un poco. Cuando el niño la mira a los ojos, ve en ellos un destello de reconocimiento. Ella parece querer levantar la mano y tocarle la cara, y a medida que pasan las noches da la impresión de estar más cerca de hacerlo. El crío no tardará en descubrir cuánto anhela esa caricia de su madre, y cada amanecer, cuando alisa la manta y se marcha, le parece que ocurrirá a su vuelta.

Tarda semanas. Y cuando por fin sucede, la mano de ella se crispa como una garra y sus largas

uñas arañan la cara del hijo, cuyas facciones evocan las de su padre tanto como las de ella. De su garganta emerge un sonido siseante. Llorando del susto, el niño sale corriendo de la habitación. Los arañazos son profundos: tiene que mentir sobre cómo se los ha hecho.

• • •

No vuelve hasta que un día oye crujir el suelo y comprende que su madre debe de haberse levantado de la cama, como si el encuentro entre ambos hubiera despertado algo dentro de ella que estaba adormecido. Sube, mira a través del ojo de la cerradura y cuando por fin reúne el valor necesario para girar la llave descubre que, si mantiene las distancias, ella ni siquiera nota que está allí. Se pasa las noches sentado en el suelo con la espalda contra la pared. La deja al despuntar el alba, una media hora antes de que los criados —una pareja de ancianos que la acompaña desde que era pequeña— la lleven de vuelta a la cama y la arropen bien. A medianoche, volverá a levantarse.

Tarda casi un año en caminar lo bastante bien para llegar a la ventana antes del amanecer. Más adelante, desarrolla una especie de ritual noche tras noche: lentamente, levanta las manos hacia las t́ipulas que rebotan en vano contra el cristal en sus intentos de alcanzar una libertad que pueden ver, pero no conseguir. Su lentitud y su paciencia la convierten en una cazadora formidable: las atrapa bajo una mano ahuecada, luego las coge entre el pulgar y el índice, se las acerca a los ojos para verlas mejor y entonces, pacientemente, les arranca las alas y luego las patas con cuidado de no dañar el delgado torso en el que la vida aún se estremece. El niño ve cómo se mueven sus labios y comprende que les susurra algo mientras las mutila. Se arriesga a acercarse más y entonces oye que repite el nombre de su padre: es la única venganza a su alcance. El niño experimenta una mezcla de emociones muy intensas. La noche siguiente no regresa: prefiere dejar que su madre se las arregle sola.

Ese invierno, unas fiebres acaban con la vida de Maria Vide. Él se cuelga en su habitación: las t́ipulas mutiladas reposan en hilera sobre la repisa de la ventana. La última todavía se mueve, días después de que hayan sepultado a la madre. El niño no llora su muerte.

Cuando, en primavera, el hielo empieza a fundirse, Gustav Adolf Balk resbala en los adoquines de una calle de Estocolmo y se rompe el fémur. El médico real en persona le cura la herida y le recoloca los huesos, pero todo el mundo sabe que el aire primaveral trae consigo la enfermedad. La herida no es grande, pero empieza a infectarse y a rezumar pus. Se ve obligado a guardar cama. Aparece la gangrena: los dedos de sus pies enrojecen, luego se vuelven pálidos y finalmente negros. En marzo, el hijo tiene que viajar por primera vez a la ciudad para acudir al lecho de enfermo de su padre. Gustav Adolf está tan mal que no pueden llevarlo de vuelta a Fågelsång: el dolor en la pierna, que ya no vale la pena amputar, es demasiado intenso para que soporte un trayecto en carruaje. La gangrena se ha extendido al abdomen a través de las venas ennegrecidas.

Con brusquedad, hacen pasar al niño a la alcoba, donde las cestas de popurrí ya no logran ocultar el hedor de la carne corrupta. Le han llevado una silla para que pueda velar a su padre. Pasa mucho rato ahí sentado, en silencio, ante la pila de mantas que se estremece a cada respiración. La cara de su padre asoma pálida y sudorosa, y su mirada parece llena de nerviosismo y confusión. Como el pastor tiene otras obligaciones, con frecuencia están solos. Al

niño le lleva mucho tiempo reunir el valor suficiente para ponerse en pie y levantar la mano de su padre. Nota que ya no tiene fuerza: puede agitarla sobre la colcha sin que el padre sea capaz de otra cosa que soltar gemidos leves. Destapa por completo la cara de Gustav Adolf Balk, grande, roja y aterrada, cubre con una de sus manitas blancas la boca de su padre y, con la otra, le aprieta la nariz. Lo asombra lo fácil que es detener el flujo de aire. El padre trata en vano de morderlo. Su cuerpo se estremece bajo las sábanas, empieza a ponerse azul y da la impresión de que los ojos vayan a salirse de las órbitas. El niño repite el mismo truco una y otra vez, pero le falta valor para dejar las manos en su sitio el tiempo suficiente. Siempre las acaba apartando y permite que su padre recupere el aliento con una inhalación larga y sonora. Gustav Adolf Balk muere solo en mitad de la noche. La criada que rodea con un brazo amoroso los pequeños hombros del niño confunde sus risitas por lo bajo con sollozos y le enjuga las lágrimas de alegría con un pañuelo.

Sepultan a su padre en la iglesia de la ciudad de origen de los Balk, no lejos de Fågelsång. Allí están enterrados sus antepasados: el blasón de la familia adorna una de las paredes frente al coro. Una noche de principios de verano, el niño se queda despierto hasta que la casa entera duerme, cruza el patio desierto y avanza por el camino flanqueado de tilos. La oscuridad de su dormitorio le da terror, pero ésa de ahí fuera es distinta: le transmite calma y protección.

Al cabo de un rato, llega a la iglesia. Para su sorpresa, la puerta no está cerrada con llave. Dentro no hay nadie. Palpa el suelo de piedra hasta que las yemas de sus dedos dan con el nombre de su padre. Se desabrocha los botones de los calzones, deja que le caigan hasta los tobillos y se agacha. A la mañana siguiente, el sochantre encuentra el montoncito de excrementos rodeado de moscas emborronando las letras que forman el nombre de Gustav Adolf Balk. No dice nada a nadie, simplemente limpia el suelo, pero vivirá el resto de sus días convencido de que el mismísimo demonio pasó por esta región soñolienta de camino al sur, sin duda para atender cuestiones urgentes en la gran ciudad.

En cuanto al niño, la sensación de triunfo no tarda en evaporarse. Duerme mal, torturado por una pesadilla en la que oye el sonido de las pisadas de su padre acercándose por el pasillo a su habitación. Con el tiempo, también se hace consciente de algo que nunca habría podido sospechar: hay cosas peores que recibir palizas, y la soledad es una de ellas.

Es lunes por la tarde y Mickel Cardell rodea con las manos un tazón de cerámica para calentarse. Ve a Winge por primera vez desde que el carruaje que los sacó de Fågelsång se detuvo en Norrmalmstorg y él cruzó el puente con paso vacilante de vuelta a su casa para asearse e intentar, sin éxito, dormir un poco.

—Bueno, ¿conseguiste sonsacar algo al tipo por el camino?

Winge asiente con expresión seria.

—Algunas cosas. No estoy seguro de dónde va a celebrarse el juicio, pero, por precaución, he pedido que lo lleven a la prisión de Kastenhof, en Norrmalm, de momento sin revelar su identidad. Todavía no sabemos cuándo aparecerá Ullholm y prefiero mantener todo el asunto tan en secreto como sea posible hasta que haya terminado de interrogarlo y pueda empezar el juicio. Conozco bien a los guardias y puedo entrar y salir de incógnito.

Han pasado horas desde que han regresado a la ciudad y se han separado en el puesto aduanero, pero Cardell aún tiene la sensación de que el viento le clava las garras en las mejillas.

—No creas que no agradezco haberme librado de un tiro en el vientre y de convertirme en comida para perro, pero ¿por qué se rindió tan fácilmente? Después de todo lo que hemos pasado, casi parece una descortesía.

—Espero obtener respuesta a esa pregunta y muchas otras.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Voy a ir a Kastenhof para hablar con Balk. Nos vemos mañana aquí, a la misma hora.

Cardell se lleva la taza a la boca con una mueca de desagrado. Ha oído decir que el café ayuda a permanecer despierto y ha decidido soportar el sabor por si la cosa funciona. Se abre paso a codazos entre la multitud de entusiastas bebedores de café y sale a la plaza. Lo habitual es que Estocolmo no le provoque más que irritación pero, por una vez, agradece ver de nuevo la ciudad. Cuando piensa en el cobertizo de Fågelsång, le viene a la mente la muerte más aterradora que ha imaginado nunca: una muerte hecha a medida para él, al contrario que el caos aleatorio de la guerra, que golpea indiscriminadamente en todas direcciones. Tiene menos ganas de dormir que nunca y por eso se alegra de que el peso que pende en su costado le ofrezca una distracción: es la bolsa que le quitó a Carsten Vikare. No ha contado las monedas pero, a juzgar por el peso, contiene hasta el último penique que él y su banda estafaron a Kristofer Blix. Y con intereses. Cardell rara vez ha tenido en sus manos una suma semejante, y aún más rara vez ha sentido remordimientos de conciencia al respecto. Hasta ahora siempre se había limitado a pensar que un tesoro es de quien lo encuentra, pero esta vez es diferente: esas monedas pertenecen a otra persona.

El aire frío hace que le ardan la garganta y la nariz, pero también le recuerda que está vivo.

Tiene una nueva misión, y con cada paso que da en la nieve en pos de su propósito siente que se aleja un poco más de esa bestia, *Magnus*, de la carabina de Johannes Balk y los terrores de Fågelsång. Balk es responsabilidad de Winge, así que él centra sus pensamientos en las cartas de Kristofer Blix. Isak Blom le contó que una joven las había dejado en la puerta de la Casa Indebetouska con instrucciones de entregarlas a Cecil Winge, y Carsten Vikare mencionó que Blix había dejado una joven viuda.

Cardell se ha cambiado los calzones, tiesos por culpa de los orines secos, por el único otro par que tiene, los que forman parte del uniforme que le dieron cuando ingresó en el cuerpo de guardias y que no le gusta llevar. Como los demás inquilinos no tenían agua caliente para compartir con él, ha tenido que arreglárselas frotándose el cuerpo con nieve en el patio. Unos niños se han aprovechado de su vulnerabilidad para arrojarle bolas de nieve sin hacer caso a sus gritos furiosos. Ahora va recuperando el calor, y con ello el buen humor. Echa a andar por Västerlånggatan, dobla a la derecha y enfila colina arriba en dirección a la iglesia de San Nicolás.

En el interior del enorme edificio apenas hace más calor que fuera. Le dicen que el pastor está en casa con un resfriado, pero, ante su insistencia, un capellán medio congelado le permite consultar los registros de la iglesia. Sí, hay una entrada con el nombre de Johan Kristofer Blix, relacionada con las amonestaciones de su matrimonio. Una cruz junto a su nombre da cuenta de su fallecimiento. Una moneda en la mano temblorosa del capellán permite averiguar más detalles de ese suceso extraordinario.

Blix murió en un accidente no mucho después de que la joven pareja se comprometiera. La novia estaba encinta. El capellán vuelve los ojos al cielo. Los niños que nacen poco después de la boda son más la regla que la excepción. Él y sus colegas sintieron lástima de la joven y oficializaron la versión de que la boda tuvo lugar antes del fallecimiento de Blix. De ese modo, el niño que aún no ha nacido se librará de la etiqueta de bastardo y la madre, en lugar de ser blanco de burlas y considerada una ramera, tendrá la condición de viuda. El capellán asiente para sí: sabe que esos dos incumplieron el sacramento, pero no le parece que el Señor vaya a poner objeciones.

—¿Y cómo se llama la viuda?

—Lovisa Ulrika Blix, de soltera Tulipan. Su padre tiene una taberna que se llama Markattan.

—Para ser sacerdote, está usted muy bien informado.

El capellán sonríe y vuelve a elevar los ojos al cielo.

—Ésta es una parroquia muy sedienta. Tras la comunión, el cáliz queda tan vacío que los clérigos nos vemos obligados a buscar el sacramento en otra parte.

El lugar queda apenas a unos pasos de distancia en la misma dirección de donde ha venido. La taberna Markattan es un local modesto. Las mesas son barriles puestos en hilera. Un viejo de ojos claros sale a su encuentro tras dejar a un lado las jarras que ha estado limpiando con un paño húmedo.

—Disculpe, pero aún no hemos abierto y no tenemos comida caliente. Si lo que quiere es comer algo, tendrán que ser fiambres.

—No importa, no he venido a comer. Ando en busca de Lovisa Ulrika. ¿Sabe por casualidad dónde está?

El hombre lo mira con cautela de arriba abajo.

—Lovisa Ulrika es mi hija.

—¿Y está en casa?

Karl Tulipan niega con la cabeza.

—Por desgracia, no. Es una chica muy trabajadora, de esas que uno no tiene la esperanza de ver en las generaciones más jóvenes. Y sin embargo me duele que mi negocio le ocupe tantísimo tiempo... Si no está en el pozo estará en el mercado. Le sugiero que vuelva en otra ocasión, si no quiere pasarse un buen rato esperando.

Cardell no sabe qué decir. Patea el suelo para quitarse la nieve de las botas.

—¿Quiere que le dé algún mensaje?

Cardell titubea. Sopesa la bolsa oculta en su chaqueta.

—No, se trata de un asunto que no puede confiarse a otros. Volveré en otro momento.

—Se lo agradezco. Le deseo más suerte la próxima vez.

Hizo calor en la primavera y al final del verano, pero ahora hay una gruesa capa de nieve. Los que aseguran que pueden predecir el tiempo a partir de articulaciones doloridas u otros augurios llevan tiempo avisando de que va a ser el invierno más duro que se recuerde.

Anna Stina Knapp lo cree. Las noches han empezado a cobrarse su precio entre quienes duermen al raso ya sea por ebriedad o pobreza, y con la tierra helada y dura como la piedra se hace imposible enterrarlos hasta que el tiempo mejore. Los cadáveres tiesos se amontonan en cobertizos en los cementerios, y cuando éstos ya están llenos se colocan fuera envueltos en sus mortajas. De camino al mercado de pescado, junto a la iglesia de Santiago Apóstol, Anna Stina ha visto un montículo de nieve del que sobresalen manos y pies congelados. En la parte superior, la escarcha deja ver un rostro negro azulado; unos granujas listillos le han embutido una pipa de arcilla rota en la boca y han firmado su obra con orines.

Durante el día, Anna Stina se hace llamar Lovisa Ulrika Blix. El trabajo en la taberna Markattan y las tareas relacionadas con ella le ocupan todo el tiempo. Su jornada empieza de madrugada, cuando se viste a toda prisa para recibir a los trabajadores que vacían el bidón de debajo de las letrinas de la taberna y se llevan el contenido en su carro. Es una de las muchas cosas de las que quiso hacerse responsable al percatarse de que otros se aprovechaban de la falta de atención del Tulipán y le exigían un pago semanal sin haberle prestado servicio alguno. Anna Stina también se encarga de ir a buscar agua cuando las bombas del pozo de la plaza no se han congelado; en caso contrario, lava los platos y las jarras de cerveza frotándolos con nieve. Lleva leña desde el muelle, barre y friega los suelos cada mañana y cada noche: esas tareas alivian la culpa que siente cuando se encuentra con los ojos verde azulados de Karl Tulipan, quien siempre sonrío y le acaricia el vientre cada vez más abultado. Ella sabe que la considera su hija y desearía poder considerarlo su padre.

En sus sueños ya no la persigue el Gallo Rojo, pero el futuro aún se niega a dejarla vivir en paz. Despierta con las sábanas empapadas en sudor pese a que en la habitación corre el aire fresco, como si su hijo hubiera prendido una brasa en su interior y la mantuviera caliente a pesar del frío. Cuando no puede dormir, enciende una vela y observa su reflejo en el cristal de la ventana que da al callejón oscuro. Imagina que su cara está cada vez más redonda, tanto por las comidas diarias como por la vida que bulle en su interior. Cuesta reconocer a la chica flacucha de la prisión de mujeres. Pero esa transformación no basta, ni siquiera lo que ha hecho por ella Kristofer Blix.

Estocolmo es terriblemente pequeña: todo el mundo se apiña en las mismas calles, en los mismos lugares. Cuando Anna Stina sale de la taberna Markattan se cubre la melena pelirroja con un pañuelo y deja que la parte delantera de la tela le caiga sobre la frente. Permanece siempre al norte de la Esclusa, lejos del territorio donde el Mudo y Fischer andan a la caza de pecadoras. Pero en Stadsholmen y sus puentes también hay guardias, y cada vez que ve sus casacas azules y

sus cinturones blancos el corazón le da un vuelco en el pecho.

En sus sueños se repite una y otra vez la misma escena: está ocupada en alguna tarea en la cocina, detrás de la sala principal de la taberna Markattan, y cuando vuelve a cruzar el umbral se encuentra con la mirada de un hombre y suelta lo que lleva en las manos. Petter Pettersson está ahí de pie, apoyado contra un tonel y con una sonrisa sarcástica en la cara. Le hace una reverencia y la llama por su verdadero nombre. Ella se queda paralizada mientras Pettersson recorre la distancia que los separa y le coge la mano.

—Señorita, creo que me debes un baile.

Los clientes de la taberna Markattan, a quienes empezaba a considerar sus amigos, la señalan y susurran, y Karl Tulipan se echa a llorar cuando comprende la magnitud del engaño. Petter Pettersson le ata una cuerda a la muñeca como quien hace un gesto de afecto, la saca a la calle y la conduce hasta un carro, dispuesto a llevarla de vuelta al lugar al que pertenece: la hilatura de la cárcel de Långholmen, donde la espera el Maestro Erik, y la obligarán a bailar alrededor del pozo el tiempo suficiente para que su identidad se borre y sólo le queden fragmentos de humanidad. Pierde el niño que lleva dentro: para salvar su propia vida, su cuerpo se deshace de todo lo que no es esencial y el ser que aún no se ha formado por completo se convierte en un manchón rojo en la gravilla al pie del pozo junto al que se ve obligada a pasar una y otra vez mientras el terror y la locura se apoderan de ella.

Cae la tarde cuando Anna Stina Knapp regresa a la taberna Markattan con las cosas que ha comprado con el dinero del Tulipán: un par de conejos recién cazados, merluza pescada en el hielo del lago Mälaren y algo de pan. El sol ya se ha escondido en el horizonte. Los remolinos de nieve hacen que las pocas personas que quedan en los callejones se apresuren a volver a sus casas refugiándose bajo los aleros. Karl Tulipan ha puesto vino con especias sobre el fogón y ha servido una taza para ella. La abraza y le frota los hombros con sus manazas para calentarla un poco.

—Ha venido un hombre preguntando por ti.

—¿Ha dicho qué quería?

—No, pero ha dicho que volvería.

—¿Cómo era?

—Era un tipo grandote con una cara muy fea, ¿te suena?

Anna Stina niega con la cabeza ante la mirada ligeramente socarrona de Karl Tulipan.

—Ah, y llevaba uniforme de guardia.

Esa frase es como un bofetón y Anna Stina tiene que volverse para que él no vea el intenso rubor en sus mejillas.

No está a salvo. No tiene nada: su nuevo nombre y todo lo que éste ha llevado consigo dependen de la buena voluntad de otros. Los guardias volverán y sabrán enseguida que es Anna Stina Knapp y no Lovisa Ulrika Blix. El mundo real, implacable, dará al traste con su mentira y la pesadilla se hará realidad. El niño del que al principio sólo deseaba librarse es ahora un fuego de amor en su seno, y si la encuentran estará condenado antes siquiera de haber respirado por primera vez. Al caer la noche, se sienta en su habitación a examinar su reflejo en la ventana y maldice sus facciones pálidas. Se pasa el resto de la noche abrazándose a sí misma, absorta en sus pensamientos, pensando y volviendo a pensar cuál será la mejor manera de librarse del rostro que

le dio Maja Knapp.

Cecil Winge se ciñe bien el pañuelo para evitar que los copos de nieve se cuelen por el cuello del abrigo. Sale de Stadsholmen frente a la Casa de la Moneda, y cruza la pasarela cubierta de hielo del puente Vedgårdsbron. Atraviesa el islote de Helgeandsholmen protegido del viento por las cuadras reales y el palacio Per Brahe para continuar con el viento en la cara por el puente de Slaktarehusbron. A su derecha, en la Corriente de Estocolmo, se levantan los pilares de piedra del puente de Norrbro, a medio construir, cada uno de ellos rodeado por un collar de capas de hielo. En los extremos inacabados, los cimientos parecen buscar en vano un arco que los una.

El edificio de los juzgados de primera instancia de Norrmalm, aún llamado Kastenhof en honor al posadero que hace más de un siglo tuvo ahí su negocio, se erige en uno de los lados de la plaza. Cinco escalones conducen a Winge hasta la entrada, sobre la que puede verse el anagrama real. Los guardias de la puerta reconocen a Winge, que se dirige a ellos por su nombre. Lo acompañan por un pasillo con una sucesión de puertas, cada una de las cuales da a una celda pequeñísima pobremente iluminada por un estrecho ventanuco. El mobiliario es espartano: un camastro apenas lo bastante alto como para ocultar el orinal, un escritorio y un taburete.

Johannes Balk está en una de esas celdas, sentado bajo una luz mortecina. Tiene la mirada fija en el vacío hasta que la llegada de Winge lo saca de sus reflexiones. La tranca de la puerta cae detrás de ellos y el sonido de las botas del guardia contra la piedra se va desvaneciendo a medida que se aleja.

Winge inclina la cabeza a modo de saludo.

—Buenos días. ¿Tienes cuanto necesitas? ¿Comida, mantas, tabaco?

—No necesito nada. Nunca he fumado. Un poco de pescado y de carne son suficientes. El frío ya no me molesta.

Algo en Balk le recuerda a Winge a una araña inmóvil y paciente en su red, pasiva apenas en apariencia. Sobre la mesa hay un plato con sobras de comida: gachas y el esqueleto de lo que debe de haber sido un lucio hervido. Balk se frota los ojos mientras Winge se sienta en el taburete.

—¿Sabes que soy bastante más joven que tú, aunque parezca que hayamos nacido el mismo año? Quizá nuestras experiencias nos esculpen el rostro a lo largo de la vida, y es posible que mis actos me hayan envejecido de forma prematura. ¿Por dónde íbamos? Ah, por la mitad del segundo acto. Me disponía a dejar el país.

En la superficie del agua de la jarra que está junto a la cama se ha formado una capa de hielo. Balk la rompe con el índice antes de servirse una taza. Se aclara la garganta y bebe; hace una pausa, como para encontrar el sitio en el que dejó la historia, y entonces empieza de nuevo.

Con el tiempo, el niño se convierte en un jovencito, pero sin padre ni madre está condenado a seguir siendo un niño en ciertos aspectos. Mientras él continúa siendo menor de edad, Fågelsång

está bajo la tutela de una serie de caballeros de Estocolmo que solían asesorar a Gustav Adolf Balk en sus negocios. El joven sólo conoce a sus tutores a través de las cartas que le envían, escritas en un estilo tan formal que no resultan fáciles de descifrar. Dos veces al año, un representante visita Fågelsång para supervisar la gestión de la finca y asegurarse de que la educación del joven prosigue acorde a los deseos de su padre.

En su decimoséptimo aniversario, recibe una comunicación inesperada: el testamento de Gustav Adolf Balk instrúa la creación de un fondo especial para un viaje educativo por el continente. La ruta ya está trazada e incluye las direcciones de distintos banqueros que han sido notificados de su llegada inminente y estarán preparados para proporcionarle el dinero destinado a sus gastos en la divisa adecuada. Viajará por mar de Estocolmo a Reval y de ahí a París, Florencia y Roma. Por segunda vez, abandona Fågelsång y observa cómo los sombríos edificios van desapareciendo poco a poco al fondo del camino flanqueado de tilos.

En París se desvía del itinerario. Ha leído sobre la ciudad, escenario de novelas y aventuras variadas, hogar de pensadores y visionarios. Siempre ha anhelado verla con sus propios ojos y le parece que las descripciones y grabados no hacen justicia a la realidad. Algo flota en el aire. En cada cafetería y restaurante la gente charla sobre la condición humana y los derechos de los individuos. La esclavitud se condena de forma unánime. Muchos van incluso más lejos y comparan la sumisión del esclavo con el destino de los súbditos. Bajo la belleza de estos ideales, percibe un sentimiento con el que él, más que ningún otro, está familiarizado: el miedo.

Con una especie de sexto sentido, detecta a su alrededor la sed de sangre que sigue sin tregua la estela del miedo. Y a medida que se acerca el día de su partida se da cuenta de que no quiere abandonar la ciudad. Algo está a punto de ocurrir y, sea lo que sea, quiere presenciarlo con sus propios ojos. Los primeros meses los pasa deambulando por las calles y plazas públicas. Escucha los discursos en una lengua que ha aprendido en los libros y a golpe de palmeta de sus tutores. Con unos cuantos mensajes a casa se asegura crédito con los banqueros franceses y alquila una habitación en el barrio latino.

Hay vida y movimiento por todas partes. La rebelión se agita, fomentada por la escasez de la cosecha del año anterior. A principios de mayo se convocan los Estados Generales por primera vez en casi doscientos años. Se proclama la Asamblea Nacional y tiene lugar la toma de la Bastilla. En el verano de 1789, París se halla bajo un gobierno autónomo por la gracia del concejo municipal y la recién formada Guardia Nacional. En el resto del país, los campesinos se liberan del yugo de la opresión. Se obliga a los señores feudales a huir o a renunciar a sus antiguos privilegios. Él se halla en medio de todo aquello: un observador pasivo pero entusiasta. En agosto, la Asamblea Nacional publica la nueva Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. La noticia se extiende a través de las plazas de la ciudad y los lugares de reunión. Ve cómo el propio rey Luis XVI se dirige al pueblo desde el balcón del palacio de las Tullerías; ya no es joven, pero sigue siendo una figura imponente, en la plenitud de la vida. Habla a favor de la nueva constitución: el mismísimo símbolo del Antiguo Régimen acepta el nuevo. Durante unos meses, la ciudad parece haberse estabilizado bajo ese nuevo orden, pero él percibe su fragilidad y espera pacientemente. Se queda el resto del año. Y el siguiente.

Johannes Balk sabe que el odio necesita el miedo como el fuego el combustible, y percibe ese miedo creciendo a su alrededor. Quizá por eso, París le parece el hogar que Fågelsång nunca fue. Ahí, él no es excepcional: todo el mundo tiene miedo. La mayoría de la gente siente tanto odio

como él, y entre ellos Johannes se siente superior: apenas se están familiarizando con unas emociones que él ha albergado desde que tiene uso de razón. Aunque la creencia en el poder del pueblo aumenta a expensas del rey, la ansiedad se extiende entre las filas revolucionarias. Muchos ven enemigos en cada sombra, tanto dentro como fuera de los muros de la ciudad. Marat, el agitador, escribe panfletos que abogan por unas medidas drásticas: hacer una purga de judíos por el bien de la mayoría. Ahora se dice que el bien justifica los medios.

Por primera vez en su vida, el joven se siente parte de algo que entiende, se siente rodeado de iguales. Percibe que la muerte se aproxima, que camina invisible entre las masas, aguardando su momento. La espera con gran expectación, ansioso por descubrir qué formas adoptará.

En diciembre de 1891 lo despierta un escándalo en el hueco de la escalera: unos hombres con uniformes caseros de la Guardia Nacional, que reflejan los colores de la nueva bandera, llaman a su puerta. Alguien lo ha denunciado. Quién fue el soplón, nunca lo averiguó. ¿Alguien que buscaba el favor de los jacobinos? ¿Quizá su banquero, o su casero? Como noble extranjero, es blanco de la sospecha. Dicen que es un espía. Lo llevan a la abadía de Saint-Germain-des-Prés, bastante cerca de su propio alojamiento, donde le anuncian que será interrogado.

El interrogatorio en cuestión nunca llega a producirse. Lo meten en una celda en las mazmorras de la prisión militar bajo el viejo monasterio benedictino. No hay ventanas ni ninguna clase de luz. Al principio, espera pacientemente y prepara su defensa lo mejor que puede. Alguien empuja un cuenco por la parte baja de la puerta. Nadie responde a sus preguntas. Lo dejan allí para que se pudra. Quizá la jerarquía de los revolucionarios ha cambiado y su caso ha quedado en el olvido. La celda está sumida en la oscuridad más absoluta. No puede ver su propia mano delante de la cara. Con el paso de los días, deja de estar seguro de si tiene los ojos abiertos o cerrados; no sabe dónde acaba su cuerpo y empieza la oscuridad. Lo único que puede hacer es quedarse ahí sentado, inmóvil.

Cobra conciencia de que no está solo: cosas que no pueden existir se hacen visibles en ese lugar. El padre que creía muerto acude a visitarlo. Cuando busca a tientas el camino hasta el camastro, su madre, que lo ha estado esperando pacientemente, se arrastra hasta él y alarga la mano para arañarle la cara. Él se defiende devolviendo todo el daño que recibe. De ese modo transcurre el tiempo, sin medios para medirlo.

Unos sonidos terribles que enseguida reconoce como voces airadas lo despiertan de su permanente duermevela. La puerta se abre de golpe y entra una luz tan intensa que se ve obligado a taparse la cara con las manos. Unas manos desconocidas lo agarran y lo levantan. Lo llevan a un patio, delante de la iglesia, donde se han congregado cientos de personas. Los *sans-culotte*, la turba revolucionaria, y la Guardia Nacional se han reunido ahí y están sacando a rastras a todos los prisioneros de Saint-Germain.

Ve cómo se agita la muchedumbre. Aquí y allá, entre la masa humana, asoman cabezas que vuelven a desaparecer segundos después. Al principio, lo que ve lo confunde, luego se da cuenta de que están matando a pisotones a los presos. Diez o doce hombres se suben encima de la víctima sujetándose unos a otros por los hombros y la cintura para mantener el equilibrio, y enseguida comienzan a saltar a la vez. El reo no tarda en perecer aplastado. Su pecho cruje, el cráneo se parte, los globos oculares salen disparados por los adoquines. Bajo la muchedumbre hay una masa

sanguinolenta en la que es imposible distinguir qué pertenece a cada cuerpo.

Cada vez más gente se congrega en el patio, hasta que estalla el pánico y los hombres que han sacado al joven se ven obligados a soltarlo para defenderse. A gatas, el joven se escabulle entre el bosque de piernas hasta llegar a una valla. Ve un hueco entre dos tablones. Al principio le parece demasiado estrecho, pero entonces, para su sorpresa, se da cuenta de que está lo bastante flaco para pasar a través de él.

De ese modo recupera su libertad. Una vez al otro lado, ya nada lo distingue de los que acuden en tropel a los alrededores de la iglesia. Se lava en el Sena. No reconoce su propio reflejo. Con el tiempo le llegará el rumor de que la cifra de extranjeros encarcelados había crecido tanto que amenazaba a la propia Comuna, y que por eso se había alentado a la muchedumbre furiosa a ocuparse de ellos con sus propias manos. Saint-Germain-des-Prés ha sido sólo una de las muchas prisiones donde han tenido lugar esas escenas.

Durante su encarcelamiento, la muerte que él llevaba tanto tiempo esperando ha llegado a París. Mientras recorre la ciudad, ve enormes pilas de cadáveres. Los muertos se cuentan por miles. Reina el caos. En la otra ribera del Sena ve cómo unos borrachos obligan a una mujer a encaramarse a una montaña de cuerpos para danzar y cantar alabanzas a la República; cuando ella se niega, la atraviesan con bayonetas. Corre el mes de septiembre de 1792 y hay hojas secas por todas partes. Unos días antes, el rey se había visto obligado a huir de las Tullerías tras el asalto del palacio, pero ahora lo han capturado, junto con su familia. En las calles, la gente canta *Ça ira*, una melodía que él conoce bien del primer año de la revolución, pero que ahora tiene una letra distinta. Antes hablaba de la justicia para los oprimidos; ahora sobre colgar aristócratas de las farolas. Todos los hombres tienen que llevar la escarapela tricolor revolucionaria en los sombreros, con los colores que supuestamente representan la libertad, la igualdad y la fraternidad. Buscando abandonar la ciudad, llega a la plaza octogonal que solía llamarse plaza de Luis XV. En el centro hay un objeto extraño, colocado junto al pedestal sobre el que antaño se alzaba la estatua ecuestre del padre del rey. Es la primera guillotina que ve. No se puede esperar que ningún verdugo dé abasto con todas las decapitaciones que exige la revolución, de modo que alguien ha inventado una máquina para llevarlas a cabo. Bate palmas y se ríe tan fuerte que se le agrietan los labios resecos.

Deambula descalzo en dirección al norte. Nadie lo importuna. Su figura infunde miedo y no posee nada de valor. En Flandes, se encuentra con algunos compatriotas suecos a los que consigue convencer de sus orígenes familiares y que le prestan algún dinero con la promesa de que les devolverá el triple. Pone rumbo a Rostock, desde donde se embarca con destino a Karlskrona. A final de año, llega a su tierra natal tras cuatro años de ausencia, aunque aparenta haber envejecido mucho más.

Balk vuelve la cara hacia la luz. Sus ojos parecen ciegos, como si hubiera vuelto la mirada hacia su interior para extraer una imagen perdida del pasado.

—Fue entonces cuando conocí a Daniel Devall. Buscaba un carruaje que me llevara a Estocolmo para regresar desde ahí a Fågelsång, el único hogar que me quedaba. Lo encontré en una posada en la que yo andaba buscando un cochero: había pagado por una plaza en el mismo transporte y durante el viaje empezamos a hablar. Ya sabes lo lentas e incómodas que son las horas en un carruaje tirado por caballos. Nunca lo viste con vida, Winge. Lamento que los restos que recuperaste del lago Fatburen no le hicieran justicia: resplandecía como si su alma fuera un

farol destinado a iluminar el mundo. Su cara, de facciones armoniosas, enmarcaba unos ojos grandes y un poco rasgados de un azul claro. En su mirada, audaz y modesta al mismo tiempo, había un destello travieso e inocente, como si fuera un niño bendecido al que ningún padre conseguiría nunca disciplinar. Cuando nos conocimos llevaba el pelo, dorado y larguísimo, recogido en la nuca con un lazo de seda, pero a cada rato se lo soltaba sobre los hombros para luego volvérselo a recoger. Cuando sonreía, lucía unos dientes blancos como la leche. Los superiores estaban todos rectos, y en la fila inferior había un diente algo torcido, como si a su creador le hubiera preocupado excederse en la perfección. Su cuerpo era esbelto y bien formado, e iba muy bien vestido, con prendas hechas a medida. Sus manos eran las de un músico virtuoso, con dedos finos y largos. Incluso su olor era atractivo: un aroma discreto, como de campo florido, en un momento en que los demás se empapaban de perfume para ocultar su tufo.

»Las horas pasaron volando hasta el punto de hacerme desear que duraran más. Daniel era encantador y espabilado, un conversador excelente y de trato fácil. Iba sentado muy cerca de mí, y cuando le decía algo que lo sorprendía, se echaba a reír y me ponía la mano sobre la rodilla como si no pudiera evitarlo. —Hace una pausa y se sirve un poco más de agua—. Tienes que entender, Winge, que yo nunca había tenido un amigo; todavía más: ni siquiera puedo recordar que nadie me prestara atención o me preguntara algo por curiosidad. Por eso estaba tan poco preparado para Daniel Devall. Por eso era... vulnerable. —Apura el vaso de agua fría—. Cuando llegamos a nuestro destino, Devall se ofreció para ser mi guía en Estocolmo durante un par de días. El viaje me había dejado exhausto y necesitaba descansar. Él conocía bien la ciudad, yo la había visto sólo brevemente y me hubiese perdido enseguida en su vorágine. No vi motivos para no aceptar su ofrecimiento. —Asiente para sí—. Permíteme que te hable de una noche en concreto, Winge. Aquella noche había un baile de máscaras, pese a que no había pasado ni un año desde que habían matado al rey en una celebración similar. Por lo visto, los hombres disfrutaban en ese clima de incongruencia; nadie lloraba la muerte del rey Gustavo. Todos llevaban máscaras, pero la ropa delataba su origen noble y su riqueza. Ni Duvall ni yo pertenecíamos a esos círculos, pero después de que Daniel se las arreglara para conseguir una máscara para cada uno, nadie advirtió que éramos unos extraños, sobre todo por la cantidad de vino que corría. Cuando la tarde se hizo noche, los caballeros se fueron a otros establecimientos. Nos arrastraron con ellos y de ese modo llegamos a una casa que estaba apartada de las otras, junto al muelle adonde sólo van los barcos de carga de grano. Un criado de piel oscura nos saludó y enseguida nos encontramos en unas habitaciones opulentas.

»Allí nos aguardaban horrores, Winge. Yo había bebido, y cuando me fijé por primera vez en algunas máscaras en las que no había reparado antes me asombró lo realistas que eran: había rostros desfigurados por grandes abscesos, cabezas que se habían retorcido hasta adoptar formas grotescas, disfraces que transformaban a quienes los llevaban en lisiados. Pronto, sin embargo, me di cuenta de que aquellos pobres desdichados no llevaban máscaras: aquél era su aspecto verdadero, y pertenecían a la casa: estaban allí para el entretenimiento y distracción de los caballeros. Al cabo de un rato llegaron mujeres con sólo velos sobre los cuerpos desnudos, y enseguida los hombres se aflojaron los cinturones y dejaron que sus prendas cayeran al suelo. No mucho después, la habitación era una masa movediza y sinuosa, con hombres y mujeres copulando de todas las formas posibles. Los tullidos y deformes proporcionaban cualquier servicio que se les pidiera. La escena me revolvió el estómago y me quité la máscara. Devall pudo leer la expresión de mi cara.

»“Creí que... tu padre...”, soltó, y lo que implicaban sus palabras no se me ocurrió hasta mucho

más tarde.

»Nos fuimos. Yo no veía motivo para posponer mi partida e hice los preparativos necesarios. Le dije que me acompañara a Fågelsång, ya que no tenía criados y sus requisitos no eran excesivos.

—¿Y qué pasó después, Johannes? ¿Encontraste su correspondencia?

—Sabía que escribía cartas, pero no me parecía raro. Me llevó un tiempo comprender a quién escribía y por qué. Sus cartas a Liljensparre estaban en clave, como sin duda ya sabes, pero primero las escribía en texto normal y luego las traducía a ese código. Debí de abrir la estufa de mampostería de su habitación sin comprobar primero si aún había ascuas dentro. Era una noche fría y yo la abrí más tarde para asegurarme de que daría suficiente calor hasta la mañana. Encontré un trozo de papel arrugado sobre las cenizas: su carta original. No puede evitar leerla.

—¿Y cuáles fueron tus conclusiones?

—Daniel Devall era un cazafortunas, Winge. Sólo quería conseguir el favor de Liljensparre, el jefe de la policía, y de ese modo promover sus intereses. Supongo que alguien le habló de mi inminente llegada a Karlskrona, quizá uno de los suecos que conocí en Flandes. Su tarea como confidente era tener vigilado el puerto y a cualquier persona sospechosa que llegara de Francia para propagar la revolución en el norte. Supuso que yo era un jacobino que había tomado parte en la revuelta y que ahora regresaba a casa para difundir el mismo mensaje. Ése es el motivo de que fuera conmigo a Fågelsång: esperaba que le confiara mis planes para derrocar a la monarquía y así él se ganaría el honor de haber desenmascarado la conspiración.

—¿Y qué hiciste después de leer la carta?

—Me puse a pensar en mi madre, en la forma en que arrancaba las extremidades de sus tómulas como si se lo hiciera a mi padre. ¿Y qué era Devall sino un insecto que se había colado en mi casa? ¿No merecía el mismo destino? Me llevó varias horas considerar cómo podía lograrse algo así. Mi madre colocaba sus presas en la repisa de la ventana y las dejaba allí para que languidecieran: yo necesitaba un alféizar lo bastante grande para Daniel Devall. Entonces me acordé de la Casa Keyser, donde nos habíamos visto rodeados de hombres medio desnudos y figuras grotescas, y sólo entonces caí en la cuenta de que aquella visita había sido deliberada. Recordé las palabras que Devall había pronunciado por error y comprendí su significado: me había llevado allí porque conocía a mi padre, que debía de haber sido un cliente habitual de la casa. Devall supuso que yo compartía las mismas tendencias. En su cabeza, debió de imaginar que el honorable Gustav Adolf Balk había llevado a su primogénito a Estocolmo para introducirlo en los apetitos carnales que atraen a los caballeros de su clase. No puedo describir con palabras lo mucho que me disgustó esa idea. Y así, me pareció adecuado que él acabara sus días en la Casa Keyser, relacionándose con personas como mi padre. En ese círculo, Daniel Devall sería bienvenido, teniendo en cuenta cómo iba a dejarlo yo. —Alza la vista con los ojos entornados hacia la rendija de luz cerca del techo, que cada vez es más tenue—. Diría que no hace mucha falta que te explique el resto, Winge. Lo único que te queda por saber son algunos detalles prácticos. Me vi obligado a ir a Estocolmo para arreglar esos detalles y tuve que asegurarme de que Daniel no se iría de Fågelsång antes de mi regreso. Mi primera parada fue para ver a aquel consejo de tutores que me creía muerto hacía tiempo. Pedí el pago de una suma abultada con la promesa de que no volvería a cruzar su umbral nunca más. Mis averiguaciones me condujeron al judío Dülitz, cuyos servicios podía ahora permitirme. A través de él encontré al aprendiz de cirujano Kristofer Blix y adquirí tanto sus deudas como su vida. *Magnus* era el único residente de Fågelsång que seguía allí cuando volví de Francia: era un perro de caza medio salvaje que

recordaba lo suficiente mi olor como para asociarme con quien le procuraba alimento. Permitted que lo encadenara en el cobertizo y no lo decepcioné.

Winge deja que el silencio se asiente antes de hablar.

—¿Sabes que Blix escribía todo lo que hacía, y que sus relatos testimoniales nos permitieron seguirte la pista? ¿Qué fue de Kristofer, una vez que hubo cumplido su papel?

—Blix tenía miedo de su propia sombra y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para salvar su pellejo. Cuando hubo llevado a cabo todo lo que le pedí, lo dejé huir e internarse en el bosque.

—Y si estabas dispuesto a confesarlo todo, ¿por qué has esperado a que te encontráramos, Johannes? ¿Por qué no acudiste a mí sin más?

—No tenías pruebas de mis crímenes, Winge, y para mí es muy importante que mi confesión no sea refutada. Leí en el *Extra Posten* que te habías hecho cargo del caso del cadáver del lago Fatburen y, cuando investigué sobre ti, tuve la certeza de que me encontrarías y me vincularías con lo que había hecho.

Una sensación de inquietud hace titubear a Winge antes de formular la pregunta que lleva rato queriendo plantear:

—¿Por qué haces esto ahora, Johannes? ¿Con qué objetivo?

Johannes Balk lo mira a los ojos. Sus pupilas, grandes y negras a la luz mortecina, le parecen a Winge dos pozos sin fondo que sólo contienen un vacío airado.

—Ahora he visto el mundo, Winge. Los humanos son sabandijas mentirosas, una manada de lobos sedientos de sangre y de poder. Los esclavos no son mucho mejores que sus señores, sólo más débiles. Los inocentes sólo siguen siéndolo porque son unos incapaces. Antes de que París se convirtiera en un río de sangre, todo el mundo hablaba de igualdad, libertad y fraternidad, de derechos humanos, y ahora esas mismas voces se oyen aquí. Pues yo vi la declaración de los derechos del hombre escrita en los pellejos de hombres a los que habían desollado después de que la guillotina les separara la cabeza del cuerpo. Aquí, los burgueses y los granjeros también están preparados para alzarse contra la nobleza, sus opresores ancestrales. ¿Recuerdas, Winge, que a principios de año un oficial de la nobleza levantó la mano contra un comerciante y la guardia tuvo que rechazar a una turba agitada en las mismísimas puertas del castillo? La revolución flotaba en el aire entonces. Y aún lo hace. Yo, el último descendiente de una de las más prominentes familias del reino, primogénito de un miembro del concejo real, daré un paso al frente en un tribunal y confesaré con detalle lo que he hecho a Daniel Devall, un plebeyo normal y corriente. Tú mismo probarás mi culpabilidad más allá de cualquier sombra de duda. Y el pueblo se alzarán como venganza. Antes de que me pongas bajo el filo de la espada, yo inclinaré la balanza de la revolución. Mientras hablamos, por las calles de París corren ríos de sangre. La hoja de la guillotina tiene que afilarse varias veces al día para dar abasto con su cometido. Yo deseo lo mismo para Estocolmo: el agua de las alcantarillas se teñirá de rojo. Cuantos menos sobrevivamos, mejor. Dejemos que Stadsholmen se ahogue en cadáveres, dejemos que los cementerios rebosen. Que sólo queden los cuervos.

Balk se ríe por lo bajo.

—Y luego estás tú, Winge. En un mundo de lobos, eres la excepción. Un hombre de mejor calaña nacido en el momento equivocado. Defiendes la justicia y la razón cuando otros sólo desean medrar. Leí tu nombre en el *Extra Posten* y, cuando comprendí quién eras, lo vi todo con claridad: la Providencia te ha traído al lugar donde acaba mi viaje. Tienes fama de permitir siempre al acusado que cuente su versión, y yo lo haré. Lo que debe ocurrir después será obra tuya tanto como mía.

El martes por la mañana, cuando Cecil Winge despierta tras haber dormido un par de horas, la habitación está helada. La ropa de cama le parece pesada. Todavía soñoliento, se pregunta quién lo habrá tapado con una colcha que no reconoce, marrón oscuro, en lugar de la blanca habitual. Cuando recobra plenamente la consciencia, comprende que se ha equivocado: la colcha está roja de sangre. En los puntos en que se ha secado, la sangre forma una costra oscura. Durante la noche le ha sobrevenido un ataque de tos imposible de parar. Tiene sangre reseca en el mentón y el cuello. Su piel está tan pálida que casi parece transparente. ¿Cuánta sangre habrá perdido?

Sus dedos se ven blancos como el hueso cuando los levanta ante sí. Apenas los nota, y lo mismo le ocurre con los pies. Se levanta de la cama sobre unas piernas vacilantes, rompe la capa de hielo que se ha formado en la jarra de agua y vierte parte de ella en la palangana. El resto se la bebe directamente de la jarra y se queda horrorizado ante la enorme pérdida de líquido que su sed demuestra. Le lleva su tiempo limpiarse a base de frotar. La piel le escuece. Al acabar, se viste tan deprisa como se lo permite su debilidad, baja a la cocina y manda al hijo de una de las criadas en busca de un carruaje que lo lleve de vuelta a Stadsholmen y a Mickel Cardell.

• • •

El vapor del café recién hecho se eleva hacia las vigas del techo de Lilla Börsen. Es temprano. Los madrugadores se mezclan con los resacosos arrepentidos; toman una taza tonificante antes de internarse en el laberinto de callejas para presentarse al trabajo. Aunque lleva retraso, Cecil Winge descubre que es el primero en llegar a la cita. No le importa esperar. Permanece absorto en sus pensamientos hasta que la imponente figura de Cardell oscurece el umbral, patea el suelo para quitarse la nieve de las botas y se sacude como un perro mojado.

—Discúlpame: acabo de encontrarme con nuestro querido amigo Blom dando tumbos de un edificio a otro por Svartmangatan. Decía tantas incoherencias que mi conciencia no me ha permitido dejarlo así. Lo he llevado a rastras hasta su despacho en la Casa Indebetouska, donde podrá dormir la mona sin morir de frío.

—¿Y qué celebraba?

—Creo que era más bien lo contrario. Costaba estar seguro por cómo arrastraba las palabras, pero me parece que ayer recibió una carta en la que le decían que Ullholm está de camino desde el oeste con todo su séquito, dispuesto a ocupar su nuevo cargo como jefe de la policía y a mudarse a las antiguas dependencias de Norlin. Se espera que llegue mañana. Blom bien puede tener sus rarezas, pero en algún lugar ahí en el fondo esconde a un tipo decente. No se muere de ganas de trabajar con un sinvergüenza, de ahí la borrachera. ¿Y qué me dices de ti? ¿Qué has descubierto?

—Johannes Balk me ha explicado cómo se crea un monstruo. Que todo criminal empieza como

víctima ya lo había visto antes, Jean Michael, pero rara vez con tanta claridad. Sin embargo, todavía no hemos terminado: en su historia hay detalles que no cuadran y debo poner a prueba mis sospechas antes de volverlo a ver.

Mickel Cardell sopesa su puño de madera en la mano mientras evoca todos los golpes que ha dado con él y la devastación que ha causado. Sabe mejor que nadie que lo que ha dicho Winge es cierto.

—Jean Michael, quiero pedirte algo.

—Sólo tienes que decirlo.

—Necesito más tiempo antes de la llegada de Ullholm. Por lo menos un día.

—¿Qué temes que ocurra cuando Ullholm se convierta en jefe de la policía?

—Sospecho que elegiré el camino más fácil: me despojará de toda la autoridad que me concedió Norlin, dará por concluida mi investigación y dejará libre a Balk en cuanto se entere de su existencia. Eso no debe ocurrir: ese hombre es demasiado peligroso.

—Pero ni siquiera la autoridad del jefe de la policía es ilimitada, ¿no? ¿Por qué no te aseguras de que Balk comparezca ante la justicia de inmediato? Ullholm difícilmente podrá interrumpir un juicio sin parecer un déspota.

La mirada que Winge devuelve a Cardell está llena de respeto.

—Me gustaría comprender sus razones antes de añadir su nombre al registro del tribunal. Y también necesito decidir la mejor forma de abordar el juicio. Por lo tanto, Jean Michael, necesito un día más. Si puedes hacer eso por mí, aún nos quedarán esperanzas.

—¿Esperanzas? ¿De qué?

—No quiero ocultarte nada, pero no tengo ni un solo minuto que perder. Por ahora, tendré que pedirte que tengas paciencia.

—¿Y cómo te imaginas que un guardia díscolo podría detener al nuevo jefe de la policía de Estocolmo?

—No tengo respuesta para eso, Jean Michael, y ni siquiera puedo ofrecerte ayuda: tengo que usar todos mis recursos para mi misión, y son recursos limitados.

Cardell se rasca la cabeza y esboza una mueca. Luego se queda sentado sin decir nada. Da golpecitos sobre la mesa, siguiendo el ritmo de una muda marcha militar. Sólo al cabo de un minuto levanta la cabeza y vuelve a mirar a Winge a los ojos.

—Si eso es lo que necesitas, lo tendrás: un día. —Se vuelve en el banco y agita en el aire el brazo de madera—. ¡Muchacha! Llévate estas tazas de café y tráeme un poco de aguardiente. Necesito algo que me ayude a pensar. Y aprisa.

Winge lo deja bebiendo y sale a la calle. Se encamina hacia Brända Tomten encogido para protegerse del viento. Se lleva el pañuelo a la boca e intenta respirar despacio, con miedo a que le sobrevenga otro ataque de tos. Poco a poco recupera el control de su cuerpo y, antes de cruzar la plaza, se frota la cara con un puñado de nieve.

En una esquina de Prästgatan se sienta un mendigo al que Anna Stina ha visto muchas veces de camino hacia la plaza mayor y su mercado. Por lo general se sienta sobre dos trozos de madera que ha unido para formar un taburete y así poder mostrar en el regazo la desfiguración que constituye su medio de vida. Tiene ambas manos tan deformes que los transeúntes o bien se detienen a mirarlo o bien prefieren desviarse con tal de no pasar cerca de él.

No se trata de un daño provocado por el fuego. Da la impresión de que algo hubiese convertido su carne en cera para moldear formas extrañas con ellas y después las hubiera dejado solidificar así. El tejido parece haberse derretido y escurrido hasta dejar las yemas sin uñas y las manos con una capa de piel tan fina que apenas cubre el hueso. En las palmas y el dorso de las manos tiene marcas extrañas, agujeros y protuberancias. La piel es incolora y casi tan suave como la de un recién nacido.

Anna Stina acude a él con su pregunta y descubre que no siempre está allí sentado. Tiene que esperarlo y patear el suelo para calentarse un poco cuando el frío arrecia. Finalmente, el mendigo aparece con un cartel bajo el brazo y las manos envueltas en una tela. Ella le da tiempo para preparar su lugar y sentarse; él aparta con cuidado la tela para poner sus manos laceradas a la vista de los demás y a merced de la nieve que cae. Cuando ella ve que son tal como recordaba se le acelera la respiración. Se acerca y saca el pan que ella misma debería haberse comido en el desayuno. El mendigo parpadea, perplejo ante tal muestra de generosidad, y aún se asombra más al ver quién es la persona que se lo da.

—Dios te bendiga, mi niña, pero ¿qué he hecho yo para merecer un regalo como éste?

—Quiero saber qué pasó con tus manos.

Él sonríe, casi aliviado.

—Esa historia la he contado muchas veces, y por mucho menos que esto. ¿Has estado en el lago Klara, mi niña?

Ella asiente.

—Entonces debes de haber notado cierto olor que no procede de la podredumbre del agua ni de la basura de la tierra. Hay allí una fábrica en la que trabajé como aprendiz. Se hace jabón, tanto el que usan los pobres para frotarse en su baño navideño como el que utilizan las mujeres de la nobleza en el aseo matutino. La elaboración es la misma, la única diferencia reside en el perfume. Sin embargo, antes del perfume hay un hedor que proviene de los cadáveres de animales que se ponen al fuego para obtener la grasa. Ésta se mezcla con otros ingredientes y se deja solidificar, y antes de que puedas contar hasta diez, el jabón se ha aclarado y está listo para usarse. Yo era joven y un discípulo entusiasta, y me dejé llevar por la emoción al mezclar la potasa con cal. La mezcla me salió muy fuerte y el polvo blanco me cayó sobre las dos manos. Cuando ya las sumergía en agua para lavármelas, oí el grito de advertencia de mi maestro. Demasiado tarde. Fue como si las hubiese metido en aceite hirviendo. Las cenizas queman cuando se mezclan con agua,

¿sabes? Consumen todo cuanto encuentran en su camino. Así quedé como me ves hoy. Les di lástima y desde entonces me permiten trabajar con una escoba, pero trabajar ya no se me da tan bien como antes, y lo que saco no me llega para vivir.

Anna Stina da vueltas a esas palabras.

—¿Y qué sentiste?

Él se ríe.

—Fue como un anticipo del infierno al que sin duda me encamino, pequeña. —Al ver que ella no queda satisfecha, continúa con un tono más serio—: Nunca he experimentado nada peor. Cuando mi maestro cogió un trozo de paño de lana y me frotó las cenizas, que se habían transformado en un mejunje burbujeante, sentí como si me arrancaran la piel de las manos. Mandó a buscar limones porque dijo que su jugo aliviaría mi sufrimiento, y es posible que tuviera razón, pero el dolor permaneció durante días. Me sentía como si estuviera estrujando brasas ardiendo con todas mis fuerzas. —Escupe ante aquel recuerdo y cuando alza la mirada su buen humor se ha evaporado—. ¿Algo más? Ahora que lo he recordado todo, no creo que el pan sea un pago justo en ningún caso.

—¿Puedes hacer la ceniza otra vez? ¿Igual a la que te quemó? Pagaré por ella.

No les lleva más de media hora dejar Stadsholmen. Quizá sea una ilusión provocada por el desnivel del terreno, pero Anna Stina tiene la sensación de que el edificio a orillas del lago Klara se inclina hacia el agua, como si la tierra pantanosa en que se construyó ya no soportara su peso. Tienen que esperar a que se ponga el sol y acabe la jornada de trabajo. Uno tras otro o en pequeños grupos, los obreros abandonan el taller y se encaminan a casa sobre el hielo y la nieve endurecida. Oye al hombre de las manos deformes contarlos en voz baja para asegurarse de que todos han salido ya. Lo ve otear inquieto a su alrededor antes de hacerle una señal para que lo siga.

Rodean el edificio y descienden por la playa cubierta de hielo. Del lado del agua, la casa se sostiene sobre unos pilotes lo bastante altos como para permitir que alguien agachado se cuele por debajo. El mendigo musita maldiciones porque resbala una y otra vez, pero encuentra la trampilla que está buscando y también un agujero lo bastante grande como para que quepa una mano que tire de un pasador. Bajo la trampilla hay un montón de basura congelada. Anna Stina supone que se abre cada mañana después de barrer el suelo para verter los desechos en el lago. Su acompañante le pide silencio con un gesto mientras sostiene la trampilla abierta. Mira hacia arriba con la mano libre sobre la boca para que el vapor de su respiración no lo delate. Permanece así un buen rato y luego se aúpa para llegar al nivel del suelo. Anna Stina espera una señal antes de seguirlo.

Cardell agita su brazo sano para que la sangre circule hasta las yemas de sus dedos medio congelados y salta en su sitio para entrar en calor. Lleva esperando más de media hora en el patio frente a la casa. La criada se ha negado a permitir que un desconocido cruce el umbral —¡mucho menos alguien como Cardell!— y lo ha obligado a esperar fuera hasta que su señora esté lista. Cuando él le ha pedido alguna bebida caliente, la chica ha soltado un bufido para luego darle con la puerta en las narices. Cardell está harto de esperar. Cada vez que mira el reloj de la iglesia de Santa Catalina, que consigue ver subiéndose en un tajo, está convencido de que la maquinaria se ha congelado y las manecillas no se mueven. Finalmente, la puerta vuelve a abrirse y aparece la criada, tan hosca como antes.

—Ya puedes pasar y tomarte una taza de cerveza caliente si quieres. Mi señora no tardará en recibirte.

Pensar en algo caliente basta para que Cardell deje de lado cualquier idea de venganza. Se sacude la nieve de los hombros y da algunos pisotones en el suelo antes de entrar. La casa huele a pan recién horneado. Una vez que se ha quitado la bufanda y la casaca, nota cómo el calor del hogar le descongela las articulaciones y exhala un suspiro de alivio.

La señora de la casa, la viuda Fröman, espera más allá de la cocina, en una habitación mal iluminada. Todavía viste de negro de la cabeza a los pies, aunque han pasado muchos años desde la muerte de su marido. Debe de tener más de sesenta años. Cardell supone que no tuvo hijos y que, estando sola, esta casa se ha convertido en el centro de su existencia. Pese a la modestia de la estancia, la viuda tiene un aspecto formidable. Está sentada cerca del fuego con la espalda más recta que un atizador. Cardell no detecta un ápice de autocompasión en su rostro severo, sólo dignidad contenida, una expresión que le dice al mundo que la hirió que es perfectamente capaz de retribuir con la misma moneda. Sin pretenderlo, Cardell inclina ligeramente la cabeza, un gesto que no solía concederles a sus superiores en el ejército. Se aclara la garganta.

—Buenos días.

Tiene la sensación de que los ojos de la señora Fröman lo recorren de pies a cabeza sin necesidad de moverse y de que ella ya ha adivinado de él cuanto necesita saber. Transcurren unos instantes antes de que conteste.

—Me dicen que se llama usted Cardell y que es un guardia. No me imagino qué puede haberlo traído hasta aquí. La vida me da pocas sorpresas, sólo por eso lo he recibido. ¿Qué quiere?

A Cardell le arden las orejas, unos instantes antes tan frías, y se revuelve con inquietud. Se da cuenta de que se ha equivocado con respecto a la mirada fija de la anciana. Es ciega. Cuando sus ojos se acostumbran a la penumbra, advierte que los de ella están recubiertos por una membrana lechosa. Se estremece y trata de dar con las palabras adecuadas.

—Lamento presentarme aquí sin previo aviso. Y permítame darle mi más sentido pésame por la partida demasiado apresurada de su marido...

Ella levanta una mano para hacerlo callar.

—Deténgase, por Dios. A las urracas se les da mejor graznar que tratar de cantar como ruiñesores. Arne Fröman, pastor de la iglesia de Santa Catalina, que en paz descansa, nos dejó hace muchos años. Su cuerpo estaba tan impregnado de alcohol que los gusanos que se atrevieron a aproximarse a su ataúd habrán muerto al instante. Que yo continúe guardándole luto dice más sobre mí que sobre él. Y ahora, guardia, deje de dar largas al asunto y vaya al grano de una vez.

Cardell asiente con la cabeza, aunque enseguida recuerda que la mujer no ve. Intenta armarse de valor y se sorprende al conseguirlo.

—Parece que tiene usted una vida muy modesta, teniendo en cuenta la eminente posición del pastor. —Experimenta cierta satisfacción cuando la ve estremecerse ligeramente. Se apresura a continuar—: Dígame, ¿por casualidad recuerda a alguien de apellido Ullholm? Me refiero en particular a Magnus Ullholm.

Cardell percibe un cambio en el ambiente, tan palpable como una corriente gélida que se cuele por una ventana que acaba de romperse.

—Sí, me acuerdo de él.

—Me han contado que, hace unos años, Ullholm huyó a Noruega con los fondos destinados a las viudas de la parroquia. Ese dinero podría haberle sido de ayuda tras la muerte del pastor, ¿no es cierto?

Cardell se sorprende al descubrir que la señora Fröman, casi completamente inmóvil, es capaz de quedarse aún más quieta.

—No hace falta que me recuerde quién es Ullholm ni lo que hizo: lo sé muy bien.

—Sin duda, habrá otras viudas como usted que también se acordarán de Ullholm, con hijos y nietos a quienes no habrán podido ayudar por su culpa. Quizá sepa usted los nombres de esas personas.

—Imagino que sí.

—Dígame, señora Fröman, ya que estuvo casada con un pastor durante tantos años, ¿conoce la expresión «ojo por ojo y diente por diente»?

Los labios de la señora Fröman se abren para revelar una hilera de dientes afilados. Cardell tarda unos instantes en comprender que está sonriendo.

La plaza Norrmalm está desierta, cubierta por un manto de nieve. En el centro se erige la estatua de Gustavo Adolfo, todavía incompleta y oculta bajo unas cubiertas congeladas, aguardando una inauguración que ya se ha retrasado dos años. Se dice que será la primera estatua ecuestre del reino. Winge se detiene un momento a observar aquella forma irregular, una silueta fantasmagórica que se alza amenazadora sobre la plaza como si fuera la Parca que Johannes Balk desea dejar suelta en la ciudad. A la derecha de Winge se halla el palacio de la princesa Sofia Albertina y a la izquierda la ópera, cada uno un espejo del otro, aunque uno iluminado por la pálida luz del amanecer y el otro todavía en sombras. Se entretiene un rato más mirando a uno y otro antes de darse la vuelta y cruzar la verja de la prisión. Cuando llega a la puerta correcta y consigue que la abran, tiene que apoyarse en la jamba para poder entrar. No es la celda de Johannes Balk.

Ésta se halla apenas a unos metros de distancia y no se distingue en nada, excepto por su ocupante, que retrocede cuando oye abrirse el cerrojo y ve entrar a Winge.

—¡Dios bendito! Pero ¿qué le ha sucedido? Parece un fantasma, un esqueleto andante. Me ha asustado: por un momento he pensado que la muerte en persona venía a por mí.

—No tiene nada que temer, más bien al contrario. Me llamo Cecil Winge y trabajo para la policía... de algún modo. Aunque en este momento no vengo a verlo como autoridad.

—Lo he visto antes: su cara pálida ha pasado por delante de mi puerta. Y en cada ocasión se me ha figurado un esqueleto que deambulaba por los pasillos.

—¿Puedo sentarme? Mis piernas no están tan fuertes como antes.

El hombre, que se ha subido a su camastro en el otro extremo de la celda, se encoge de hombros. Winge se sienta en un taburete idéntico al que hay junto a la cama de Balk. Mira al condenado a muerte con más atención: un hombre normal y corriente con un rostro normal y corriente ahora oculto por una barba de un mes. Lleva una sencilla camisa de lino, sucia por los días pasados en la celda, y unos calzones de cuero gastado con las cintas de las rodillas desabrochadas. Se ha envuelto en su manta y en una casaca marrón. Winge espera hasta haber recuperado el aliento antes de hablar.

—Se llama Lorentz Johansson, ¿verdad?

—No es ningún secreto.

—¿Su profesión?

—Trabajaba como tonelero.

—Mañana, el carro vendrá a buscarlo para llevarlo al patíbulo de Hammarby.

El hombre suelta un suspiro y se encoge de hombros.

—Así es. El maestro Höss me cortará la cabeza. Sólo me resta confiar en que esté suficientemente sobrio esta noche como para afilar la hoja y en que mañana bastará con un tajo.

—¿Ha venido el pastor?

—Sí, ha venido hace poco. Llevaba su mejor atuendo, el muy maldito. No hay que ser muy listo

para adivinar que un viernes por la noche tenía cosas más placenteras que hacer. Casi no le ha dado tiempo a encomendar mi alma pecadora al Altísimo antes de escabullirse por la puerta. Lo he oído canturrear al pasar bajo mi ventana de camino al parque de Kungstrådgården.

—¿Le gustaría contarme cómo ha llegado hasta aquí?

—¿Qué puedo decir que no sepa ya todo el mundo?

—Me gustaría oírlo de su propia boca, si puede ser.

Johansson vuelve a encogerse de hombros.

—Por qué no. Mi historia es corta y triste, y las horas aquí ya pasan bastante despacio. Maté a mi mujer, señor Winge. No hay mucho más que contar. Con cada año que pasaba nuestro matrimonio se tornaba más infeliz. Aquella noche había bebido bastante; empezamos a pelearnos, a discutir por las cosas que nos atormentaban desde siempre. Y entonces perdí el control.

—¿Tuvieron hijos?

—Ninguno que sobreviviera al primer año.

Winge asiente con aire pensativo.

—Soy de la opinión de que hay asesinos y asesinos, Lorentz Johansson. ¿Qué tiene que decir a eso?

—No entiendo a qué se refiere.

—Creo que una persona que comete un crimen en una situación determinada no necesariamente lo hace en otra. ¿Habría matado a su mujer de haber sido una desconocida?

—¿Por qué iba a hacer algo así? Y de haber tenido ella el sentido común de casarse con un hombre mejor, seguiría viva, y yo libre como un pájaro.

—¿Se arrepiente de lo que hizo?

Johansson le da vueltas a eso.

—Era una mujer odiosa, señor Winge: siempre andaba discutiendo y peleando. Con el paso de los años, llegué a detestarla, pero también la quería. El hecho de que me arrepienta no cambia nada: pagaré por lo que he hecho y no hay más que decir. Si mi muerte pudiera devolverle la vida, me alegraría muchísimo, pero las cosas no funcionan así.

Winge mira a Lorentz Johansson durante largo rato.

—¿Era usted un buen tonelero?

—De los mejores. En un año, quizá menos, me habrían nombrado maestro.

—¿Y si pudiera elegir entre el celibato y la muerte, qué preferiría?

La fábrica de jabón está desierta y en silencio. En la penumbra flota un hedor no muy distinto al de la putrefacción, aunque todavía más acre y picante. Anna Stina siente la inquietud que suelen producir los lugares habituados a la vida y el movimiento cuando están vacíos. Sus ojos se acostumbran poco a poco a la oscuridad; entrevé al mendigo moviéndose con soltura entre toneles y cubos de agua. Las paredes de madera son de construcción tan precaria que Anna Stina puede ver los últimos rayos del sol poniente entre los resquicios.

Oye al mendigo murmurar en las sombras, vislumbra su silueta aquí y allá. Lo sigue hasta una zona de almacén llena de frascos, donde se detiene. Escoge uno y luego otro y lleva los dos a una mesa llena de manchas donde encuentra un embudo y una botella pequeña. Coge unos guantes de piel ásperos que cuelgan de un gancho, se los pone y procede a verter polvos de ambos frascos. Le pone el tapón a la botella y se vuelve.

—Ya has visto mis manos y has oído mi historia. No hace falta que te recuerde hasta qué punto es peligroso este polvo. Manéjalo como si el mismísimo Satán se hubiera dejado embotellar. —Le tiende la botella, pero la aparta cuando ella está a punto de cogerla—. ¿Qué hay de mi pago?

Anna Stina hurga bajo el forro del vestido en busca del pedazo de tela en el que envuelve las monedas que le dan de propina los clientes de la taberna Markattan. Desenvuelve el paquetito despacio para que él pueda ver la cantidad.

El mendigo suelta un suspiro y niega con la cabeza.

—No es suficiente. ¿Sabes cuántos troncos hace falta quemar para obtener ni que sea una libra de ceniza? ¿El esfuerzo que invierten los carreteros, los taladores, los que arrastran los troncos hasta aquí arriba y los cortan para alimentar los hornos? Ese dinero no basta para compensar todo ese trabajo.

—También tengo esto.

Anna Stina le tiende la botella que rellena con los restos de alcohol fuerte que los clientes se dejan en los vasos. El mendigo se echa a reír.

—No soy de los que rechazan un buen trago, pero con lo que podría ganar con esto podría comprarme muchas botellas como ésa.

Se queda callado un momento, como si reflexionara. Ella no le ve el rostro con suficiente claridad como para percibir qué pensamientos le pasan por la cabeza.

—¿Para qué la quieres, de todas formas?

Anna Stina titubea, cansada de mentir y de fingir, y comprende que no tiene nada que perder si le dice la verdad.

—Voy a desfigurarme la cara para que nadie pueda reconocerme.

Nota que él da un respingo y tarda unos instantes en responder.

—Pero, muchacha..., ¿por qué ibas a hacer algo así?

—Es una larga historia, y es asunto mío. Te basta saber que es cuestión de vida o muerte.

«Y no sólo para mí», piensa. Él empieza a deambular de aquí para allá. Su respiración se ha vuelto entrecortada y se frota las manos tullidas. Finalmente, se detiene y se vuelve hacia ella.

—Eres muy guapa, muchacha. Va contra natura ver cómo se desperdicia tanta hermosura, y además con mi ayuda. Lo que tienes no basta para pagarme por lo que puedo ofrecerte. Déjame apreciar tu belleza como se merece por última vez y entonces quedaremos en paz. Aquí hay montones de sacos vacíos y, aunque no sean gran cosa, nos servirán como lecho esta noche.

Anna Stina se queda helada. Su silencio incomoda visiblemente al mendigo, que cambia el peso de un pie a otro. Se nota que está avergonzado, pero la vergüenza no basta para apagar su lujuria.

—Tienes que entender que en realidad no soy esa clase de hombre, pero en estas circunstancias...

—No sabía que los hubiera de otra clase.

Anna Stina le tiende la mano.

—¿Al menos me darás mi mercancía antes de que yo te dé la mía?

Él se encoge de hombros y le tiende la botella. Ella la sostiene en las manos y le parece que pesa muy poco para contener un poder tan atroz. Afloja el corcho y olisquea el interior, pero no huele a nada. Asiente con la cabeza, y el trato queda sellado. El mendigo empieza a disponer sacos en el suelo para preparar el lecho mientras ella permanece inmóvil. Cuando queda satisfecho, le indica con un gesto que está todo listo y la invita a tumbarse. Anna Stina niega con la cabeza.

—Tú primero, yo me pondré encima.

Él responde con una sonrisa lasciva, se desabrocha los calzones y se tiende boca arriba sobre los sacos. Luego se arranca la casaca y se quita la camisa por encima de la cabeza. Bajo la mugre, su cuerpo se ve escuálido y consumido. Cuando él levanta las manos deformes para recibirla entre sus brazos, ella vuelve la botella boca abajo y la agita para que el polvo le caiga encima. La sorpresa del mendigo se transforma rápidamente en ira y luego da paso a una risa burlona.

—¿No te he dicho que los polvos deben juntarse con líquido para hacer daño, pequeña ramera estúpida? Lo único que has conseguido es subir el precio todavía más.

Anna Stina arranca el corcho de la botella de aguardiente y lo vierte encima de él. La habitación se llena al instante del olor a carne escaldada. Un humo blanco que hace escocer los ojos se eleva desde el cuerpo del mendigo cuando la piel de su pecho, su vientre y su cara empiezan a burbujear y a contraerse adoptando nuevas formas fantásticas. Ella no sabe si él podrá oír sus susurros sobre sus propios gritos, pero lo dice de todas formas:

—Tómatelo como un anticipo del infierno al que sin duda te encaminas.

Lo deja allí y se vuelve por donde ha llegado. Agita la botellita de polvo para asegurarse de que quede suficiente.

El patio trasero de la taberna Markattan está desierto y en silencio. La nieve acabada de caer aún es blanca, y no amarilla, como se pondrá en breve, cuando la fila para acceder a las letrinas se vuelva más larga que la paciencia de los que quieren orinar. La capa de encima cruje suavemente cuando Anna Stina la recoge en un cuenco para derretirla en la estufa. Cuando vierte el agua sobre los polvos, la mezcla bulle un rato en su cuenco y llena la habitación de un olor extraño, pero después vuelve a asentarse. Cuesta entender que aquel líquido tenga un poder tan grande sin aparentarlo en absoluto.

Va a la cocina en busca de un trozo de carne, una tira de uno de los jamones que cuelgan del techo. Lo arroja al cuenco. El resultado no la decepciona: el líquido sisea como un gato y ataca la carne por todas partes con dientes y garras invisibles que lo rasgan y deshacen hasta dejarlo irreconocible. Humea y burbujea. Pero luego, cuando el humo se disipa, es como si nada hubiera pasado. La carne ha desaparecido sin dejar rastro.

Aun así, Anna Stina titubea. Se inclina: desde un mundo al revés al otro lado de la superficie del líquido la mira otra chica idéntica a ella. Su respiración hace ondular la superficie y distorsiona el reflejo. Cierra los ojos e inhala profundamente.

• • •

El aire frío le desgarró la garganta y la nariz, pero Mickell Cardell está contento de haber salido de la opresiva estancia de la viuda Fröman. La cita ha ido mejor de lo que esperaba. Ahora todo se ha puesto en marcha. Oír hablar de Magnus Ullholm y recibir la noticia de su regreso a Estocolmo parece haber rejuvenecido instantáneamente a la viuda. Ha sido como si una chispa encendiera de nuevo los viejos rencores y las ansias de venganza. Cardell apenas había salido de la casa cuando criadas y chicos de los recados ya lo adelantaban corriendo por la nieve helada, tan aliviados como él mismo de haber escapado de la mirada ciega de la señora Fröman. Necesita un poco de alcohol para borrar a la viuda de sus pensamientos, pero hace una parada en la plaza antes de llegar a la Esclusa. Pasa allí sentado cerca de una hora hasta que decide comprobar si Stadsholmen tiene algo mejor que ofrecer. Mientras repasa mentalmente sus tabernas preferidas, recuerda un asunto pendiente y gira a la izquierda por Järntorget. Se encamina a la taberna Markattan.

Cardell advierte que Karl Tulipan lo ha reconocido en cuanto sale a encontrarse con él con las manos en alto en un gesto de disculpa. Cardell se rasca bajo el ala del sombrero con cara de pocos amigos.

—¿Debería suponer que la señorita Lovisa Ulrika sigue ocupada en otros quehaceres?

Karl Tulipan asiente.

—Sí, así están las cosas, y sólo puedo disculparme otra vez. ¿Puedo tentarlo con una copa para

compensarle la decepción?

Algo ha cambiado, y Cardell entorna los ojos.

—Veo que empiezan a llegar clientes, y si la chica lo ayuda cuando hay faena, no veo por qué debería estar en otro sitio.

—Es que... Lovisa Ulrika no se encuentra bien, ha llegado a casa con un poco de fiebre y no he tenido valor para hacerla salir de su habitación.

—Vaya, de modo que ahora está en casa, ¿no es eso? A lo mejor yo tendré más suerte que usted. Cardell echa a andar hacia las escaleras que hay detrás de la barra.

—¿Se ha vuelto loco? No puede entrar donde no lo han invitado. Además, está borracho, puedo olerlo desde aquí. Váyase antes de que salga en busca de un policía para que lo haga dormir la mona en una celda.

Cardell lo aparta de un empujón con la misma facilidad que si hubiera sido un enjambre de mosquitos.

—¡Quítese de en medio, maldita sea!

Anna Stina oye el alboroto y las palabras inútiles de Karl Tulipan y se da cuenta de que su indecisión ha provocado que la oportunidad se le escurra entre los dedos. Ha perdido la ocasión idónea que tanto le había costado encontrar y que un instante antes tenía a su alcance. Levanta el cuenco con manos temblorosas y se planta detrás de la puerta cerrada, dispuesta a arrojar todo su contenido sobre el guardia en cuanto éste cruce el umbral.

Mickell Cardell tiene sentidos que ni él mismo sabe cómo ha desarrollado, ciertas capacidades que deben de haber surgido de sus años bajo la sombra de la muerte. Pese al aturdimiento del alcohol, intuye un peligro inminente, ve una sombra en el rincón y se agacha instintivamente con el brazo de madera delante de la cara. El cuenco se hace añicos contra el brazo. Cuando oye el siseo de la tela y la madera, tiene la corazonada de arrancarse la ropa tan rápido que la desgarran. Los vapores hacen que le lagrimeen los ojos, pero no siente ningún dolor: parece que está ileso. Mientras está ahí plantado, parpadeando, perplejo ante lo que acaba de suceder, una silueta delgada se cuela bajo su brazo derecho extendido y echa a correr escaleras abajo. Cardell aparta a Karl Tulipan de su camino por segunda vez y emprende la persecución.

Sin saber por qué, Anna Stina gira a la izquierda en vez de a la derecha y va a dar a la cocina, cuyo ventanuco es demasiado pequeño para permitirle escapar. Sólo le queda una salida: lo espera en un rincón y él no tarda en aparecer.

Cardell entra en la cocina y enseguida ve en el rostro de la joven una expresión que conoce demasiado bien. La recuerda de la guerra: había hombres para quienes esperar se volvía demasiado doloroso cuando las posibilidades de sobrevivir eran pocas. Preferían arrojarse en brazos de la muerte por voluntad propia. Quizá en sus últimos momentos experimentaban un destello de satisfacción: la sensación de haber recobrado el control de su destino. El precio era la vida. La chica sostiene un cuchillo con ambas manos. No lo escucha cuando le grita. Ve cómo vuelve la punta hacia su propio cuello, cierra los ojos y presiona con todas sus fuerzas contra la piel desnuda.

—Hoy has venido mucho más tarde. Ya es de noche y se te ve muy pálido, Winge.

—De un tiempo a esta parte duermo muy mal.

—Lo último que deseo es poner en peligro tu salud. ¿Quieres que llame al guardia para pedirle una manta y un poco de café?

Winge desestima el ofrecimiento con un ademán y se sienta, con cierto esfuerzo, en el taburete de la celda de Johannes Balk.

—Desde la última vez que nos vimos descubrí tres cosas, Johannes. la primera confirma que no me has contado toda la verdad.

Balk entorna los ojos, pero permanece en silencio.

—Había unos cuantos detalles en tu relato que me parecían improbables. Como tú mismo mencionaste, sólo después de averiguar mi nombre y mi trayectoria comprendiste las posibilidades que abría tu confesión. Para entonces, el crimen ya era un hecho consumado: Devall estaba mutilado y muerto, y eso me empujó a buscar otra razón para que le hicieras algo así. Mi instinto me dice que ese motivo es personal, y que el sufrimiento era un fin en sí mismo. Un odio así ha de tener su origen en otra clase de emociones.

La voz de Balk es apenas un siseo cuando contesta.

—¿Y qué más da? Lo hecho, hecho está.

Winge niega con la cabeza.

—Mi meta personal ha sido siempre comprender los crímenes que investigo. Lo que he averiguado desde nuestro último encuentro me hace pensar que ahora te entiendo mejor, Johannes. Me dirigí a Brända Tomten con mis preguntas y la suerte quiso que diera con un cochero que recordaba haber llevado a dos jóvenes de Karlskrona a Estocolmo la primavera pasada. Su relato difiere del tuyo en detalles pequeños pero esenciales. No compartisteis el trayecto en igualdad de condiciones, Johannes. Tú pagaste por los dos. El cochero me contó que oyó cómo vuestra conversación se volvía enseguida más íntima de lo que habría cabido esperar de dos hombres que acaban de conocerse y que, cuando llegasteis a Estocolmo y os bajasteis, vio que Daniel te cogía la mano y os alejabais juntos sin soltaros.

Balk ha preferido cerrar los ojos en lugar de seguir mirando a Winge.

—Creo que la educación que recibiste te curtió en exceso, Johannes. Al igual que las manos del artesano encallecen con el tiempo, tu infancia endureció tu piel. También me parece que Daniel Devall cambió todo eso, que durante un breve período fuiste alguien distinto de ese monstruo que describes tan vívidamente, y que eso, precisamente, selló el destino de Daniel Devall.

Johannes Balk no dice nada.

—Hay algo más, Johannes, y me pregunto si eres o no consciente de ello. Cuando hablas sobre Daniel Devall, no tartamudeas.

Balk se vuelve hacia él.

—¿Qué estás tratando de decir?

—¿Era amor, Johannes? ¿Lo amabas?

—¿Te sorprendería que un monstruo descubriera, tan tarde en su vida, esa clase de sentimientos escondidos en su interior?

—No, en absoluto.

—¿Alguna vez has amado a alguien, Winge?

—Sí.

—Entonces quizá percibas cómo debe de ser el amor para alguien que ni tan siquiera sabía que semejante cosa existiera. A diferencia de ti, yo no soy una persona especial: a mí, el mundo jamás ha encontrado motivos para mostrarme afecto. Había pasado la vida sin encontrar una sola razón para no pagarle al mundo con la misma moneda hasta que conocí a Daniel. O al menos eso creí entonces. —Hace una pausa y después de un momento continúa—: Daniel era tan agradable, tan fácil de querer... Las cosas más insignificantes lo hacían reír. Para mí, era como un alienígena caído del cielo para bendecir a los simples humanos. A veces, cuando yo le confiaba algo me cogía la mano y, como si fuera lo más natural del mundo, la sostenía con ternura entre las suyas, o se la llevaba al pecho para que yo pudiera notar cómo latía su corazón. —Los labios de Balk se han torcido en una mueca. Se vuelve hacia el otro lado, como si buscara consuelo en las sombras—. Viajamos de Estocolmo a Fågelsång con los árboles en flor. La casa estaba en un estado ruinoso: la habían tapiado por orden de mis tutores, que no habían perdido un segundo para apoderarse de mi herencia en cuanto dejaron de tener noticias mías desde Francia. Pero era como si la naturaleza misma nos diera la bienvenida a casa con guirnaldas de hojas y ramos de flores fragantes. En la despensa quedaban todavía algunas cosas de comer y beber y los matorrales rebosaban de frutos rojos. Daniel y yo pasamos una temporada enormemente felices...

—Hasta que encontraste su carta.

—Sí. Resultó que todo había sido una artimaña para ganarse mi confianza y promover sus propios intereses. De haber confirmado yo cualquiera de sus sospechas, me habría vendido inmediatamente a Liljensparre. —Balk respira hondo y su autocontrol al enfrentarse a aquellos recuerdos tan dolorosos hace que Winge se estremezca. Abre los ojos y se vuelve de nuevo hacia Winge—. Eres un hombre inteligente y fui un ingenuo al creer que sería capaz de ocultarte algo. Ahora ya conoces mi secreto: lo guardé para mí por vergüenza; no del amor, sino de la facilidad con que me habían engañado. Pero mis intenciones siguen siendo las mismas: cuando me permitas hablar en el juicio, Estocolmo se sumirá en un baño de sangre que superará cualquier otra masacre de su historia. Esto no cambia nada.

—He dicho que he descubierto tres cosas desde la última vez que nos vimos. Quizá la segunda pueda cambiar las cosas.

Winge hurga en el bolsillo de la casaca y saca un montoncito de páginas. Las desdobra y se las tiende a Balk, que las mira sin cogerlas, con la sospecha dibujada en sus facciones.

—¿Qué es eso?

—Después de hablar con el cochero, volví a la Casa Indebetouska, a la misma habitación donde mi amigo y yo encontramos hace poco las cartas que nos llevaron hasta Fågelsång. Busqué todas las que hubiera enviado Daniel Devall y que permanecieran cerradas. Quería saber qué decían. Me llevó muchas horas llegar a entender el método de su cifrado en clave, pero finalmente lo conseguí.

—Ya estoy al corriente de sus locas fantasías sobre conspiraciones jacobinas; ¿qué diferencia puede suponer esta carta?

—En primer lugar, la fecha: la carta que encontraste en las cenizas no era la última que envió desde Fågelsång. La última la leí anoche.

Una sombra cruza el rostro de Johannes Balk, que se estremece como si alguien acabara de caminar sobre su tumba.

—Allí no habla de conspiraciones: presenta su renuncia. Escribe que eres inocente de toda sospecha en tu contra. Escribe que ha encontrado el amor y que es un amor correspondido. Ésta es la carta que escribió, con su texto en clave y mi traducción. Léela por ti mismo.

Una mano blanca como el hueso se alarga para coger las páginas que Winge tiende con tanta cautela como si con sólo tocarlas pudiera hacerlas desintegrarse en polvo y cenizas. En la penumbra de la celda, las lágrimas de Johannes Balk caen sobre las páginas temblorosas y dejan churretones negros de tinta. Winge escucha los sonidos que produce un alma al hacerse pedazos, pero esos sollozos son cuanto puede oír. Se vuelve hacia otro lado y deja pasar un rato antes de hablar de nuevo.

—La felicidad estaba a tu alcance, Johannes, si sólo hubieras tenido la paciencia suficiente para averiguar la verdad. Amabas a Daniel y él te amaba a ti. Fue un inocente el que encontró aquel terrible final. Hay otros como él entre la gente a la que dices odiar tanto y cuya destrucción tanto deseas, y todos merecen vivir y ser felices tanto como lo merecía Daniel Devall. Lo que nos lleva a la tercera cosa: tengo una propuesta que hacerte.

Anna Stina Knapp se sorprende de que la muerte sea casi imperceptible antes de abrir los ojos y darse cuenta de que sigue viva. Sus brazos temblorosos todavía intentan presionar el cuchillo contra su garganta, pero Cardell, más rápido de lo que habría sugerido su cuerpo robusto, ha cogido la hoja con su única mano y la sujeta tan fuerte que los nudillos se le han puesto blancos. Jadea a causa del esfuerzo. Su voz escapa de los dientes apretados.

—Suéltalo de una vez, por Dios bendito. No pretendo hacerte ningún daño: he venido a hablar sobre Kristofer Blix.

Ella suelta el cuchillo como si de pronto se hubiera quedado sin fuerzas. Cardell lo deja caer al suelo y cierra el puño para contener la sangre.

Él le cuenta su historia mientras ella le lava la mano y envuelve con paños la herida. Ella le cuenta la suya. Cardell la escucha con el corazón encogido.

—Por Dios, muchacha, nunca he estado tan contento de haber dejado atrás la vida de guardia. —Escupe por encima del hombro—. ¿Y qué me dices de Kristofer Blix? Te engañó y luego se quitó la vida. ¿Sigues enfadada con él?

Anna Stina niega con la cabeza.

—Al principio lo estaba: prometió que me ayudaría a deshacerme de la criatura que había engendrado en contra de mi voluntad y en aquellos momentos no había nada que yo deseara más. Cuando empecé a beber sus brebajes, el bebé aún no se movía. Ahora lo siento cada día. Me parecía imposible ser capaz de querer a un niño y odiar a su padre, pero ahora sé que es posible. Cada vez que me pierdo en mis pensamientos, me encuentro con las manos posadas sobre mi vientre en busca del latido de su corazón. Él salvó la vida de mi hijo, y también la mía. Ahora sólo siento gratitud, y lamento que no esté aquí para darle las gracias.

Cardell asiente, pensativo.

—Hablas de cosas de las que yo no sé nada, pero estoy contento de que Blix fuera capaz de lograr algo al final de una vida tan trágica. Nunca lo conocí en persona, pero lo que escribió me conmovió mucho. Sin él, mis esfuerzos y los de mi amigo habrían sido en vano: también le debemos nuestro agradecimiento.

—¿Y por qué has venido aquí hoy? ¿Qué quieres de mí? Es posible que haya sido mi marido de nombre, pero no sé más sobre Kristofer Blix que lo que te he contado: era un desconocido que me hizo un favor en contra de mi voluntad.

—Vengo con un regalo de bodas atrasado. A Blix le estafaron una considerable suma de dinero jugando a las cartas, lo que supuso el principio de su desgracia. Por casualidad, me topé con el estafador y, tras aplicarle el castigo que me pareció apropiado, vi la posibilidad de recobrar el dinero. Blix quería que el niño y tú tuvierais un futuro, y en lo que a mí respecta, estas monedas os

pertenecen.

Cardell saca la bolsa con el dinero y confía en que Kristofer Blix, esté donde esté, tanto si es en el cielo como en el infierno, pueda ver cómo se lo entrega a la chica. Así, la deuda que él mismo y Winge habían contraído con el pobre Blix queda saldada. Deja caer la bolsa en la mesa delante de la chica; pesa tanto que hace vibrar la madera. Ella la abre con dedos vacilantes y se queda sin aliento. Cardell no puede evitar sonreír.

—Ahí hay cien riksdalers y pico: debería proporcionarle a ese crío por nacer el mejor comienzo en la vida que uno podría imaginar. El dinero será tu seguridad: los guardias podrían venir y lanzar acusaciones contra una muchacha indefensa, pero no contra una viuda rica. Deja de vestirte como una criada y demuestra que perteneces a una clase distinta que antes, ésa es la mejor defensa posible para ti y para tu hijo.

Mientras la sangre gotea de su mano lastimada, Mickell Cardell siente que otra herida, más antigua y profunda, se cierra en su interior. Cuando la muerte de Johan Hjelm en el mar lo persiga en sueños, cuando sienta el peso del ancla del *Ingeborg* en el brazo que perdió, cuando el terror le hincó las garras en la garganta y le robe el aliento, recordar la cara de esta chica en este momento será el consuelo que necesita. Y Anna Stina Knapp, que juró una vez que no volvería a llorar jamás, nota las lágrimas surcándole las mejillas.

—¿Volverás por aquí?

—Eso depende de si tratas de echarme encima algún brebaje cuando entre la próxima vez y de cuánto me cobre tu padre por el aquavit. Pero primero tengo que ocuparme de un par de asuntos.

Es por la tarde cuando Mickel Cardell escudriña entre el gentío que llena la taberna Hamburg y ve a Cecil Winge sentado ante una ventana cubierta de escarcha, más descarnado que nunca y tan pálido como la nieve en el exterior, llevándose un pañuelo a la boca. Fuera, el frío cala hasta los huesos, pero ahí dentro un fuego crepita en el hogar y el hecho de que haya tanta gente contribuye a conservar el calor. Cardell se abre paso hasta la mesa con el brazo de madera por delante y se deja caer con un suspiro en la silla frente a Winge, feliz de poder descansar las piernas. Esboza una sonrisa al percatarse de que Winge tiene ya una copa en la mesa y hace un ademán para pedirse un poco de ponche. Está de muy buen humor.

—Menudo gentío hay aquí hoy, pero supongo que era de esperar: acaban de decapitar a un tipo que mató a su mujer y la gente viene a echar el trago de la suerte en el vaso del asesino. Me contaron que nunca se había visto a Mårten Höss tan borracho como hoy, y que nadie espera que siga en su puesto después del estropicio que ha hecho: no acertaba a rematar al tipo. No entiendo por qué has querido que quedáramos en la taberna Hamburg, nada menos. ¿Sabes que es precisamente el sitio donde me encontraba la noche en que saqué del lago a Karl Johan? Da la sensación de que haya pasado una eternidad.

Cardell sopla la bebida caliente y se la toma con tanto entusiasmo que tiene que hacer una pausa en sus comentarios. Sonríe de oreja a oreja, tanto que el tabaco que mastica parece correr el riesgo de salirse de la boca.

—Tendrías que haber estado allí. La viuda Fröman reunió a unas veinte viudas más, con sus hijos ya adultos y sus nietos, todos ellos llevados al borde de la ruina por el hurto de las pensiones de viudedad por parte de nuestro flamante jefe de la policía. Los metimos a todos en un carro y cruzamos el hielo hasta Ekensberg a través de las islas de Essingen, donde, según Blom, Ullholm tenía previsto pasar la última noche antes de cruzar la aduana. Ya sabes que he estado en la guerra, pero te juro que nunca había visto una panda más sedienta de sangre. Partimos en plena noche para llegar antes de que nadie se levantara y cuando Magnus Ullholm, que es más feo que un sapo, salió por la puerta dispuesto a emprender la marcha, ellos habían espantado ya a los caballos y quitado las ruedas al carruaje. Le permitieron cruzar medio patio y entonces se dio cuenta de que algo andaba mal. Que me aspen si no fue la mismísima señora Fröman la primera en oler la presencia del estercolero y comprender que no estaba helado. Por ciega que esté, lo alcanzó en plena cara con la primera salva, que le arrancó la peluca, ¡y Ullholm iba vestido para la ocasión, con un cuello de armiño, leontina y reloj! El caso es que el tipo se las apañó para salir corriendo a una velocidad de la que nunca lo habría creído capaz y atrincherarse por los pelos tras la puerta de la posada, pero a esas alturas estaba cubierto de mierda de pies a cabeza y no había rutas de escape. El asedio se alargó hasta bien entrada la noche, cuando Ullholm se las arregló de algún modo para hacer llegar un mensaje a la guardia de la ciudad. Pero he cumplido mi misión. Y tú, ¿has aprovechado el tiempo?

—Sí, Jean Michael, muchas gracias.

—¿Han concluido ya vuestras conversaciones?

—Sí.

Cardell se apoya en el respaldo y se frota los ojos para ahuyentar el sueño.

—¿Y la respuesta a nuestro misterio es un corazón roto?

—Es el móvil más antiguo que existe. Johannes tenía razón en lo que me contó al principio: lo criaron para que se convirtiera en un monstruo y eso fue lo que sucedió. Pero el amor cura el odio, y en compañía de Daniel Devall recuperó su humanidad... Hasta que creyó que su amor era mentira y el monstruo volvió, peor que nunca... —Se quedan callados un momento, pero Winge rompe el silencio—: ¿Y tú, Jean Michael, qué vas a hacer ahora?

—Todavía hay unos cuantos cabos sueltos que atar, suficientes para tenerme ocupado hasta 1794. Tengo que ajustar cuentas con *madame* Sachs, si soy capaz de encontrarla, y hay otros con quienes también me gustaría tener una charla. No me sorprendería que a ese asqueroso traficante de esclavos que es Dülitz lo despertara una noche el ruido de madera contra madera. Y si me viera con ánimos, la Orden de los Euménides constituiría un desafío razonable para quien se las ha apañado para ponerle un palo en las ruedas al mismísimo jefe de la policía. —Apura el vaso que han vuelto a llenarle—. Todo eso siempre y cuando no me deje distraer por el alcohol, claro. He descubierto una taberna que creo que podría gustarme y en la que tengo buena reputación. Se llama Markattan. ¿Y tú? ¿Cómo piensas plantear el juicio de Balk?

Winge no contesta. Cardell repara con preocupación en su respiración entrecortada, en cómo se le han chupado las mejillas dejándole sendos huecos en la cara, y en que tiene los ojos muy hundidos. Algo en él ha cambiado. Cardell siente un escalofrío en la espalda.

—Estás distinto, y no se trata de tu enfermedad. Ha pasado algo: algo anda mal.

Winge contesta en voz tan baja que Cardell tiene que inclinarse sobre la mesa para oír qué dice.

—Cuando pienso en mi vida, Jean Michael, veo una larga red de causas y efectos. Cuando caí enfermo, mis ideales de juventud me hicieron actuar como lo hice para aliviar el sufrimiento de mi mujer. Para aliviar el mío propio, acudí a Norlin y le pedí trabajo. Me hizo un favor, y cuando me pidió otro a cambio no pude negarme. Entonces nos conocimos tú y yo, ante el cuerpo sin vida de Karl Johan, y echamos a andar por la senda que hemos recorrido hasta llegar donde estamos ahora.

Ahoga una tos. Cardell se inclina sobre la mesa.

—¿Qué has hecho?

—La vida es como dos caminos que van en direcciones opuestas. Uno sigue la emoción; el otro, la razón. Este último fue mi camino a lo largo de mi vida. Johannes conocía mi nombre y mi reputación y dio por hecho que transitaría por la vía de la razón sin discriminar, como he hecho siempre. Estoy seguro de que habría tenido éxito de no haber decidido yo romper con la pauta que he seguido toda mi vida.

Cardell niega con la cabeza ante semejante verborrea.

—Cuéntame qué has hecho.

—Le enseñé a Johannes una carta de Daniel Devall que encontramos entre la correspondencia de Liljensparre. En ella, Devall dimitía como confidente y confesaba que estaba enamorado de Johannes. Cuando le demostré al monstruo que había matado a un inocente, descubrió que tenía conciencia, que merecía un castigo y que las ideas que lo habían hecho desear la destrucción de nuestra raza entera carecían de fundamento. Le ofrecí un plan que estaba en mi mano llevar a cabo: en una celda cercana había un preso llamado Lorentz Johansson, condenado por matar a su mujer y

a quien debían conducir al patíbulo esta mañana. El nombre del propio Balk no figuraba en los registros de detención, como bien sabes: yo mismo me aseguré de que así fuera cuando lo llevamos a Kastenhof. Anoche, le ofrecí a Johannes el sitio en el tajo que tenía que ocupar Lorentz Johansson... y lo aceptó. Empeñé mi reloj de bolsillo y le di esas últimas monedas al guardia para asegurarme su colaboración y su silencio. Esta mañana, cuando ha llegado el carro del patíbulo, el que ha subido ha sido Johannes Balk, en el lugar de Johansson.

—Pero la carta de Devall estaba escrita en clave... ¿Cómo pudiste descifrarla?

—No pude.

Cardell se ve obligado a apoyarse en el respaldo para respirar. Winge continúa:

—Utilicé el tiempo que me proporcionaste para idear un código cifrado que hiciera decir a la carta de Daniel Devall lo que Johannes necesitaba leer para aceptar mi propuesta. No fue fácil, Jean Michael; me costó mucho esfuerzo, pero al final lo conseguí. Y luego sólo tuve que ponerle a la carta una fecha posterior. No soy un gran falsificador, pero Johannes no notó diferencia alguna en la letra.

Cecil Winge acerca a Cardell un vaso lleno a rebosar de aquavit.

—El vaso que tienes delante es el mismo que le han ofrecido esta mañana a Johannes de camino a su ejecución. Lo ha apurado a menos de diez pasos de donde estamos sentados ahora mismo. Yo estaba aquí, me ha reconocido entre la gente y sólo he encontrado gratitud en sus ojos. Con mi mentira, le demostré que el mundo no era el infierno que él tanto detestaba. Confió en mí, pero lo que quedó demostrado, en realidad, es que nuestra especie es depravada por naturaleza, sin excepciones: lo he matado con aquella carta con la misma certeza que si la hubiera usado para cortarle la cabeza. Me ha dirigido una última mirada por encima del hombro cuando el carro partía para llevarlo a Skanstull. La señora Norström ha grabado con un clavo el nombre de Johansson y la fecha de hoy en el vaso, aunque el verdadero Johansson va sentado en un carro de camino a Noruega, donde empezará a trabajar como ayudante en una fábrica de cerveza utilizando el apellido de soltera de su madre. Éste es el vaso de Johannes Balk; ¿quieres beber una última vez a mi salud, Jean Michael?

Cardell se queda inmóvil y en silencio durante unos momentos y luego tiende la mano envuelta en paños. Le tiembla un poco cuando coge el vasito con su inscripción garabateada y se lo lleva a los labios para apurar el contenido. El líquido le arde en la garganta y convierte su exhalación en siseo bajo la atenta mirada de Winge.

—Me preguntaste una vez sobre el niño, si era mío o del cabo. Todavía no lo sé, pero espero con todo mi corazón que sea suyo.

Winge se pone en pie, apoyándose en el respaldo de la silla, y echa a andar hacia la puerta. Aún no ha llegado a medio camino cuando Cardell exclama con la voz a punto de quebrarse:

—Una vez me contaste que te habías visto al borde de un abismo y encontrado consuelo en una pequeña llama que sostenías entre las manos ahuecadas. ¿Ya sólo hay tinieblas?

Cecil Winge sonrío a su vez. La suya es una sonrisa llena de pesar, pero libre de remordimiento; una sonrisa en la que la victoria y la derrota comparten el sitio. Cae la noche sobre Estocolmo, una de las últimas del año. Se alza sobre las murallas, los palacios y las torres de las iglesias. La noche avanza sobre las aguas del Báltico hacia Skeppsbron y Stadsholmen pasando por la Esclusa de Polhem. En todas las callejas de la ciudad, las sombras se hacen más densas.

Los ataques de tos de Cecil Winge son cada vez más frecuentes. Ya no consigue controlarlos y no ve motivo para hacerlo. Cuando le devuelve la sonrisa a Mickel Cardell a la luz del fuego, tiene los dientes manchados de sangre.

Título original: *1793*

Edición en formato digital: enero de 2020

Copyright © Niklas Natt och Dag, 2017

Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2020

Ediciones Salamandra

Almogàvers, 56, 7^o 2^a - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Traducido a partir de la versión inglesa, *The Wolf and The Watchman*, de Ebba Segerberg

English Translation © Ebba Segerberg, 2019

Ilustración de la cubierta: Niklas Storm / EyeEm / Getty Images y Roy Bishop / Arcángel Imágenes

Diseño de la ilustración de la cubierta de Ervin Serrano

Mapa David Atkinson – handmademaps.com

ISBN: 978-84-17384-88-3

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Contenido

1793

Mapa

Primera parte. El Fantasma de la Casa Indebetouska

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Segunda parte. La sangre y el vino

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Tercera parte. La palomilla y la llama

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Cuarta parte. El mejor de los lobos

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Créditos